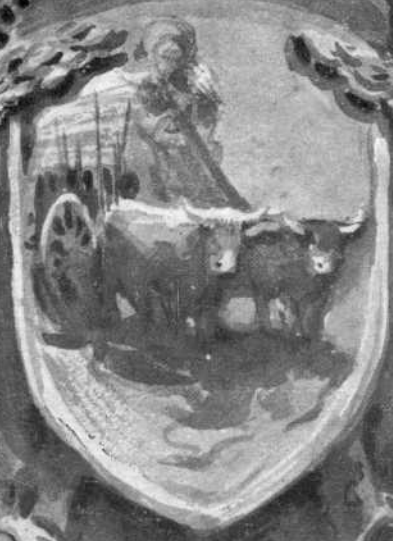


TRI RIB
ET
LABOR

MCMXXVII



JESUS RUBIO COLOMA

EL ALMA DE LA
TIERRA DE CAMPOS

DGCL
D

EL ALMA DE LA TIERRA
DE CAMPOS

T. 28630
C. 1064034

OBRAS DEL AUTOR

PRIMERA ETAPA

La fuerza del Amor.
El crimen de la Bruja.
Sor Azucena.
Amores que triunfan.
Política infame.

} Agotadas.

SEGUNDA ETAPA

Amores africanos. (Premio de 5.000 pesetas en el concurso de novelas de la Editorial Voluntad.)
El Faki de Sidi Iseff Telidi. (Premio en el concurso de novelas de *El Debate*.)
Halina la Jebliá. (Primer premio en el concurso de *El Diario Español*, de Buenos Aires.)
El Duque de Piedra. (Primer premio de Biblioteca Patria.)

JESÚS RUBIO COLOMA

EL ALMA DE LA
TIERRA DE CAMPOS




MADRID
EDITORIAL VOLUNTAD
Serrano, 48.
1926



R. 42186

ES PROPIEDAD

Imp. J. Paevo. Lusa, 29,
Telé. 14-30 M.—MADRID





I

Una silueta se recorta en el horizonte.

DON Martín Abia paró bruscamente su pequeño Citroën, que parecía una lebranca roja devanando el camino real con sus patas ligeras; alargó el brazo que se prolongaba en el dedo índice apuntando como boca de fusil, y exclamó:

—Mírale, Valentina... allí, sobre el collado de la derecha; solo, en medio de la llanura sin linderos, erguido y recio, dominándolo todo como rey de estas planicies, como un dios mitológico de la Tierra de Campos.

Habían descendido del coche, sugestionados por la figura pétrea de aquel labrador lleno de noble majestad y de sereno reposo.

Moría la tarde tibia y luminosa, y el sol, presto a recostarse en el lecho blanco y mullido de algodondadas nubes que le esperaban en el horizonte, lanzaba sus rayos postreros de oro y de púrpura, sobre la estepa de Castilla. Bruno Castro, inmóvil encima del

pequeño alcor, e iluminado por el astro bermejo, parecía arder como una antorcha.

—¡Qué grande es mi padre!—exclamó ella, mostrando en la negrura de sus ojos centelleos de admiración apasionada.

—Tu padre no es un hombre—agregó él—; es un monumento, es un emblema mítico de aquellos tiempos heroicos de brava castellanía, que dejaron sobre el polvo calcinado de la planicie que pisan nuestros pies, la leyenda maravillosa de una raza, que supo elevarse a las cumbres de lo místico y lo épico, y desde allí sembrarse en veinte tierras al otro lado de los mares.

—Se descompone usted hablando de Castilla.

—¿Y cómo no, si es madre de tantas grandezas que apenas cupieron en el mundo, y además es madre mía? ¡Ah, Castilla la Vieja! ¡Ah mi Castilla! ¡Cómo te han destrozado! Por eso miro absorto a tu padre y le veo tan imponente, como la única columna en pie de un templo destruído.

Callaron dominados por aquel silencio tan hondo, en aquella extensión tan desolada; Valentina erguía su busto poderoso y entregaba su frente al último beso de los rayos solares. Tenía su cara la tersura y el color de la corteza del pan; la noche de su pelo brillaba con reflejos cárdenos y sus ojos insondables eran como esas cisternas obscuras frecuentadas por el rayo. Callaban, y cuando volvieron a hablar hicieronlo en voz baja, como si aquella soledad les diese miedo, como si hablando alto en la llanura tersa, sin repliegues, fueran a ser oídos en toda la tierra. Retornaron al coche; los brazos opulentos de la morena

se agitaron en un adiós lleno de admiraciones; sus labios gruesos, sangrientos y calientes, apretáronse en un beso ideal. Don Martín empuñó el volante y de nuevo el raudó cochecillo lanzóse a devorar kilómetros con velocidad silenciosa.

Don Martín Abia llevaba con soltura sus cuarenta años, que parecían treinta; un poco blanqueaba ya el pelo de las sienes; pero los ojos garzos, grandes y reposados iluminaban con fulgores de juventud la cara simpática, limpia de barbas y bigote, y algo pávida, como la de un hombre de letras, que recibe más tiempo los rayos de luz artificial que los rayos del sol. En Madrid vivía la mayor parte del año, engolfado en sus estudios y ocupaciones de académico de la Real Academia de la Historia y en el grato entretenimiento de algunas revistas y periódicos, donde su pluma agil y honrada iba dejando surcos, sembrados de cultura y patriotismo. Algunos meses del otoño, y tal vez del invierno, pasábaselos en su país natal, la Tierra de Campos, dando paz a sus nervios y oxígeno a sus pulmones y color a su tez. Así ocurría en los instantes en que le presentamos corriendo por la carretera de Saldaña a Carrión, acompañado de su sobrina, la belleza morena, hija de Bruno Castro, alcalde de Carrión de los Condes, la añosa ciudad que fué capital de los antiguos Campos Góticos, mansión de condes y morada de reyes, lugar de Cortes y Concilios y eterno campo de batalla durante inacabables centurias.

Tío y sobrina recibieron pronto en el rostro la frescura sana del airecillo de la noche. No hablaban porque a cada uno enbargábanle hondos pensamientos,

En las cercanías del pueblo comenzaron a encontrar gentes y bestias que volvían del trabajo, cansinos y silenciosos; labradores con la tristeza del castellano, seria y resignada, que pesa sobre él como una herencia racial. Las torres del monasterio de San Zoil dibujaban sobre el zafiro del firmamento un brioso aguafuerte. Culebreando entre carros, yuntas y borriquillos, subieron el puente, bajo cuyos arcos robustos discurre manso el Carrión, y momentos después se apeaban, en la casa solariega de los Castros, mitad alquería, mitad baluarte, reciamente erigido antes del milenio. Don Martín guareció el cochecillo en la tinada del corralón, se sacudió el polvo del camino y se fué a la cocina, donde ya le esperaban la hija de su cuñado y otras personas del lugar.

Habíase casado don Martín con una hermana de Bruno, llamada Elvira, de igual espíritu recio y antañazo que el alcalde de Carrión de los Condes; la cual se hallaba a la sazón en el cercano pueblo de Dueñas, templando sus penas de mujer estéril, con las gracias de seis arrapiezos de hombre y de mujer, que la rodean sin cesar en la casa de sus parientes.

Don Martín entabló diálogos con los tertulianos que le esperaban para disfrutar el encanto de su conversación interesante y erudita, y Valentina desapareció entre las sombras de las estancias interiores, donde vigilaba los quehaceres y daba órdenes a la dependencia. La cocina tenía amplitudes de zaguán y obscuridades de bodega. Bajo la campana y sobre la piedra molinera que servía de piso al hogar, los troncos de roble y los trenzados manojos de sarmientos ardían llenando de inquietas sombras y fugaces co-

lores las paredes brunas de la habitación. Del techo, con negras vigas descubiertas, pendía un gran farol. En torno, adosados a las paredes, varios bancos anchos y largos de nogal, que pulimentaron los hombres y los años, ofrecían holgado asiento, con castellana hospitalidad; rodeando la chamarasca, cuatro sillones fraileros de rancio origen esperaban a las personas de mayor respeto. De lo profundo del cañón descendían los gruesos anillos de hierro de las llares y pendiente de su garabato hervía como madejas el agua en el perol de cobre. Al fondo, entre las brumas de una rinconada, la mesa larga y estrecha de un solo tablero de roble para la servidumbre. En otro espacio, otra mesa más ornamentada y más chica para los amos, y al rincón, un gran reloj de caja que deja ver por el cristal redondo de su tapa la marcha perezosa y tenaz del plato dorado de la péndola. Es una cocina de rico labrador, esta cocina de Bruno Castro.

El dueño de ella acaba de penetrar en la estancia y todos los que conversan paran sus charlas y saludan cordial y respetuosamente al alcalde.

—Buenas noches nos dé Dios—ha dicho al entrar, quitándose con gesto de cansancio el amplio chapeo de anchas alas y levantada copa. Y las luces rojas del hogar iluminan aquella faz tostada y dura, tallada en roble por un artista salvaje y genial, piel de terracota con arrugas de hondo surco; bajo la barda copiosa de sus ásperas cejas, dos ojos de hondura y serenidad infinitas, que tienen miradas taladrantes como hojas de puñal, lo examinan todo, lo atraviesan todo. En sus maxilares cuadrados, en la reciedumbre de su dentadura de lobo y en el grosor mus-

culoso de su cuello romano, se nota la fuerza de aquel cuerpo, templado por el sol quemador y la helada pungente de la meseta castellana. Aún es negro el pelo de la cabeza redonda, cortado al rape, y aún están rectas y firmes las espaldas robustas, y se asientan con poderío las piernas nervudas, incansables, hechas a desterronar muchas leguas de senara, con los borceguíes de piel de vaca, de suela gorda y tachuelas de hierro.

—Buenas y santas noches—le han contestado todos. Y un hombrecillo desmedrado y melenudo se le acerca y le muestra unos papelotes preguntándole:

—¿Quiere usted firmar estos oficios, señor alcalde?

Bruno Castro los coge en sus formidables manos callosas, y contesta:

—Vamos a la saleta y lo despacharemos todo. ¡Hasta luego, señores!

Y se aleja con el secretario del Ayuntamiento hacia la habitación donde tiene su modesto escritorio. Es un aposento cuadrado que adornan recios muebles de haya; bajo el piso de baldosín rojo culebrean los conductos calentadores de la gloria, contruídos con adobes y nutridos con lumbre atizada desde la cocina.





II

Acero y pedernal.

VALENTINA y la vieja Manuela ponían el mantel en la mesa cuadrada, para cenar en cuanto el señor Bruno terminase sus ocupaciones.

Don Martín leía un viejo libro al calorcillo de la fogata. Estaban solos. Por entre las rendijas de puertas y ventanas, colábase un frescote otoñal, húmedo y traidor, que alborotaba los humores tormentosos de artríticos y reumáticos.

La vieja y la joven hablaban con cautelosas intercadencias, palabras confusas, llenas de misterio. Manuela envolvía la figura arrogante de Valentina en miradas tiernísimas de cariño maternal.

Había sido su ama de cría y después su madre; ella la dió todo su ser en aquellos golosos tragos de mamoncilla hambrienta, y toda el alma después, cuidando sus años, sus minutos, con más afán que si la hubiera parido. ¡La pobre habíase quedado huérfana tan pronto! Apenas tenía unos meses, cuando su ma-

dre, que desde el parto, desfallecía, la dejó solita en los brazos rudos del padre y el regazo amoroso de la Manuela. Esta era su madre realmente; y la chiquilla habíala querido siempre con amor de hija.

—¿Cuándo lo has sabido, ama?—preguntaba susurrando Valentina.

—Hace media hora, cuando salí por pimentón. Me encontré a la Picia, la criada de don Alfonso, y me lo dijo.

—¿Cómo te lo dijo?

—Déjate, verás... ¿cómo quieres que me lo dijera?... pues diciéndomelo.

—¿Pero cómo?

—Dijo, dice: «Oiga usted, señá Manuela; esta noche esperamos al señorito Fernando.» «¡Ah!, ¿sí?» «Sí, señora.» «¿De Madrid, verdad?» «Sí, señora.» «Vaya, pues que llegue sin novedad.» «Ya se lo dirá usted a la señorita.»

—Mira, qué atrevida—interrumpió ésta.

—«¿Te interesa mucho?»—la pregunté yo. «¿A mí? Ya ve usted—contestó la Picia—; si acaso, a ella.» Bueno, estuve por soltarla una fresca; pero como con el escándalo sólo pierde la que tiene que perder, me mordí la lengua y me vine.

No era fácil colegir con qué dientes habíase mordido la antañona Manuela, toda arrugadita y encorvada y hasta pelona, sin otra juventud que la de sus ojucos negros, inquietos y brillantes, como ratoncillos en su cueva.

—¿Sabes, ama, que debíamos sacar la conversación cuando estuviera aquí mi padre?

—Qué ganas tienes de peloterías, hija mía. Deja, dé-

jalo; a mí me entran temblores cada vez que el señor Bruno habla de ello. ¡Tu padre es tan terco!

— ¡Tan terco!—repitió como un eco doloroso la chica.

—Tu padre, Valentina—interrumpió Abia—, es un castellano viejo.

—¡Ah!, pero ¿oía usted?—dijo la muchacha con las amapolas del pudor en las mejillas morenas.

—Tu padre—continuó el tío sin tomar en cuenta ni la pregunta ni la turbación—es de esa raza de grandes caracteres, de almas enteras, de hombres indomables hechos de una pieza, sin articulaciones, insensibles a lo que no sea la justicia escueta o la razón desnuda. Así es Castilla, Valentina, y así hay que tomar a sus hijos. No digas mal de tu padre.

—Y, sin embargo, tío, no creo que esa manera sea la más a propósito para tratar cosas de amor.

—Eso crees tú, querida, porque te rozaste con otras costumbres y escuchaste otras doctrinas, y quizá te resientes de natural degeneración. Tus años de colegio, tus temporadas en Madrid con nosotros, y no sé si, como antes te digo, el embotamiento en ti de las aristas rígidas de tus progenitores, han hecho que tus sentires y tus pensamientos disientan de los de estas gentes, hijas de la disputa, que supieron escribir el Becerro de las Behetrías, y mudaban de amo a estímulos de un capricho, poniendo en el tajo sus bienes, sus cabezas y las de toda su familia, con tal de no tener sobre sí ni al rey ni al señor con quien se habían enemistado.

—Pues yo también llevo en mi corazón la sangre de los Castros; y así defenderé el amor de mi alma, como ellos defendían su libertad.

—Bueno, bueno; que choquen el acero y el peder-
nal y saltarán chispas de tormenta.

—Y mientras esté usted aquí, don Martín—dijo la
viejecilla—, menos mal; no me causa miedo el nu-
blado, porque usted sabe desviarlo. Pero tales se van
poniendo las cosas que me da miedo el invierno que
nos espera.

Iba la muchacha a contestar, cuando la interrumpió
el ama:

—¡Calla..., calla!... Tu padre...

Apercibida estaba la vianda, y en torno de la mesa
tomaron asiento el señor Bruno, su hija, don Martín
y Pedro, el sobrino del castellano, que había llegado
con su tío. Sobre el mantel humeó una fuente de
alubias en donde naufragaban unas patas de cerdo.
El señor Bruno partió formidables pedazos de la ho-
gaza casera, que olía a trigo y sabía a rosquillas, y
empuñando el pesado cucharón de plata heredado
de antiquísimos abuelos, repartió con profusión ate-
radora el primer plato de la cena.

—¿Cómo va la vendimia, Bruno?—inquirió Abia.

—Bien, gracias a Dios. Hogaño cogeremos más vino
que pan.

—Falta le hace al país.

—Falta le hace, no sólo cosecharlo, sino venderlo
bien.

—Pues no lleva buenas trazas el mercado. Entre
las dificultades que oponen las naciones que antes
compraban estos caldos y ahora defienden sus viñe-
dos; entre la ley seca que rige en diferentes Estados,
y la moda, que corre como una mancha de aceite,
de beber en lugar de mosto aguas medicinales o

agua de la fuente, se va poniendo feo eso de la uva.

—¡Arriba no ayudan como Dios manda!...

—Y va a ser la ruina de este país.

—No lo creas; se muda de cultivo, y en paz. La riqueza no es el vino ni el trigo. La riqueza está en la tierra, en el sol y en nuestros brazos incansables. El trabajo y el molde; lo demás tiene que ir cambiando, como ha cambiado ya varias veces.

—Verdad; así pasó con el lino, que en los primeros siglos de la lucha con los musulmanes, cuando no se conocía el algodón, cubrió estas tierras pardas y llenó las escarcelas de nuestros antepasados y las ollas de nuestros tatarabuelos de buenos sextercios romanos y áureos dinares arábigos y macizas monedas galicanas, ya que hasta Alfonso VI no acuñaron los reyes de la reconquista.

Abia vivía de continuo una añeja vida histórica, y por todos los resquicios de su conversación asomaban su cabeza las citas sabias.

—Y con la ganadería ¿qué pasó? Aquí he visto yo, en el archivo municipal—dijo Bruno—, relatos de compras de caballos al comenzar el segundo milenio en las que se pagaba por una jaca veinte bueyes, o se daban cien sueldos; y es de advertir que hubo iglesia que valía cuarenta y cinco sueldos; así se ve lo que valía un animal de esta clase, y mira lo que vale hoy.

—Claro..., claro... Entonces la guerra, las matanzas continuas de miles y miles de caballos..., y de jinetes encarecieron enormemente aquel artículo. Como los mulos, igual; los moros los usaban en la península tan frecuentemente como los caballos; además, los

clérigos y los monjes, que eran muchedumbre, incontable muchedumbre en aquellos tiempos, no iban a pie, montaban en mulas, y por eso valía cada uno de tales híbridos cien sueldos como un buen potro.

—Hoy el automóvil...

—¡Ah!, mi pequeño Citroën..., ¡un encanto, Bruno, un encanto!...

—Para ti, para los extranjerizados, para los modernistas. Yo corro todo mi campo a pie; y alguna vez sobre *Ordoño*, el caballo más firme, más seguro y más noble de tierras de León. Allá cada uno. Lo que digo es que ni porque esos frutos se perdieran como se perdió el aceite de nuestros numerosos olivares de entonces, ni porque descendan de valor, la ruina ha de alcanzarnos. A nuevos tiempos, nuevos cultivos. Es igual.

Habíase concluido la cena después del plato fuerte de borrego y el postre de queso casero. Valentina, impaciente, miraba sin cesar los ojillos de la vieja Manuela, que con blandos ademanes imponía silenciosa prudencia a los nervios exaltados de la joven. Pedro comía y callaba, soñando con palabras dulces y miradas candentes. Bruno deglutió el último bocado de pan, se puso en pie, destocó su rotunda cabeza y rezó:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Un suave murmullo de todos los presentes, que en pie repetían la oración, siguió a tal principio. Cuando concluyeron, agregó el castellano:

La comida Dios la ha dado,
las gracias a Él se le den.

Su nombre sea alabado
por siempre jamás, amén.

Besaron un pedazo de pan que recogieron y volvieron a dejar sobre el mantel, se persignaron; y con un solemne «Buenas noches nos dé Dios», retiráronse a sus respectivos dormitorios.





III

La reliquia de marfil.

LAS sombras de la noche se van adelgazando suavemente; un fulgor de plata asciende por las lejanías del horizonte brumoso. Son las tres de la mañana, de una mañana otoñal, húmeda y templada. Hay un silencio en la Ciudad de los Condes, que produce temerosa impresión. Las casas de adobes, trullados con tierra parda, van saliendo de las negruras nocherniegas, a la penumbra dorada que precede a la aurora. Entonces todas las rúas estrechas, vetustas, desiguales, parecen ruinas, las ruinas de un legendario pueblo castellano en la época medioeval pasado a cuchillo y quemado con tea por los almoravides de Ali-Ben-Yussuf. De pronto, ruidos de vida rebullen en todas las mansiones a la voz argentina del reloj, que alza en el brazo de su torre la Casa de la Villa; un murmullo creciente remueve la densa quietud del silencio. Han dado las tres de la mañana. Se escuchan golpes de puertas, toses, conversaciones, cantares. Poco después van abriéndose ventanas y

portones. De ellos salen los carros, que golpean ruidosos en los pedruscos y cabecean como barcas por aquellos callizos de suelo convulsionado y sucio. Detrás de los carros, llenos de cestos grandes y menudos «terroreros» para la vendimia, marchan desperezándose los vendimiadores, camino del majuelo en sazón. En la casa labriega del señor Bruno, se ha oído antes que ninguna otra la voz del dueño, que grita desde la puerta del corralón llamando a la gente:

—¡Arriba, muchachos, que ya es hora!

Un momento después, el *Mellado*, cachicán del señor Bruno, labrador experimentado y fiel, que dejó en las tierras del amo todas las energías de su cuerpo, dadas con la más amorosa adhesión del alma, está en pie al lado del alcalde.

—Despierta a la gente—ordena éste, y el *Mellado* va metiéndose por pajares y cuadras, donde los vendimiadores se aposentan durante la noche.

Es muchedumbre de aluvión esta que forma las cuadrillas de vendimiar; son mujeres, jóvenes y viejas, astrosas todas, de grupas traspilladas y caras lagñosas; son hombres, son obreros de escaso rendimiento que no sirven para trabajos de más importancia. Cortar racimos y echarlos a un cesto, es tarea que pueden desempeñar los ancianos, los inútiles. Y así, en llegando la vendimia, salen de sus ignorados rincones estos detritus humanos, piltrafas de hombre y de mujer, que se hunden y desaparecen de nuevo, pasada la recolección, deshilachándose por caminos y poblados pidiendo limosna, o volviendo al miserable cubil que en su lugarejo los cobija, y en donde sus hijos o la caridad pública mantienen su

vida a poca costa. Por eso no les parece incómodo para lecho un brazado de paja o un montón de estiércol en cuadras y pajares. Allí se tumban cansados del trabajo, se arropan en sus mantonas mugrientas y agujereadas y buscan unos cuerpos el calor de otros. Luego (porque la noche pasa en unos minutos) hay que despertarles a zapatazos y airear las estancias, cuyas vaharadas trastornan; y allí quedan en el suelo, entre la paja o el estiércol, las mil vidas parásitas, que andan desorientadas y friolentas todo el día, hasta que la noche les devuelve los cuerpos costrosos, de los cuales se nutren con gula.

En el zaguán anchuroso de la casona, bajo la luz vacilante del farol de repujados hierros que cuelga sobre el centro, aguardan revueltos los hombres y mujeres, mezclando sus mengajos; una criada de la casa, la que Manuela dedica a servicios de labradora, va repartiendo la «parva» de aguardiente de orujo, que todos los operarios toman, abrasándose la garganta y chupeteando en la misma copa esmerilada por la roña.

En el corral, el señor Bruno, su sobrino Pedro y el *Mellado* repasan el plan del día.

—Tú, *Mellado*, a las viñas de Benevívere; a ver si acabáis esta tarde. Tú, Pedro, llévate las dos cuadrillas chicas a los majuelos de Villasirga y procura concluir con todo lo del pago de abajo. Yo cuidaré de los lagares.

El *Cancho*, un mozo de mulas, saca enjaezado el potro de Pedro. Chirrían los ejes de los carros, estallan las jotas en el grupo de trabajadores y la casa queda silenciosa y vacía.

Poco a poco la luz del amanecer va desparramando claridades y alegrías. El camino huele a tierra mojada; la escarcha ha cubierto de aljófara las hierbecillas de los linderos. Ya verdeguea la senara. Asoma el sol tostado como un gran pan caliente, y toda la llanura muéstrase en su inocente desnudez, sin arboledas ni cendales. De trecho en trecho, un montoncito de casas que apenas diferencian su ocre del ocre de los campos, marcan la realidad de un pueblo. Hay un silencio campesino, en cuyo seno late un amortiguado susurro de vida animal y vegetal.

Pedro ha distribuido los peones y ordenado la recolección. Pedro es un arrogante muchacho de veintidós años, alto de pierna, cuadrado de espaldas, con la cabeza pequeña y el pescuezo bovino. Son duras las facciones tostadas de su rostro, pero en sus ojos leonados hay dulzuras de niño. Es hijo de una hermana de Bruno. Uno de esos terribles huracanes de peste, que se llevan sin contarlas cientos de vidas en racimo, le dejó huérfano de padre y madre. Su tío hizo desde entonces y sigue haciendo con el mozo el santo oficio de progenitor, con el mismo amor e igual ternura que si le hubiera engendrado.

Pedro tiene prisa por dejar en ordenada marcha el trabajo de sus vendimiadores y carreros; aquéllos van cortando racimos con la navajilla curva y arrojándolos en los «terreros» de mimbre. Otros operarios portean a hombro los cestillos hasta el lindero de la heredad; allí esperan los gañanes, muleros fijos de la casa, que vuelcan en los grandes cestos que ocupan el carro la fruta que les llevan. Todo está en regla: puede irse el muchacho. Y al hacerse esta reflexión,

se le encienden unas brillantes lucecillas en los ojos pardos, tensa el rendaje de su potro, le dirige a la carretera, y en ella ya, le hinca las espuelas en los ijares nerviosos. El hermoso animal, dando un salto de gamo, ha salido en desenfrenado galope, al aire sus crines de cabellera, abiertas de par en par sus narices húmedas y enarcada su opulenta cola. Va gallardo el caballero, tendido sobre el luciente pelo negro del noble bruto. Lleva silla jineta de borrenes muy altos, pretal cincha y ataharre de buen cuero rojo, cabezada y freno con adornos de plata, bridas de trenza, estribos vaqueros. Las haldas de su poncho campesino flamean sobre los costados del hipogrifo. A todo correr por la llanura castellana, recuerda los bravos infanzones, que con igual *atondo* o *loramen* de jaez, partían por el año mil, en guerra hacia el moro, desde esta Tierra de Campos, guiados por sus condes y obispos, martirizando los vientres de sus jacas, al aire el *mofarrex* o túnica hendida, que descubre sus bragas de lino, y en el brazo la robusta lanza o la espada ancha, cubierta su cabeza con el *capiello* de cuero, y sobre éste, el yelmo forrado que le defiende de alfanjes y gumias. Cuanto más corre el potro leonés más le acucia su dueño, que lleva ansias en la mirada y deseos insaciables en el corazón. Sin amenguar la carrera va dejando atrás Villalcázar de Sirga, Revenga, Población de Campos, y tierras y más tierras, hasta que de un frenazo violento pára en firme su caballo, que babea espuma y está manchado de polvo y sudor amarillo, temblando aún sus finas y nerviosas patas. Está en Frómista, la vieja *Fromesta* del conde Sancho de Castilla y su hija

doña Mayor. Al ruido de los cascotes de la jaca, asoman por el portón de la corralada unas manos blancas y suaves, manos de seda antigua, descolorida y preciosa; y se abre el postigo lateral y aparece Blanca, la flor encantadora y frágil, con un talle mimbreño que parece presto a troncharse, apenas insinuadas en sus caderas tenues las formas de mujer, con su busto de infantil belleza y su cuello largo y delgado como las vírgenes del Perugino. En la faz encendida del mancebo florece una sonrisa de felicidad; sus ojos, que tienen, como los de un felino, puntitos luminosos, se hunden en el azul de aquellos iris que son un pedazo de cielo en una tarde serena. Es rubia la chiquilla, con guedejas de oro y de miel; y es la piel de su cara de una palidez transparente, y son sus labios del color del coral. Blanca, exquisita y preciosa, es una reliquia de marfil.

El mozo se apea, murmura un requiebro apasionado a su virgen rubia, aprieta contra la fortaleza de su pecho aquellas manos de muñeca, y pone sobre las rosas de sus deditos un beso de pasión.





IV

El «Rapiña».

AL mismo tiempo que los sucesos narrados, otras escenas muy diferentes acontecían en las habitaciones interiores de la casa de Blanca.

El dueño de la vivienda, padre de la gentil criatura que acabamos de ver, sentado ante la mesa de pino que la carcoma roe hace años, sostiene agria conversación con un labriego de la localidad. La estancia grandona, destartalada, con paredes gibosas y lagunas de tierra en el solado de baldosas bermejas, carece de muebles y de adornos; sólo hay un viejo sillón de patas recompuestas y dos sillas de enea de la misma edad que el sillón y la mesa; detrás de éste, un pequeño arcón de nogal, donde el *Rapiña*, que con tal mote le nombran y conocen en Frómista, guarda sus escrituras de pacto-retro, sus contratos de préstamo, sus billetes de banco y sus talegas de plata. En la parte frontera, dos cortinas de percal rameado, colgantes de barritas de hierro, forman una especie de alcoba encubriendo un mísero camastro en

el que reposa de noche la escuálida figura del usurero.

—¡Ave María! ¿Se puede pasar?—había dicho el *Mico* bajando la voz temblona y rozando apenas la puerta con los nudillos de su mano encallecida.

—¡Adelante!

El *Rapiña* no levantó los ojos de los papelotes que absorbían su atención. De pie, mudo, esperando con sumisión de siervo que el hombrecillo se dignara mirarle, permaneció el *Mico*. Era un viejo pelantrín, harto de cavar y de hambre, encorvado por tantos soles como azotaron sus lomos. Azorado daba vueltas y más vueltas a su boina raída entre las manazas negras. Por fin el avaro se quitó las gafas roñosas, miró al pegujalero con insolencia y en tono áspero y cortante preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

—Pues yo venía—comenzó humilde a contestar el visitante—, yo venía al tanto de que me acaba de dar una citación el alguacil del juzgao, y dice que tenemos juicio mañana; que le debo a usted cuatro mil riales, y que si no le pago me embarga la casilla y me echa usted a la triste calle.

—¿Y qué?

—Pus que yo digo que eso debe de ser una equivocación, con perdón de usted.

--Eso es ni más ni menos lo que me debes, *Mico*; pa que te enteres.

—Es que usted me prestó dos mil riales pa la siega del año pasao, y ahura me dice el alguacil que son cuatro mil riales.

—Y bien dicho está y en el juzgado están las cuentas; y si no vas conforme, pon pruebas.

—¿Pruebas? ¡Pa qué! Aunque yo supia de esas cosas, lo mesmo me daba. El señor Francisco, el juez monecipal, no dice más que lo que usted diga. Eso ya lo sabe tol pueblo.

—El señor Francisco es un hombre justo y na más. Si es amigo mío, eso no tiene que ver; ¡y bueno sería que no lo fuera! ¿Quién le hizo juez? ¿quién le salva de los tropezones con el de primera instancia? Bueno, pero eso a ti te importa un pepino. Tú, a pagar o a soltar la casa, ya lo sabes.

—Señor Eliseo, ¡por mis hijos!, que son ocho y mu menúos, que se me van a aterir este invierno en una cueva; ¡que a una cueva tendré que dirme si usted me echa de casa!

—¿Y a mí que me cuentas? ¿Te crees que voy yo a mantener tus hijos? Además, no hace falta que te vayas de casa. Tú me vendes la casa por la deuda; yo te la arriendo, y en paz. Total, cinco duros al mes.

—¡Por la Virgen del Castillo, señor Eliseo! ¡Si la casilla vale tirá dos mil pesetas y usted me ayudó con dos mil riales hace un año!

—¡Pues a pagar, sinvergüenza! ¿Qué quieres tú, mi dinero y tu casa?, ¿que yo te ayude y que no me pagues?

—Mire usted, señor, que he tenido mu mala a la mi Ramona y se me murió el burro grande por las Candelas; y somos muchos a comer pan y sólo mi cuerpo pa ganarlo, ¡mi cuerpo, ya ve usted, con lo cascao que está!

—El dinero o la casa; y se ha acabao.

—Bien está; nos iremos a otro pueblo o a la carre-

tera... ande podamos. Mañana pue usted quedarse con la casuca.

Y más encorvado y más temblón que antes, marchóse arrastrando los pesados borceguies y sufriendo en el pecho la desgarradura de todos los dolores, los suyos y los de su mujer y los de sus hijitos, abandonados de la fuerza y de la justicia, en un mundo que no se hizo para la felicidad de los pobres.

Ninguno de los vecinos de Frómista habría podido precisar la edad del *Rapiña*. No era una cara la suya como todas las del país, cobriza de color, con facciones rígidas, con arrugas de madera; por el contrario, su piel desangrada más parecía muerta que viva; sus ojos grises, de un gris de acero, no miraban nunca de frente como los castellanos viejos. Verdad es que el *Rapiña* no había nacido en Tierra de Campos. El *Rapiña* cayó un día en el pueblo que seguía soportándole, y cayó como si le hubiera parido una nube de tormenta o le hubiera lanzado un avión. Se metió en una casuca miserable y trapicheando con baratijas de buhonero y comprando lana y vendiendo comestibles, hizo sus primeros miles de pesetas. Entonces puso cerco a una muchacha del lugar, rica y sola en el mundo y no muy despierta de magín; y así, en un decir Jesús, hallóse el ambicioso con su caudal doblado y una sirvienta gratis y otros cuantos saquillos de peluconas, que pronto salieron de sus añosos escondrijos para centuplicarse a costa del sudor y de las penalidades de aquellos labradores y terratenientes.

Un año estuvieron juntos los cuerpos de los esposos, mas no así sus almas, que jamás pudieron enlazarse.

Isabel se encargó de las labranzas de la casa; y el *Rapiña* desentendióse de los afanes del cultivo, sabedor de las buenas manos que tañían el pandero, y se dedicó totalmente al préstamo usurario en todas sus variadas formas y extendió su radio de acción de tal manera, que en todo aquel distrito judicial fué conocido y honrado como el menos escrupuloso de los prestamistas sin conciencia.

Próximamente al año de su enlace, Isabel dió a luz una niña, y el parto la cogió maltratada y débil de tanto trabajar y de tan poco comer; y así como la flor que cuando cuaja su fruto se amustia y deshoja, así murió Isabel, dejando en el mundo el fruto de su vida y contenta por dejar la vida al mismo tiempo.

El caserón donde el *Rapiña* vivía era inmenso, de adobes descarnados por el ataque demoledor del tiempo. Solamente el hastial hiciéronlo de piedra de sillería formando un sencillo arco romano; solamente los alféizares de las dos únicas ventanas que se abrían en el piso alto, fueron construídos con dos piedras calizas, labradas sin arte ni esmero alguno. De día, un silencio pavoroso dominaba en todos los ámbitos de la casona. Pero en llegando la noche escuchábanse por toda ella los más extraños ruidos: unas veces eran pasos callados que amordazaba la cautela; otras, gritos de rabia y de dolor; otras, rugidos sofocados de fieras rabiosas. El *Rapiña* velaba en su cuarto, cuya puerta había cerrado cuidadosamente con una alda-ba gitana de insuperable seguridad, y gozaba los placeres misteriosos de su vida de avaro, o dormía con resoplidos de fragua. Ya sabía él que todo aquel barullo promovíalo una legión de gatos, que en lle-

gando las altas horas de la noche, congregábanse de tiempo inmemorial en los salones y paneras de la casona, para lograr sus amores o vengar sus odios, para hartarse de carne a costa del ejército numeroso de ratas y ratones que correteaban a la husma del trigo o de los yerros, o quién sabe si a maullarse los sucesos del día, y de paso murmurar de sus amos, los hombres odiosos. Al principio, los vecinos de Frómista llamaron Eliseo al forastero, pues así dijo él que le pusieron en la pila. Después, con ese afán que los pueblos tienen de bautizar por su cuenta con un mote que describe al nominado, substituyendo el patronímico de un santo a quien nada se parece, llamáronle *Rapiña*, y de este modo pintaron su condición de usurero y su ansia de apoderarse de los bienes de los demás contra razón, pero no contra ley, que en esto el *Rapiña* era sabio y astuto como un zorro viejo.

La pequeña Blanca fué creciendo rápidamente cada vez más seductora. El *Rapiña* amó a su hija y amó por primera vez, porque el amor a los hijos lo puso Dios en el alma de tal modo independiente de la voluntad, que fuera de ella o contra ella nace y se fortifica. Jamás quiso a hombre ni a mujer; ni a su esposa, con serlo y haber sido una santa; y es que en estos quererres entra más el libre albedrío; pero el cariño a los hijos se impone irremisiblemente, y así se ve en las fieras: la hembra no siente apego ni afición por el macho, pero se deja matar por el más insignificante de sus cachorros. Además, la nena era una espigueta de trigo, tan rubia, tan blanca, que no podía ir el ama con ella por las calles sin que la comieran a besos la carita menuda, que reía jubilosa.

Y así fué creciendo cada vez más risueña, cada vez más bonita, y llegó a ser el encanto de los vecinos y el regocijo de la calle, y sobre todo la loca idolatría del *Rapiña*.

Aquel hombre que ante la miseria clamante de rodillas a sus pies, y ante la hermosura que hecha un mar de llanto pedíale compasión, y ante el viejo que sollozaba o la niña temblorosa que pedía piedad, no movía un músculo de su cara, y ni la ternura ni la tragedia lograban de él más que una orden seca y restallante de acabar pronto el desvalijamiento legal; aquel hombre se quedaba mirando a su hija, quieto, hipnotizado y los ojillos de la nena, cuando le miraban los ojos, y las manitas hechas con pétalos de rosa, cuando pasaban y repasaban sobre la cara pálida de su padre, hacían que brotase de allá dentro, de las ocultas fuentes donde mana el amor algo caliente y tembloroso que iba subiendo por la medula y le taladraba el cerebelo, y agolpándose por fin a la puerta de los ojos forzábala y saltaba en lágrimas, que corrían tibias sobre las mejillas a hundirse en las comisuras de la boca, abierta para llorar y para bendecir al mismo tiempo. Y según crecía la pequeña, aumentaba la adoración que en su padre iba produciendo; y así cuando ya sabía corretear por entre los guijarros difíciles de las callejas pueblerinas, no era raro verla huir, riendo a carcajadas, perseguida por el hombrecillo de la tez sin color, que la gritaba aprendiendo a reirse y poniendo para lograrlo muecas que hubieran hecho llorar. Al principio, cuando Blanca era pequeñita, para él lo primero era el oro, después Blanca; más tarde, cuando los años

la colmaron de gracias y de hermosuras, fueron a la par la niña y el oro; pero ya mujer, arrogante, esbelta, exhalando virtud, rezumando alegría y demostrando agudo intelecto, antes que el oro, pero mucho antes, fué Blanca, la hija del corazón.





V

La «Guinda».



TEMPRANITO, porque así lo piden las costumbres camperas, se tiró don Martín del alto lecho, muelle y relimpio, formado de gruesos colchones y blancas sábanas de tejido casero, que aromaron los membrillos en el arcón de castaño. Abrió la ventana que daba al campo y un aire embalsamado que perfumaban las flores silvestres del páramo, la salvia, el tomillo, la menta; un aire templado por el sol radiante y humedecido por el rocío mañanero, irrumpió alegre y lleno de vida en el dormitorio del madrileño. Y éste sintió en sus nervios una pujanza y en sus músculos una elasticidad que eran patente de salud, y tal vez por ello, retozándole por toda el alma jocosas alegrías, abrió la boca aspirando con deleite refinado el aroma de la tierra; y se vistió ligero, canturreando una musiquilla banal; poco después, frotándose las manos, bajaba a la cocina en busca del desayuno.

—¡A ver, sobrina, el chocolate!—gritaba como un

chico en fiesta—. Manuela, no me hagas esperar, que me muero, y tú, *Guinda*, ordeña a escape a la *Pinta* y tráeme una jarra de leche que humee.

—Qué contento se levanta hoy el tío—dijo satisfecha Valentina, que trasteaba entre ollas y ropa blanca—; así me gusta verle y no como cuando se pone filósofo y pensativo. Vaya, ¿a que ha dormido usted toda la noche de un tirón?

—Enterita, y es de notar que en Madrid despierto a las tres de la mañana en punto, inexorablemente, y no vuelvo a cerrar los ojos hasta que me he leído un montón de páginas. ¡Ah, el campo, el sol, estos alimentos, esta paz!... ¡Esta paz!...

—Es paz para usted—añadió la hermosa morena—, paz para usted porque su batalla la tiene en otra parte. Cuando un campesino va a Madrid, va en pos de su paz, y entre aquel barullo y entre aquellas diversiones la encuentra, porque su lucha la dejó en el pueblo donde vive de continuo. La paz, como la guerra, como la tristeza o la alegría, como la diversión o el aburrimiento, no existen fuera de nosotros, sino dentro de nuestra alma. El triste encuentra su tortura en uno y otro sitio, y allí mismo, a la misma hora, el alegre cree recoger alegría que le viene de fuera.

—¿Y ahora quién filosofa, sobrina? ¿Quién se pone pensativa y discurseadora?

—Tiene usted razón, tío, y, además, tiene usted la culpa, por darme tanto y tanto libro a leer, en donde se aprenden muchas cosas que a veces me harán parecer una ridícula bachillera sin darme cuenta de ello; y en desagravio de lo que hice y dije, ahí va ese

tazón de chocolate que huele a cacao y tiene azúcar y canela nada más; que como se hace en casa, nos consta que no lleva polvo de ladrillo.

Manuela le sirvió un plato de succulentos picatostes y la *Guinda* llegó con una jarra de cristal cargada de leche hasta los bordes, por donde la espuma de nieve, recién salida de las ubres mansas y generosas, reverteía vaheando perfumada y tibia.

—¿Se marcharon todos?—preguntó don Martín entre una y otra tostada.

—Todos—contestó la Manuela—; en las recolecciones no se descansa. El señorito Pedro fué a Villasirga; el amo en los lagares estará.

—¿Quieres que vayamos a buscar a tu primo en mi «cacharrillo»?

—No, hoy por la mañana no puedo: tenemos comida. Si quiere usted me acompaña a misa, nos damos después una vuelta por el pueblo, y luego yo me vuelvo a casa y usted se marcha con su coche.

—Acepto, y ahora mismo.

Valentina subió con su doncella para vestirse un sencillo traje de calle y adornar su belleza trigueña con la mantilla de blondas. La *Guinda* era una doncellita de Córdoba, llevada a Madrid por doña Elvira y arrebatada hasta Carrión por su sobrina, que gustó mucho de la charla algarera de la andaluza, charla de pájaro, desenfadada y gorjeante, que tenía mucho de cantina. En el pueblo rebautizaronla bien pronto; su cuerpecillo fino y cimbreante, y su carita llena de colores encarnados, lograronla el sobrenombre de la *Guinda*, y sólo llamándola de este modo sabíase en Carrión que se trataba de la cordobesa.

Así que ama y doncella cerraron la puerta del gabinete, que parecía una azucena en flor, blancos los muebles laqueados y las ropas de hilo y las telas de seda y las paredes de estuco, sinfonía de luz, todo limpio y luminoso, como el alma de su dueña, puso la *Guinda* una caruca apicarada, guiñó un ojillo travieso y dijo:

—Le he visto, señita.

—¿Cómo?

—Que le he visto.

—¿Dónde?

—En la plasa. ¡Ay, maresita de mi arma! ¡Qué oja-so má miedoso! Tiene ojo de ladrón...

—Pero chica...

—De ladrón de corasone, señita; y aluego, con aquella cara morena que resuma sal de Cadi, y aquel pelo ondulado, má negro que la envidia... ¡Ay!, la que yo la tengo asté, señita de mi vía.

Valentina escuchaba arrobada con el alma en los ojos y el corazón alborotado.

—Sigue... ¿qué más?

—Verasté. Yevaba er poyo uno legui mu briyante y uno pantalone de eso que le disen briche, que... ¡ay, qué pantalone! ¡Con lo que a mí me gustan lo pantalone!...

—Vamos, anda, pesada.

—Bueno; y en dipué una chaquetiya de punto que dejaba ve su epaldota de muraya. Un güen mosito, como pa tirase por él der moño con cuarquiera.

—¿Y quién te dijo que era él?

—Pue él.

—¿Cómo él?

—El.

—El diablo que te entienda.

—Misté, señita. Sigún que él andaba dando má güerta que er burro de la noria de casa, en mala comparansa, asierta a pasar por la plasuela la Pisia, su criá, ¿sabusté?, y mira pa tos laos y en cuanto que me guipa a mí y ve a su señorito, va y se aserca a él y le dise no sé qué, y los dos se me quean mirando y aluego se viene hasia mí la presiosidá de su novio de uté y me dise, dise...: «Ya no le farta na a mi nena, porque lo tie to, y además te tie a ti, *Guinda*.» Misté, lo de *Guinda*, é que en su boca, que é mu grande y mu húmeda, me sonó a requiebro, y uté perdone, que no é má que una comparasión.

—Veo que me vas a desbancar.

—¡Ay, no será verdá, señita de mi entraña! ¿Cómo iba yo a poer con esa gentilesa de mi ama, que pae-se la emperatrí der campo y con esa mirá que entontese, y esa vo grave y durse, que suena lo mismo que la campana de la iglesia de mi pueblo, que hasta que no se paran de tocá no entra nadie en misa pa no perdé sonío.

—¿Y qué más te dijo?

—Pue dise: «Chiquiya». Bueno, é pa caerse de espar-da, porque lo dise con una dursura... Bueno, pue dise: «Chiquiya, va a desí a la gloria de lo ángele seletiale, que tiene la suerte de tené en casa, que ya está en er pueblo el hombre más enamoraó de la tierra, sin excluí ar Romero y la Julieta, y ar Pablo y su novia la Virginia, y a eso tonto de amante de Terué»... No sé si me dijo de Terué o de Arbasete... Bueno, uté lo conosará. «Y la va añadí que si tarda na má que

una hora en avisá dónde no vemo, pue irse cosiendo a escape lo luto, porque no la va dar tiempo si que cumplí.» Conque yo, que le etaba ecuchando como ar mismo San Grabié, fui y le dije: «Bueno; yo a mi señita la trato y no la trato; cosita que la moleste, ni que me hagan raja; ahora, si é de su gusto, a patita coja voy por la caye en día e mercao.» Y entonse va él, y con un aire mu señó y mu nobiliario, me planta en la mano un ojo de güey, me la sierra con fuersa, me hase haser er molinete de un empujón y me grita: «Niña, a tu obligasión, que urge...» Y aquí estoy.

—Pero ¡qué sinvergüenza eres! ¿Quién te manda a ti coger ese dinero?

—Pos no la digo asté que él mismo.

—En fin, ya está hecho. ¡Ay!, qué *Guinda*.

Habiase terminado de vestir, y ante la luna envidiosa de su armario, colocábase el encaje sedeño de la mantilla, cuando resonó en la escalera la voz impaciente de don Martín:

—¡Valentina! ¿pero no acabas?

—¡Voy!—gritó—. Anda tú, arréglate para que llegue al señorito Fernando esta contestación: «Por la tarde, a las seis, en la viña de uva blanca de Benevivere.» Andando.

Y de un salto ágil y encantador, traspuso el quicio y bajó la escalera como si volase.



VI

Así son los castellanos.



RECATADOS y modosos atraviesan tío y sobrina las rúas de la ciudad hasta la iglesia de Santiago. Un mullido piso de polvo y de añeja basura cubre todo el camino de las calles; según avanzan, levántanse ejércitos de moscas, que de nuevo se abaten sobre no sabemos qué podredumbres golosas. El sol, magnífico en su radiante desnudez, sobre el azul soberano del firmamento, lanza contra la tierra sus llamas purificadoras y asépticas, que cuidan de la salud general y evitan terribles epidemias. ¡Ah, el padre sol, poderoso higienista de los pueblos sucios, abandonados, en donde los microorganismos de cien dolencias diferentes se desarrollan sin medida y mueren alanceados por los rayos del astro rey, tan microbiciadas, tan saludables!

Al llegar a la iglesia de Santiago, situada en una vía angosta y retorcida, con miserables tenduchos y tejados enanos, don Martín se para en la acera opuesta, arrobado ante la vetusta fachada. No puede

pasar por aquel sitio sin detenerse contemplativo, lleno de placer, a mirar el precioso pórtico románico del templo edificado en el siglo xi. Después suele entrar en la iglesia, dar una vuelta bajo las naves y salir otra vez frente al arco de entrada. La abundancia de ornamentación en los fustes de las columnas y en los capiteles le abstraen.

Y es verdad que son magníficas las figuras del Apostolado, con sus narices roídas y sus extremidades maltrechas, y del Padre eterno que los preside, majestuosa piedra llena de aquella ingenua serenidad que en época tan memorable derramaban los artistas sobre la humanidad roqueña de sus monumentos. Figuras audaces y hasta impúdicas se ocultan entre las grecas y hojarascas de los adornos; y la fachada toda, patinada por nueve siglos de activo vivir, es para el amante de nuestras glorias y de estas páginas pétreas, donde aquéllas se escribieron, y en las que nos fueron transmitidas, un atractivo que pára en firme los pies y hace abrir con éxtasis los ojos.

Fué más largo el regalo de esta contemplación con que se regodeaba don Martín que la misa que oía la sobrina; y así hubo de ser ella quien, cogiendo a su pariente del brazo, le dijo:

—¡Ea, tío!, que se va usted a quedar ahí como uno de los de la fachada. Vamos.

—Vámonos, pero por el pueblo, ¿no te parece? Yo no me canso de contemplar sus bellezas monumentales.

Y arrancándose al placer de aquellos sugerimientos, echaron calle abajo, por un camino zigzaguean-

te, indeciso, entrando por un lado y saliendo por otro, según donde había algo curioso que volver a observar. Y así atravesaron la Plaza del primer Marqués de Santillana, y la calle del Conde Fernando Gómez donde leyeron de nuevo la lápida de mármol, que dice haber nacido en aquella casa el 19 de agosto de 1398 don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, genial poeta castellano, jugoso fruto de esta Tierra de Campos, tan árida, tan seca. Iban hablando de cosas viejas que las casas vetustas y el ambiente recordativo traían a la memoria de don Martín, y fueron a parar a la iglesia de Santa María, precioso ejemplar de transición, donde Alfonso VI hubo de acogerse al seguro del Tabernáculo, tras de la sangrienta derrota de Golpejares, a una legua del soto de Macintos, en donde le acorraló el Cid después de vencer al conde Pedro Ansúrez, que mandaba las fuerzas del leonés.

De aquí salió—decía el tío señalando el atrio de aquel templo—, de aquí salió vencido por Sancho de Castilla y por el Cid, y desterrado a Sahagún primero y a Toledo después.

—¡Oh, el Cid! ¿Quién pudo contra el Cid?—exclamaba la muchacha, llena del soplo épico de la leyenda.

—No tanto, querida; no tanto, que este mismo Pedro Ansúrez, conde de Monzón, de Carrión y de Saldaña, derrotó al Cid en Lantada, antes de la lucha de Golpejares, ambas en los finales del siglo oncenno.

De nuevo se internaron tío y sobrina por diferentes calles viendo numerosas construcciones del siglo xv, firmes aún y evocadoras; contemplando la casa que

ostenta al lado de un típico ventanal y sobre un arco característico, el escudo de los Manriques y Velascos, sostenido por águila explayada; observaron en otras fachadas el escudo de los Hurtado de Mendoza; paráronse ante las casonas solariegas, que tanto abundan, con pórticos blasonados, señales de una corte de nobles, que nutriéndose con las riquezas de la comarca, daba a la villa de Carrión de los Condes tinte señorial y levantada grandeza. Y así puede explicarse que, como asegura el P. Las Casas, se ofreciese a Cristóbal Colón, en permuta del virreinato de las Indias, consignado en las capitulaciones de Santa Fe, «un estado en Carrión de los Condes, tan bueno como cualquier de los grandes señores de Castilla».

Siguieron deambulando al azar; ya no había murallas que les cerraran el paso: Enrique IV habíalas hecho demoler en el siglo xv, cuando desde Segovia acudió a rescatarlas del poder del duque de Benavente.

Al cruzar por un grupo de viviendas construídas en las márgenes de la carretera que conduce a Villalcázar de Sirga, salió dando regocijados gritos una mujer del pueblo que llevaba en brazos un niño rollizo y mantecón, igual que un angelote de iglesia.

—¡Señorita..., señorita! Mire cómo se me ería el pequeñín con la leche de la su vaca.

Y la mujer ofrecía el nene a Valentina, mientras él tendía hacia ella unas manos gordezuelas y pataleaba con sus muslillos rechonchos y reía con su boquita sin dientes, como ríen los niños sanos. La muchacha se lo comía a besos.

—¡Qué cosa más rica de criatura! ¡Bonito! ¡Encanto!

—¡Ay, señorita!, qué agradecidos estamos a su padre de usted; por él tenemos hijo, que había que ver cómo estaba.

—¿No podía usted criarle?—preguntó don Martín.

—Se me retiró la leche, señor; unas fiebres malinas, ¿sabe usted?, y como tampoco teníamos dinero para ama, ni para biberón, pues el pobre se iba muriendo poco a poco. Algunas vecinas me le daban un traguillo de cuando en cuando, robándoselo a sus hijos; pero nada, eso no engorda; hasta que me fui con el angelillo hecho uua piltrafa en ca el señor Bruno, y dende aquel día nos manda to la leche que necesitamos pal niño, hasta que se le destete.

—Eso es muy hermoso.

— ¡Ay, señor, semos muchos asil! Lo menos hay quince en el pueblo. Como que la *Pinta*, la vaca más bonita de Campos y más lechera de Castilla, no la tie más que pa los pobres. ¡Y dicen que tie genio! De esos genios queríamos en la villa un par de docenas.

—¡Ah! ¿De modo que tu padre hace cosas de esas a la chita callando?

—Y por Dios, no se le ocurría a usted hablarle de ello; se le arruga el entrecejo, frunce los labios y no hay quien le tiente la ropa.

—Así son, así. ¡Ah, los castellanos asperotes y duros! Así son, como el coco: por fuera hebras leñosas, cáscara de hierro, y luego en el corazón el agua fresquita, la carne de almendra, todo refrigerante, todo blanco.

Cuando retornaron a la casona, estaban ya las mujeres esperando a Valentina para «la colada». En el corralón ardía un gran fuego de leña bajo las trébe-

des; lenguas rojas subían lamiendo el cobre de la enorme caldera, donde el agua hervía a borbollones con mucha ceniza del hogar y buena cantidad de cáscaras de huevo; la lejía natural y casera, que pone el hilo más blanco que la nieve de la montaña. Valentina se cubrió con una bata sencilla y relimpia y fué ordenando los cestos de ropa que habrían de hervirse para ser luego expuestos al sol que decolora y seca el riego frecuente con que la tela se remoja.

Entretanto, y en otro extremo del corral, don Martín daba un limpión a su cochecillo y repasaba sus piezas más delicadas para evitarse un mal accidente.

Una gallina clueca, esponjada, cautelosa, bravía, conducía veinte polluelos de juguete, veinte bolitas de seda amarilla y roja. Un perrazo husmeaba de rincón en rincón; dos gallos jarifos amaban sin cesar a las fáciles hermosuras de sus harenes; una bandada de gorriones desvergonzados picoteaba en todas partes, hasta en los portales de la casa, piando sin rebozo; y al chisporroteo de la leña uníanse esos mil ruidos imprecisos que forman la sinfonia dulcísima del campo; y sobre sus murmullos, como sobre un acompañamiento, saltaba brillante y cristalina la vocecita de la andaluza cantando aquella estrofa de Zurita:

Amapolas,
rosas ígneas de mi carne,
que está encendida de amores
y seca de soledades.



VII

Benevivere.

CON un poco de azoramiento ha dado Valentina las órdenes oportunas para efectuar la vendimia de las uvas blancas que han de paladearse como postre de mesa. En la vertiente de un collado que mira al Mediodía, entre el grueso de cepas con fruto negro para el lagar, tiene Bruno Castro media aranzada de verdeja, moscatel y teta de vaca, sabrosas uvas blancas, que cosechadas en sazón y colgadas en el desván de la casona, abastecen la mesa del amo hasta pasadas las Pascuas de Navidad. Su recolección está a cargo de mujeres de la casa, y es, mientras dura, razón de fiesta y motivo de meriendas alegres y paseos deliciosos para viejas y jóvenes, amas y criadas. En el carro que ha de traer las banastas llenas de los racimos de miel fueron la Manuela y otras dos mujeres, que desempeñan distintos oficios en casa del alcalde. Sobre una borrica cenicienta, paramentada con amplias aguaderas de mimbre, cabalgaron Marta, la criada agrícola, y la *Guinda*, que

comportando en las rodillas sendos capachos de junco dirigiéronse por caminos de herradura a los cabezos de Benevivere.

Cuando esta pequeña cuadrilla estuvo en marcha, don Martín sacó el cochecillo, y montando en él con su sobrina, lanzóse hacia la carretera que había de conducirles al punto de reunión.

—Tío—decía Valentina dejando al aire jugar con la densidad negra de sus rizos—. ¿Usted conoce a mi novio?

—De cerca, de cerca, no.

—Pues tal vez esta tarde le vea.

—¿Lo crees tú?

—No es que lo asegure.

—Pues yo sí, ya ves. Y aseguro más: que os habéis citado; y más aún: que después de haber dado mil vueltas en tu magín a la fórmula que deberías emplear para irmelo notificando, empiezas ya con ello.

—¡Pero qué retuno y qué relisto es usted!

—Y qué rebueno, debías añadir, Valentina; porque a pesar de saber todo lo que disgusta a tu padre este noviazgo, del que no le creo enterado con detalles...

—No sabe gran cosa, no.

—Bien, pues aun exponiéndome a que tengamos una que sea sonada, os ayudaré; sobre todo, si llego a convencerme de que los propósitos del muchacho son dignos de favor.

—Si no fuera por miedo a que se le torciera el volante y nos matáramos en la cuneta, le daba a usted un abrazo como para que no se le olvidase en la vida.

—¡Zalamera, engañadora! Eso ya lo sabes hacer,

ya; pero tener confianza en el tío y contarle lo bueno y lo malo del asunto, ¡ah!, eso de ningún modo.

—¡Pues no he de contarle, tío de mi alma! ¡Qué más quiero yo que tener unos oídos que me escuchen hablar de Fernando, y un corazón bondadoso que me comprenda y me disculpe, y un cerebro como el de usted, tío Martín, macizo de letras y sabiduría, que me dé consejos sanos y acertados!

—¿Tanto le quieres?

—Mucho, pero mucho. Sin exaltaciones, ¿sabe usted?, sin esa manera, extremosa en la expresión, propia de otras mujeres más meridionales que la castellana.

—Ya sé que vosotras conserváis la serenidad fría y la compostura modosa y severa de aquellas matronas de Castilla, que eran recatadas antes que enamoradas; y sólo en el misterio de sus tálamos abrían el horno de su pecho y lanzaban fuera de sí las llamas de la pasión, que hubieron de mantener ocultas como en un cofre hermético.

—Muy bonito, y además cierto.

—Pero Fernando ¿es bueno?

—Para mí es un superhombre.

—Sí, sí; claro. ¡Ah, el amor! Fijate qué poco podemos fiarnos de él, cuando, además de ser ciego, le vendan los ojos. Tu padre, de quien tengo levantado concepto...

—El que se merece, tío; el que tienen todos cuantos le conocen.

—Pues bien: si tu padre, que es como decimos, ve mal estas relaciones, señal de que el doncel no merece a la doncella.

—Según lo que se mire de él. Mi padre ha de tener y tiene un mirar y un razonar distintos de los míos. En el matrimonio hay un sacramento y un contrato; son dos aspectos bien diferentes de un acto mismo. Por el sacramento, según dice la Iglesia «sed dos en uno; amaos como Cristo amó a su Iglesia», nos llega el amor; y en esta edad cuajada de ilusiones, creemos que el amor es todo en la vida. Pero mi padre, los padres, miran del matrimonio el reverso de este anverso y no ven más que el contrato; y así estudian las prendas particulares de quien ha de formar sociedad con su hija, la sociedad conyugal, que tiene sus complicadas normas en la ley. Y de este modo puede darse el caso, y se da con mucha frecuencia, que quien podría ser magnífico marido para el sacramento, sea mediano para el contrato matrimonial, y viceversa.

—¿Pero quién te ha metido a ti en ese cráneo tan adornado y tan lindo esa tonelada de filosofía?

—De todo anda usted bien, menos de memoria. Si es a usted a quien se lo he oído varias veces; y tan bien me lo aprendí, que vestida con sus plumas salgo hecha un pavo real.

—Tu padre asegura que Fernando es un ser inútil, un insubstancial, un hombre que no sabe hacer nada, ni quiere trabajar en nada; uno de esos aristócratas sin oficio ni beneficio, últimas y descoloridas flores de aquella antigua nobleza, que en su tiempo tuvo razón de ser y cumplió una importante misión histórica y social, y trabajó mucho y dió su sangre repetidas veces, y tomó a su cargo el primer empleo del hierro, que antes ha de ser espada y luego reja de arado.

—Mi padre es un hijo del pueblo.

—Tu padre parece uno de aquellos villanos que fundaron los primeros municipios. A mí me da la sensación de que sobre sus espaldotas pesan todos los rencores añosos, todos los viejos odios de aquellos siervos de la gleba, de los que hacían sernas para los nobles y los monjes. Tu padre ha heredado todo eso; y una coraza de civilidad popular le cubre el alma hasta los pies.

—Mi padre es un caballero antiguo.

—No vas descaminada; en Bruno y en otros muchos, muchísimos hombres de Castilla, subsiste y se reproduce el carácter caballeresco y peleador de la Edad Media; en estos campesinos, mitad labradores mitad hidalgos, todavía se vislumbra a través de la sobriedad de sus costumbres, de su fe religiosa y de sus nobles ocupaciones agrícolas, cierto grado de atávica altivez y de señoril independencia. Y así les duele y les embravece topar con esos otros ejemplares de la vieja raza, que por razón histórica se obstinan en mantener una superioridad personal y social por encima de sus coterráneos.

Habían llegado al pago donde los racimos de ébano circundan las esmeraldas de las cepas verdejas, el topacio pecoso de las moscateles y la enorme amatista de las teta de vaca. Don Martín refugió entre un bosquecillo de olmos centenarios su Citroën, y atraído por los gloriosos recuerdos de las ruinas cercanas, se encaminó al triste solar en donde vivió erguida, durante varios siglos, la famosa Abadía de Benevivere. Raído está el suelo, por la avaricia ignorante y canalla de los democratizadores sin conciencia, ni



noticia, de las grandezas que ponían en sus manos. Este hermoso edificio, más bello aún que el de San Zoilo, había logrado salvarse de las guerras que ensangrentaron los siglos xiv y xv; libró su pureza artística de la inundación churrigueresca del siglo xviii, y tuvo la suerte de no perecer a manos de los franceses devastadores en el siglo xix. Poderoso fué el monasterio, fundado en el siglo xii por Diego Martínez Sarmiento, quien le donó heredades en los pueblos de Poza, Saldaña, Villota del Páramo y Celadilla con sus iglesias, montes, arroyos y vasallos, que el fundador poseía por gracia del rey don Alfonso. ¡Ah, los cenobios castellanos del primer milenio! ¿Quién, con más poderío? ¿Quién con mayor riqueza? Hacían todas estas donaciones los nobles de aquel tiempo para que el abad les «recibiera por familiares», y así don Suero y doña Sancha al enriquecer la Abadía de Benevivere «danla sus cuerpos, para que sean enterrados cuando fallezcan; y recibirán del monasterio, por los días de su vida, cuatro eminas de trigo de la medida de Carrión, doce canadellas de vino y un cerdo; y si muere uno de los cónyuges, recibirá el otro la mitad».

Y estos ejemplos cunden entre la multitud de grandes señores, que son grandes cristianos a la par; y de este modo, Martínez Sarmiento se declara siervo de los pobres de Benevivere, y da a don Pascual Abad, y a los monjes presentes y futuros, todo lo que posee en Villanueva, San Nicolás de Villafañe, San Martín de Modra, Villacastín y Becerrilejo.

Tiempos de esplendor para los institutos monacales; esplendor providencial, que hizo de los conventos

refugio de algunos tímidos o haraganes, que esquivaban el trabajo duro de los siervos y el oficio peligroso de soldado, huyendo del estruendo y furor de las batallas, para vivir a veces una vida de estudio y de oración, copiando códices, miniando manuscritos, escribiendo crónicas, transmitiéndonos íntegro, y aun mejorado, todo el saber de la antigüedad, que tan a pique estuvo de perecer entre las turbulencias medioevales.



The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the growth of the nation to its present boundaries. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the Republic, the struggle for the abolition of slavery, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern history of the United States.



VIII

Los del Real Castilla Football Club.

POR entre la pompa de las vides que olían a fruta madura, a hojas secas y a mosto dulce, iban las mujeres cogiendo los racimos de esmeraldas y oro. Valentina, absorta en íntimo coloquio consigo misma, tenía puesta la mirada en el infinito del firmamento; sentada sobre el césped aterciopelado de un lindero, esperaba. De pronto el golpeteo de recio galope, hízola fijar la atención en la cinta clara del camino, y una sonrisa toda luz puso colores de amapola en sus mejillas y más brillo en las aguas profundas de sus ojazos negros. Llegaba a todo correr, sobre un overo gallardo, el príncipe de sus sueños de felicidad, a quien había entregado su alma, con aquella encendida renunciación que ilumina los amores primeros.

El mozo arrogante y gentilísimo descabalgó ante ella de un salto ágil, y destocándose con gracioso ademán el sombrero plata de enormes alas y doblan-

do con heredada elegancia el cuerpo alto y musculoso, dijo en su tono habitual, mezcla de broma y veras:

— A los reales pies de la emperatriz de la hermosura y de la dueña de los ojos más grandes y más negros que se conocen en el mundo, museos incluidos.

— No, si eso de que tú no tendrás formalidad en toda la vida, ya me lo sé yo de memoria.

— ¿Pero cómo quieres que tenga formalidad delante de una cara morena tan gitana como la que Dios te ha dado, para que me la prestes a mí cuando llegue el caso y sea de razón? ¿No ves tú, preciosidad, que ante lo que trastorna fallecen los discursos sesudos y huyen los saludos venerables, y no hay modo de hilvanar nada serio? Sólo sé decirte que eres lo más bonito de la tierra y del mar, donde aseguran que hay unas señoras sirenas que quitan la cabeza al que se emboba... que es lo que tú has hecho conmigo, precisamente.

— ¡Vamos, loco, calla ya y siéntate aquí!

Fernando trabó su jaca, se sacudió el traje de pana de elegante corte, se quitó los guantes de gamuza amarilla, y mirándose en la cara arrebolada de Valentina, sentóse a su lado, cerquita de ella, buscando el placer de su compañía.

— ¿Llegaste ayer, no?

— Ayer, como te dije en mi última carta.

— ¿Te has divertido mucho en Madrid? ¡Qué poco cuentas de esto en tus escritos!

— No es verdad, querida; te digo todo, todo lo que hago; y hasta en muchas ocasiones pienso que te

cuento más, porque cartas hay que más bien son revistas de *sport*.

—Sí, realmente en eso te extiendes con exceso.

—¿Lo ves? Pues como no hago otra cosa, de ello he de hablarte, si he de hablarte de lo que hago.

—No te creo, Fernando; lo que ocurre es que de tus conversaciones con muchachas de vuestra clase, de las reuniones en casa de tu tío, de tus noches de teatro y de baile, de tus jiras campestres, ¡ah!, de eso, ni palabra.

Soltó el muchacho una carcajada poderosa que rodó por la planicie como disparos de un arma de fuego, y contestó deteniendo la risa a duras penas:

—Eres bestial, querida, más viva que un Buick; hay que ver lo que inventas tú para sacar de mentira verdad. ¡Bailes! ¡Reuniones! ¡Jiras! Pues sí que iba yo a estar divertido, si me diera por esas tonterías. No, rica, no; tengo mejor gusto. Entrenarme para la carrera de doce horas con moto, cubrir mi puesto de *bachs* en el Real Castilla Football Club, hacer unos cuantos partidos de *rugby* o montar una jaca de polo, bien, eso sí, eso me arrebató y es toda mi ilusión; así concibo yo el empleo del tiempo en un muchacho que se precie de ser distinguido; pero charlar con niñas tontinas o cursis disfrazadas, y reunirse con señores sesudos y señoras antiguas, o leer sandeces en una biblioteca oscura, o escuchar gansadas a un orador que habla de ciencia que no entiende nadie, empezando por él, o de letras que no sirven para nada, no, eso ni lo sospeches siquiera.

Pues no creas que perderías mucho con leer algo, y mejor aún con estudiar algún libro.

—¡Ah! Ya está aquí la sabia; se me olvidaba que en esto de aprender historias eres una fiera. No creas que me parece mal, no; las cosas van bien por estos nuevos caminos; vosotras, las mujeres, a los libros, a la quietud de un rincón de vuestro gabinete; quizá, si se os aguza el ingenio, hasta lleguéis a escribir, como venía haciendo el hombre; y nosotros, los machos, al aire, a los juegos olímpicos, al atletismo. Si estuviera aquí tu tío, según es él, diría: «Como antes, los frailes, es decir, las faldas, a las bibliotecas; los hombres, los caballeros, a la guerra.»

Y Fernando reía a boca llena, ruidosamente, ahito de fuerza y juventud. Era un atleta bello, poderoso y tranquilo, sin afanes, sin inquietudes, con mirar inocente de niño unas veces, y apasionado de bestihuela en celo otras; un producto de esa raza de segundones aristocráticos, que mientras se les agota el cerebro por desuso, acopian «cultura» física para hacerse unos hermosos campeones de cualquier *sport*.

Se ponía el sol, y el cielo, tras de encenderse como un huerto de granados en flor, atenuó sus colores, vistiéndose de lirio y después de heliotropo, hasta convertirse en inmensa llanura de zafiro oscuro y misterioso.

Volvió el tío diciendo que era muy tarde ya y debían irse; además, la recolección había tenido que parar por falta de luz.

—Tío—dijo Valentina—, le presento a Fernando de Ansúrez y Manrique. Mi tío, don Martín Abia.

Saludáronse con elegante desenvoltura y conviniéron en que, en efecto, era hora de retirarse. Valentina y su tío adelantáronse a todos en el «cacharrillo»

de gasolina; a buena distancia de ellos galopaba Fernando; los demás, con el carro y las borricas, retornaron poco a poco, entre risas y bromas, que la noche apicaraba.

Por el camino fué Valentina diciendo a don Martín algo de la conversación que habían sostenido.

—¿Qué te parece?—preguntaba después la linda morena.

—Me parece muy natural; casi, casi, lo que tenía que suceder, aunque ello no sea de mi agrado. Se perpetúa la tradición, se reproducen los ejemplares primitivos. Hoy no hay reyes cristianos a quienes combatir, como Fernando Ansúrez, antecesor de este pollo, hizo al expirar el primer milenio con Ordoño II, que se vengó matándole en Tejares, cerca de Carrión; hoy no puede capitanear, como el conde de Monzón, que era otro Ansúrez, las tropas del de León contra el de Castilla, alrededor del año 1070; ni hay unos Laras con quienes pelear, como pelearon los abuelos de éste; hoy no podemos cantar a tu novio Manrique, descendiente de aquel don Gómez Manrique, que en el siglo xv era dueño y señor de la villa de Frómista, lo que de aqueste reza un famoso epitafio:

«Manriques sangre de godos,
defensa de los cristianos,
y espanto de los paganos.
Y pues tales sois Manriques,
no hay a do volar,
sino al cielo a descansar.»

No puede ejercitarse tu Fernando en estas proezas, pero puede jugar al *football* y al *rugby* y al polo. Si los Ansúrez y los Manriques de los siglos x y xv vieran hoy, jugarían al polo y al *football*. Tal vez padeciera la majestuosa traza de aquellos guerreros, vestidos con calzoncillos y camiseta y dando patadas a un balón, pero no tendrían más remedio que amoldarse; hoy no encontrarían otra ocupación más en armonía con sus facultades y costumbres; convengamos en que los Ansúrez eran unos bárbaros; y en días como los que corren, habrían de ser «defensas» o «delanteros» del Real Castilla Football Club. La historia se repite y los ejemplares-tipos se reproducen.

Valentina calló rumiando las ironías de don Martín; recordaba cómo a su novio se le iba quedando chica la cabeza y le iban creciendo los pies desmedidamente.





IX

La casa de doña Leonor Manrique García de Velasco.

EN una calle estrecha y repetidas veces acodillada, como si hubieran tratado de hacer una trinchera militar en lugar de una rúa urbana, se alza soberbio el palacio propiedad hoy de don Alfonso Ansúrez, casado con doña Leonor de Manrique, padres del joven y venusto Fernando, que a buen andar de su gallardo overo se dirige a la casa solariega, por entre las sombras de los callizos que las bombillas rojas, colgando de las esquinas, no logran esclarecer. La pétreo fachada, amorenada por los siglos, que dejaron en ella degolladuras y manchones herrumbrosos, muestra su reciedumbre medioeval, entre las casuchas miserables de adobes terreros que la circundan. Hay un amplio arco romano, que cierran unas puertas de fuertes tablones adornados y sujetos por grandes clavos de cabeza labrada, y un cincelado aldabón, tal vez arrebatado en la aljama de Toledo, cuelga del postigo. Sobre la clave del arco un escudo roído

muestra las armas de los Ansúrez, condes que fueron de Carrión, de Monzón y de Saldaña. Tras de las puertas vigorosas y subiendo un zaguanillo con rampa, se abre el atrio cuadrado, que rodean veinte columnas graníticas, en cuyos capiteles se yerguen los escudetes de veinte noblezas familiares. Encima de ellas se sostiene una galería de habitaciones. En el centro de este patio encuéntrase un pozo y sobre su brocal la típica armadura de hierro, pendiente de la cual se balancea un caldero de latón. Hay otra puerta de recia ensambladura que da entrada a las habitaciones bajas y al arranque de la escalera que conduce a los salones del principal. Las estancias de abajo son cocinas, dormitorios de criados, sótanos o silos para los frutos que traen los renteros, y para otros varios servicios. El piso superior lo habitan los señores.

En el momento de llegar Fernando, hállanse sus padres en el salón de respeto. Ambos, pero particularmente doña Leonor, gustan de pasar en esta cámara la mayor parte del día. Consérvase la estancia tal como la tuvieron los antiquísimos ascendientes de don Alfonso. Hay en ella una luz difusa, turbia y misteriosa, que penetra con notoria dificultad en la calleja estrecha, y más aún en el atrio de las columnas, y pugna por filtrarse a través de unas ventanas angostas, abiertas en el bárbaro espesor del muro de este palacio, que más tiene de castillo que de mansión. Un polvo milenarío cubre techumbres y paredes; un silencio señorial, una mudez que pesa como si fuera un cuerpo sólido, se extiende por habitaciones y pasillos. En aquel silencio cada ruido, por pe-

queño que sea: una voz en la calle, el ladrar de un perro, el roer de un ratón, cobra un eco solemne y misterioso. Visten las paredes de la cámara espléndidas alhagaras o paños de trama de seda con decoración geométrica, según el gusto mozárabe de los primeros siglos de la reconquista; los colores han perdido vigor, las líneas apenas se dibujan. Forman el ajuar del salón algunas arcas de madera, cubiertas con tapa a dos vertientes, tal como se ven pintadas en la Biblia de San Isidoro de León; un escritorio, un ancho atril de madera con soportes torneados y arquillos de herradura como adorno; un escaño de alto respaldar mullido, con cojines; algunos sillones de guadameci, tal vez fabricados por los últimos judíos que vivieron en Tierra de Campos, y varias banquetas, unas rectangulares de roble, y otras de tijera, con asiento de cuero sostenido por palos que imitan patas y garras de animales; era un salón tal y como el erudito Sánchez Albornoz lo describió en sus amenisimas *Estampas leonesas*. Todo el recato del palacio caía inmediatamente sobre quien entrase dentro de sus muros; se imponía su severidad respetuosa, se hablaba bajo, se caminaba de puntillas. Fernando era asimismo juguete de esta sensación, una sensación casi física; a la puerta de la calle quedaban su algazara, su humor moceril, sus burlas de muchacho despreocupado. La casa imprimía carácter. La casa y doña Leonor.

De talante austero, de porte señorial, con modales despaciosos llenos de ceremonia y dignidad, era doña Leonor el espíritu medioeval de aquella morada, el ser insustituible para habitar aquel palacio de los

Ansúrez en Carrión de los Condes. No se la concebía en casa de prosapia villana; no hubiera estado a tono con aquella mansión y sus paramentos próceres otra persona diferente de doña Leonor Manrique y García de Velasco, nieta de Osorios y Girones, de Nájeras y Sarmientos, de Padillas y Tovares, de Acuña y Menozas. Doña Leonor, de aventajada estatura, esquinada de cara y angulosa de cuerpo, macerada toda ella por los castigos del ascetismo, el dolor del decaimiento de la alcurnia y la escasez de buenos alimentos nutritivos, tenía un mirar de águila imperial; sus ojillos grises, en cuyas pupilas fulgían de continuo los reflejos metálicos del orgullo, miraban siempre con imperio y casi siempre con desdén; hablaba con lentitud y sabiduría sobre cosas de historia y heráldica, hablaba con unción de cosas santas, hablaba recia y tajante para dar órdenes o comentar sucesos del tiempo y del lugar. Ella no vivía en este siglo; vivía, sí, en Carrión de los Condes, pero en un Carrión del milenio pasado, cuando la Tierra de Campos tenía una personalidad histórica y una independencia absorbida después por la unidad nacional. Sólo el amor maternal, culminando a veces por encima de todos los demás sentimientos, la tornaba a su condición natural de mujer desde sus frías altitudes de noble. Al lado de doña Leonor, su marido, el heredero de los Ansúrez de Monzón, don Alfonso Ansúrez, apenas existe, no tiene voluntad, no dispone, no comenta, no habla. Es su manera abstraída; su tez rugosa posee blancura de estatua. Son severos sus modales y elegantes sus gestos. Tiene la aristocracia intelectual del silencio. Su alma en éxtasis

báñase de continuo en el misterio de pretéritas edades.

Cuando entró Fernando, sus padres, bajo la luz tenue de unas bombillas injertadas en los mecheros bronceados de antiquísimo velón, jugaban al ajedrez, separados por una mesa en forma de taula, de un solo pie, y utilizando un tablero de castaño y unas chatas figuras de marfil, tal como las usaban los caballeros diez siglos antes.

Don Alfonso ocupa un taburete de tijera y doña Leonor una cátedra de madera de ancho asiento y respaldo alto, ornado con recuadros e incrustaciones de metal y de hueso; así como debieron distraer sus horas alguna doña Adosinda con algún don Rodrigo en la época de Alfonso VIII de León.

La llegada del hijo no hizo mover ni un solo músculo la cara de su madre, ni arrugar un solo pliegue de su largo sayal de veludillo negro, de un corte especial de almexia antigua, con algunas concesiones a las batas modernas. Doña Leonor, sin separar su mirada penetrante de los alfiles y de las torres, alargó hacia atrás su mano abierta, que cruzaban venas oscuras y descarnada cordería de tendones encorados, y Fernando besó el dorso con todo acatamiento y sumisión. Don Alfonso alzó los ojos trabajosamente y saludó al hijo con un cabeceo callado. Fernando cogió un sillón de cuero, y procurando hacer el menor ruido posible, se colocó entre sus progenitores. Al sentirle a su lado la madre, volvió a él su cabeza, le inundó con una mirada tiernísima, y cogiéndole la cara estampó en ella dos besos de intensísimo amor. Los tic-tac del reloj de caja, que se escondía en las



sombras de un rincón, sonaban como pistoletazos. Fuera, el ambiente de fulva transparencia ibase ennegreciendo. De pronto, las parroquias lanzaron al vuelo sus campanas tocando a la oración. Fué un sonoro raudal de notas cristalinas, graves unas, triples otras, que irrumpieron en bandadas por la obscuridad recoleta del salón. La villa toda entera hacía-se sonora. Un himno inquietante, un dulcísimo quejido musical brotaba del cercano convento de Carmelitas, y por entre sus voces parecía filtrarse un hálito glorioso, estremeciendo, como las luces del altar, las almas de las monjitas vírgenes.

Doña Leonor apartó de sí con reposado ademán la mesa del juego, y quedó sentada en su sillón, como en el trono episcopal del presbiterio de una basilica. Inmediatamente abrióse la puerta de cuarterones y entraron en la estancia una criada vieja, la Picia; un criado del tiempo de don Alfonso y el mozo encargado de cuadras y trojes. De rodillas todos menos doña Leonor y el de Ansúrez, entonó aquélla, con dejos de canto llano, las bellas estrofas del Angelus, que corearon los demás. Después sacó de la pequeña escarcela que colgaba de su cintura un fuerte rosario de madera, y el murmullo piadoso de la oración convirtió el silencio de la cámara en un coro monacal. Terminado el rosario, doña Leonor desgranó padrenuestro tras padrenuestro, en una sarta inacabable de ruegos y plegarias; pidió por todo y por todos: por los príncipes cristianos y por los caminantes y navegantes; por las almas de sus deudos y por las almas en pecado mortal; por la gloria de los creyentes y por la conversión de los salvajes. Cuando esto hubo con-

cluido, la criada vieja trájola un tomo del Año Cristiano, el *Flos sanctorum*, y ella leyó la vida del santo del día, con una entonación majestuosa y humilde al propio tiempo, que llegaba al alma de los que la escuchaban.

Era el 11 de octubre y la Iglesia celebraba la fiesta de San Paciente, arzobispo de Lyon, en el siglo v de la Era Cristiana; y como su gran amigo Sidonio Apolinar, que luego fué obispo de Clermont; nacido en aquella ciudad francesa de singular importancia en aquellos lejanos días. De las páginas amarillentas del libro, escrito por el Padre Croiset, fueron saltando las virtudes y prodigios que habían asombrado a los Papas San Hilario y San Sulpicio; destacaban sobremanera las obras de caridad, y una noticia ignorada: la de que este santo, para remediar el hambre calamitosa que trajeron los bárbaros desmanes de los godos en el Mediodía de Francia, fundó los primeros pósitos conocidos, estableciendo paneras públicas a lo largo del Saona y del Ródano, salvando ciudades como Arles, Orange, Viviers y San Pablo de los tres Castillos.

En este momento, doña Leonor levantó su vista de las hojas del libro, quitóse sus viejos anteojos y comentó:

—Con lo cual le es debido a San Paciente un lauro que la historia puso en la cabeza, por todo extremo venerable, del Cardenal Jiménez de Cisneros, deudo de mi ilustre marido don Alfonso Ansúrez, pero imitador, que no primer fundador, al crear el pósito del pueblo de su nombre y otros con que favoreció la vida de España.

Levantóse hierática, hizo la señal de la cruz y despidió a la servidumbre, miró a su hijo con singular arrobamiento y volvió al interrumpido juego, hasta que fueron avisados para la colación familiar.





X

De vieja cepa castellana.

TAMBIÉN en la cocina labriega de Bruno Castro han rezado la oración de la tarde y preparan el fuerte yantar, que habrá de reponer las fuerzas gastadas en las faenas del día. Mientras tanto, platica cada cual de lo que más le agrada: Valentina y su ama, del amor y del encuentro vespertino; Pedro y el *Mellao*, de la distribución de vendimiadores para el día siguiente; Bruno y don Martín, de cosechas, de política local y de añejas historias; y, en fin, la *Guinda*, de lo que puede y con quien puede.

—¿Se pue pasar, señor alcalde?—la voz del alguacil resonó estentórea a la entrada de la cocina.

—Pasa, Pipo.

En mangas de camisa, con un grueso chaleco de pana y una faja purpúrea arrollada sobre el pantalón, entró la exigua autoridad municipal conduciendo a un hombre desgarrado y mengajoso, con la pelambre revuelta sobre la cara llena de costras de porquería.

—¿Pa qué traes a ése?

—Pa escarmentarle. Le ha cogido *Chispa*, el guarda del pago de las viñas altas, robando uvas de un majuelo de usted.

—¿Ah, sí? ¡Bribón, presidiario! ¿Conque los demás a sudarlo y tú a disfrutar de ello?

—Perdone usted, señor Bruno—barbotó el ladronzuelo—; ya se qu'hice mal y que me van a dar una paliza o me van a meter en la cárcel; pero yo le quiero decir que pal trabajo soy una hoz mellá, que estoy derrengao y enfermo, y mi mujer está mu mala, y me pide pan, y yo lo pido y no lo encuentro; y me puse a afanar una cesta de uvas, y me dije: «si me cogen me rajan y lo mismo da; y si no me cogen, pues esta noche come mi mujer», y fui y me cogieron. Ahora haga usted lo que quiera.

—¿Cuánto has robao?

—Una cestuca... na, porque me la quitaron.

—¿Ya sabes que tienes presidio?

—Ya lo sé... y si pue haber perdón... si no...

En la mirada de Bruno Castro cabrilleaba una lucilla que muchas veces alumbraba de rojo sus iris oscuros.

—¡Perdonao!—dijo—. Pipo, escribe ahí lo del robo y átalalo bien, ¿eh?, que se vea lo grave que es. Tú, ladronazo, lo firmas... y, ya sabes, las elecciones están al caer y otras han de ir viniendo. Mientras votes por aquí, estás libre; en cuanto te vayas con don Domingo, este papel al juez y tú a Santoña.

—Venga el papel, firmaré; ¡pa lo que vale un voto!...

—Y en cuanto lo firmes te largas, y cuidao con que

te vuelvan a pillar en mis viñas, porque te deslomo. Tú, *Mellao*, dale un cesto de moscateles pa que cenen sus chicos.

—¡Guas noches nos dé Díos, señor Bruno y la compañía!

El ladronzuelo íbase después de firmar, contento con su buen cestillo de frutas, más dulces que el almíbar.

—¡Al don Domingo le tengo yo que echar del pueblo; eso, más fijo que el sol!

—Ese Domingo—inquirió Abia—, ¿no es aquel abogado que vino de Madrid y se avecindó en Carrión montando labranza?

—El mismo; un pinchatinteros, que heredó aquí las huebras de su tía la viuda de Pero Nuño, y trasladó su residencia a este pueblo.

—¿Pero él trae planes de dominación, no?

—Trae. El duque de Torremormojón, vanidoso y hueco, que se hace llamar oriundo de la Tierra de Campos, cogió de instrumento a don Domingo; su trama parece muy sencilla. En Carrión el abogadete, agarrando la alcaldía y el mando; en el distrito como diputado a Cortes el marqués de Villasirga, que es un criadillo del duque, y así, el acta de senador y la dominación de toda esta zona, para el viejo que se llena la boca diciéndose descendiente de nuestra vieja nobleza.

—Te advierto que, en efecto, el duque de Torremormojón procede de este país.

—Procede su título, ¿pero él, de dónde procede? Ser descendiente de los que fueron hijos de aquí, y por ello arrogarse derechos de representación, es una

insensatez. Si el país le debiera favores y cariños; si hubiera beneficiado su riqueza, remediado las necesidades de los que habitan esta meseta, procurando engrandecer sus monumentos, amparando sus artes, enalteciendo sus hombres de valía; en suma, si hubiese sido parte de nosotros y su vida un eslabón de la vida comunal, todavía; pero porque sus abuelos se dieran de lanzadas con los moros en nuestro territorio, pretender este tataranieta auparse sobre nuestra comunidad y ser cabeza visible de ella, no. Que con los nobles ascendientes suyos, fueron nuestros ascendientes villanos; y con igual coraje combatieron, y más sangre de éstos fué derramada, y al final de las jornadas gloriosas, aquellos magnates recibieron en pago tierras de primera, derechos de señorío, facultades para cobrar pechos y tributos; y aún más, siervos, ruines siervos de la gleba, que eran de los que se habían batido a su estribo, y por premio recibían la condición de servidumbre y el duro trabajo agrícola hecho en sernas gratuitas para el señor. Bien pagados quedaron, pues, los de levantada alcurnia para que ahora pretendan estos otros, que nada bueno hicieron, seguir cobrándose en mando lo que Castilla indemnizó ya con su proverbial esplendidez.

—¿Y qué vas a hacer con toda esa gente que tiene grandes influencias y poderosa fortuna?

—Desterrarlos de aquí.

—¿Tú crees posible eso?

—¿Cómo posible? ¡Seguro! Bruno Castro tiene el poderío robusto del pueblo y el alma redimida del estado llano de Castilla. Por de pronto, al picapleitos este le estoy metiendo en un puño. El verano pasado

le tuve más de un mes sin agosteros. Este año ha echado a vendimiar una semana más tarde que todos los vecinos...; le quité las cuadrillas, pagándolas el doble que él pagaba, y le metí al cachicán en la cárcel. Lo menos ha perdido en las cepas cinco mil arrobas de uva. En un par de años le arruino. Y los demás... ¡Ah, los demás!, los he de correr por estas tierras, como corren mis galgos las liebres en la otoñada.

Hablaba recio, áspero, cortante; un gesto de ira contraía las facciones sanas de su cara. Así era Bruno Castro; cuando toda emoción dormía en su alma, llamaba en sus ojos la idea única, «dominación». Don Martín paladeaba el deleite que le producía la contemplación de una figura tan representativa. «¡Ah, la herencia racial de estos castellanos viejos—pensaba—hecha al mando, al poderío, a la independencia; ellos vivieron inquietos e inquietadores, allá en la Edad Media, hasta que sacudieron el yugo de los reyes de León, de los reyes de Navarra; ellos continuaron sus luchas y sus rebeliones, hasta que se apoderaron de toda la península; y su espíritu cruzó los mares y conquistó un nuevo mundo y traspasó las fronteras por todos los aires del cuadrante, imponiendo su imperio en casi todo el mundo viejo. Fué aquí, en Carrión de los Condes, donde se celebraron en 1188, convocadas por Alfonso VIII, las primeras Cortes que admitieron en su seno al estado llano de Castilla, interviniendo así en el gobierno de la cosa pública. Aquí los castellanos del pueblo comenzaron a derruir el dominio de la nobleza y levantar el de los Concejos, único contrapeso de aquel absolutismo



feudal, cuyos señoríos autónomos y hereditarios desconocían la autoridad de los reyes. Esta bravía gente castellana, este pueblo áspero, indomable, a quien los yugos hacíanle imposible la vida, fué quien se alzó, llegando a restringir las atribuciones gubernamentales y militares de los Condes, arrancándoles de su jurisdicción la más alta expresión de la soberanía: la administración de la justicia. >





XI

Y si no, dale por muerto.

Ahl, las mañanas camperas de Castilla, tan radiosas, tan diáfanas, con una serenidad profunda, con un silencio de templo. Es el paisaje austero, de coloración sequiza, de aspecto mineral, donde el sol rebota agresivamente y los pajotes del rastrojo pinchan, y todo el ambiente es huraño y apacible como el alma de un monje. Pero lo inmaterial del aire, la holgura del espacio, la ligereza de tonos, la beatitud del alma y la alegría de vivir en este baño de claridad, en esta maceración divina de la luz, borra todo lo que es áspero y repelente.

Bajo las sombras de unos chopos que amarillean ya y van lentamente alfombrando el suelo, hay una fuentequilla campesina humilde, sin tazones de pórfito ni caños de bronce, como una flor de aquellos campos eternamente sedientos; que es un hoyo en el sombrío de los árboles; y encima del hoyo el cristal immaculado del agua transparente y sabrosa, bajo el cual un chorrito de finísima arena sube y baja como

un surtidor. En torno de su frescura se sientan don Martín y Perico a un lado, que mondan y engullen unos huevos cocidos, mientras Valentina con Fernando parlan de sus amores, algo más allá. Están a pocos kilómetros de Carrión tomando una refacción y gozando la mañana sedante de aquel otoño bondadoso, que aun no trajo, como otras veces, el áspero anticipo de los rigores invernales.

De pronto la muchacha se sacude bajo la impresión de una descarga nerviosa.

—¡Mi padre!—grita—. Tal vez aun es tiempo; vete, Fernando.

Este recoge el caballo apresuradamente y, resguardándose con el biombo de la chopera, corre a campo traviesa, al trote largo de su overo. Hay en el semblante de los que quedan la mueca de temor que produce la tormenta medrosa cuando se aproxima relampagueante.

Llega Bruno Castro, se sienta en el tapiz del césped, y encarándose con Valentina, pregunta ronco:

—¿Qué hacía aquí ese vago?

—¡Padre!

—¿Que qué hacía aquí ese vago, digo?— Y la voz poderosa resuena tronando en la campiña.

Nadie contesta. Valentina está aún presa del primer estupor; va reponiéndose lentamente. En tanto, el padre sigue:

—Te he dicho que no quiero gandules en mi casa. Jamás entrará por mis puertas un hombre inútil, sin oficio, sin riquezas que disculpen su haraganería, sin ciencia, sin hombría. Oyelo bien, Valentina: o esto de gastar el tiempo con ese imbécil retoño de cosas

viejas que ya no son nada, concluye inmediatamente, o como me llamo Bruno, que te rajo como a una sandía, o te encierro como a una perra rabiosa.

Estaba pálida la muchacha, tenía las cejas plegadas en una arruga honda. Ahora como nunca sus facciones recordaban el rostro de su padre.

—Fernando—dijo con voz trémula—es un buen muchacho, emparentado como pocos del país.

—¡Alto ahí!—gritó el labriego—. No cambio mi apellido honrado por sus apellidos llenos de polvo y de hambre. Yo tuve hijos, levanté casas, planté árboles, crié ganados, fui al servicio militar, cultivé el campo de Castilla y pagué tributos al fisco...; a ver esos Ansúrez y esos Manriques de hoy, qué han hecho, si no es lo que dijo Cervantes en el *Quijote*. ¡Cervantes!, que yo leo y ellos debieran leer: «Perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban.» No me compares nunca con ese montón de polilla; y muy en alto has de tener el esfuerzo de los nuestros para quitársela de los hombros.

—Es mucho odio el que usted le tiene, padre, y no se lo merece. ¿Qué culpa le cabe de lo que sus padres hicieron? Ni siquiera de la educación descuidada con que perjudicaron su porvenir. ¿Qué culpa puede echarse sobre él? Fernando tiene condiciones naturales que, bien regidas por usted, darían los frutos que usted quiere.

— Es inútil tu empeño. Yo, con mis riquezas y con mi poder, quiero para ti un hombre de provecho, que pueda ser diputado, gobernador, director general,

que haga buen papel en el Parlamento, que se erija en guía y jefe de pueblos suyos o de pueblos míos; un hombre que tenga mando; y si no, no hay novio, ni habrá marido.

—¿Y por qué no un hombre muy de su casa y de su mujer, que alcance un honesto modo de ganarse la vida y sienta una mayor estimación de la tranquilidad suya y de los suyos, por encima de ese afán de gobierno tan lleno de sinsabores y peligros?

Bruno se irguió, enrojecido, y a grandes voces dijo:

—¡Que no, he dicho, y está dicho! Yo, Bruno Castro, me he pasado la vida en la trinchera del poder civil, luchando por nuestras libertades, por nuestros amigos, por nuestros campos; y mi padre, Bruno Castro, estuvo cuarenta años en esta trinchera, y mi abuelo Bruno Castro...

—Sí, padre, sí—gritó Valentina acallando aquella voz estentórea—. Ya lo sé, y si yo llego a salir hombre, me hubiera llamado Bruno y me hubiera puesto en seguidita en la trinchera para toda mi vida. Pero mire usted, padre de mi alma, yo soy mujer y no entiendo de esas cosas, ni me gustan; casi ni me parecen bien...

—Basta; no te consiento ni una palabra más con la que faltes al respeto que me debes y que debemos a todos mis mayores.

—¡Y dale!; pero si yo no les falto. Si yo lo que digo es que esas maneras de sentir y obrar no son para mí; que yo tengo aquí dentro un corazón, y un corazón joven que quiere mucho, ¿sabe usted, padre?, mucho; y que no será feliz sino con su amor; y que tengo derecho a que mi padre de mi vida y de mis

entrañas haga lo que sepa y lo que pueda para verme dichosa. —De los ojos de Valentína sale un raudal de lágrimas. —Vamos, sea usted razonable, padre mío... Fernando...

—Fernando no conseguirá lo que busca mientras no sepa vivir la vida de los hombres útiles a la nación, a la humanidad; mientras se levante a medio día y malbarate las horas de la tarde y no estudie de noche y no trabaje nunca; mientras su cerebro esté relleno de la hojarasca de su nobleza estéril, y no sepa pensar en los problemas del vivir diario y trabajoso.

Valentina llora desconsoladamente; un hipo atormentador hincha su garganta de marfil. Bruno Castro siente en las entrañas el filo buído del dolor de su hija tan querida.

—Mira, niña—dice—, ya sabes todo lo que yo te quiero; que se ha juntado en ti lo que quise a mi madre y a tu madre; por ahí podrás ver lo que me duele tu tortura. Pero lo primero es lo primero, y lo primero de todo, es la hombría de bien del castellano que le haga digno de su pueblo y de sus familiares, su laboriosidad, su seriedad; lo primero es la dirección de todo esto que yo llevo en mis puños de labrador de la Tierra de Campos, y que tiene que seguir llevando en los suyos el que se case contigo. Ya lo sabes, que Fernando sea un hombre, como aquí entendemos el ser un hombre: tigre para los enemigos, mastín para los amigos, leal hasta la muerte y la miseria para sus jefes legales, o que él se impusiere, con el alma de piedra al llegar al castigo, con todos los sacrificios en las manos para subir al triun-



fo y cubriendo todo esto, que en suma es mando y dominación, que Fernando sea como yo, como los míos, un labriego, que haga parir la tierra todos los años con sus manos y mantenga a los pobres con su propio sudor; y si ha de ser así, que venga; y si no, dale por muerto. Y se ha acabado por hoy. Me voy a los sembrados nuevos; quedad con Dios..., y tú, Valentina, ten alma, el alma recia de los Castros, que es la herencia más rica que puedo dejarte.

Y se fué con el rostro curtido por el sol, retorciéndole para mantenerse en su plena serenidad, con el alma endurecida a través de cien generaciones, que se petrificaron en estos páramos, ásperos y feraces, de la Tierra de Campos.





XII

La cámara de los retratos.

AQUELLA noche, concluidas las oraciones del Angelus y retirada la servidumbre, doña Leonor llamó a Fernando diciéndole:

—Tenemos que hablar, hijo mío.

Era solemne el tono, era el ademán majestuoso; y aunque de continuo las maneras de la de Manrique estaban impregnadas de este matiz estirado y lleno de ceremonia, notábase entonces que era grave lo que la preocupaba, porque una densa palidez había puesto polvo de tierra sobre su rostro ensombrecido. Fernando contestó:

—Cuando quieras, mamá; ¿qué ocurre?

—No es éste el lugar adecuado a nuestra conversación. Hoy, hijo mío, hemos de mostrarnos el alma con la nobleza y la severidad que nuestro linaje demanda. Di a Cipriano que abra la cámara de los retratos.—Esta orden produjo impresión honda en el ánimo del muchacho.

La cámara de los retratos, era la histórica habita-

ción donde se desarrollaron, a través de los siglos, todas las escenas transcendentales de los nobilísimos Ansúrez de Carrión de los Condes. En ella conversaron los nobles con el monarca antes de acudir a las Cortes o a los Concilios congregados en la capital de la Tierra de Campos. En ella se armaron caballeros los próceres de tan levantada familia. En ella se tomaron los acuerdos guerreros de emprender una gran aceifa, convocando al fonsado, para llevar la guerra contra el califa a San Esteban, Simancas o Zamora. En ella se alzaron pendones contra los reyes de Navarra, Castilla o León. En ella se verificaron las bodas ostentosas que unieron sangres tan preclaras como las que corrían limpias de toda villanía por las venas de doña Leonor y don Alfonso. En ella se festejaron los natalicios y se velaron los cadáveres. Estancia misteriosa, que era como un viejo cofre, en el que se encerraban todas las glorias históricas de la nobleza de Carrión. Sólo se corría el cerrojo pesado de sus puertas en momentos emocionantes que afectaban de un modo transcendental al honor de la familia, a su limpidez impoluta, a su gloriosa tradición. Cipriano, el añoso criado de la casa, que era como un escudero medioeval del último Ansúrez, empujó la puerta de dos hojas, que chirrió doliente al abrirse de par en par.

El ruido de muchas carrerillas menudas alteró el silencio secular de la cámara; entró Cipriano; las carcomas cesaron en su roer taladrante. La luz amarillenta y temblorosa de cuatro hachas que encendió el criado en un alto candelabro, sostenido por un astil enclavado en un trípode, va poniendo tonos espec-

trales en las paredes del aposento. Huele a inmundicia de ratones, a polvo milenario, a humedad conservada. El local, largo y estrecho, hállase dividido por una barandilla, en la que aun se conserva el oro de antiquísimos tiempos, por el cual pasaron puños de reyes, guanteletes de guerreros y el marfil delicado y tibio de aquellas manos de reinas y condesas que ardían como resinas olorosas en la llama de todos los amores. Dentro de la barandilla hay un estrado que cubre el roído tapiz, de donde se levantan, al pisar, nubecillas de polvo y remolinos de polillas grises y alocadas. Aparece sobre el tablado un solio cuyo amplio asiento sujetan, cortándose en ángulo recto, tres tableros corridos, delicadamente labrados. A sus pies, un precioso escabel le complementa. Ródeanle cuatro cátedras de levantado respaldo, anchos brazaletes y torneados remates. Fuera de la baranda, hay taburetes, algún sillón de cuero cordobés, y un «caballelo pro cirio portare», es decir, un cirial en forma de caballo, regalo de Fronimio II de León. Cuelgan de las paredes del estrado unos tapices descoloridos, con escenas de bélico triunfo sobre las huestes mahometanas. El resto del salón se viste de telas moradas de terciopelo, que muestran calvas y desolladuras lamentables, y presentan encarrujado y renegrido el galón de oro de su remate superior; el blanquecino polvo de diez siglos pone sobre sus dobles claridades de luz. Hay en el testero fronterizo al estrado una librería con antiguos y preciosos inunables, con manuscritos raros, con tomos encuadernados artísticamente, unos en latín, otros en romance castellano y otros de más moderna edad; to-



dos mordidos ávidamente por desvergonzados roedores. Al lado de la librería, figura un escritorio o arca forrada de badana cordobesa, donde guardaban los cartorios, que contienen las escrituras y diplomas de todas aquellas nobles ascendencias.

Doña Leonor y Fernando penetran en la cámara; el criado se marcha, cerrando entrambas hojas de la puerta; y la madre majestuosa y severa avanza hacia el solio. Fernando pisa quedito con las puntas de los pies; sus sentidos notan la repugnancia de todas aquellas vetustas cosas fenecidas, a cuyo contacto surge el polvo. Muebles y decorado aguardan tan sólo el más pequeño roce, el aletazo de un aire, la irrupción de un chorro de luz solar, para deshacerse definitivamente. Fernando siente dentro de sí la sugestión del ambiente, la pesadumbre de muchas centurias de la historia castellana, y encogida su alma, espera temblando las palabras de doña Leonor.

—Hoy, Fernando—dice ésta, sentada sobre el cojín de cuero que hace mullido el tablero del sillón presidencial—, hoy has cometido una villanía indigna de un noble de abolengo castellano—en el rostro amoroso de la castellana se mostraba una pena insuperable.

—¿Yo?—profiere inquieto el aludido.

—Tú, Fernando Ansúrez y Manrique García de Velasco. Tú, que has descendido hasta las capas plebeyas de esta gente del gordilla, cuyos ascendientes fueron siervos de los nuestros, y has puesto la afición en una mujerzuela de sangre turbia, de procedencia baja, de origen villano, y no contento con esta deshonrosa pasión innoble, has huído cobarde y ruin

cuando viste llegar al despreciable senarero que para desdicha nuestra es padre de tu amada, y para desdoro de Castilla, alcalde de Carrión de los Condes.

—Yo te explicaré, mamá—temblaba la voz de Fernando, opaca y silenciosa.

—Es la primera vez que huye un Ansúrez, que se acobarda un Manrique, que siente vergüenza de sus actos un García de Velasco.

Ahora había orgullo y furia en el semblante de la madre.

Fernando tiene reseca la garganta; aquella obscuridad que las trémulas luces de la cera tiñen de tonos cárdenos como blandones de difuntos; aquel silencio absoluto, en el que retumba grave la voz majestuosa de doña Leonor; aquellos viejos muebles, y sobre todo, aquellos retratos que posan en él sus miradas yertas, y le acusan, y le odian, y le amenazan, van trastornando y aflojando los resortes de su espíritu. Fernando mira las figuras de sus ascendientes a través del polvo que las vela. Cuelgan estos retratos próceres alrededor de los muros; allí hay personajes hieráticos, fieros, sin color, como si les tomase la ira; sin vida en aquellos ojos que parecen sumidos en la eternidad; llevan pompas y vanidades en el arreo, muerte y ausencias en las carnes frías; a ellos debe la cámara su nombre. Allí, una Gontroda de rubia cabellera, cubierta con la blancura de unos alfiniames o tocas, envuelve su cuerpo arrogante en la siri-ca y el *mutebag*, o túnica sin mangas; y encima de ella nótase el largo sayal, o almexia, sobre el cual flota el manto de seda azul, bordado con gran arte y sujeto en el hombro por una preciosa fibula de pla-

ta; ricas joyas adornan su pecho, y a sus brazos robustos ciñense *torgues* de oro, cuajados de esmeraldas y rubíes. Fué esposa de un don Arias Osorio, e hija de un Ansur Fernández. En su gesto hay toda la rígida altivez de una raza heroica. Como doña Gontroda, muéstrase otra doña Gunterode, y otra doña Adosinda. Mezclados con ellas hay varones, Manriques y Velascos, Gutiérrez y Ansúrez; todos llevan espadas de empuñaduras muy diversas, pendientes del cuello. Varios lucen destocados su cabello partido y cortado en melena, mientras otros envuelven sus cabezas en extraños bonetes o capelos de tiras de seda, con anchas alas o agudos yelmos acerados las algupas o mantas de seda y las capas franciscas que cubren sus hombros, los sayos, los jubones, las túnicas de ricas telas de brocado, bajo cuyos pliegues se adivinan las recias lorigas de cuero, dan refulgencias joyosas a los torsos anchos y resistentes.

Poco a poco la influencia de todo aquello reunido ha ido transportando las almas de doña Leonor y su hijo a épocas remotas de la gloriosa Edad Media, cuando Carrión de los Condes era la Corte de la Tierra de Campos, y ésta el centro de la vida política de Castilla, de las energías militares que abatieron el poder sarraceno, del movimiento intelectual que produjo una de las Universidades más famosas del mundo, y de los adelantos de una potente vida industrial y artística.

La sugestión de este ambiente ponía más agudos rigores en la voz y en los conceptos de la madre.

—Es una mancha para nuestro linaje—repetía con dureza.

—¿Pero, mamá, quién te ha dicho eso?

—Aunque el delator sea siempre despreciable, no es de pechos nobles ponerle al descubierto. Importa aquí tu acción, mas no quién nos la haya relatado.

—Considera, mamá querida, que Valentina ha sido la única mujer que vieron mis ojos desde niño; la cercanía de nuestras casas, que casi se comunican por los patios traseros, y la libertad en que nuestras niñas nos dejaban para mayor reposo y comodidad suya, hicieron que jugáramos juntos muchas horas de cada día...

—¡Ah! ¡La servidumbre villana!

—Luego, un poco mayores ya, el hábito de vernos hizo que nos buscásemos de una manera inconsciente, un poco temerosos, porque el instinto decíanos que íbamos contra el mandamiento de nuestros padres, a pesar de lo cual, la atracción irresistible de uno para otro burlaba toda vigilancia y nos reunía en diversos lugares.

—¡Todo eso es infame y humillante, hijo mío, Fernando! ¡Humillante!

—No me interrumpas, mamá; has dicho que debemos mostrarnos el alma mutuamente, y así lo estoy haciendo. Vosotros habéis hecho que mi vida se deslice casi por entero en Carrión, y ello ha facilitado que en el alma se me haya ido filtrando ese amor, hasta incorporarse a la existencia de ella, como parte substancial de la misma. Las breves estancias anuales en Madrid, en casa del tío, no han servido más que para avivar con la ausencia el ascua de este cariño.

—Para poco sirvieron, verdaderamente. Para más te mandaba yo. El que te adiestraras en los deportes no

fué sino un pretexto; el que persiguieras el campeonato, una careta; lo importante, lo definitivo, era que enlazaras tu apellido, de tan noble abolengo, con el de tu prima Isabel Fernanda, hija de nuestro primo, el esclarecido duque de Torremormojón, hidalgón de sangre por los cuatro costados, cabo de una raza de héroes y santos, que enaltecieron la memoria de Castilla. Si comprendes con cuánto afán desea una madre el sumo bien para su hijo, podrás entender cómo deseaba yo esto para ti.

—¡Ahl, mamá querida, mamá respetada, si tú hubieras conocido y tratado a Isabel Fernanda, tal vez no hubieses querido que la hiciese mi esposa.

—Lo desearía siempre. Que no hay nada en el mundo que pueda obscurecer el brillo de la nobleza histórica, sol de la humanidad y orgullo de los pueblos.

Doña Leonor apartaba de su hijo la mirada tiernísima y la posaba orgullosa en los retratos de sus mayores.

—Escúchame, mamá. Tú no sabes que Isabel Fernanda es chiquita, delgaducha, con cara angulosa y descolorida, en donde los ojos pequeños se adormecen sin expresión, en donde la nariz desproporcionada y ganchuda...

—No sigas, Fernando; me produces repugnancia hablando así. ¿Qué buscas tú en la esposa? ¿Grosos placeres de la carne, que ha de corromperse, que ha de ser vitualla de gusanos, lo mismo si fué bella como si no lo fué, o la hidalguía de su ascendencia, la limpidez de su sangre, el brillo de su alcornia? No resuena en tu alma el grito de tu genealogía, y ello me llena de pesadumbre.

—¡Oyeme, por Dios! Isabel Fernanda es tan corta de entendimiento, tan cerrada de magín, que ni piensa ni habla; todo en sus razonamientos es simple, infantil, como de una pequeña colegiala; todo es ñoño y sin sabor. Y de este modo jamás pudo llegar a interesarme y menos aún a incendiarme de amores.

—Hay que amar la raza, nada más que la raza; y hay que cuidar escrupulosamente su limpidez, sin bastardías, sin avillanarse.

Callaron ambos; un silencio y una penumbra agobiadores pesaban sobre los hombros de los dos. Al través de un ventanal columbrábase la figura de don Alfonso Ansúrez, que recorría el pasillo central pausadamente, rezando sus horas, con la cabeza puesta en el regazo de Dios.

—Mira, pequeño—dijo doña Leonor, cariñosísima, hispiéndose sobre la cátedra venerable y tomando aliento—, vas a escucharme con silenciosa devoción. Tú no has oído noticias de sucesos transcendentales, de historias profundas y luminosas, que necesitas grabarte a fuego en el alma. Te hemos abandonado a la bagatela de los juegos olímpicos, y con ello hubimos de caer en grave pecado. Escucha y aprende a enderezar tus torcidos pensamientos.

Fernando, abrumado y entristecido, se traspuso y hundióse en la inconsciencia. La madre continuó cada vez más exaltada, más poseída de su obligación de enseñar al hijo de sus entrañas la magnitud de la historia de la familia.

—Eres, hijo mío, vástago de una dilatada familia; depositaria de las glorias de Carrión de los Condes, en Carrión has de vivir manteniendo el honor de

tu estirpe, y conviene que te vayas dando cuenta exacta de todas las grandezas heredadas que pesan sobre tu nombre y sobre ti, para que te aprestes a sostenerte a su altura. ¡Que es grande, muy grande en la historia nuestra ciudad!, y tan antigua, que ya figura en las luchas que sostuvo España con la tiranía romana, habiendo sido nuestro pueblo cercado por Metelo Pío y defendido por el inquieto Sertorio, ídolo de los españoles. Carrión llamábase entonces Lacobriga.

—¡Mamá, por Dios!, no lo tomes desde tan lejos; ¿quieres que lo dejemos para otro día?

Un gesto de ira suprema, de dignidad ofendida mortalmente, desfiguró la faz de la castellana. Fernando se asustó de las consecuencias de su ligereza y se apresuró a paliarla en lo posible.

—Perdona—dijo—, no he querido molestarte. Es que no me encuentro bien.

Doña Leonor se repuso. Dióse por satisfecha con esta humillación, y continuó:

—No temas que describa año por año lo acaecido sobre este suelo que pisamos. La historia ha enmudado desde aquella época, después de la cual no sabemos del pueblo vácceo más que lo que nos relatan de Palencia, tan famosa, tan enaltecida, que hace exclamar a Pomponio Mela: «In Tarraconensi, clarissimæ fuere Pallancia et Numancia». Vino la tromba musulmana del siglo VIII con la avalancha de Muza, por la vía romana de Este a Oeste, mientras Taric, dirigiéndose desde Zaragoza a Astorga, asolaba Carrión y Osorno, cogidos al paso. Y cayeron rodando los preciosos monumentos romanos y las

basilicas visigodas, menos la que aún perdura en el pueblo de Baños; y por milésima vez los habitantes de estas tierras fueron pasados a cuchillo. Pero nuestros campos, tan queridos y tan yermos, lograron ser rescatados por Alfonso el Casto; y ya no volvieron nunca al poder agareno, de manera estable. No acabaría si fuera a rememorar los grandes sucesos históricos que ocurrieron dentro de estos muros y presenciaron las gloriosas estancias de este palacio de los condes de Ansúrez, que por la bondad de Dios nos ha tocado recibir en herencia, con todas las inestimables mercedes que supone poseer un apellido como los que decoran tu nombre.

Fernando, que no había visto nunca a su madre tomar tan en serio el afán de instruirle en la historia de su linaje (verdad es que ahora se trataba de su noviazgo, tal vez de su matrimonio), dió un suspiro hondo y prolongado; sus pulmones no funcionaban bien; aquella cerrazón, aquellos retratos, aquellas historias, le sepultaban dentro de sí mismo; y aun había algo más desagradable para él, y era notar que dentro de su conciencia se agitaba un insospechado entusiasmo, un fervor devotísimo por todas aquellas viejas leyendas; y como si en su ser hubiera otra personalidad independiente de la que él regía y conociera, y esta personalidad tuviese el espíritu medioeval de su madre doña Leonor y de todos aquellos condes y preladados de su genealogía, gozaba intensamente enfoscándose en los tiempos borrosos del primer milenio; y enorgulleciase de ser hijo de aquella brava nobleza y llevar sus apellidos, que eran astros de primera magnitud

en el cielo de España. Y sin su consentimiento, casi contra su parecer, aquella doble personalidad que en el centro de su alma rebullía, pronunció una frase inesperada:

—¡Oh! ¡la rancia grandeza de la Tierra de Campos! Es verdad que conociendo su historia se la admira y se la ama, a pesar de su aridez desnuda, a pesar de su vivir empobrecido.

—¡Hijo de mis entrañas! ¡Hijo de Ansúrez y de Manrique!, ésa es tu sangre que hierve, ésa es tu hidalguía, que ha encendido la vieja hoguera de nuestro bendito solar. ¡Que los recios espíritus de nuestros antepasados te rodeen y echen en la hondura de tu alma su savia nobilísima! ¡Hijo mío!, así serás grande, aunque seas pobre, aunque seas odiado y envidiado por esa plebe hedionda, que muestra la bajeza de su nacimiento en la grosería con que nos trata; que ya dijo el proverbio: «Cuando el villano está en el mulo, ni conoce a Dios ni al mundo.» Así, Fernando mío, honrando la memoria de los tuyos, me verás vivir feliz y morir bendiciéndote.

Doña Leonor sujetaba a Fernando entre sus brazos sarmentosos y le besaba apasionadamente.

—Y sin embargo, madre, hay momentos en los que temo que nos hemos extraviado y vamos por mal camino. Tal vez no está hoy la sociedad para imponer glorias pasadas.

—No digas eso, que no oigan mis oídos tamaña blasfemia. Estarán o no estarán las muchedumbres y los pueblos y las naciones propicios a la nobleza histórica; nada nos importa: ha de bastarnos nuestra propia admiración, nuestro culto a la raza preclara.

Rindamos a nuestros antepasados el homenaje de nuestra vida, de nuestro empobrecimiento, de nuestra soledad. De nuestra soledad augusta, que no se roza con villanerías; de nuestro empobrecimiento aristocrático, que rechaza el trabajo ruin de los rústicos, las ocupaciones toscas de los plebeyos. Vivamos para cuidar en nuestro corazón la lámpara votiva de nuestra nobleza troncal. Así nos lo aconsejan, con estas mismas bellas frases, esos libros antiquísimos de nuestra biblioteca. Y no estamos aún tan arrinconados del mundo que no queden ya para nuestra prosapia distinciones o regalías de las que antaño disfrutamos. Ven.

Se levantó doña Leonor. Un fulgor metálico cabri- lleaba en sus ojos. Cogió a Fernando de la cintura, estrechándole contra su cuerpo magro, y le condujo al arca donde se guardaban las valiosas ropas de iglesia, transmitidas de generación en generación, desde remotos siglos, envueltas en honores y prerrogativas.

—Mira esa riqueza, Fernando—agregó dejando al descubierto brocados y oro—; aun somos grandes, aun somos distinguidos, aun hay algo que nos separa del villanaje. Esas casullas, esas albas, esas capas pluviales, esas dalmáticas, cuanto se encierra en este cofre de tus abuelos, son joyas que bordaron las hijas y las esposas de sus criados, de sus «juniores», de sus siervos, año tras año, siglo tras siglo. Ahí cegaron las mujeres plebeyas, ahí dejaron sus vidas laboriosas para el tesoro de los Ansúrez y de los Manrique. Con esas ropas riquísimas se visten los ministros del Señor en las fiestas más señaladas que celebran los religiosos

del convento de San Zoil; y, por tal favor, hubo de concederse a nuestra familia nobilísima un privilegio glorioso. Nosotros, tu padre y yo ahora, nos sentamos en el presbiterio sobre augustos solios, frente al que ocupa la autoridad episcopal o abadial que presencie, las ceremonias. Así, levantados del suelo por seis gradas; así, sobre el estrado que cimenta los sitiales, hállanse nuestros pies por encima de las cabezas de la plebe, que nos mira llena de respeto y sumisión, como miró Castilla a nuestros venerables abuelos... Muy pronto presenciarás este hecho magnífico: dentro de unos días habrá de celebrarse una solemne función religiosa, a la que asistirá el ilustrísimo señor obispo de Palencia y todo el pueblo de Carrión de los Condes; y allí ante la multitud, ante nuestro mundo, verás a don Alfonso Ansúrez, tu padre, y a doña Leonor de Manrique y García de Velasco, tu madre subidos, por juro de heredad, sobre la muchedumbre sobre los que fueron vasallos de nuestros mayores. Y cuando Dios nos haya llamado a su seno, serás tú quien ascienda en momentos tales al estrado enaltecedor. Serás tú y será tu esposa, si es que no te has manchado de villanería y tosquedad, casándote con la hija de ese rústico, que nunca podrá ocupar el sitial de los próceres hijos de la nobleza de Carrión. Por eso es mi ruego, hijo mío; más bien mi mandato, Fernando. Es preciso que de manera absoluta rompas ese lazo con gentuza tan distante de ti. Has de prometérselo ahora a tu madre. Has de jurárselo ante los retratos de tus ascendientes.

—No, no, mamá; no es posible obrar tan de repente en cosas de tanta transcendencia. Aguarda que

medite tus palabras, déjame que el tiempo tienda sobre mi espíritu el sedante del olvido lento, suave, dulce; descuajar un afecto es arrancar con las raíces pedacitos de alma. Déjame que lo vaya logrando poco a poco. Te prometo poner en ello verdadero ahinco.

—¿Me lo juras?

—Te lo prometo.

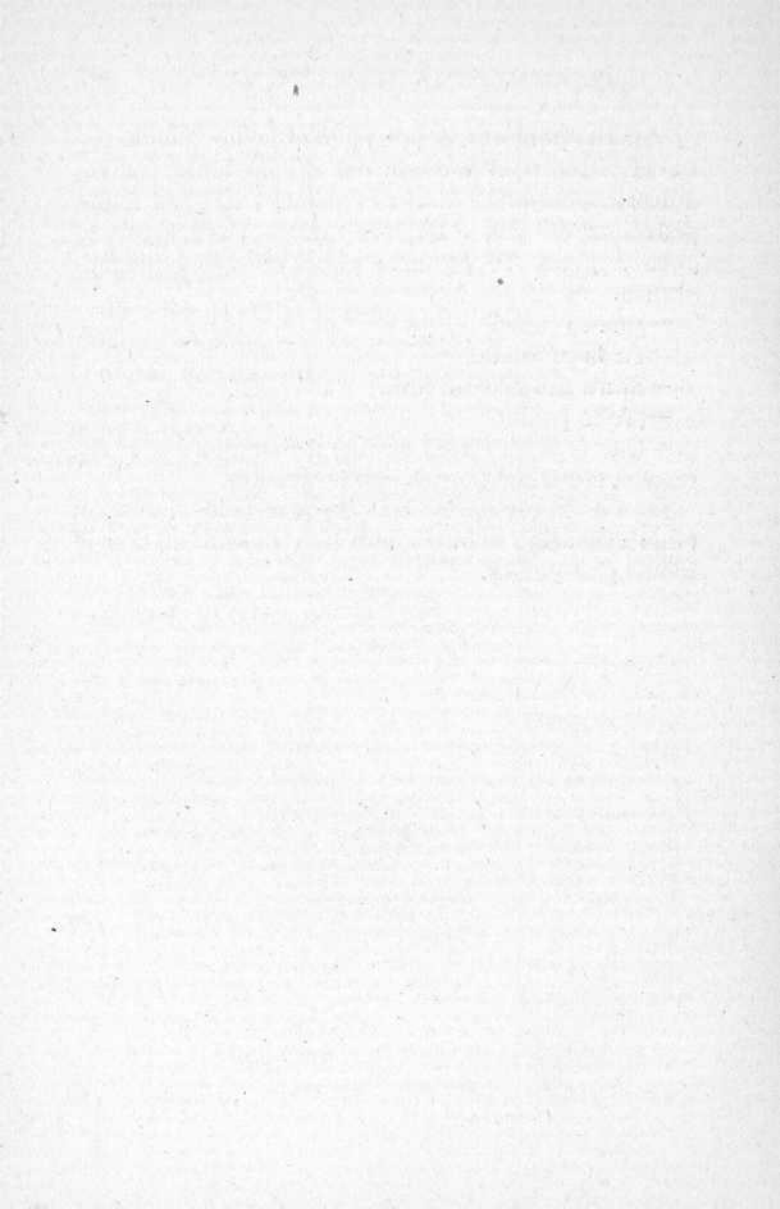
—Entre nosotros se jura.

—¡Te lo juro!

—Que el alma férrea de Ansur-Fernández te lo demande, si no cumplieres este juramento.

Estaba en pie mirando la efigie de este antecesor; tenía extendido el brazo derecho y puestos en cruz el índice y el pulgar.







XIII

Un negocio pueroo.

DON Martín y su sobrino Pedro corren con el cochecillo por la carretera de Carrión a Frómista. El muchacho ha conquistado a su tío para este paseo, al cabo del cual le esperan las dulzuras del amor. La mañana es deliciosa; un frío sano pone colores cobrizos en la piel de las caras. El cielo es una enorme turquesa pulimentada por la luz solar. Se ve tierra, mucha tierra en la planicie castellana; pero se ve más cielo aún. A medida que avanza el auto levantan su vuelo sobre los sembrados bandadas gorjeantes de alondras mañaneras, que se ciernen en el espacio y se arrojan de repente hacia su propio piar, que lanzaron contra los surcos de la besana. Los excursionistas avanzan dejando atrás pueblos y sembrados. Se ven las grupas grises, rojas, de las colinas de arcilla, que huyen enhiladas, a entrambas manos del vallejo. El aire purísimo de la estepa tonifica los nervios de los caminantes, e hinche de salud sus pulmones.

Llegan a Frómista, la villa que, repoblada en el si-

glo x, formó parte de los dominios del conde de Castilla, don Sancho, y de los de su hija doña Muniana, casada con Sancho el Mayor de Navarra. Hasta el siglo xiii fué pertenencia de los reyes; mas desde entonces poseyéronla don Juan Díaz, señor de Celada, y su hija doña Juana, que se casó con el infante don Luis; y después don Tello, hijo de don Alfonso XI y doña Leonor, y la famosa doña María de Padilla, y el almirante Sánchez Tovar, a cuyas hijas se la compró don Gómez Manrique, ascendiente de la madre de Fernando, y por último, Felipe II la vinculó con el título de marqués en un hijo del mariscal Gómez de Benavides.

Es necesaria toda la seriedad documentada que vemos en la historia, para creer en la importancia notable de este viejo lugar. Hoy sus casas de adobe y sus tapias terreras, cuyo tono de ocre sucio nadie se cuida de disimular con enjabelgados, no permiten forjarse en la imaginación la silueta de una villa de singular valía, en los primeros tiempos del segundo milenio. Frente a una modesta fonda en la que solía guarecer don Martín su cochecillo y saciar sus hambres, apeáronse entrambos viajeros, y desde allí fué cada cual a su visita preferida. Pedro, hacia la casa de Blanca; el académico de la Historia, hacia las parroquias de San Pedro, Santa María del Castillo y San Martín.

Y aconteció que mientras buscaba a Blanca el muchacho por pasillos y habitaciones, vió por una de aquellas ventanas, con extraordinario asombro, que el abogado don Domingo y su amigo el marqués de Villasirga penetraban en casa del *Rapiña*, su suegro

futuro; y apenas le quedó tiempo para guardarse de ellos en una pequeña estancia paredaña del escritorio del *Rapiña*, donde se recluyó pacientemente cuando los forasteros entraron, pues no le era posible salir de donde estaba sin llamar la atención de los reunidos.

Desde donde Pedro se hallaba percibíanse con toda claridad las voces de los conversadores.

El silencio absoluto de aquellas calles, por donde nadie solía transitar; la tranquilidad con que hablaban, seguros de hallarse absolutamente solos, dió por resultado que Pedro no perdiera ni una sílaba de la conversación.

—¿Pero está concedido?—preguntaba el avaro.

—Ahí tiene usted la carta de mi pariente.

—¿Y será verdad?

—El duque de Torremormojón no miente nunca.

—Bueno, bueno; es que en estas cosas de pesetas, todas las seguridades son pocas.

—Hoy he llegado de Madrid y puedo asegurarle a usted que yo mismo he visto, con el duque mi jefe, la gente que ha de firmarlo todo y autorizarlo todo. Es más: yo mismo he intervenido en la fijación de las cantidades que hay que dar a esas personas, cuando el negocio se haya hecho.

—¿De modo que son...?

—Unos dos millones de pesetas en vituallas, en ropas, en zapatos. Ahí tiene la lista.

Hallábanse los tres sentados en sillas de enea, rodeando la mesa del *Rapiña*; don Domingo era ancho de espaldas, la cabeza grande y el pelo crespo, vestido sin elegancia ni esmero, con un traje de color cas-



taño holgado en demasia, unas enormes botas de campo y, sobre las rodillas, un sombrero negro de forma inusitada. Podía calcularse una edad aproximada a cuarenta años. A su lado, el marquesito de Villasirga lucía su elegante apostura, su traje de corte irreprochable, sus joyas coquetonas y valiosas, y todo el atildamiento de su persona, más bien baja que alta, más bien gruesa que delgada; de faz redonda y escrupulosamente afeitada y sobada después con pomadas y esencias. Sus veintiocho años, la diligencia con que cuidaba de sí mismo, en el baño diario minucioso y dilatado, en manos del peluquero, en la perfumería de su tocador, en el surtido envidiable de su vestuario, dábanle tal aire de juventud y gentileza que cautivaba a cuantos le trataban superficialmente.

—En fin, hay que pensarlo mucho—añadía meneando la cabeza desainada el prestamista.

—Mira tú, *Rapiña*—contestó brutal don Domingo—, con nosotros no eches mano de tus resabios. Eso para los tontos de los pueblos a quienes desangras todos los días. Aquí, a nuestro lado, ganarás muchos duros. Enfrente, conseguirás que te arruinemos.

—Yo creo que no es para enfadarse, don Domingo, el que yo no acepte de plano. Mi disposición no puede ser más favorable para el negocio; pero son muchos reales, ¡son millones, señor marqués!, ¡millones, don Domingo! De todas maneras vamos a ver, vamos a ver. Dígame todo el plan si no le molesta.

De nuevo el marqués de Villasirga habló.

—Hay firmada una orden para comprar suministros para el ejército de Africa, que pagará la Administración, con un total de dos millones de pesetas.

El concesionario será quien nosotros designemos. Las ganancias podrán ascender...

—¿A cuánto, señor marqués?—inquiría ansioso el avariento.

—A un millón de pesetas. Hecha la separación de lo que se ha ofrecido a quienes nos ayudan, el resto se repartirá entre el duque don Domingo, usted y yo. En detalle, habrán de tocarnos a cada uno sus buenos cuarenta mil duros.

—¿Y cómo ha calculado usted la ganancia, señor marqués? A mí me parece mucho ganar en dos millones un millón.

—¿A ti qué te va a parecer? Estás acostumbrado a ganar un par de mulas con dos pesetas, o una heredad con veinte reales.

—Exageraciones, don Domingo, exageraciones.

—Yo no creo que baje la ganancia de lo que he dicho. Al recibir las mantas, no se pesarán, ni se probará su resistencia de extensión; al recibir los zapatos, nadie reparará en lo que es cartón y lo que es cuero; al recibir las legumbres, entrarán en la báscula éstas y las piedrezuelas con que vayan mezcladas.

—¡Ah!..., ya..., ya—reía goloso el usurero—, ya entiendo..., sí; tal vez se gane lo que usted dice o muy cerca...

—Mira, *Rapiña*, en tu cara estoy leyendo que, además del millón para todos, vas a ganar de tapadillo veinte mil duros para ti solito.

—Calumnias, señor marqués. No le haga usted caso. Este don Domingo está siempre de buen humor para burlarse de mí. Y diga usted, señor marqués, ¿a nombre de quién irá la concesión?

—A nombre de usted, si así lo quiere.

—No, no; ya haremos documentos que me garanticen; pero la concesión a mi nombre, de ninguna manera.

—¿Tiene usted miedo?

—Por si acaso, por si acaso. Que el demonio las carga y las descarga. A lo mejor o a lo peor, se descubre el lío y me toca meter estos huesos tan viejos en el Hacho y dejar sola a mi Blanca, la hija de mi alma, que más quisiera una horca para mí que una lágrima para ella; y más me valdría...

—¡Bueno! ¡Basta! Demonio con el viejo; cuando coge la carretilla no hay quien le contenga—la manera áspera de don Domingo le contuvo.

—No es preciso que sea usted el concesionario.

—¿Por qué no lo son ustedes?

—No está bien. Si aspiramos a desempeñar cargos públicos hay que tener el pudor de no figurar manejando fondos del fisco, ni directa ni indirectamente. En fin, esto no supone dificultad ninguna; yo buscaré un concesionario barato que se contente con un talego de duros. Me parece que lo tengo ya.

—¿Quién?

—Esperemos a que acepte mi proposición para darlo a la publicidad.

—Bueno, pues entonces —dijo *Rapiña*—, cuando ustedes quieran podemos ir extendiendo los contratos. Aquí don Domingo, que es letrado...

—Hazlos tú, *Rapiña*, que eres mucho más letrado que yo y que el mismísimo Alfonso X el Sabio; que si te llega a tener junto a sí, en vez de siete partidas hace catorce, y después te ahorca.

—Qué cosas tiene don Domingo.

Les acompañaba hacia la puerta de salida zalame-ro y humilde, como siempre que atisbaba riqueza a través de una persona.

Pedro se retiró de su escondite, saliendo tan misteriosamente como había entrado. Al no andar por allí Blanca, supuso que estaría de rezos o visitas, y se fué en su busca, llevando lleno de asco el espíritu honradote, el alma sana de campesino castellano.

Frente a la iglesia de San Pedro de Frómista, y extasiado en la contemplación del precioso pórtico Renacimiento levantado por los Benavides cuando tenían el señorío de la villa, encontró Pedro a su tío don Martín. Muy pronto hubo de notar éste que alguna novedad importante embargaba el ánimo de su sobrino.

—Parece que ha habido contienda, ¿eh?

—No he visto a Blanca.

—¡Ah! ¿Y por eso traes la cara tan larga, infeliz?

—Mire, tío, primero voy a buscar a mi novia; hoy hablaré con ella muy pocos minutos. Dígame dónde he de encontrarle después para irnos. Tengo prisa de contar a usted unas cosas graves y extrañas que he sabido.

—¿Aquí?

—Aquí. En casa de Blanca.

—Nada que salga de ahí me causará extrañeza. Bien, pues yo estaré en la iglesia de San Martín; ya he pedido que me traigan la llave. Hasta luego.

—Adiós.

Pedro llegó a la parroquia de Santa María del Castillo. Allí, ante el altar mayor, cuyo retablo del siglo xv

está cuajado de pinturas delicadísimas, cobijadas bajo calados doseletes, la albura alabastrina de Blanca florecía en su cara como una magnolia sobre la rama quebradiza del talle. Volvió ligeramente sus ojos, que se inundaron de luz al posarse en Pedro, mientras los claveles encendidos del amor coloreaban la nieve de las mejillas. Pedro olvidó todo lo ocurrido anteriormente y olvidó a los suyos y se olvidó de sí mismo. Ya no se daba cuenta ni del tiempo ni del espacio, no tenía conciencia de hallarse en Frómista, ni en la iglesia, ni en parte alguna del mundo. Que el amor es así: una fuerza incontrastable que arrebató las almas de los que se adoran y las transporta a regiones suprasensibles, lejos de toda realidad. Blanca remató con prisa y desorden sus oraciones, se puso en pie, y la gentileza de su cuerpo de palmera hizole pensar al novio que aquellas arcadas pétreas de tan singular esbeltez se habían construido para marco y fondo de tanta gallardía y donaire.

Ya en la calle, recatándose un poco de la curiosidad lugareña, fueron callados y seriecitos hasta casa de la muchacha, hasta la saleta y cuarto de labor donde Blanca cosía y amaba, donde su corazón y su fantasía armaban castillos dorados y hacían surgir islas encantadas para que Pedro y ella las habitasen, engolfados en una felicidad sin tregua. Petra, la vieja ama de llaves, sorda y barbuda, gruesa y gruñona, recosía calcetas sentada en una sillita baja con asiento de orillo. Muy juntitos, los enamorados ocuparon dos sillones de mimbre, que daban guardia a la ventana de la habitación. Sus ojos acariciábanse con ternura, con deleite dulcísimo.

—¡Qué susto me has dado en la iglesia!—decía ella—; estaba pensando en ti, siempre estoy pensando en ti, y de pronto vi tu imagen y creí que era una ficción de mi pensamiento, que no eras de carne, sino un fantasma, y por ser fantasma me diste miedo, a pesar de ser tú.

Parecía como si estuviera hablando con música, como si cada sílaba fuese una nota y todas juntas una sonata melodiosa. ¡Ah, la voz de las vírgenes, con sus timbraciones argentinas, con sus medios tonos aferciopelados y acariciadores! Así a Pedro le entraba el embeleso por ojos y oídos, y anegado en el deleite sutilísimo de su contemplación amorosa, se olvidaba de respirar para vivir, y vivía dando grandes suspiros compensadores, que le hinchaban el pecho hercúleo y hacíanle palpar el corazón ruidosamente.

—No me dices nada—quejábase ella.

—Ya sabes que yo no sé decir. Aquí, en Castilla, somos cortos de palabra y largos de acción. Háblame tú, mientras tanto yo te quiero, te quiero.

—Ya hablan tus ojos, Pedro, y en ellos leo y por ellos llego hasta tu corazón. No dirás que no tengo buena vista.

—Ni yo ojos desleales.

—Es verdad, nunca me mintieron. Ni aun hoy que me anuncian pesadumbre, ¿es cierto?

—Cosas de hombres.

—¿Cosas de hombres contra nuestro cariño?

—No, mi vida. Aún no pelagra nada de él.

—¡Aún no! Temiendo estoy que le saquemos al campo raso. Hoy aquí, en secreto, entre cristales y paredes, florece por todas sus ramas. Planta de inver-

nadero. ¡Ay el día que le den los vientos de la estepa! ¿Qué será de sus flores?

—No temas: de todas las dificultades triunfa el amor. ¿Y para qué hemos de amargarle pensando en contrariedades que tal vez no lleguen?

—Es verdad, Pedro mío; ahora disfrutemos por si más adelante nos toca padecer. Mira qué hermoso está el jardín.

El ventanal de la estancia caía sobre el jardín, menudo y cuidado, que era como un gran balcón lleno de tiestos, que Blanca tenía de continuo ante sus miradas.

—¿Ves los crisantemos con su cabezota opulenta y rizada? Dicen que es una flor triste porque nace cuando llega el día de nuestros difuntos. A mí todas las flores me parecen alegres. ¿No llenan de rosas las cajas de los muertos? ¿Y hay nada más alegre, más alborotado, más voluptuoso que una rosa dorada o sangrienta?

—Hay algo más hermoso que todas las flores.

—¿Cuál, Pedro?

—Tú. La mujer. Esa mujer que es nuestra, porque se ha quedado con todo lo que teníamos.

—Yo soy tu flor, amor mío.

—Tú eres mi flor. ¿Y qué flor eres tú?

—Yo no lo sé. Aseguran que cada mujer se parece a una flor diferente, que huele como ella, que tiene su forma, su color, que es curativa o venenosa. ¿Cuál será mi flor? ¿El clavel?

—Hay en él más pasión carnal, más aroma de carne encendida que en ti.

—Entonces ¿el nardo?

—También tiene un perfume violento que trastorna y carece de dulzura.

—¿La azucena?

—Eres más exquisita tú.

—¿La dalia, la camelia?

—No huelen; son hermosas, pero no derraman esencia a su alrededor, y tú, sí.

—¿La violeta entonces?

—Es demasiado humilde; tú eres más vistosa, más atractiva.

—¿Cuál es mi flor, Pedro?

—Una blanca, delicada, sutil, una que sea vaporosa como una nubecilla y de encaje como una blonda; una que tenga perfume suave y permanente. A mí me parece que veo lilas blancas cuando te veo a ti.

—¿Ves qué milagros hace el amor? Porque al fin en mí no son extraños los lirismos: mi compañero ha sido siempre un libro; mis amigos, los versos; aquí en esta mi vida solitaria y silenciosa, la poesía me ha ido llenando el alma de colores, de músicas, de aromas. Todo el día, todos los días, leo sin cesar cosas dulces, cosas bonitas. Pero en ti, Pedro, el hombre robusto y fuerte del campo, el hombre con la rugosidad áspera de los caracteres sanos y poderosos, que estás hecho a cosas de fuerza y a costumbres de mando, en ti, sólo el amor es capaz de dictarte esas dulcísimas bagatelas con que llenas mi alma de placer.

—Es que yo también leo, Blanca; me gusta instruirme, formar mi espíritu con libros buenos, fuertes, hermosos.

—Tu padre anda por ahí, niña—dijo la vieja Petra. Pedro se puso en pie.

—No importa—agregó Blanca—; mi padre sabe de esto todo lo que necesita saber. Siéntate, Pedro.

—No; me voy. Mi tío Martín me estará aguardando.

—¡Qué poco tiempo estuvimos juntos!

—Contentémonos con ello, Blanca. Hoy he de marcharme más pronto que otros días.

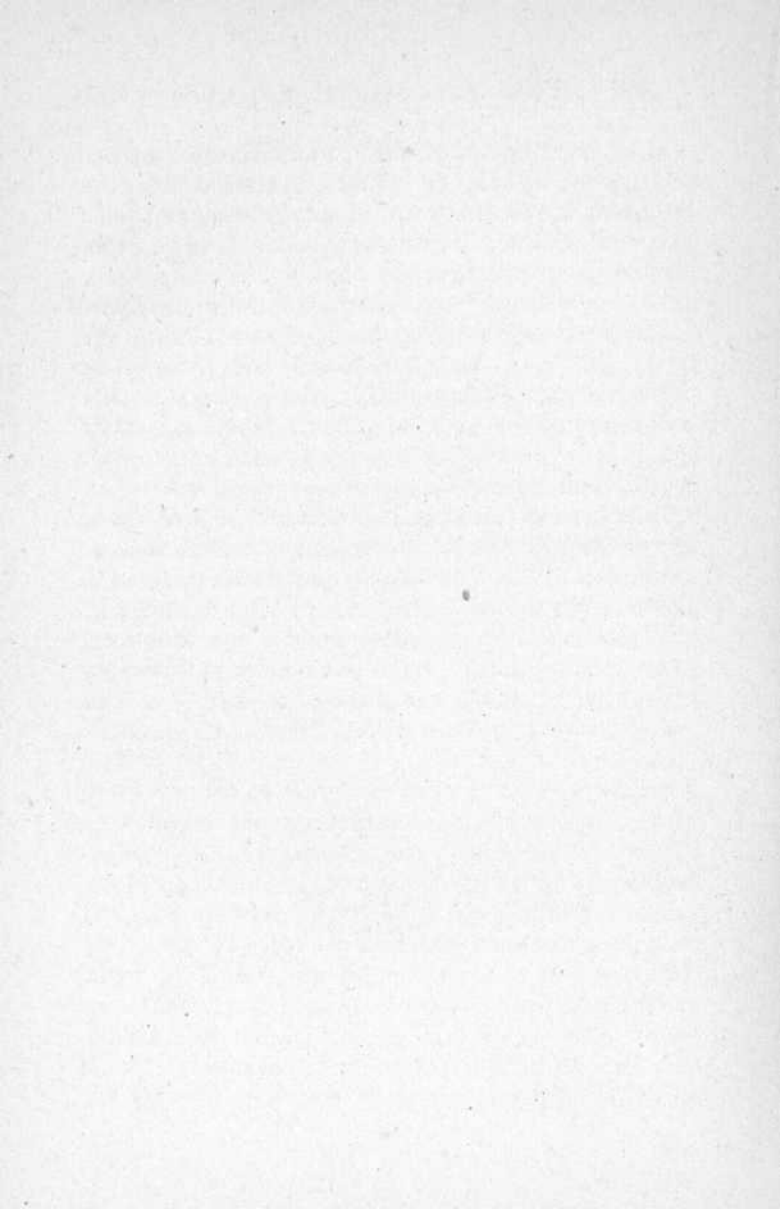
Y se fueron hacia el portón de la corraliza muy juntos, las manos muy apretaditas, mirándose a los ojos, en una sola sus dos almas.

Cuando Pedro se acercó a su tío en el templo dedicado a San Martín, cogióle aquél una mano sin bajar los ojos de las líneas elegantes de aquellos arcos gentilísimos y exclamó en voz leda:

—Calla, Pedro; ahora calla y no me digas nada; mira y disfruta y bebe ambiente de castellanía por todas las entradas de tu alma. Desde principios del siglo XI se alza esta iglesia con las preciosidades de su arquitectura románica, en estado de absoluta integridad. ¡Oh! Qué grande aquella doña Mayor, mujer de Sancho de Navarra, la cual donó al lindante convento de benedictinos, para que cuidasen de esta iglesia y de su fundadora, sus haciendas, dos terceras partes de sus vacas, bueyes y caballos y todo el barrio de San Martín, edificado a costa de ella. Pasados algunos años, doña Urraca cedió a los monjes de San Zoilo de Carrión, que pertenecían a la Orden de Cluny, la iglesia y el barrio de San Martín, levantados por su bisabuela; y con el carácter de priorato de aquel monasterio, permaneció hasta la extinción de las Ordenes religiosas. Patinado por nueve siglos de

existencia, testigo de gloriosas grandezas y terribles hecatombes, ha sobrevivido a todas ellas, conservando sus delicadas labores, sus impostas jaqueladas, las archivoltas de sus pórticos y ventanales, los capiteles de sus columnas y los variados e interesantes canecillos de aquellos ábsides, que aun conservan delicioso aspecto de juvenil lozanía. Don Martín recor daba las frases laudatorias de la obra erudita de Simón: «Ofrece este templo la supervivencia de cuantos elementos concurren en estas construcciones genuinamente románicas. El grupo absidal, ornamentado con gran delicadeza y abundancia; el crucero, la cúpula, las dos fachadas laterales con sus pórticos, uno de ellos oculto; los torreones que limitan la imaronte, detalle éste que se reproduce en los momentos de los siglos x y xi, se conservan con tal pureza, con tan interesantes pormenores, que le convierten en modelo de aquella arquitectura de elegante sencillez y de austera y clásica belleza.»







XIV

Los planes de un cínico.

MIENTRAS tío y sobrino se recreaban con las bellezas arquitectónicas de la iglesia de San Martín, un pesado *landau*, del que tiraban dos mulas trotonas, de nerviosos remos, conducía por la carretera de Carrión de los Condes al marqués de Villasirga y su amigo. El marqués usa coche de mulas en lugar de automóvil, por dos razones: una, por creerlo más señorial, más en armonía con el respeto tradicional que en estas tierras despertaron siempre los coches de obispos y de aristócratas, únicos privilegiados que venían usando tan escogido medio de traslación, hasta que la burguesía ramplona inundó los caminos de automóviles, apestando el ambiente purísimo de la campiña con la hediondez de la gasolina y de las grasas quemadas. La otra razón de preferencia consistía en que mientras ocupaba su casa solariega de Villasirga, no tenía gasto ninguno de tracción si usaba el coche, porque a él enganchaba

las mulas de labor, con las que durante el año labraba las escasas fincas que le iban quedando.

El marqués y don Domingo mantenían en el interior del carruaje una conversación interesante y cínica, sin caretas, sin hipocresías, dejando al descubierto la carroña de sus conciencias.

—El negocio puede ser bonito—decía el abogado rural.

—No es tan interesante el negocio—contestaba el marqués—como lo que podemos esperar de una alcaución poderosa, cual ésta que fraguamos. El duque de Torremormojón en Madrid con sus amistades, con su influencia; yo moviéndome hábilmente en diferentes planos como instrumento suyo; usted aquí representándonos en este país para muchas cosas que nos serán precisas, y el *Rapiña* con su capital fuerte, con sus condiciones inimitables para comprar, para vender, para falsificar, para robar, para agarrotar al explotado, crea usted, amigo mío, que constituiremos un artificio de inacabable fuerza para acumular oro.

—Del Estado.

—Del Estado y de las gentes que en él viven; de quien sea, es igual. ¡Ah!, y añada usted a éstos una más que nos va a traer maravillosa ayuda.

—¿Quién? ¿El que tiene usted pensado para concesionario?

—El mismo.

—¿Y quién va a ser, si puede saberse?

—Mi pariente Fernando Ansúrez.

—¿Fernando? Me extraña la intervención de este muchacho. Usted sabe que es tonto de la cabeza.

—Por eso le necesitamos. Suele haber en todos es-

tos asuntos de dudosa condición un papel de tonto que repartir; y no encontraríamos en toda la comarca otro tan a propósito como Fernando Ansúrez.

—¿Le convencerá usted?

—A eso vamos. Hoy como con usted en Carrión. Después en el casino le daré caza.

—Hay que coger mando.

—¡Hay que coger millones! ¡Ah, el oro, que abre todas las puertas de luz y de placer y cierra todas las puertas de cárcel y castigo! El oro, que es bacanal, que es poderío, que es superioridad semidivina.—El marqués de Villasirga se excitaba con la contemplación imaginativa de sus deleites favoritos. A pesar de sus años jóvenes, había ya recorrido toda la escala del vicio: del dorado y del abyecto; del que fulgura en los salones entre riquezas fascinadoras y tesoros de arte, y el que se hunde en el cieno pestilente de los bajos lupanares. Lo malo era que este vicio iba reduciendo a cenizas el capital antes cuantioso del aristócrata castellano, ya en filo de ruina.

La mayor parte del año pasábala en Madrid, disfrutando a lo largo, a lo ancho y a lo profundo; sin ocupar su inteligencia ni sus manos en nada provechoso; buscando desalado por doquier almas y cuerpos que desgarrar entre sus anhelos insaciables. Después, para descansar, recorría palacios y se relacionaba con gentes muy empingorotadas, ganándose su admiración y su cariño con aquellas dotes de «hombre de sociedad» tan escogidas; y preparando el momento de solicitar de ellas la protección que ya columbraba iba a serle necesaria dentro de muy poco tiempo, en cuanto las migajas de aquellos campos

labrantíos, que le dejaron sus abuelos, acabarían de consumirse sobre las mesas de sus festines cortesanos. Entonces le darían cargos públicos, o comisiones oficiales. Verdad es que él no sabía nada de nada; su incultura era tan absoluta, que en sacándole de catar vinos o mujeres, quedaba al nivel de los pobres analfabetos que cavaban sus viñas. Jamás leyó, jamás estudió. Saludaba con una gentileza envidiable, sostenía una conversación ágil y entretenida, sobre sucesos corrientes, sobre murmuraciones sabrosas, con un ingenio lleno de luz... pero nada más; de ahí a discurrir, a saber, a servir de algo, hay un abismo, que no salvan más que los que trabajaron para construirse un puente de sabiduría, de la longitud de sus aspiraciones. Por eso cuando su contacto con el duque de Torremormojón le abrió el camino cubierto, oscuro y resbaladizo de las ganancias delictivas, echó por él a todo correr, convencido de que era para lo único que tenía aptitudes. Y el duque, gran camastrón, que había conocido la condición maleable de su pariente lejano, le absorbió, haciéndole su ganza y su escudo, su escalera y su muralla, algo que le trajese riquezas y en el peor caso cargara con la responsabilidad de una mala acción.

Y esto es lo que el marqués pretendía a su vez de Fernando; y así se lo fué insinuando aquella tarde en el casino de Carrión.

Después de comer, acostumbraba el de Ansúrez ir a tomar café al destartalado saloncillo del casino, con unos cuantos muchachos, como él descendientes de familias de noble alcurnia castellana y como él echados a la briba, dedicados a una existencia meramen-

te vegetativa, y aun ésta de tan pobre condición, que a hidalguejos transcendían con sus trajes envejecidos y sus botas arrugadas y sus carnes flacas y amarillentas. Escurrimbres de nobles genealogías, de las que únicamente dan idea los apellidos ilustres.

Cuando Fernando entró aquella tarde, llamóle Villasirga a su mesa.

—¿Qué hay, Fernando? ¡Cómo te envidio esa fortaleza de deportista, ese alegre optimismo de sano!

—¿Tú estás enfermo?

—No, chico; enfermo, no, pero gastado, decaído.

—¡Bah!, un año en el campo y máquina nueva.

—Veremos. Anda, toma café conmigo; tenemos que hablar.

Le sirvieron café muy negro, en un vaso muy gordo.

—¿Qué ocurre?

—No, aquí no. Es asunto muy interesante y reservado; iremos donde no haya nadie, donde nadie nos interrumpa.

—¿Dónde entonces?

—A la biblioteca.

Y allí, sentados en los únicos sillones que conservaban nuevos los muelles del asiento, comenzaron su charla secreta. El marqués le contó sus planes, como un magnífico negocio, honesto y lícito, del parente de ambos, el duque de Torremormojón, a cuya casa iba todos los inviernos Fernando: según su gusto, para vivir en Madrid unos meses de deporte; según el deseo de doña Leonor, para lograr el cariño y la mano de Isabel Fernanda.

—Pues no me ha dicho nada el tío—exclamaba el de Ansúrez.



—Te lo dice ahora por mi conducto. Traigo el encargo muy expreso de él, para que te hable del negocio y te proponga tomar parte en el mismo.

—¡Pero si yo no sé una palabra de negocios, Manolo!

—No te hace falta; el tío y yo cuidaremos de suplirte. La cosa es que empieces a vivir útilmente, que te decidas a mirar hacia adelante. Vas pasando tus años en una inconsciencia que da miedo; al tío le da miedo, chico; me lo ha dicho muchas veces: «ese Fernando, ese Fernando, que no hace más que dar patadas a una pelota...» Hay que ser hombre, querido; hay que ser útil a la sociedad.

—Oye, oye: todo eso en ti es una novedad maravillosa.

—El tío, ¿sabes? El es quien me ha convencido. Desde que me dió una serie de lecciones tan prudentes como sabias, haciéndome notar la ruina y el deshonor donde caería inexorablemente si no trabajaba y torcía a buen norte mi rumbo, estoy hecho otro.

—¿También con las faldas?

—Déjate ahora de tonterías. Esto que te digo es muy serio. Y ya que hablamos de faldas, te añadiré que si sigues tan enamorado de tu novia pardal, bien te irá entrando por donde te aconsejo; porque has de saber que mientras no sirvas para ganar tu vida y la de tu prole, no te da Bruno Castro su hija en matrimonio, aunque le hagan trapos y cuerdas.

—Pero, bueno, ¿yo qué tengo que hacer?

—Por ahora nada, o casi nada. Figurar como concesionario para el suministro de que te hablé.

—¡Atiza! Se van a reir hasta las piedras.

—No seas chiquillo. La gente se ríe cuando te ve en calzoncillos perdiendo el tiempo y la sensatez en un campo de *football*; pero cuanto te mire al frente de un negocio de dos millones de pesetas...

—Se va a reír mucho más, Manolo, no te quepa duda. ¿Por qué no sois uno de vosotros el concesionario? A mí me parece que nadie con más derecho y categoría que el tío.

—Pero, hombre, eres de una infantilidad que asusta. ¿Cómo quieres que el tío mueva sus amistades para que le acarreen dinero a él? Puede pedir para los suyos, para su sobrino Fernando, ¿pero para su casa? Además, ¿no comprendes que si él ha de tener acta de diputado o senador y yo he de lograr esto mismo, hemos de huir de cuanto huela a contratos con el Estado?

—Sí, sí, claro; eso es convincente, ¿pero cómo justifico yo que tengo dineros y aptitudes para negocio de tal monta?

—Porque no eres tú; porque quien lo hace es una Sociedad, y esa Sociedad te ha hecho a ti gerente por tu apellido, por la influencia del tío, etc., etc.. ¿Comprendes?

—Comprendo, sí; y no está mal.

—Entonces, ¿aceptas?

—Te diré; tengo que consultar a mamá. No te extrañes. Ya sabes su carácter y sus rarezas. Hay que convencerla. Creo que la convenceremos; tú me ayudarás, Manolico, ¿eh?

—Bueno; veremos a ver si embarrancamos en esa roca.

—También convendrá que hable con Valentina.

—¿También? Chico, pues no eres tú nadie teniendo consejeros.

—Qué quieres, cuestión de genio.

—Bueno, bueno; y con tu novia ¿tengo que ayudarte también?

—No te rías, Manolo, y discúlpame. Lo importante es llegar a lo que desees aunque rodeemos un poco, ¿no?

—Conformes, Fernando, conformes.

* * *

También el académico y su sobrino habían regresado a Carrión, y puede asegurarse que el Citroën batía contra sí mismo el «record» de velocidad, porque su dueño, sin darse cuenta, apretaba el acelerador implacablemente. Y es que el relato que hubo de hacerle Pedro le metió en el cuerpo prisas de que Bruno se enterase de lo que planeaban sus enemigos. Había que contarle todo, menos que el sobrino hubiéralo escuchado en casa de Blanca, pues por aquí podría el alcalde de Carrión venir en conocimiento de los amores del muchacho, quien no auguraba bien de la determinación que el rudo castellano tomaría sobre ellos. Fueron vistos y no vistos aquellos kilómetros, durante cuya travesía ninguno de los viajeros pronunció palabra, absortos en la rememoración del extraño suceso.

Después de comer, Bruno Castro y don Martín departieron sobre la trama sorprendida «por un amigo del bibliotecario, a quien se la hubo éste de escuchar». Bruno Castro mostraba en el rostro tostado los

cambiantes delatores de una ira reconcentrada, de un asco irresistible, de una solapada alegría.

—Hay que dejar que madure el racimo en la parra —dijo—, y hay que vigilar para que no nos le roben o le coman los pardales. ¡Ah! ¡la bellacada! ¡Ah! ¡el abogado pueblerino, dedicado a bribón! ¡Ah! ¡los nobles tomados de pigricia, que se hacen pícaros! En cuanto al avaro, ¡juro a Dios que habré de desollarle como a un conejo! Pero hay que esperar que avancen, que se metan en el légamo de la barranquera, para que pueda hundirlos a todos de una vez; hay que esperar.

—¿Y por quién seguirás la pista del suceso?

—Por el más tonto de ellos.

—¿Quién?

—No lo sé. Dijeron que iban a buscar un imbécil que actuara de taparrabos, ¿no?

—Eso dijeron.

—¿Y no sospecháis quién podrá ser?

—No.

—Bien; hay que averiguar esto a todo trance. Ellos buscan un bobo, y yo también le necesito para seguirles el rastro.

—Es lamentable que personas de esta alcurnia caigan en tales extravíos.

—Es lo natural, lo que tiene que ser. (Bruno Castro se exaltaba, y cuando se exaltaba hablaba bien.) Una gran parte de la nobleza hereditaria que vive sobre nuestro territorio conserva de sus abuelos todas las ideas erróneas o inadecuadas al momento actual; y así, por ejemplo, juzga infamante el trabajo, propio de siervos, que constituyen la raza infe-

rior, creada no más que para ayuda y servicio de los hombres hechos a imagen y semejanza de la Divinidad, que son ellos, los elegidos, los seleccionados, la aristocracia de la sangre. Y de esta suerte van de una en otra generación, transfiriéndose un afán de haraganería, tan firme, tan constante, que no se da el caso de verles faltar a él, ni una vez en la vida. Ellos rezan; ellos leen en los viejos cartorios las regalías de su linaje; ellos contemplan entontecidos las efigies de sus ascendientes gloriosos; y a la hora de comer, si hay viandas comen, y si no, ayunan. Y poco a poco, la vida, cada vez más cara, va tragándose fincas, foros, enfiteusis, joyas de arte y cuanto de algún valor han llegado a heredar los hidalguetes del día hasta dejarles mundos de bienes y horros de ganas de trabajar; y entonces surge lo inevitable, lo terrible, porque en tal situación sólo quedan dos caminos: o morir de hambre roídos de ratones, comidos de polilla y sepultados en polvo, como les va a ocurrir a esos alelados de don Alfonso y doña Leonor, o meterse a estafadores, como el duque de Torremormojón y su deudo el marqués de Villasirga. Hay excepciones, es cierto, y debe añadirse que son pocas; pero ellas confirman la regla general.

— Ejemplos tienen entre los suyos de remotos tiempos—agregó don Martín—que les enseñan el camino del latrocinio; que en aquellas viejas edades del primero al segundo milenio a veces tanto daba decir señor de villas y castillos como ladrón de honras y propiedades o maltraedor de personas o desbaratador de derechos. En el alma traigo yo las hieles del recuerdo, en que hube de bañarme esta mañana

dentro de los venerables muros del templo de San Martín de Frómista.

—Tú lees en las viejas piedras como en un libro. Enséñame la lección histórica a que te refieres. Esas verdades milenarias que a las escurriduras de la aristocracia castellana sirven de inyección fortificadora, son también un tónico vigoroso para los hijos del pueblo, que de ellas toman enconos y sobre éstos cimentan resoluciones mantenedoras de sus bien ganadas behetrías, de sus preciosas libertades. Habla.

—Oye cosas abominables, Bruno. Desde que doña Urraca cedió al Monasterio de San Zoil de Carrión la iglesia y el barrio de San Martín de Frómista, comenzaron las luchas enconadas entre los frailes y los nobles que fueron poseyendo el señorío de Frómista. Las peleas con los señores de la villa fueron terribles. El barrio hallábase rodeado de una valla con dos puertas, la de Monzón y la de Grajal, e incrustado en el centro del pueblo de Frómista; gobernábanle merinos, sayones, pregoneros, y escribanos propios, nombrados cuándo por los frailes, cuándo por los señores. Juan Díaz, en el siglo XIII, y el infante Luis, invocaron derechos sobre el barrio ante los reyes Sancho IV, Fernando, su hijo, y Alfonso, su nieto. En el siglo XIV se quejan los habitantes del barrio ante Alfonso XI de que el infante don Tello hace «que no les dejen ejercer sus oficios libremente, prendiendo vasallos y ejecutándolos y sacándoles prendas».

—¡Miserable!

—Los priores de San Zoil clamaron ante el monarca y la lucha se inclinó a favor del convento. Pero

llega el almirante Tovar a obtener el señorío de Frómista, por donación de Enrique II, y qué cosas haría que los vecinos elevaron al prior y al rey quejas de que «les obligaba al pago de una infinidad de doblas; los echaba en un silo si se resistían a este tributo; a otros los metía en una casa, matándolos allí de hambre; que había amenazado a un vecino con que le tomaría la mujer y la daría a los rapaces; que tuvo preso al alcalde de barrio muchos días sin que los temores de una muerte casi cierta abatieran la entereza de esta autoridad; que se resistió durante la prisión a renunciar a su oficio; que robó en San Martín cálices y cruces, que dejó empeñadas en Burgos cuando fué a la guerra».

—¡Ah!; las luminarias de nuestra historia medieval. ¡Pobre pueblo! ¡Qué disculpable es tu encono con los hijos de aquellos Tobares y Tellos y Díaz!

—El rey contestó a quienes llevaron estos lamentos hasta su solio en Santo Domingo de Silos: «No le di Fromesta para que la destroyese, sino para que la guardase.» Y el barrio tornó al mandamiento de los monjes de Cluny. Pero a todos aquellos los hizo buenos don García Gutiérrez de Quejada, yerno del de Tobar, casado con su hija Elvira, el cual don García entró en el barrio derribando cercas, matando a un vecino de un golpe de alfanje en la cabeza y haciendo otra porción de disparates. Y de nuevo los frailes reclamaron; y así siguieron verificándolo más tarde contra don Gómez Manrique, alcanzando la disputa singular encarnizamiento, porque el prior no quería satisfacerle «la mula y el vaso», a que el señor se creía con derecho. Entonces la guerra surgió más

enconada y con más temerosos caracteres. Soldados de los reyes y gente de la nobleza entraban a sangre y saco en el barrio de San Martín, y mientras tanto, los pobres siervos, traídos y llevados, heridos, apaleados, robados, deshonrados por unos y por otros, iban con sus quejas de zoco en colodro, porque no podían ir con sus armas, con sus odios, con sus furores.

—Porque no tenían este sagrado derecho de igualdad ante la ley que ahora disfrutamos, porque poco a poco lo fué infiltrando Castilla en las costumbres y en la legislación hasta lograr que cuajase en los códigos modernos. ¡Los nobles! Más vale recordar de ellos batallas solamente; gloriosísimas fueron las innumerables que ganaron, pero a ellas no iban solos. Iban también los pecheros, los villanos; iban las mesnadas que sabían levantar los municipios, unas veces para reconquistar la tierra de España y otras para tener a raya la insolencia y el poderío de los nobles. Castilla es tierra de libertad. Hoy como ayer, sabrá el pueblo, sabrán los municipios, meter en pretina a los descendientes degenerados de aquellos señores de horca y cuchillo.

Y al decir esto, el alcalde de Carrión de los Condes erguía su cuerpo robusto y poderoso, como uno de aquellos peones y ballesteros que supieron defender en España las libertades municipales antes que en ningún otro pueblo de la tierra,



XV

Variaciones sobre un tema.

VALENTINA y Fernando hablan con inusitada animación en casa de Maruja, que es su campo atrincherado. No hay en las frentes de los novios esa tersura que pone sobre ellos el lenguaje de amor. Hoy, por el contrario, se fruncen, se obscurecen, reflejando el trabajo reconcentrado que tras ellos realizan los cerebros de entrambos.

—Pues mira—dice la gentilísima morena—, si eso es una cosa seria, si en efecto son personas de dinero...

—Ya ves, mi pariente Manolo, el marqués de Villasirga...

—Ese no tiene dos pesetas.

—¡Mujer, qué cosas dices! ¿Y del tío, qué te parece?

—¿De qué tío?

—De Torremormojón.

—Me parece que ése, si tiene dos, no llega a cuatro,

—¿Que no? ¡Pues menuda casita la suya de Madrid! Menudo tren...

—Por eso no tiene dinero, porque se lo gasta todo. Pero, en fin, yo imagino que a ti no habrán venido a buscarte para que les des millones. ¿Verdad? De modo que de algún lado los sacarán cuando la ocasión llegue. En suma, si la cosa es formal, me alegro mucho; porque, chico, la verdad es que como sigas jugando al «tennis» veo nuestra boda más arriba de las nubes.

—Bueno; es que todos la habéis tramado con los deportes, ¿eh? Parece como si os hubierais concertado antes.

—Naturalmente, y eso te convencerá de que estamos en lo cierto. Así como vives no serás un hombre de pro; así no deben vivir ni aun los que por su fortuna no necesitan ganarse el sustento. Y créeme, Fernando: mientras no trabajes, mientras no hagas algo útil, no podremos torcer la voluntad de mi padre, que es de hierro.

—Bien, bien; pues ya está, ¿qué más querré yo? Lo que ocurre es que no había llegado el momento, la ocasión.

—¿Y no te han dicho a ti qué labor es la que tú desempeñarás?

—Ni una palabra de esto. Que seré el concesionario. Verdad que tal oficio no parece muy trabajoso.

—O sí; yo no entiendo gran cosa de negocios de esa índole; tratárase de asuntos agrícolas y ya te diría cómo y por dónde; pero, de todos modos, me temo que eso de «concesionario» no sea nada o sea demasiado.

—¿Por qué lo crees?

—¡Ah!, no sé. Las mujeres juzgamos muchas veces por instinto. Y es cuando acertamos seguramente.

—Pues chica, si tú no sabes, yo menos. De eso de comercio o de industria, como si me hablaran en chino. ¡Ah!, si fuera de un seis cilindros o de una jaca de polo...

—Calla, calla; ve despegándote de esas aficiones. Hay que trabajar, hay que ganar. ¡Dios mío!, si por ahí o por donde fuera, siendo honrado, tú hallases un buen sueldo y mejor una pequeña fortuna, ¡madre mía!, con qué placer lleno de risas, con qué acento más valiente iría yo a mi padre para decirle: «¡Me caso con Fernando!» ¡Con qué alegría prepararía mis ropitas blancas, mis trajecitos, mis muebles, mis adornos!...

—Se me hace la boca agua...

Fernando se bañaba en la luz radiosa que fluía de las pupilas hondas de su morena. Ya estaban lisas las dos frentes, ya brillaban con los reflejos suaves del amor.

Aquella noche, terminado en casa del de Ansúrez el rezo del rosario y la lectura por doña Leonor de la vida del santo, cuando los nobles esposos volvían a su juego favorito, mientras las sirvientes preparaban la colación, Fernando advirtió a sus padres que tenía que hablar con ellos de un asunto trascendental. En la cara de la madre retratóse el asombro desmedido que la produjo oír de labios de su vástago esa frase



extraña de «asunto trascendental». Don Alfonso mostró un gesto de impaciencia. Ambos se dispusieron a escuchar. Fernando, no muy seguro del éxito, relató la conversación sostenida con el marqués de Villasirga, sin dejar palabra ni olvidar detalle; y después añadió en apoyo de la propuesta algunas de las razones que entre su pariente y su novia le habían suministrado. Cuando el hijo hubo concluído, el padre bajó la cabeza y la mirada hacia el tablero de ajedrez, con una clara expresión de que todo aquello no llegaba a interesarle. La madre, en cambio, se afirmó en su asiento, enderezó el busto, llano como una tabla, y poniendo severidad en el tono de la voz, dijo:

—Qué penoso es, hijo mío, que personajes de tan noble abolengo como el duque de Torremormojón y el marqués de Villasirga, nuestros deudos, hayan caído tan en lo bajo, hasta oficios ruines de «Mercurio», que sólo fueron antes, y hoy debieran seguirlo siendo, de judíos y de gentes de gallaruzas, o gentes de la garra. Yo puedo asegurarte, Fernando, que el preclaro nombre de Ansúrez no se mancillará tan lamentablemente mientras nos quede una hogaza morena con que sostener la vida del cuerpo. Y no entro a ver si el asunto es bueno o malo, si el negocio (¡qué asco de palabra!) habría o no de traer ganancias. Lo rechazo de golpe, por indecoroso para nuestra estirpe, por incompatible con el respeto debido a nuestra prosapia.

—Pero, mamá—interrumpió Fernando asustado del tono rotundo y concluyente de este razonamiento—, comprende que ni yo tengo riquezas para mantener incólume el rango de nuestro origen, ni puedo dedi-

carme a otras ocupaciones tal vez más en consonancia con nuestra jerarquía histórica. Yo no sé nada, carezco de preparación para trabajos cohonestables con tu manera de pensar... bueno, y para los demás, para todos. Por eso, cuando en tan buena compañía como la de dos próceres de levantada calidad como Torremormojón y Villasirga puedo entrarme por caminos que me traigan bienes honradamente, parece-me gran torpeza despreciar la ocasión.

—Medita sosegadamente, hijo mío; veo en tus frases resabios de gente plebeya; veo que sacas la palabra honradez como luz única y limpia y aceptable a ciegas, como matiz que dora toda acción y justifica todo procedimiento. Y no es así, Fernando. Está bien eso para el populacho, que no tiene sobre él más que la ley de Dios, y concéntricas, dentro de ésta, las leyes del reino. Pero nosotros tenemos una muy estrecha y obligatoria: la del honor de nuestra genealogía, que es para nosotros otra religión y otra suprema ley. Quiero recordarte, hijo mío, las sabias frases de Don Quijote ante el eclesiástico de los duques: «Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros, por el de la adulación servil y baja, y otros, por el de la hipocresía engañosa», y añade que él siguió un áspero camino «despreciando la hacienda, pero no la honra», y tal debe ser el nuestro, aunque nos molesten su estrechez y sus pendientes pinas.

Fernando pensaba en Villasirga, en Valentina, en Bruno Castro. Temblaba, sudaba, sentía amargores de tuera en el paladar.

—Oye, mamá, por ahí no haremos más que distan-

ciarnos del tío. Si tú habías proyectado mi matrimonio con Isabel Fernanda y sigues creyendo en la conveniencia del mismo, el modo más seguro de ir hacia él es emprender este negocio, que será una especie de matrimonio con el duque.

—Por no ver manchado tu buen nombre con vilezas de judíos mercaderes, rechazaría nuestra amistad con Torremormojón y tu enlace con Isabel Fernanda. Antes que nada, esclarecer tus apellidos ilustres; después, lo que con ellos se compadezca y creamos beneficioso para todos.

—¿Y crees que negociar es deslustrarlos?

—Mira, infeliz; escucha, ignorante.

Se hispió en el asiento, hizo una pausa durante la cual viniéronla a las mientes las copiosas lecturas de sus viejos manuscritos, y dijo:

—Antes, cuando no se habían descentrado el mundo, subvertido los valores sociales, ni envilecido la humanidad, los judíos traían a Castilla, en recuas de pollinos o mulos, ricas preseas de Bizancio, sedas, tapices y brocados del Oriente islamita, o de la Andalucía musulmana; los paños persas, las pieles y tejidos moriscos llegaban por tal conducto a los castellanos. Los sayos negros y apestosos de los hijos de Sión se mezclaban en nuestra plaza el día semanal de feria con los jubones y mantos de los siervos y las sayas o túnicas bermejas o amarillas de sus mujeres, que en carros con ruedas chirriantes o en bestias de carga, traían para los carrionenses animales de carne, calzado de cuero y madera, hortalizas, pan, sebo, vino, cecina, lino, legumbres y útiles de acero, armas y rejas y utensilios de casa, así de pañería y lencería

como de mobiliario. Los nobles condes de Carrión, jamás, ¡oyelo bien, Fernando!, jamás vendieron ni compraron por sí mismos; pasaban los días de ferias por entre el villanaje, y sólo miradas de curiosidad indulgente salían de sus ojos y rodaban sobre las cabezas del pueblo. ¿Cómo concibes tú a un Ansur González entre pellejos de cabra o «folles cabrunos», entre abarcas de haya o zapatones de cuero, entre plumacios o colchones de lana y «galnapes» o mantas de escaños, entre pucheros de barro vidriado y cebollas de matanza? ¡Y eso es lo que vas a hacer tú! Comprar borceguíes para los soldadotes y mantas para sus catres y alubias para sus ranchos... ¡No, no! Por la Reina de los Angeles, por San Fernando Rey, ¡por San Luis de Francia!, jamás; aunque tengamos que comernos el pergamino de nuestros cartorios.

Fernando, abrumado, vencido, callaba y asentía.

—¿Sabes tú—continuó excitada doña Leonor—sabes tú cómo la personalidad de los condes de Carrión figuraba en las ferias? De esta suerte. Los sayones del señor iban por los puestos recaudando las «maquillas» del señorío, y todos pechaban para el señor, para el magnate, para los condes de Carrión, tus abuelos, que sentirían llegar el rubor hasta sus calaveras si te vieses comerciar a ti, su descendiente directo.

Habiase concluído la charla. Doña Leonor volvióse pandamente.

Don Alfonso dijo:

—Jaque a la reina.

* * *

Mientras esto ocurría, Valentina charlaba algarera y nerviosa con su tío, en un rincón de la cocina labriega.

—¡Noticia, noticia!—habíale cantado a la oreja con sus trinos de jilguero—; noticia, tío: Fernando va a tener una colocación suculenta; su pariente, el marqués de Villasirga, se la ha ofrecido hoy.

En sombra el rostro de don Martín, y a veces pintado de chafarrinones rojos y amarillos por las lenguaradas de la lumbre hogareña, pudo ocultar la palidez con que se destiñó al oír las frases de Valentina. Realizó el académico un esfuerzo violento para serenarse y escuchó sin pestañear la relación minuciosa que su sobrina le hizo. Ya sabía quién era el «tonto» elegido por el vicioso marqués, y a las mientes se le vinieron todas las temerosas complicaciones de esta novedad. «¡Ah, si Bruno se enteraba de que el pretendiente de su hija era consagrado oficialmente tonto y convertido en instrumento de pícaros! ¿Qué no haría el castellano? Por otro lado, si Valentina llegaba a conocer los entresijos del famoso negocio, ¿qué escándalo no armaría con unos y con otros, para arrancar a su Fernando de las garras que le amenazaban y vengarse de sus malvados parientes? ¡Y que no era valiente la muchacha, tan Castro como su padre, cuando el encono le llegaba a las entrañas!»

Se imponía una habilidad diplomática, llena de cautela y decisión.

Don Martín, mientras su sobrina parlaba a caño libre todo lo que el madrileño sabía ya, iba concluyendo su plan definitivo contra todos los ataques posibles.

—¿De modo que estás muy contenta con todo eso?

—Qué, ¿no es para estarlo, tío?

—No, hija mía, no; es menester que pongas todo tu empeño, y toda tu influencia para impedir que Fernando acepte el ofrecimiento del marqués.

—¿Pero habla usted en serio?

—Completamente en serio. Tú no sabes, no puedes hacerte una idea del odio que Bruno les tiene a don Domingo, a Villasirga y al duque de Torremormojón; llega su aborrecimiento a extremos que sólo caben en un alma de la reciedumbre de tu padre. Esa gente de toda broza pretende quitar a Bruno el mando, el poder, en Carrión de los Condes, y en toda su zona, empezando por compartirle, cuando ya dice el adagio que «el mandar no quiere par», y terminando por anularle o arrojarle del país.

—¡Ah, eso sí que no! Aunque nos jugáramos la hacienda. Aunque (¡Dios me valga!) me quedara sin Fernando.

Y Valentina hundió en el pecho turgente la cara morena.

—Pues eso quieren, y para eso necesitan dinero, y para ganarlo la ayuda de tu novio, que sólo recogería las migajas que cayeran al suelo desde la mesa del banquete.

—¿Usted me garantiza, con su palabra de honor, que sabe bien lo que dice?

—Te juro que es verdad, Valentina; y que sé muy de cierto lo que digo.

—Basta; cuando vea a Fernando le obligaré a que se retire de este negocio y de esos negociantes.

A la mañana siguiente, reuniéronse Fernando y su novia en el oculto sitio de costumbre. Iba él cari-acontecido y lleno de temor.

—¡Ay, Valentina de mi alma! Tengo que darte una mala noticia. Anoche no me ha dejado dormir ni un minuto. No sé cómo lo vamos a arreglar; es un genio tan raro, tiene unas ideas tan absurdas de las cosas y personas...

—Pero habla claro, hombre; ¿qué ocurre?

—Que mi madre no quiere, de ninguna manera, que acepte la proposición del pariente. Un sermón inacabable me echó ayer para asegurarme que jamás consentiría que un Ansúrez se manchase con trabajos de mercaderes ruines. ¿Qué hacemos, Valentina?

—Pues nada. Darle gusto.

—¿Así, nada más? ¿Pero te conformas sin resistencia?

—Prefiero no discutir. Por esta vez dejémosla con sus manías. Yo tampoco quiero que te unas al marqués, al duque y al abogadillo que les apoya aquí.

—¡Ah! ¿De modo que coincides con mamá?

—Sí, aunque por distinto camino. Te prefiero vago e inepto, a socio de esos tres personajes. Lo he pensado esta noche; y ahí tienes mi decisión irrevocable.

—¡Ay, Dios mío! ¡qué peso se me ha quitado de encima! ¡Si eres más buena que las santas y más bonita que las flores del campo! ¿Que no me asocie con esa gente? Pues hecho, aunque me ofrezcan un millón de duros. Ya sé por dónde vas, ya. Y es que tus ojos hablan como doctores. ¿Por la enemistad entre ellos y tu padre, no?

—Exacto.

—Pues te lo juro sobre los apellidos de mis abuelos paternos, que son todavía más próceres que mis ascendientes maternos.

* * *

Por la tarde, en el Casino, Villasirga y Fernando hablan de este asunto.

—Pero, hombre, ¿no será tan definitiva la determinación de tu madre?

—Te digo, chico, que tal como la he visto anoche, primero consiente en que pida limosna que en que me haga comerciante. Ya sabes su manera de pensar, el tesón que pone al servicio de sus ideas.

—Pues es una complicación. Demonio... Demonio. ¿Y tu novia?

—¡Bahl, lo importante es mamá.

Fernando escudaba con el desdén a Valentina.

—Bueno, bueno, pues allá veremos.

* * *

—¿Has averiguado ya quién es el tonto?—preguntaba al anochecer Bruno a su cuñado.

—No he podido saber nada. Estuve en Frómista, eché mis sabuesos tras del rastro... y nada. Yo creo que le buscarán en Madrid.

—¿Pero no dijeron que venían a Carrión a buscarle?

—Sí, pero no le habrán encontrado.

—Pues tontos ya hay, ya.

—Tal vez no den la talla.

—Sería raro.

* * *

En la mañana siguiente Villasirga y don Domingo hablaban con el *Rapiña*, contándole detalladamente el estado de ánimo de doña Leonor, que había destruido sus planes por lo que se refiere a Fernando. Mientras conversaban, fulgían los ojillos acerados del usurero y una sonrisa de malicia y de burla estremecía sus labios exangües.

—Bien, bien. ¿Cree usted, señor marqués, que nos es indispensable el señorito Fernando?

—¡Hombre, indispensable...!, pero a lo menos muy útil.

—Basta con eso. ¿Ustedes van a Carrión ahora?

—Sí, señor.

—¿Y no tendrían inconveniente en llevarme allá, señor marqués?

—Ninguno. No faltaba más; cuanto yo tengo está a su disposición.

—Muy amable, señor marqués. Pues vamos a Carrión, y esta misma tarde quedará adquirido por el señorito Fernando el compromiso que nos interesa.

Dijo, y abriendo el arcón viejo de nogal, revolvió unos momentos en su fondo misterioso; sacó un grueso legajo, le metió en una vieja cartera de piel, y dijo:

—¡Vaya, pues al coche, al coche!

Estaban terminando de comer en la señorial morada de don Alfonso Ansúrez, cuando anunciaron a los dueños la visita del *Rapiña*, y ello bastó para que doña Leonor frunciese fuertemente el poblado entrecejo.

—Que aguarde en el salón—ordenó la señora.

Don Alfonso continuó dando fin a una enorme pera de agua que saboreaba glotonamente, y Fernando encendió el pitillo, que era como el punto final de la comida. No quedaban nunca ahitos sobre manteles los comensales de la casa solariega del de Ansúrez; cada día estaban más altos los precios de los comestibles, y así, tanto como subió el valor de las cosas, hubo de bajar el del dinero; por eso, los que vivían de rentas, como esta familia de Carrión de los Condes, pasaban apuros, de momento en momento agudizados. Ibase dando un máximo valor al trabajo y un mínimo valor al capital; característica económica, que dejaba entrever nuevos tiempos distintos de los anteriores. Por entonces, las doctrinas higiénicas de los vegetarianos inundaron de luz el cerebro de doña Leonor, que se vió convencida por verdades tan claras y llenas de razón, como las que predicaban los naturistas: condenando el consumo de carnes y pescados, perniciosos para la salud corporal, y hasta de influencia nociva en el desarrollo de aberraciones sanguinarias inmorales, o simplemente repugnante escepticismo, en el alma de los que se atracaban de sustancias animales. Y mirando por el bienestar de los cuerpos y la pureza de los espíritus de su esposo, de su hijo y de sus criados, dióse a proveer la mesa con manjares de la huerta de casa, con legumbres de las que traían los renteros, con frutas de las que generosamente les regalaban los árboles de su cercado. Y por ello las comidas no ahitaban estómagos, pero bastaban para la subsistencia y evitaban artritis, arterioesclerosis, úlceras gastrointestinales, diabetes,

congestiones del cerebro y otra porción de peligrosas y agudísimas dolencias.

Cuando el almuerzo concluyó y se rezó el *agimus tibi gratias*, rendimiento a Dios, que tan misericordiosamente cuidaba del alimento de los pajarillos y de las familias nobles, ordenó doña Leonor que el *Rapiña* pasara a la cámara de los retratos. Recibía siempre allí al usurero para amilanarle, para aplastar su plebeyismo con aquel ambiente de dorada y vetusta nobleza. Es posible, sin embargo, que a pesar de la cara tristonada, doliente y compungida que ponía el prestamista al entrar en aquella estancia, no sufriera su espíritu la presión minorativa que doña Leonor atribuía a la ranciedad gloriosa de aquella cuadro medioeval. El *Rapiña* había valuado de una ojeada lo que en la habitación existía, y no dió todo ello una suma capaz de producirle vértigos, ni siquiera alucinaciones.

—¿Cómo está de salud la señora condesa?—el bellacón del prestamista daba siempre a doña Leonor este tratamiento, con lo que conseguía dulcificar la natural dureza de expresión de la aristócrata, y hasta lograba de ella, en momentos decisivos, que se inclinase hacia los deseos del avaro, enemigos, con disfraz, de los intereses de la señora. Excusado es decir que doña Leonor jamás le indicaba que suprimiera el título con que la favorecía.

—Estoy bien, gracias.

—Vaya, ¡cuánto me alegro! ¿Y el señor conde y el señorito Fernando?

—Bien; todos bien. ¿Qué le ocurre a usted?

—Nada que sea importante ni urgente. Vine hoy a

la ciudad para comprar unas cosillas, y dije: «de paso visitaré a los señores condes, y ya, una vez con ellos, les recordaré que el día cinco del mes que viene vencen las dos escrituras de *pacto-retro*». Una importunidad, señora condesa, ya lo comprendo, porque ustedes lo llevarán bien en la memoria; pero, en fin, por si acaso. ¡Como los señores tienen tantas cosas encima de sí!

—¿En primeros del mes que viene dice usted?—
Doña Leonor sentía un desasosiego doloroso; la temblaba el pulso, se le secaban la boca y la garganta. Hizo sobre su turbación un violento esfuerzo de voluntad, y algo más serena, agregó: —Bien, es igual. Prepare usted las escrituras necesarias para prorrogar el contrato por otros dos años. Además, conviene unir los dos créditos en un solo instrumento notarial.

—Verá la señora condesa, no va a poder ser...

—Bueno; pues que sigan en dos contratos.

—No; si no lo decía por eso. Es que no puedo prorrogar el contrato como la señora condesa desea... ¡y bien sabe Dios cuánto lo siento, que más quisiera casi perder mi dinero que tenerles que poner a los señores en el trance de devolverme lo prestado...!, pero las cosas se me han torcido, señora condesa, y mis acreedores me amenazan con embargos...

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Que el día cinco tendrá que darme la señora condesa los siete mil duros de mis dos préstamos, porque me hacen falta.

—¿Los siete mil duros? ¿Está usted loco? ¿Y de dónde voy a sacar yo siete mil duros?

—La señora condesa conservará aumentados,



seguramente, los que yo les presté hace cinco años.

—O usted es tonto o usted es más pillo de lo que yo me suponía. Aquel dinero, sabe usted, como yo, que lo necesitábamos para pagar algunos atrasos, para hacer obra en la casa y para llevar a cabo mejoras en algunas fincas atacadas por el río o necesitadas de que se renovase en ellas el arbolado o las cepas que se habían ido perdiendo.

—Ya, ya recuerdo..., y para los viajes del señorito Fernando; y aquella jaca tan bonita que se compró; ya me acuerdo, ya...; pero, en fin, eso no quita ni derecho ni valor a mi demanda, señora condesa.

—Yo supongo, porque le conozco a usted (todos le conocen en el país), que lo que usted busca es un aumento en el interés ya crecido de su préstamo u otro gravamen que se le haya antojado, ¿no? Pues si es así, dése prisa a comunicarme su nueva vejación, para ahorrarme el disgusto de su presencia.

—No sabe usted lo que siento, mi noble señora, tener que insistir y decirla que no pretendo nada de eso que usted sospecha, sino que a todo trance es preciso que recobre el numerario que hube de prestarla.

—Pero si tiene usted garantía hipotecaria sobradísima, y lo que a usted le interesa es conservar bien colocado su capital.

—Interesaba, señora, interesaba. Ahora lo que me interesa es el dinero.

—Pues el dinero mi marido no puede dárselo, porque no lo tiene—levantaba la voz airadamente, como un látigo, como una tranca,

—¡Ah, tendrá que buscarlo!

—¿Qué dice usted, desvergonzado? ¿Se atreve usted a pedir que un don Alfonso Ansúrez se eche a correr calles y caminos en busca de dinero, como un pelafustán cualquiera, para llevárselo a usted?

—No se irrite, señora condesa; yo no me atreveré nunca a señalar al conde la conducta que debe seguir en ningún caso. Yo lo que haré en saliendo de este palacio es llevar las escrituras a mi abogado, para que vaya preparando lo que juzgue conveniente a la ley. Y repito que se me irá el alma al hacerlo y las lágrimas se me saltarán de los ojos... pero no hay otro remedio, Dios lo ve.

Doña Leonor se hundía las uñas en la carne de los brazos, posaba su mirada taladrante en las efigies inmóviles, muertas, de sus mayores. Calculaba con rapidez el daño bárbaro que aquel canalla podía infligirles.

—Vamos a ver, vamos a ver, Eliseo—dijo humanizando la voz—. ¿Las escrituras son de pacto-retro, verdad?

—Sí, señora condesa.

—¿Es decir, que si no pagamos usted se queda con las fincas?

—Exacto, señora condesa.

—¿Con las fincas, que valen unos veinte mil duros, no?

—Por ahí, por ahí, señora condesa.

—¿Lo recibido fueron siete mil, según hemos dicho antes?

—Siete mil, ni un duro menos.

—Bueno; ahora debía yo empezar a decirle a usted

todo lo que se me ocurre llamar a quien quiere llevarse por siete mil duros cien mil pesetas.

—¿Para qué se va a molestar la señora condesa?

— ¡No me irrite usted los nervios con ese cinismo, usurero del demonio!

— Ve la señora condesa. Ya se está excitando y dándose un mal rato.

Doña Leonor se hubiera tirado de las cocas torcidas, o del moño canoso. Estaba en trance de síncope, de congestión; mas no podía abandonarse ni a la ira ni a la enfermedad; allí, ante ella, palpitaba una realidad terrible, a la que había de hacer frente.

—Diga usted, Eliseo, ¿qué es lo que está afecto a entrambas escrituras?

—Las tierras que los señores tienen en Frómista, las viñas que tienen en Carrión y la casa.

—¡Ah! ¡La casa! Es verdad. ¡La casa solariega de los Ansúrez de Carrión de los Condes! No, Eliseo, no; con este palacio no puede quedarse un villano: llegaríamos al crimen si preciso fuera.

—Si no yo le quiero, señora condesa; yo, mi dinero, ¿sabe la señora condesa?, mi dinero.

—¡Su dinero!

La doliente esposa de don Alfonso hundió en el pecho la barba tremante, y una angustia que oprimía su corazón como un puño de acero, puso congojas en aquel espíritu recio, pocas veces abatido por la desgracia. Sobre su hombro se posó cariñosa una mano suave y en su frente unos labios que- rientes.

—¡Mamá!

—¡Hijo mío! ¿Estabas ahí?

Tras el cristal de las lágrimas una ternura dulcísima vibró en las pupilas de la castellana.

—Os he oído reñir y vine para darte consuelo y ánimos. Vamos a ver, *Rapiña*—preguntó Fernando con descaro—, ¿qué busca usted aquí que nosotros podamos darle? Ya ve usted que estamos dispuestos a ello, y cuanto más pronto mejor, para ahorrar a mamá este sufrimiento.

—También a mí me da mucha lástima, señorito; además que usted ya habrá oído por ahí lo que yo le aprecio y lo bien que hablo de todos ustedes.

—Sí, sí, muy agradecidos. Y ahora venga lo que desea.

—Si no yo deseo nada para mí, señorito Fernando. Es que verá usted lo que pasa. Se ha hecho una Sociedad para un negocio de suministros al Estado, que nos iba a dar mucho dinero, y yo constituí la fianza que se ordenó por el Ministerio, de quince mil duros. En cuanto todo estuviera en regla, esperábamos capital suficiente, con la colocación de acciones, y de él retiraría yo las sesenta y cinco mil pesetas que había adelantado. Pero surge un entorpecimiento que hará expirar el plazo y perder el depósito dentro de unos días, y yo me quedaré sin los duros que creía recoger ahora y que necesitaba para varias atenciones graves y urgentes, por lo cual me es preciso reunir fondos de donde pueda.

—¿Y esa Sociedad—inquirió Fernando—es la que integran el duque de Torremormojón y el marqués de Villasirga?

—La misma, señorito.

—¿Y el entorpecimiento consiste en que se ha retirado el que iba a ser concesionario?

—Justo... justo.

—Entonces, si éste aceptase y se decidiera a tomar el puesto que le habían señalado, ¿usted renovarí­a el préstamo por otros dos años?

—O por cinco, señorito Fernando.

—Vaya, mamá, ya está aquí la solución y la clave del enigma. Lo que busca el *Rapiña* es que yo acepte la proposición del marqués.

—No, eso no; Fernando, hijo mío, nos deshonra, nos mancha—lloraba.

—Que no, mamá; di que nos salva, y añade que no tenemos más remedio.

Doña Leonor lloraba sin recato. Se veía vencida, arrojada a soportar el envilecimiento de su hijo, el desdoro de los apellidos próceres, cuya limpidez eran savia de su vida y razón de su existencia.

—¡Usurero!—decía hiposa—. ¡Avariento! Todo en usted es canalla y miserable.

—¡Por Dios, mamá, no seas así!

—Déjela, señorito. ¿Qué más da? La pobre necesita desahogarse.

—Judío, perro judío, que tienes la sangre de los que tuvieron que arrojar de España Isabel y Fernando, que has heredado el corazón de los que han robado y siguen robando al mundo después del tremendo deicidio de Jerusalén.

Las lágrimas ahogaban su voz rota.

—¡Calla, mamá, por la Virgen! Y, vamos a ver, *Rapiña*, perdone usted que le llame por el apodo, ya es costumbre.

—Ya lo comprendo, señorito, y es lo mismo un nombre que otro; la cosa es darse cuenta de que hablan con uno o le llaman a uno. Que si, como dicen, el nombre no hace a la cosa, menos hará a la persona.

—Vamos a ver. ¿Usted nos daría a cuenta de las ganancias sociales mías unos mil duros que necesitamos ahora?

—¡Ay, señorito!; préstamos que no sean con garantía de hipoteca o prenda, no deben hacerse.

—¡Ladrón! —murmuraba la señora—. ¡Ladronazo! ¡Que si hubiera Inquisición ya te habrían tostado en la hoguera!

—¿Quieres dejarnos en paz, mamaíta? Y entonces ¿qué prenda aceptaría usted para ese préstamo?

—¿Qué prenda?... Pues mire usted, señorito; los mil duros se les prestaría llevándome en prenda unos cuantos cuadros de esos que cuelgan ahí.

Fernando creyó por un momento que el usurero dejaba las greñas y la piel de la cara entre las garras de su madre. Se desató en denuestos, se descompuso, perdió nobleza y maneras señoriles; fué una fiera.

—¡Judío! —repetía ronca—. ¡Judío, maldito genovés, ladrón, hijo de Israel, hijo de una perra! Si reunieras todo el oro que hay en el mundo y todas las piedras preciosas y todos los palacios y todas las ciudades y el globo entero, y yo estuviese muriéndome de hambre, y me ofrecieses tu tesoro a cambio de poner tus manos asquerosas sobre la cara severa y nobilísima de doña Gunterode o sobre el pecho glorioso de don Ansur, me moriría antes que consentírtelo y te escupiría a la cara. ¡Hereje, judío, hijo de

judío y de judía; que te llamas Eliseo y de Sión descendientes, y así son de hiena tus entrañas!

Una extraña palidez había hecho amarillear, más aún de lo que estaba continuamente, la cara de *Rapiña*. Ante el asombro de Fernando, tomó un sillón fraileco, sentóse sin ceremonia alguna y con hablar reposado y entonación firme, viril, sin lagoterías ni timbraciones de humillación, corrientes en él, dijo:

—Doña Leonor, usted que tan enterada está de las historias tradicionales y consejas, donde se ensalza a los caballeros castellanos, debía saber algo más de lo que da a entender en lo que concierne a las personas y colectividades hebreas que por España anduvieron hasta que se les arrojó a otros países.

—¿Pero has visto tú, hijo mío, cosa parecida? ¿Y hemos de soportar el bochorno de escuchar estas frases?

—Estas y otras que han de seguir escuchará usted, doña Leonor, o yo haré de mi capa un sayo, y de mis escrituras de crédito unos títulos de dominio.

La voz del avaro, cada vez más valiente, más segura, era ya formidable. Sugestionaba con su temple inesperado, con su amenaza despiadada, terrible.

—En aquella época de brillantez del califato de Córdoba, la Atenas del siglo x, que influía en el mundo entero con su civilización en aquellos reinados de Abderramán III y sus sucesores, la raza judía llegó a escalar los puestos más preeminentes de la nación y a influir hondamente en la sociedad andaluza. Entonces fué ministro del citado califa el judío Hasdai ben Schaprut, fundador de la escuela talmúdica cordobesa, a la que atrajo lo más saliente de la inteltec-

tualidad, centro de las escuelas del universo, superior a los de la Mesopotamia. Y Córdoba, que era más importante que Bagdad, que llegó a contar doscientos mil edificios y más de un millón de habitantes, tuvo una famosísima Universidad, que regian sabios hebreos. De aquellos días es el filósofo, humanista, astrónomo y matemático Nagrela, visir del rey de Granada; y en esta ciudad, que se llamó «de los judíos», dominaban absolutamente, así como tenían pueblos por ellos sólo habitados, tal como Lucena.

—¡Perros moros y perros judíos! ¡Ah, la jauría rabiosa que Cristo Dios confundirá!

—Escuche, señora. Don Alfonso VI, que era cristiano y muy de los de la devoción de usted, admitió a los hebreos a las funciones públicas; y porque Motamid, rey moro de Sevilla, crucificó a Ben Chalib, intendente del monarca católico, hizo éste una *razzia* que arrasó las tierras de Sevilla. En Toledo hubo hasta doce mil judíos que dieron su oro y dieron combatientes a los reyes cristianos. Y así puede asegurarse que Castilla fué el centro de la cultura mosaica y Toledo el Londres del mundo. Y si de Castilla saltamos a Aragón, hemos de recordar a don Jaime, que en el siglo XIII protegió extraordinariamente a los judíos; y Ramón Berenguer en Barcelona, a mediados del XII, hizo cosas como ésta: donar a los judíos de Tortosa, para *call* y *aljama*, un barrio entero con diez y siete torres y nueve huertos y otras fincas rústicas; añadiendo que, si más hebreos llegasen a la ciudad, más casas les daría, librándoles de gabelas y otorgándoles permiso para regirse autónomamente por sus leyes y costumbres.

Doña Leonor escuchaba curiosa y entretenida; había ido diluyendo su odio en aquellas aguas luminosas de la historia, que tenían para el paladar de la castellana rico sabor de fuertes manjares y poseían la rara virtud de recoger su espíritu, y volando con él sobre los días presentes y otros más remotos, colocarla en los siglos milenarios de aquellas tradiciones o narración que estaba oyendo. Fernando escuchaba asombrado, preguntándose lleno de maravilla cómo el *Rapiña* sabía tanto de aquellas cosas antañonas y por qué tenía tan en la mente detalles minuciosos de la raza judaica. El prestamista continuó:

—Abraham Ben David de Toledo, el filósofo-astrónomo; Judá Leví de Lucena; Moisés Ben Ezra, polígrafo de fama europea, y Moisés Maimónides, de quien se dijo que «de Moisés a Moisés no había habido otro Moisés», eran judíos. Hubo médicos acreditadísimos en toda Europa y Africa; en literatura brillaron genios como Ben Gabirol, cuyos cantos aún hoy se repiten; poeta malagueño, cuyas *Exhortaciones* se cantan en los templos de Europa, Sur de América, Australia, Persia, India y Arabia con las dulcísimas melodías toledanas o aragonesas; existieron novelistas como Salomón, Ben Zakbel; gramáticos como Rabí Jonás Ben Ganach, y filósofos como Abul Gualid. Y he de decir a usted, doña Leonor, tan devota y santificada, lo que decían en España los judíos de los siglos xi y xii: «Que ellos, que constituían una rama especial del sionismo, no eran responsables del drama del Calvario, por haberse establecido sus ascendientes en la península Ibérica antes de la pasión y muerte de Jesús, el hijo de María.»

Doña Leonor íbase abstrayendo de la vida actual más intensamente a cada momento. Fernando seguía dando vueltas en su magín a una idea que se había encendido en él brotando de la sabiduría mosaica del avaro.

Este prosiguió:

—Pero llegaron otros tiempos y las ansias de rapiña se fijaron sobre las riquezas de los hebreos; y de esta pasión negra nació la roja del asesinato con despojo. Y así mataron a Samuel Leví, el tesorero del rey don Pedro el Cruel; y así fueron robados y asesinados los judíos en Miranda de Ebro, Nájera, Toledo y otras poblaciones; y les quitaron las fortalezas que poseían y les prohibieron desempeñar oficios en la casa real. Y en Sevilla se sucedieron terribles matanzas. Luego, además de la sangre vertida, llegó el insulto escarnecedor; en el siglo xv se les prohibió cortarse la barba y los cabellos, llevar armas y vestir de modo distinto al infamante que les fué impuesto; se les encerraba en barrios amurallados, habían de peinarse de una determinada manera; no podían ser arrendatarios, ni médicos, ni comerciantes. Y esto en Cataluña como en Castilla, en Aragón como en Valencia, en España entera, hasta que los Reyes Católicos promulgaron el edicto de expulsión en 31 de marzo de 1492. Y salió un mundo de España que se repartió por el mundo, acogiendo a muchos expulsados el Papa Alejandro VI. De aquí mismo, de este pueblo donde estamos, fué un poeta glorioso, el judío Sem Tob de Carrión, el autor de *La danza de la muerte* y de los *Proverbios morales*, aquel que dijo:

«Non val el azor menos
porque en vil nio siga,
nin los consejos buenos
porque judío los diga.»

Y más de cuatro veces se habrá usted regodeado con la música de Meyerber y de Mendelson, dos genios judíos; y con las poesías de Heine; como se recrea la ciencia con las doctrinas de Einstein y de Bergson, descendientes de Sión, y así podría seguir hasta agotar las horas de este día.

Calló el hombrecillo de la tez pálida, de los ojos grises, del cuerpo desmedrado. Su figura habíase agigantado enormemente, y destellos luminosos de su mirada poníanle en el rostro una luz lívida. Doña Leonor le miraba absorta, crecía en su ánimo la estatura del avariento. Fernando pensaba con tozudez de pesadilla: «Este hombre es hebreo, este viejo desciende de la raza judía; por eso sabe tan por menudo la historia de los israelitas, y por eso se llama Eliseo de nombre y Zacuto de apellido. Y también ante el muchacho se recreció el hombrecillo, pero con tintes siniestros, con coloraciones cárdenas y aborrecibles, temerosas (1).

Fernando cogió al *Rapiña* de un brazo y, mientras le sacaba de la estancia, dijo:

—Prepare las escrituras de renovación; yo seré el

(1) El autor juzga lógico que Eliseo Zacuto piense y hable de la manera que se ha visto, si es judío, como Fernando empieza a sospechar y el autor va creyendo. Pero el autor apresúrase a decir que opina de muy distinto

concesionario de su negocio. Diga usted a Villasirga que venga.

—Mañana mismo vendrá y cenará con ustedes— contestó el usurero.

modo que el *Rapiña*, y recuerda la documentada crónica del historiador árabe Ajbar Machmua, en la que se explica cómo Taric y Muza trajeron tan escasas tropas a España, que para su rápida conquista tuvieron que ir guarneciendo las poblaciones que tomaban con los judíos en ellas radicantes; y sin este inestimable servicio de los hebreos, jamás hubiera sido España de los mahometanos. Y a esto, une el recuerdo de todos los agravios que nos han inferido y nos están infiriendo hoy mismo a los cristianos, como puede leerse en obras contemporáneas tan interesantes como *El peligro judío*, de Lambelin; *El judío internacional*, de Henri Ford; *La Francia judía*, de Drumond; *El antisemitismo*, de Bernard Lazare, y principalmente *Los protocolos*, de Emile Paul, y *The protocols*, de Ed. Small.





XVI

Dos padres y dos hijas.

POR el camino de vuelta a Frómista, el *Rapiña*, tan avaro de las palabras como del oro, dijo al marqués, que le conducía en su coche:

—Está hecho, señor marqués. Entiendo que debe usted ir mañana a visitar a los señores condes de Ansúrez y hasta cenar con ellos. Yo le he dicho a Fernando que le esperen a usted a cenar.

—¡Hombrel, ya podía usted haberme consultado...

—Perdíamos tiempo, señor marqués.

—¿Y por qué cree usted indispensable esto?

—Indispensable, no; conveniente.

—Bien, ¿por qué?

—Porque así quedará más afianzado el asunto.. Usted, señor marqués, sabrá dar cuerda a la señora condesa; se la conquista siguiéndola su manía, hablándola de sus antepasados gloriosos y de los del señor marqués, que deben de ser los mismos, o parcidos.

—¿Se burla usted?

—¿Yo? No, señor marqués. Y en cuanto el señor marqués logre meter en historia a la señora condesa...

—¡Pero qué señora condesa ni qué niño muerto! Si doña Leonor no tiene título nobiliario...

—Yo la llamo condesa porque la gusta. Que tenga el título o no le tenga. ¿Qué más da?

—Es usted un irónico antipático.

—¿Qué le voy a hacer, señor marqués? Lo importante es que vaya usted a cenar y acabe de congraciarse con doña Leonor.

—Iré, hombre, iré.

Anochecía ya cuando el *Rapiña* se apeó a la puerta de su casa. Despidióse del de Villasirga; se enteró de que no había ocurrido nada que le interesase durante su ausencia, y, libre de ocupaciones, fuése veloz a disfrutar de su delicia al paladeo del placer con que se compensaba trabajos y amarguras.

—¡Blanca, Blanca!—la vocecilla atiplada y chillona del usurero tenía timbraciones dulcísimas de caricia femenina—. Blanca, ¿dónde andas?

—Aquí, padre; en mi cuarto de costura.

En tal habitación, chiquita y recoleta, que tomaba sus luces del jardín y recibía el aire embalsamado de rosas, claveles y madresevas, solían pasar el padre y la hija unas horas felices de la noche, consagrados a quererse con ternura y decir y comentar cosas de Pedro, el amor exaltado, enloquecedor, de la muchacha.

El *Rapiña* era otro hombre distinto cuando llegaban estos momentos y se veía solo ante su niña adorada, el único ser a quien quería en el mundo, la única persona que le dominaba, que le absorbía, que le derramaba por el alma alivio y consolación, desper-

tadores de más nobles ideas, de sentimientos menos sanguinarios y odiosos. «Ella, Blanca, lera tan pura, tan bonita, tan buena...!»

—¿Qué has hecho hoy, pequeñina mía?

—Esperarte y esperarle, padre.

—¿Tan solita estuviste todo el día?

—Sólo me acompañaron mis libros. Son mejores que vosotros, no me dejan nunca; y cuando acudo a ellos me distraen; y cuando llegáis Pedro o tú, les aparto de mí, se callan y no me inquietan.

—Pero yo soy antes que ellos, ¿verdad, mi nenita?

—Antes que todo lo que hay en el mundo.

—¿Que todo, que todo?

—No, que todo no; a un tiempo que Pedro, como Pedro, ni menos ni más.

El avaro acariciaba con las suyas una mano nacarada de Blanca y toda la cara iluminábasele con alegría desconocida para las demás personas de su trato. De pronto guiñó un ojo y, con gesto apicarado de misterio, dijo:

—Pues yo le he visto hoy.

—¿Dónde, dónde?—preguntó la chiquilla palmoreando.

—En el casino.

—¡Ah!, en el casino. ¿Y qué hacía?

—Pues... tomar café.

—Vaya el tonto, lo que me va a contar. ¡Claro que tomaría café! Pero ¿qué más, qué más?

—Nada más... Leer..., charlar con los que estaban cerca.

—Y ¿contigo?

—Ya sabes que conmigo no habla.



—¿Y por qué no habla contigo?

—¡Ah!, no lo sé. Por respeto tal vez.

—Yo no quiero que te tenga respeto, yo quiero que te tenga cariño.

—Con que te quiera mucho a ti basta. Lo demás ¿qué importa?

—¿Cómo que qué importa? ¿Pues no ha de importar? Sí, señor; importa mucho. Porque cuando nos casemos, tenemos que vivir juntos, y querernos los tres como si tú fueras el padre de los dos y los dos fuéramos hijos tuyos. ¡Ay, Dios mío, qué felicidad! ¿Será posible que llegue a nuestras manos tanta dicha?

—Llegará, hija de mi alma; tú tienes la belleza de cuerpo y la blancura de alma que bastaría para encender amores en un rey...; yo... yo tengo riquezas, nenuca de mis entrañas, muchas riquezas.

—¿Riquezas? ¡Bah, las riquezas! ¿Nada más que riquezas? Tú tienes un alma llena de cariños para mí y para él; tú eres bueno, padre mío, ¿verdad que eres bueno?

El *Rapiña* pasaba sus manos por las blondas doradas de Blanca, por la piel alabastrina de aquel rostro querido; un tenue fruncimiento de cejas dejaba transparentar la amargura con que su conciencia contestaba a la pregunta de Blanca; y el dolor con que el avaro se decía a sí mismo que Pedro no le saludaba, no le trataba, porque le producían asco y odio los actos malvados que venían tejiendo la vida del usurero.

El *Rapiña* desvió la conversación con mano segura.

—¿Vendrá mañana Pedro?—preguntó.

Llamar hacia Pedro la atención de la muchacha era robarla todo propósito y toda voluntad de tratar de otro asunto.

—¡Oh!, ¡no faltaba más! Mañana le toca venir, y vendrá. ¡Me quiere tanto! Mira, ¿ves su fortaleza, su hombredad?, ¿ves su seso, su madurez de pensamiento? Bueno, pues cuando está ante mí, parece un párvulo; el amor le ciega, le domina, le hace pequeñito y endeble; es mi niño, mi niño querido.

—Nuestro niño querido. ¡Qué bizarro!

—¿Verdad que sí?

—¡Qué guapo!

—¿Guapo? Como son los hombres cabales.

—¡Qué serio, qué formalote! Yo le miro, le oigo y me parece que no hay otro tan varonil y de provecho en toda Castilla.

—¡Ay, padre mío, padre de mis entrañas, cómo te quiero! ¡Cómo logras que cada día te ame más!

—Quiéreme mucho, pequeña mía; que aunque lo que me quieres lo multiplicaras por el amor que todos los buenos hijos han tenido a sus padres, no llegarías ni a los cimientos de mi amor para ti.

—Sí que es verdad, padrecito de mi alma. Por mí trabajas, por mí te preocupas, por mí harías... ¿Qué sé yo lo que harías por mí?

—¿Por ti?... ¡Ah!, no quiero decírtelo, para que no te cause espanto la magnitud de mi cariño...

—¡La cena!—anunció la vieja ama de llaves trayendo un cestillo con el mantel, los platos y los cubiertos—. ¿Quieren cenar aquí?

—Sí, sí; aquí mismo, en la mesilla.

Eran frugales padre e hija; bastábales una sopa y

un plato de pescado o legumbres. Blanca nunca vió manjorradadas en su casa; ni hubo menester de ellas aquel cuerpo finito y feble, que más parecía alimentarse de las versos de sus libros que de los guisotes de la cocina; así era de blanda, de transparente, de frágil. Cuando la corta refacción hubo concluído, aún continuaron un buen rato de sobremesa entrambos comensales, leyendo algo bello la hija, comentando algo caricioso el padre, sin prisa para dar por concluído el placer más hondo, más luminoso, más lleno de bondad, que podrían hallar en su vivir diario.

* * *

A la misma hora otro padre y otra hija (conocidos de nuestros lectores) sostenían animada conversación junto a la chimenea del hogar de su cocina.

Había en Bruno Castro, que charlaba con Valentina, un gesto duro de condenación; había en la hija una valiente serenidad.

—Aunque no merece la pena—decía el padre—volver sobre un asunto en el que yo he fallado definitivamente, me complace remachar el clavo; que con almas de tu temple, toda precaución es poca. Escucha. Ese títere, por quien habías empezado a sentir inclinación, no era hasta aquí más que un tonto; ahora, además, es un sinvergüenza.

—No sé a quién se referirá usted. Desde luego le aseguro que eso de sinvergüenza no va con Fernando.

—Pues acabas de mentar al aludido.

—Usted es capaz de decir eso, por lo que le odia.

—¡Ira de Dios!—gritó exaltado el labriego—. Yo soy capaz de decir eso, porque soy capaz de todo cuando cae dentro de la justicia y de la verdad.

—Mire usted, padre, no le hayan informado mal; tenga en cuenta que pudo haber error o mala intención en quienes le contaron hazañas de malnacido.

Bruno Castro pasóse la mano vigorosa y socarrada por la frente amplia, morena y llena de luz, y fué como si con el puño formidable hubiérase arrancado la ira del cerebro; y así, más templado de espíritu, añadió:

—Voy a contarte algo que ignoras, o a lo menos no has llegado a saber en toda su integridad. Hay preparado un negocio sucio, en el que caminan con deshonra unos cuantos granujas.

—Ya sé algo de eso, padre.

—Algo, sí; pero todo, no, seguramente no; porque yo te conozco y creo que si supieras lo que yo sé, el alma castellana, llena de salud moral y altanería valiente, con que Dios te favoreció, habría hecho ya explosión por alguno de sus lados.

Bruno Castro contó por menudo el plan vergonzoso del duque, el marqués, el abogado y el usurero; lo que don Martín había caritativamente encubierto en su relación, para que Valentina no padeciese tanta vergüenza, sacábalo a luz el castellano, rudamente, claramente, sin atenuaciones ni distingos, con aquella rotunda manera de decir que llama al pan pan y al vino vino. Valentina sintió en sus mejillas los escozores del rubor, y en las interioridades de la conciencia el asco más repugnante. Cuando Bruno Castro

concluyó su relato y esperó las palabras de su hija, dijo ésta:

—Todo eso es horrible, padre; y créame usted que si, como es verdad que Fernando no toma parte en tan miserable trama, fuera cierto que iba en compañía de esos canallas al robo que proyectan, aun arrancándome a pedazos el corazón, desceparía en él su cariño.

—¿Pero no te digo, Valentina, que ese imbécil va de tonto en la compañía?

—Yo sé, padre, que Fernando se ha retirado del negocio. Yo se lo exigí. Su madre se lo impuso, y entre las dos le hemos arrancado de las uñas de los miserables.

—Valentina, no persistas en una creencia que es absolutamente falsa. Yo tengo ya muy bien montado mi espionaje en torno de ese maldito plan, y sé punto por punto cuanto ocurre con él. Yo sé que primero consultó contigo y tú le animaste a que aceptara; que después pidió permiso a su madre y se lo negó en una larga, ceremoniosa y ridícula conversación; que tú, enterada de parte de lo que ocurría, opinaste lo mismo que su madre; pero después, la antañona doña Leonor, «hidalga de Guadalajara, que lo que pone a la noche no cumple a la mañana», se volvió atrás, porque ese chacal de *Rapiña*, que la tiene hipotecado hasta el aliento, la metió el resuello en los bofes. Y de nuevo, ante la opinión de la mamá y los instrumentos de martirio que le enseñó el prestamista, tornó ese pelele de Fernando a enlazarse con los bandidos de levantado linaje.

—¡Ah, si fuera verdad eso tal como usted lo dice!

—Si fuera verdad, ¿qué harías, Valentina?

—Primero, ver si había posibilidad de enmienda y arrepentimiento; y luego, en caso negativo, morirme las entrañas y destrozar un amor que me infamaría continuando un minuto más dentro de mí. ¡Que yo también soy Castro, padre!

—Así eres hija de Bruno; ¡de esta manera fueron las castellanas que yo conocí por dentro: mi madre, tu madre! Ahora entérate y obra como es tu deber, sin condescendencias ni para ti ni para ninguno.





XVII

Una cena curiosa.

ESTA noche hay gran fiesta en la casa solariega de los Ansúrez. Doña Leonor muestra en las rosas de sus mejillas un remozamiento y en la mirada brilladora de sus ojillos una jocosidad inusitados. Se ha salido del vivir cotidiano uniformemente gris, austero y silencioso, y como si, viviendo en viejas centurias pasadas, ocurriera alguno de aquellos sucesos de transcendencia histórica, que agitaban el ánimo de los antiguos castellanos sus antecesores, pasea la castellana de hoy, intranquila y nerviosa, cuidando de todo lo que encomienda a la servidumbre. Ha paramentado la estancia donde habitan de continuo, adornando sus paredes con magníficos trofeos de nobleza indudable; allí están recién colgados unos tapices berberiscos descoloridos por la acción de los siglos; en las Navas de Tolosa habíalos tomado un antecesor suyo de la tienda del sultán Miramamolín. Allí hay otras más modernas estofas, que cuentan, sin embargo, muchos lustros de vejez. Frente a la

mesa, en donde ha de servirse la cena extraordinaria que se prepara en la cocina, cuelga el retrato de un Fernando Ansúrez, conde que fué de Castilla y de Monzón; y en el testero fronterizo, la efigie del conde Beni Gómez de Carrión, entrambos famosísimos en los fastos de la reconquista. El atildamiento no sólo hubo de abarcar las habitaciones, sino que se extendió a las personas; y así el antiguo criado que había de servir la comida lleva unas ropas que conservaba doña Leonor en el arcón de roble; ropas negras, ceremoniosas, llenas de severidad y prestancia, aunque mordidas por la polilla y por el uso. Y ellos mismos, los señores don Alfonso y su esposa, han cuidado exquisitamente su atavío, adornándose con prendas tal vez algo pasadas de moda, pero que les dan, como la cofia que se ha puesto la señora sobre sus cabellos canosos, un aire de respeto y majestad, muy en armonía con sus costumbres y devociones.

Obedece cuanto va dicho a que en aquella noche cenará con ellos el marqués de Villasirga, de rancio abolengo, que a lo largo de los tiempos entronca en la genealogía de don Alfonso, siendo, por tanto, deudo suyo en un grado indeterminable por lo lejano.

El espíritu de doña Leonor, tan propenso a retrogradar siglos, tan inclinado a vivir imaginativamente la vida de sus antepasados gloriosos, saborea un placer de lozanía, de pujanza; goza el deleite de verse ante un noble que vive, que respira, que habla, un noble algo más efectivo que los que de continuo la acompañan en la vida, pendientes de las paredes en el salón de los retratos. En el servicio de la mesa ha

procurado recordar aquellos tiempos tan remotos y soñados. Los comensales se sentarán en altas sillas de repujados y dorados respaldos. Un mantel de hilo, con listas de tejido de seda, trasunto de los famosos *mantelio tramisirgo*, cubría los tableros de encina de la mesa. No pudo ella colocar, ante cada plato, el vaso de vidrio tallado, ni la copa *sculpa* con figuras; no tenía *concas*, grandes tazones de precioso metal; no le pareció bien poner en el centro de la mesa una herrada de plata con agua cristalina, la *ferratella argentea* de sus abuelos, pero colocó viejos *sulcitrás* o salseras y un añoso *pigmentario* con pimienta y unos antiquísimos *salares* con sal. ¡Qué lástima no poder asistir a la ceremonia con *sirica* o *almexia*! ¡Qué lástima que no se pudiera presentar el marqués de Villasirga con la loriga y el yelmo y con la rica espada de *factiles* dorados!

Lejos de esto, Manolo y Fernando llegan muy embracerados con sus trajes de calle, unos elegantes ternos de paño inglés que imita tejidos burdos y tramas descuidadas, consistiendo precisamente en esta imitación su máxima elegancia. Doña Leonor alárgales majestuosamente su mano exangüe y encordada, que besan con acatamiento los recién llegados, mientras la dama se inclina con graciosa reverencia, y tras otros saludos corteses y banales frases de cumplimiento, siéntanse en torno de la mesa, que preside, en suntuosa cátedra sentado, el de Ansúrez, y dan comienzo a la cena. El de Villasirga trae firme propósito de exaltar la manía de doña Leonor, y así, para no dar tiempo a que otras conversaciones le distraigan de su propósito, pregunta:

—¿Quién es el prócer que aparece en aquel retrato?

—Contesta, Alfonso—dice la esposa a su marido, absorto en místicas contemplaciones interiores, y sin darle tiempo a obedecer, agrega:—Aquél es el conde don Beni Gomes de Carrión, glorioso castellano de nuestro preclaro abolengo, que entre otros hechos dignos de singular memoria por él realizados, tiene su viaje a Córdoba para saludar al Emir y refrendar, con Alhaquen II, la paz de islamitas y cristianos, de Andalucía y Castilla.

—Curioso sucedido será—agregó el marqués.

—Memorable. Relátalo tú, Alfonso—pero antes de que abriese los labios, continuó:—Por Magerit y Toledo fué con sus hombres de armas, y desde allí por la vía de la Alhambra. Se alojó fuera del recinto murado, en la Almunia de Nasar, a orillas del Guadalquivir. Las audiencias con el Califa fueron dignas de la Historia castellana.

El criado sirvió en una sopera de metal un caldo grasiento.

—¡Ah!—dijo la señora mientras colmaba los platos de su esposo y del marqués—. ¡Cuánto me hubiese agradado poder ofrecer a ustedes, como en los tiempos remotos de nuestra grandeza, en un *aguamanil* de plata, el aguamanos y las *manutergias* para enjugarse! Pero ya no se estila—agregó con tristeza.

El de Villasirga dijo burlón, con un acento de inocencia que confundía:

—¡Como ahora no se come con los dedos!

—Sí, es verdad; entonces se hacía de ese modo, tal vez más práctico.

—¡Mamá!—exclamó Fernando.

—Qué, ¿no es más práctico?

—Quizá, pero no me niegues que más sucio.

—Dicen que los sibaritas, los exquisitos de estos tiempos son los orientales... y comen con los dedos.

—¿Entonces no tomarían sopa en las comidas?

—Entonces comían casi como hoy vamos a comer. Dile tú al marqués lo que hemos acordado sobre esto.

—El marido, que ya estaba en el secreto de tales invitaciones, no se molestó ni en separar su rostro del camino que recorría la cuchara. En efecto, ella continuó: —Verá usted, marqués. Hemos preparado una cena como aquellas famosas de nuestros antecesores; claro que algunos condimentos no serán como los suyos; así, la sopa, con que empezaban las comidas, hecha con tocino, cecina de colas de castrón, ajo, pan, berza y hojas de nabos, no me he atrevido a imitarla. Pero hemos copiado, en los platos sucesivos, un banquete de aquella época, ¿verdad, Alfonso? Dile al marqués cuáles son. Empieza por la pierna de corde-ro asada, como la que servían en *frixorios*, y no olvides las truchas, que tanto figuraban en las mesas de los próceres sobre *inferturias* o bandejas cóncavas. Todo esto sí que lo comían a mano, como usted ha dicho, marqués; igualmente que el lomo en adobo, presentado en un *tarego argenteo*, vasija en la que servían las conservas.

—¿Y también nosotros comeremos el lomo adobado?

—También, y gallina guisada, que solía aparecer sobre manteles en pesado *ensorio*.

—Doña Leonor, que vamos a coger un cólico miserere,

—¡Oh!, no; ya lo evitará el vinillo de la cosecha de casa, que viene a suplir la antigua *sícera* o sidra. De postre, los postres antañones, los que la tierra dió a cuantos la cultivaron, los que ni los tiempos modernos, ni las modas versátiles, han cambiado de esencia ni de caracteres, los que cataron paladares de antiguos guerreros y catarán nuestros descendientes, mientras haya humanidad: higos, peras, manzanas, melones, miel, queso. ¡Ah, si los hombres fueran como estos frutos!

Villasirga dióse a pensar en el terrible peligro de una indigestión, y se propuso tomar de cada cosa lo menos posible, y para que doña Leonor no le importunase con afanes de que comiera más de lo conveniente, volvió a enderezarla por los caminos de su chifladura.

—Y diga usted, doña Leonor, ¿qué se recuerda de la embajada de los condes de Castilla al moro?

—Dile lo que hemos leído en nuestra biblioteca, Alfonso. Cuéntale cómo era Medina Azhara, el incomprendible palacio del Califa de Córdoba, la enorme, la sabia, la bella Atenas del siglo x, centro mundial de una civilización exquisita. ¡Ah, marqués, qué asombro! El Emir les recibió sentado en un trono de marfil y plata, rodeado de príncipes y autoridades que vestían con esplendoroso lujo. Iba el enviado de nuestros condes en compañía de Ximeno, representante del rey García de Navarra y Rodrigo Velázquez de Galicia; rodeábanles los más notables cristianos cordobeses, como su cadí Asbag ben Nabil; su obispo, Isa Ben Mansus; el metropolitano de Sevilla, Obaidalla Ben Kacim, y el conde Moawia, que con-

vivían sin dificultad con los moros y eran entonces respetados en el culto de la religión y en la autonomía del gobierno. Todos ellos llenos del asombro que ponía en sus ojos y en sus almas aquel alcázar que nadie ha podido describir suficientemente.

—¿Tal era?

—Cuenta cómo era el palacio, esposo—calló un momento para llenar la boca de carne sabrosa y tierna, que deglutió con rapidez.

Don Alfonso comía con avidez de famélico, con despreocupación de solitario. Aquellas viandas de la alimentación vegetariana, que había adoptado su mujer para siempre, teníanle de par en par el apetito de carnes y pescados; y así aprovechaba esta ocasión, previendo lo mucho que tardaría en dar con otra. Comía, pues, con gula; y en el vago mirar de sus ojos notábase que su espíritu se hallaba ausente de aquella reunión, caminando por sabe Dios qué apartados lugares. Fernando, que de igual modo gozaba el exceso cometido por su madre en honor del huésped, íbase amostazando con aquella conversación sobre cosas vetustas y hasta cayendo en sospechas de lo que pretendía el marqués; y así, para desbaratar aquel armadillo de suntuosa grandeza medioeval que iba brotando de las preguntas de uno y contestaciones de la otra, tomó parte en la labor, con riesgo grave de toda ella, y dijo:

—Dejad ahora al moro y sus alcázares; más nos atañe y más pintoresco resulta lo castellano neto, aunque sea tocado de leones o navarro.

Contenta doña Leonor con que su hijo mostrase ciencia histórica y amor a las grandezas familia-

res, animóle a que dijera algo relacionado con esto.

—Sabe mucho Fernando de aquestas cosas tan interesantes, marqués. Algunas noches, mientras yo leo en esos viejos libros de pergamino, me acompaña él con otro volumen manuscrito entre las manos, disfrutando al desentrañar las bellas frases tan castizas, tan perfumadas, tan recias.

Y era verdad, sólo que en tanto que doña Leonor perseguía virtudes, Fernando iba a la caza de vicios, que para todos los gustos había en la maraña de aquellas páginas antañonas.

—Me placen—dijo Fernando—el espíritu y los hechos de aquellos viejos tiempos de la Tierra de Campos, en los que nuestros antepasados cruzaban por la existencia entre una sola razón de vida y un constante pensamiento de muerte; guerreros y agricultores, los pueblos eran del trabajo o de la batalla, del agro o del templo. Y así, el labriego soltaba el azadón y esgrimía la espada, como el monje dejaba el libro que copiaba para manejar la hoz en los prados. Todos reñían, todos trabajaban y todos amaban.

—Todos los que podían amar—corrigió la madre.

—Esos y los otros, mamá. Acuérdate de aquel cenobio de Villa Saelice, a quien un piadoso donante, llamado Julián, cedió muchos de sus bienes, pero «arreatado por el diablo su Abad Salbato»—dice el libro que yo he leído y corrijo ahora afirmando que Salbato obedeció al ambiente social de aquellos días—, «arreatado por el diablo, mezclóse en adulterio con una meretriz, y quiso el Señor castigar su pecado, haciendo que fuesen ella y él descubiertos *in uno coram publicum*».

—Ese sería un caso aislado - comentó doña Leonor con la púrpura de la sofocación en las mejillas.

—No, mamá—contestóla implacable su hijo—, que ese mismo Julián, que a la cuenta debía de ser más rico que nosotros, hizo otra notable donación a un monasterio que regía como abadesa doña Froilo, mas cuatro días después de otorgar el instrumento *Exierunt ipsas sorores alias pregnantas alias adulterio penetrantes*, así, en latín, para que resulte menos crudo y más exacto. Y dice Albornoz en una de sus preciosas «Estampas» que aún se recuerda con espanto el asalto de aquel claustro de vírgenes impúdicas y la matanza de aquellas meretrices; y los detalles del concilio o asamblea general de vecinos, congregada en el pórtico de la iglesia por orden del obispo y a ruegos del infortunado presbítero Julián, que lloroso, pidió autorización para revocar sus anteriores donaciones.»

La conversación habíase hecho más recreativa para el marqués. Las frutas enriquecieron con sus aromas el ambiente y llenaron las bocas de dulces fragancias.

—Hijo mío—interrumpió malhumorada la señora —, bueno será decir que así Dios castigaba entonces a los pueblos descarriados, suscitando guerras entre los príncipes cristianos y echando temblorosos y deshonrados a los reyes de León, bajo los pies de los Califas sarracenos; y que frente a las demasías o torpezas de estos clérigos, levántanse las virtudes de los obispos, venerados por su piedad y caridad cristiana.

—Cierto, cierto interrumpió Fernando—; pero una y otra manera de ser han de contarse a la par, si se quiere que el juicio sobre la época sea exacto. Verdad



es que la disculpa salta a la vista, en cuanto se nota el ambiente social en que todos vivían lleno de candidez y de pasión. Y por tal condición de inocentes, alzábanse numerosos conventos dúplices, es decir, de monjes y religiosas; unos bajo las reglas españolas de San Fructuoso o San Isidoro, otros bajo las extranjeras de San Benito, en los cuales una abadesa regía la comunidad femenina y un abad la masculina.

—Fernando, hijo mío, no es caritativo descarnar debilidades y flaquezas que Dios ha permitido entre los hombres para que ni aun los tenidos por virtuosos y bien orientados se engrían; que además de la firme voluntad de seguir a Cristo, le hace falta al hombre la gracia de Dios, si ha de vencer a sus enemigos tenaces y poderosos. Y por hoy basta, que el camino por donde va la plática me disgusta.

Callaron todos. Las conversaciones y la cena dieron fin. El marqués despidióse del matrimonio hidalgo, llevándose a Fernando a tomar café en el casino. En el trayecto le preguntó:

—¿Y tu novia, qué ha dicho de tu decisión última?

—¿De nuestro negocio?

—Sí.

—No lo sé, chico; no me he atrevido a verla aún. ¡La tengo un miedo pánico!

—¿No decías que ésa no importaba?

—Dije... dije... Lo que digo ahora es que se me ponen las carnes de gallina, pensando en nuestra primera entrevista.

Ambos se entregaron a sus propios pensamientos ocultos, hundiéndose en la bruma humosa del salón obscuro del casino.



XVIII

Tres cartas.

EN la mañana del día siguiente a los sucesos narrados, tres personas conocidas de nuestros lectores han recibido una carta cada una; cartas que nos interesa conocer.

* * *

Dice así la que doña Leonor lee, tras de contemplar extasiada el escudo nobiliario que adorna la esquina izquierda superior del plieguecillo: «Ilustres señores doña Leonor y don Alfonso Ansúrez. Mis esclarecidos y amados deudos: Mañana por la tarde se celebrará en mis tierras de Villasirga una cacería de liebres con galgos de esta y otras localidades. Quisiera, y así lo pido con todo ahinco, que me honrasen ustedes tres, mis mejores amigos, viniendo a comer en mi compañía y acudiendo después con todos los invitados a la diversión preparada. A las once de la mañana esperará mi coche ante la puerta de su pa-

lacio. Su devotísimo—*El marqués de Villasirga.*» No era doña Leonor capaz de distinguir la fina ironía que rezumaban estos renglones del bellaco aristócrata; muy por el contrario, el estilo de la epístola, parejo de aquellos otros tan admirados de la castellana, la encantó de tal manera que se la aprendió al pie de la letra, recitándosela mentalmente una vez y ciento.

* * *

«¡Mi vida!»—así empezaba la que comenzó a leer Pedro—. «Hace dos días que no te veo y esto me tiene muy intranquila. Ven esta tarde sin falta. Además, tengo que decirte una cosa muy buena, muy buena, que te va a dar muchísimo gusto. Siempre tuya y enamoradísima—*Blanca.*» Sonrió el mancebo, besó la firma, apretándola rudamente contra sus gruesos labios, y guardó en el bolso de su chaqueta los adorados renglones.

* * *

La *Guinda* se plantó de un salto ante Fernando, derrochó media docena de sonrisas variadas, y dijo:

—Señito Fernando: mi señita, que está que habla en chino por uté, pue ma dicho, dise: «tú verá, *Guinda*; pero o encuentra ar señito Fernando manque sea en lo mimísimo infierno, y le da esta cartita en su propia mano, o cuando güelva tú, va hasé competencia a San Bartolo, que disen que de desnúo que le quisieron poné, le quearon sin pellejo.» Conque aquí etá la carta. ¿He cumplío o no he cumplío?

A Fernando se le subió el miedo más arriba aún de donde le tenía. Dió una peseta a la muchacha, sin ocurrírsele añadir una palabra siquiera, y se marchó.

—¡Osú, qué saborío!—murmuró la andaluza—. ¡Tan requeteguapo como é! ¿Pero por qué no me caerá a mí en arguna rifa uno de eto premio gordo, Virgen der Serriyo?

La carta decía: «No acierto a comprender tu ausencia; me parece una huída. Hoy voy a pasar el día a Monzón con mi tío Martin. Es el santo de mi amiga Luisa. Te espero en casa de ésta.—*Tu Valentina.*»

—Iré—murmuró el novio—. Iré, y que Dios me asista.

* * *

—¡Tontital! Ya creías que me había fugado a Francia, a Marruecos, a Cuba, lo menos.

Pedro se abismaba en la mirada azul de su novia gentil.

—¡Dos días sin venir!

—Dos días terribles, dos días de martirio.

—Porque tú no me quieres como te quiero yo.

—No, bonita, no es eso; es que no pude disponer ni de un minuto; el tío me encargó asuntos urgentes y pesados. Yo también estuve pensando en ti esas cuarenta y ocho horas. «¿Qué hará mi Blanca? ¿Se acordará de su Pedro?»

—¿Que si me acordaría? ¿Y eres capaz de preguntármelo, siendo así que la pregunta encierra la duda?

—Vaya, no te ofendas y aprovechemos el tiempo en querernos; ¿hay nada más dulce, más delicioso?

—Hoy te toca a ti quererme, que yo estoy enfadada.

Y la carita de nardos y rosas de Blanca se encogía en monísimo esguince de mimo, sobre el que se entornaban los ojos de cielo, lánguidos, soñadores.

—Oye, oye—preguntó Pedro—, ¿qué es aquello que tenías que decirme tan bueno?

—No merecías que te lo dijera.

—¡Vamos, mujer!, si ya sabes que no fué la culpa mía... Desarruga ese ceño... Así... ahora, venga.

—Pues verás—estaba alegre la chiquilla, radiosa; el recuerdo de lo que iba a decir la transfiguraba—. Verás. Anoche hablamos de nuestros amores mi padre y yo. Todas las noches hablamos de lo mismo. ¿Qué mejor conversación para los dos? ¡El me quiere tanto! ¡Te quiere tanto a ti! Bueno, pues la cosa fué que, charlando, charlando de mi Pedro, de los dos, de los tres, pues fué él y me dijo... El caso es que me da un poquitín de vergüenza, Pedro.

—Vergüenza, no siendo cosa mala, no debes sentirla conmigo.

—Tienes razón. Va mi padre y me dice... ¡Nada, que me da muchísima vergüenza...! Y no es cosa mala, no. ¡Quia! Algo más que buena, riquísima, porque es nuestra felicidad y nuestra...; bueno, te lo voy a decir...

—¿Acabarás, mujer?

—Vuélvete un poco..., más...; mira al jardín, y no tuerzas la cara hasta que yo te lo permita, ¿eh? Ahora me atrevo. Voy a repetirte sus palabras: «Hija mía, querida hija mía: por razones de negocios que te aburrirían si te las contase, me agradaría mucho que

Pedro abreviara sus relaciones contigo y te llevara al altar. Hoy puedo daros, y os daría con toda mi alma, una dote opulenta. Si tienes con Pedro confianza para decirle esto, y te atreves a decírselo, me harías un gran bien.» No vuelvas la cabeza... ¡No! ¡Mala personal!

—Si no la vuelvo. ¿Estarás como un pavo, no?

—Estoy como estoy...; pero tú, quieto... hacia el jardín.

Pedro se reía lleno de íntimo placer.

—¿Puedo hablar ya?

—Hablar, sí.

—¿Y mirarte?

—Bueno..., también.

—¡Qué guapa estás tan encarnadita! ¡Ay, cuándo serán completamente mías esas camelias rojas de tu cara de nieve, y de fuego cuando el amor la tiñe!

—¿Pero no contestas a lo otro?

—Sí, mujer, sí; y muy satisfactoriamente.

—¡Ay, mi vida! ¡Mi Pedro de mi alma!

—Escucha. Como ansia agua el sediento, vista el ciego y la vida el moribundo, espero yo el momento de unirme a ti para siempre, y así, puesto que me lo indicas tú, con una confianza que te agradezco en el alma, he de procurar realizar los deseos de ambos. Ya sabes que sobre mí, y para mirar mis cosas, está la autoridad de mi tío Bruno Castro; yo te prometo llevar a él la demanda de casamiento esta misma noche, y mañana vendré volando a contarte lo sucedido.

—¿Habrá dificultades por ese lado, Pedro mío?

—No sé; me inclino a creer que no, y en todo caso ya sabremos vencerlas. Tú ten confianza en mí.

Y cogió sus manos de marfil y las cubrió de besitos tenues, suaves, despaciosos, dulcísimos.

* * *

Pedro cumplió su promesa. Aquella noche, momentos antes de cenar, dijo respetuosamente, y hasta con un poco de miedo, a su tío Bruno:

—Tío, yo quería hablar a usted de mis asuntos... después de cenar... o cuando usted disponga.

—¿De tus asuntos...? De tu novia, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—También yo tenía que hablarte de ese mal asunto. Pero para tratar de cosas hondas, me gusta más la anchura del campo y la soledad de las tierras. Allí se es más razonable y más fuerte a la vez; el sol y el aire puro nos hacen generosos y viriles; allí se grita y se manotea a gusto, sin estorbos ni escándalos. Mañana de madrugada iremos juntos a las cebadas de barrialba.

No se habló más; cenaron todos y se repartieron por las habitaciones altas para entregarse al descanso.

Al siguiente día, cuando el sol se levantaba de entre las nubes del horizonte, como un gran disco de oro, tiñendo de rubio las copas de los árboles y las cimas de los cerros, tío y sobrino sendereaban por entre los sembrados y barbechos, llenando de aire fresco y purísimo la envidiable capacidad de sus pulmones.

—¿Qué era lo que tenías que decirme?—preguntó Bruno Castro.

Pedro, que no había podido dormir, pensando en

la ruda frase del castellano, comenzó a decir con timidez:

—Ya he visto que usted sabe lo de mi novia.

—Yo lo sé todo—interrumpió cortante y áspero el labriego—; mi obligación primera es saberlo todo; mi obligación segunda, enderezarlo.

Esto acabó de atarugar al muchacho, que continuó callado unos momentos. Al fin prosiguió:

—Pues yo quería pedir a usted permiso para que estas relaciones entraran en vías oficiales y llegar a la boda prontamente.

—No puede ser. Tú no te casarás con esa muchacha, mientras las cosas que la atañen sean como son.

—¡Tío!

—Ahora no soy tu tío—gritó Bruno—; ahora soy tu padre.

—Pues bien, padre, que sólo a usted he conocido por tal: yo tengo que decirle que quiero mucho a Blanca, y que seré terriblemente desgraciado si no me caso con ella.

—Y yo tengo que contestarte que Blanca vale más que tú, y merece un hombre como tú o mejor que tú, y ufano me vería abrazándola como a la más amada de mis sobrinas. Pero asimismo he de añadirte que con ley o sin ley, con sumisión o rebeldía de tu parte, con el mundo o contra el mundo, no permitiré que te cases, y antes te haré tajadillas, mientras el ladrón de su padre, deshonor de la Tierra de Campos (aunque no sea nacido en ella) y castigo de nuestros pelantrines, no deshaga todos los desmanes, no indemnice todos los atropellos, no devuelva todos los capitales robados a los pobres de mi país. Y de ahí

no salgo ni saldrás tú; y no tenemos más que decirnos sobre esta materia.

Callaron; en el silencio augusto del campo, oíanse los golpes de sus borceguíes herrados contra los terrones arcillosos de las linderas. Ambos senareros caminaban hundidos en sus pensamientos íntimos; y así pasaron largos minutos hasta que Pedro tomó de nuevo la palabra.

—Tío, le doy a usted toda la razón. Yo siento aquí dentro vergüenza de que un hombre como el *Rapiña* sea el padre de mi novia; y me dolería que alguien, cuando Blanca fuese mi esposa, pudiera lanzarla a ella, y de rechazo a mí, insultos merecidos por su padre.

—Hablas juiciosamente—interrumpió el señor Bruno—; así deben ser los castellanos.

—Pero al mismo tiempo, debemos hacernos cargo de que ella no tiene ninguna culpa de lo malo que el padre haga, y no debe pagar pena por ello.

—¿Cómo qué?—gritó el señor Bruno—; los pecados de los hombres alcanzan hasta la cuarta generación, y estas palabras son palabras de santidad. Y ya en el mundo, de tejas abajo, ¿crees tú que la mala nota y los odios, y el ansia de hacerle daño, que por todos los pechos y por todas las bocas de los vecinos de Frómista y de otros muchos pueblos rezuma, no caería sobre vosotros, los hijos del criminal? En fin, ya he dicho bastante y he dado explicaciones de más; a lo que oíste atento.

Y de nuevo el silencio encapotó ideas y sentires de aquellos cerebros y corazones agitados.

—¡Tío!

—¿Más aún?

—Escúcheme usted. A pesar de todo lo que hemos dicho, es cierto que yo no sé vivir, que no viviría sin el amor de esa mujer, que desde pequeñito arraigó en lo más hondo de mi alma.

—¡Yo sé descepar!—rugió el pegujalero.

—¡No me interrumpa, por favor! Por eso he pensado poner mis fuerzas todas al servicio de unas reparaciones, que con la ayuda de Dios serán logradas.

—Sueñas o mientes.

—¡Padre!, le digo lo que siento; y por ello le pido que me concrete qué maldades realizó *Rapiña* que usted sepa a ciencia cierta.

—Puesto a enhilarlas, se me acabaría la cuerda —contestó el alcalde—; pero ahí te van algunas. A la viuda de Ramón, en Frómista, por mil pesetas que la prestó para gastos de entierro, funeral y testamentaria, la ha quedado en la calle con cinco hijos; todas sus fincas son hoy del usurero y valen más de mil duros. Al tío Isidro, el de Revenga, le entregó dos mil reales hace dos años, y ya es del avaro la casa que le hipotecó en la calle del Pósito. A Felipe, *el tuerto*, le ha quitado aquí, en Carrión, la viña grande de Muzuelas, por menos de seiscientos reales. Ahí tienes tres buenos botones de muestra. Y esto es para empezar; porque has de saber que delitos de esta calidad tiene perpetrados hasta varias docenas, y con uno solo que perdure, sin satisfacción de la justicia, tú, que eres carne y sangre de los míos, no te unirás a ese canalla, ni por el hilo de plata de su hija, que, como ya te he dicho, la tengo por buena y por hermosa.

—Así será, tío, y mejor aún, ¡padre...! Así será. Que yo también siento aquí dentro el orgullo de nuestra hombría de bien y de nuestro buen nombre castellano. O ese hombre deshace sus daños, o no me casaré, aunque me muera de sentimiento.

Bruno Castro paró su marcha, se volvió hacia el sobrino, le tendió la mano nervuda, y apretando la diestra del muchacho hasta el dolor, dejó rodar dos lágrimas que se balancearon pensiles sobre las pestañas. No podía hablar. No hablaron más durante su camino. De cuando en cuando, volaba por el aire una frase suelta, compendiosa, que hacía resaltar algo notable del campo sembrado: «Cascajo frito», decía Bruno; el sobrino miraba el trigal ralo, amarillento, enfermizo; a aquel terreno *flojo* necesitaba más agua de la que habían enviado las nubes. «Aquí atascamos»; pasaban cerca de una cebada que se mostraba poderosa ya en sus comienzos; era de esperar que, llegado el día, les costara trabajo a las huebras cargar con toda aquella cosecha. Y así por el estilo, comentando lo que veían sus ojos, con breves palabras, que para otros hubieran sido logogrifos ininteligibles, comunicábanse sus impresiones sobre la marcha de la sembradura.

* * *

Mientras Bruno y Pedro recorren el campo, vuela el cochecillo de don Martín por la carretera de Carrión a Frómista, paralela a una vieja vía romana, no señalada por Antonino Pío, y muy cercana al antiguo camino francés; luego siguen por la carretera

de Frómista a Palencia, pasando por Monzón. Un aire húmedo y frescote, avanzada frigente del invierno, cubre de carmín la cara morena de Valentina, y pone tonos morados en la piel áspera de su tío. Los viajeros no hablan; miran, piensan. Distintos temas absorben su atención. La muchacha intenta descubrir la entraña escondida de los secretos pensamientos que han hecho torcerse a su novio hacia el objetivo prohibido. Don Martín revuelve el saco hondo de sus recuerdos históricos, y toma en la memoria los que corresponden a Monzón, y los mira y remira por todas sus caras, con la complacencia de un numismático que, lupa en mano, persigue los rasgos borrosos de una extraña moneda. Sólo la presencia en el camino de algún carro, tirado por nerviosas mulas, distrae a don Martín de tan gustosa rememoración; entonces hace sonar repetidamente la trompeta de la bocina, y detiene la velocidad del motor. Y estos dos sucesos arrancan también a la hermosa carrionera de sus distracciones íntimas, y por un momento, vueltos ambos a la vida real y tangible, tosen, se agitan, adoptan más cómoda postura, se limpian los lagrimales, que el aire les forzó a humedecer, y de nuevo se hunden en el goce o en la tortura de su secreto razonar.

Luisa, la trigueña muchacha amiga de Valentina, la espera a la puerta de su casa labradora, que respira abundancia, y se extiende con anchura y guarda para todos hospitalidad y cariño. Se besan sus caras llenas de salud, de juventud, de alegría; se aprietan sus cuerpos opulentamente dotados, y mientras embraceradas se pierden en el interior de la casona, don

Martín hace girar el volante, aprieta el acelerador y, a favor de algún cambio de velocidades, llega hasta la cima del otero, en donde aún alza su mole el castillo que fué un día residencia de los Ansúrez, condes de Monzón, que dominaban hasta Dueñas y Simancas, cuando la Tierra de Campos fué totalmente organizada por los heraldos cristianos de la reconquista.

—¡Cuánto gozaría!—pensaba y a veces hasta decía entre dientes don Martín, subido a la cumbre del altozano, bajo los muros tantas veces centenarios de la fortaleza—. ¡Cuánto gozaría la madre de Fernando si estuviera en este lugar y recordara las glorias de sus más reverenciados abuelos, los Ansur Fernández, los Fernando Ansúrez.

A los pies de don Martín corría el Carrión, manso y ancho, como galón de plata tendido sobre el ocre de la senara labrantía; parejo a la carretera polvorienta se desarrollaba sin trabajos, en una tierra plana, abierta, llena de luz y horra de colores. Desde aquí podrían abarcarse todos los límites de la Tierra de Campos, si la vista lo permitiera; terrenos de Palencia, León y Valladolid, que ofrecen un mismo carácter geológico; grandes planicies sin montañas, sin gándaras, casi sin ríos, con ligera capa cultivable, que oculta un suelo terciario, impermeable e improductivo.

Cuando don Martín sació sus ojos, sedientos de aquella luz sin cendales; cuando se imaginó dónde y cómo se erguía, frente al castillo actual, el otro castillo, cuyos cimientos fueron roídos por el río Carrión, que desmoronó la fortaleza en los años del segundo

milenio, entróse por muros y techumbres, pensando en las glorias que así desvanece el tiempo, como si fueran hojas secas, y recordando que esta Tierra de Campos fué la piedra angular del primitivo reino de Castilla, núcleo de nuestra nacionalidad, raíz de nuestra historia, madre de nuestra lengua y paridera de tantas naciones americanas que algún día serán las dominadoras del mundo.

Llena el alma de ese temblor místico y patriótico que infunden las viejas piedras en quienes saben leer sus misteriosos caracteres, retornó al pueblo.

—Ya se habrá usted hartado de recuerdos viejos —dijole su sobrina cuando vió entrar a don Martín en el comedorcito preparado para el banquete.

—Hartado, no; nunca me harto de eso, que es como el vino rancio: suave en el paladar, fuerte en el estómago y tónico para las funciones vitales.

Había un gran revuelo en toda la casa; la comida, único placer al alcance de los lugareños, iba a ser notable en cantidad y calidad. Los rebaños del padre de Luisa habían notado sensibles bajas; el gallinero y la conejera eran campos de desolación. Además había llegado de Santander una caja misteriosa, ante la cual los dueños de la casa y la servidumbre abrieron tamaños ojos y deglutieron buches de saliva, con que se les inundaron las bocas. «¿Llegará todo en buen estado?», se preguntaban, y por encima de los hombros del amo, que abrió el cajón en la cocina, un racimo de cabezas, con la misma ansiedad en el gesto, espiaba la salida del contenido y lanzaba ruidosas exclamaciones a cada montón de mariscos que sacaban, a cada langosta, a cada cestillo con merlu-

zas, y sobre todo, al desenrollar un congrio enorme, que llegaba al metro y medio de longitud. Y si de comer había mucho y bueno, las bebidas excederían a toda ambición. Clarete de la cosecha de casa, tostadillo de quince años de la propia bodega, y luego lo que envió el tendero de Palencia, que les surtía de conservas y licores; buen jerez, magnífico espumoso español, sidra natural... «A boca que pides», dijo el cachicán cuando le preguntaron detalles los del pueblo.

Comieron con apetito campesino, con alegría pueril, esa alegría de los niños que perdura en los labradores hasta sus años últimos, la alegría de los sencillos de espíritu.

Y ya llegaban a los postres, al sabroso flan casero, a las deliciosas natillas de leche de oveja, a las frutas del huerto... cuando entró Fernando, recibiendo plácemes y bienvenidas de todos los comensales, que eran muchos de Monzón y de otros lugares aledaños.

Para ayudar a los estómagos en el trabajo extraordinario que se les había impuesto, acordaron, después de tomar el café, dar un paseo hasta Usillos, pueblecito situado a corta distancia para los cuerpos robustos de los lugareños jóvenes. De la casa en fiestas salieron todos juntos en pelotón enorme, pero poco a poco se fué desgranando el racimo; primero en grupos, luego en grupitos, y en parejas por fin. Al frente iba un invitado, pariente de Luisa, que vivía en el vecino pueblo, adonde se encaminaban, y les había ofrecido obsequiarles con riquísima fruta de su frondoso huerto.

Rezagados, entristecidos y silenciosos caminaban

juntos Valentina y Fernando. Cuando se vieron a suficiente distancia de los demás para que los oídos curiosos no pudieran robarles trozos de conversación, dijo el muchacho temblorosamente, sin dominio de su voz ni de sus frases:

—Oyeme en confesión, Valentina.

—¿Eso es que traes dolor de atrición y propósito de la enmienda?

—Tú óyeme como se oye a un penitente. Después verás si puedes absolverme.

—El pecado fué pecado mortal.

—Déjame que yo confiese, ¡por lo que más quieras!

—Te escucho.

Entonces despacio, minuciosa y honradamente, contó Fernando lo sucedido en su casa entre el *Rapiña* y doña Leonor, después entre ambos y él mismo, que llegó dolorido de la congoja de su madre. Nada ocultó al conocimiento de la muchacha: ni la ruina que resquebrajaba los cimientos de la casa, ni la ira de la castellana altiva, ni la crueldad del prestamista usurero. No había más camino que el adoptado. De haber seguido por donde todos los suyos querían y él deseaba, la ruina y la deshonra de sus padres habría de consumarse inevitablemente, rapidísimamente, y él, Fernando, hubo de estimar que su novia no quería que este desastre llegara y fueran de él la responsabilidad y el remordimiento de haberlo consentido.

—No quiero yo marido que no sea buen hijo—comentó Valentina—y ya veo que no hubo tiempo para consultas. Pero ¿por qué no viniste en seguida a contármelo?

—Por miedo, amor mío; por miedo a que no tuvieras tan despierta la comprensión y tan amplio el criterio.

—No manejas la vara de medir, Fernando.

—De ello estoy orgulloso en esta ocasión. Como ves, no hay otro medio que seguir a esos negociantes.

—En eso te equivocas también.

—¿Cómo? ¿Pero es que tú ves un procedimiento que evite mi entrada en la sociedad y no nos traiga la quiebra?

—Sí, hombre, sí. Terminemos la confesión. Quedas absuelto y en penitencia, y para enmienda de tu pecado harás lo siguiente.

Valentina calló unos momentos pensativa. Su novio la miraba con asombro, verdaderamente maravillado. Por fin habló ella.

—Te prohíbo discutir, y más, desobedecer mis mandatos. Con el confesor no se discute, y menos aún la penitencia. El día mismo que venzan esas escrituras irás a Frómista, y acompañado del notario del pueblo las recogerás de manos del *Rapiña*, abonándole las treinta y cinco mil pesetas de la deuda.

—¿Pero...?

—Calla. Después, cuando lo creas conveniente, te marchas a Palencia con mi tío Martín, y allí, para que los de Carrión no se enteren, reconoces la deuda a mi favor y me hipotecas las mismas fincas que hoy figuran en las escrituras del *Rapiña*. Tú y mi tío iréis apoderados en forma por tu padre y por mí.

—Pero entonces, ¿el dinero ese será tuyo?

—Por ahora, mío; más tarde, de los dos.

—No puedo aceptar, Valentina, no puedo; aunque me duela como una desgarradura en la carne.

La novia le miraba con una mueca de compasión, de ternura y de burla, que en rara mezcolanza brotaban enlazadas del fondo de su espíritu.

—Si antes te adoraba—continuó Fernando—ahora te adoro y te admiro; más aún, te reverencio. Voy creyendo que es verdad eso del alma grande y recia de los Bruno de Castro...

—¡Ah! ¿Pero lo dudabas?

—¡Calla, por la Virgen! Y voy creyendo que tú la has heredado entera y verdadera. Pero hay algo que brota en mi pecho, como parte integrante de mi ser: la delicadeza.

—Una planta perfumada y exquisita—interrumpió chanceramente Valentina.

—Sí, una planta que no arrancaré nunca de mi alma, porque dejaría de sentir la estimación que siento por mí mismo. No creo necesario razonar ante ti, tan despierta, tan inteligente, esta decisión mía. Tú eres mi novia: tu dinero no puede ser aprovechado por mí, y menos por mis padres; y tú tienes un padre que mira con malos ojos nuestro amor, que se opone a nuestro casamiento; su dinero...

—¡Alto ahí! El dinero de que hablamos es mío. Yo soy mayor de edad, y tengo mis bienes. Has de saber que el mismo día que cumplí veintitrés años, mi padre me entregó la hijuela materna, diciéndome: «Todo seguirá en casa como hasta aquí, menos la guarda y administración de los frutos de este tu capital, que corren de cuenta tuya».

—¿Por qué no seré yo hijo de un Bruno Castro?

—No reniegues de tu casta.

—No reniego de ella, pero envidio la tuya.

—Volvamos al negocio. El asunto me conviene a mí, conviene a tus padres y te conviene a ti; no hay, pues, más que hacerlo.

—No lo haré, Valentina; por encima de las conveniencias está la dignidad.

—¿Y si por eso se terminasen nuestras relaciones?

—No me hagas sufrir tanto. Tú tienes solución para todos los conflictos.

—Bien; no sufras más, no quiero ser cruel. Escucha y después decide.

Valentina contó a su novio la entraña misteriosa de aquel plan mercantil; la esencia delictiva de lo que iban a ejecutar y el papel que a él le habían reservado en el asunto. Y otra vez más fué el muchacho de asombro en asombro llenándose de asco y de ira y viendo un mundo nuevo, que su candidez le ocultaba, hasta que la novia lo fué desarrollando ante su vista. Concluyó la narración y callaron. Fernando, con la barba hundida en el pecho, retorcia en su corazón los dolores que le atenazaban. Ella preguntó:

—¿Qué decides?

El hijo de Ansúrez alzó los ojos enaguazados y en la faz dolorida mostró el proceso de aquel tormento insufrible. Cuando pudo hablar dijo:

—Haz lo que quieras; siempre habremos de hacer lo que tú quieras.

—No padezcas tanto, Fernando mío. Yo te haré feliz con mi amor. Yo te libraré de los peligros con mi cautela y mi energía. ¡Ea! Ahora a disipar los malos humores. ¡Tío! ¡Tío...!

A los gritos de la arrogantisima morena, contestó don Martín voceando:

—Daos prisa, que ya está aquí la abadía de Husillos.

Y poco después, en corro todos, rodeando al culto bibliotecario, oíale decir:

—Aquí, en este antiquísimo templo, celebró Alfonso VI un concilio en el siglo xi, presidido por Ricardo, delegado apostólico, en el cual concilio quedaron demarcadas las diócesis de Burgos y de Osma. Y más tarde, en 1136, Alfonso VII celebró otro más importante. Luego veremos una lápida de Sancho III, con la dedicación de la iglesia; que es de una sola nave, con un pórtico decreciente y una torre románica. La comunidad que aquí vivió tuvo muchos varones santos y sabios; y las reliquias y las riquezas de arte que encerraban estos muros atrajeron durante siglos la visita de las personas piadosas y amantes de las artes bellas. Mas luego, en el siglo xviii, fué trasladada la abadía al pueblo de Ampudia, y a fines del siglo xix se llevaron al Museo de Madrid el precioso sepulcro que enjoyó durante muchos siglos el templo que contemplamos; sepulcro de un conde de Monzón, de un Ansúrez, de un antecesor de nuestro buen amigo Fernando, que nos escucha en estos momentos.

Todas las miradas se volvieron a él. Valentina se acercó a su oído susurrándole:

—Casi estoy ahora por envidiar tu casta.

La numerosa comitiva, tras de dar vuelta por el interior de la vetusta iglesia, de transición al orden ojival, irrumpió en el huerto del invitado, que olía a

manzanas y a rosas, a hierbabuena y a limonaria, y mostraba en los árboles la policromía otoñal que torna rojas y moradas y amarillas las hojas verdes y los frutos logrados.

Cuando ahitos de jugosas pomas y adornados de fragantes flores se disponían a volver a Monzón, llegó don Martín sudoroso y agitado.

—Pero, tío, ¿de dónde viene?—le preguntó Valentina.

—De ahí cerquita.

—¡Alguna iglesia vieja...!

—Una alhaja, sobrina, un monumento escondido entre esas frondosas alamedas, edificado en el siglo XII, de gusto románico, que fué encomienda de la Orden de Santiago, y tiene, entre otras preciosidades, una sacristía, que más parece un panteón, donde los arcos y las bóvedas se apoyan en historiados capiteles de bajas y robustas columnas. Por la forma de medio punto de los arcos que hay en las capillas laterales, esta iglesia de Santa Cruz de la Zarza debe ser de la época de Alfonso VIII, el de las Navas, y debió pertenecer al convento de premostratenses que hubo aquí desde fines del siglo XII.

—Cada loco con su tema. Vámonos, Fernando; y usted también, tío, que si le dejo de la mano, amanecerá usted entre los escombros de un templo o en el cubo ruinoso de un murallón.

* * *

Fernando no quiso ir con sus padres, invitados en la carta que conocemos, a la comida y fiesta que el

marqués daba a sus amigos. Urgíale más ocupar esas horas con Valentina, en la charla interesante que hemos descrito. Así, pretextando un violento dolor de cabeza, quedóse en casa a comer y marchó a Monzón en cuanto lo hubo efectuado. Mientras tanto, llegaban los invitados a Villalcázar de Sirga, feudo del marqués, su lejano pariente y actual anfitrión.

Y halló singular complacencia la de García de Velasco encontrándose con la madre del marqués, que la esperaba afectuosamente y la mostró especial consideración y cariño, con aquella cortesía distinguida que a las claras dejaba ver la ilustre progenie, de donde hubo de heredar lo que sólo consigue tenerse por herencia. Cuando los cumplidos y reverencias de mayor complicación terminaron, doña Leonor dijo al marqués de Villasirga el pasmo que la había producido la contemplación de la iglesia, tan imponente, tan dominadora. La hija de los Ansúrez y Manriques salía muy poco de casa y solamente a los templos de su devoción. Hacía muchos años que no traspasaba los límites municipales de la histórica villa de Carrión de los Condes; por ello habíala causado impresión tan honda la mole colosal de aquella iglesia, con la desmesurada ojiva que protege la joya del pórtico románico, decrecente, orlado por seis líneas de figuras, coronado por los apóstoles y el Padre Eterno y los simbólicos evangelistas. Grandioso monumento, del que Quadrado había dicho que era el más importante de la Tierra de Campos, erizada de ellos.

—Es una de las muestras del terrible poder de los Templarios— dijo el marqués—; más que una iglesia parece, y debió ser, un fuerte castillo. En él habitó la

orden famosa, y aún existe en la capilla del crucero el sepulcro de un caballero del Temple.

—¿Dispondremos de tiempo para extasiarnos en esas maravillas?—preguntó doña Leonor.

—¡Oh, naturalmente!—contestó Villasirga—; tanto más cuanto que todos los minutos han de ser para ustedes y todos nosotros seremos servidores suyos.

—¡Qué galante, marqués!

Doña Leonor estaba en el quinto cielo. Don Alfonso había pedido permiso para dedicar unos momentos a sus devociones, y allá arriba paseaba por un amplio salón, silencioso y frío, adonde le condujeron, a fin de que nadie le distrajese mientras recitaba sus oraciones.

—¿Quiere usted que vayamos ahora si no está usted cansada del viaje?

—¿Cansada? No; el coche es un diván, y el trayecto es tan corto... Vamos cuando usted quiera.

La marquesa proveyó a doña Leonor de una hermosa mantilla de blondas para entrar en el templo, que se erguía frente a la casa solariega de los Villasirga: una casa ancha y baja, de robustos sillares, que los siglos habían patinado, dorándolos a fuego. Tal vez era tan antigua como el pueblo, y éste databa de principios del siglo XII. Sabía el marqués que su antecesor, don Rodrigo Rodríguez de Girón, personaje muy principal de Fernando el Santo, había tenido sujeto este lugar a su dominio, tal vez compartido con los famosos Templarios, y que más tarde perteneció a los Manriques y Velascos.

Estos dos últimos apellidos, pronunciados por el aristocrático guía, hincharon el globo de la vanidad

de doña Leonor, que era Velasco y Manrique a la vez. Y así entró en la iglesia, con aire más lleno de majestad aún que el que usaba de continuo, y tan decidido y firme como si fuera a tomar posesión de una fortaleza por juro de heredad. La agudeza, la altura y la elegancia de la nave y del crucero, con delicadezas de ornamentación románica que les enjoyan, así como los ajimeces de dicho crucero y los capiteles de las columnas, fuertemente apretados, daban cabal idea de que en esta fábrica mezcláronse con singular fortuna dos influencias arquitectónicas: la del estilo ojival primario y la del románico.

Todo el fervor monárquico, todo el respeto tradicional de la nobleza castellana a cuanto se halla en el trono o dimana del trono, exaltóse en doña Leonor ante el sepulcro del infante don Felipe, quinto hijo de San Fernando. Es una urna de piedra que sostienen seis leones, sobre la cual yace la figura del infante, con túnica y manto, cubierta la cabeza con alto bonete, apoyada una mano en la espada, mientras en la otra sostiene un halcón. En los costados, la singular manera, tierna y pueril, de los artistas del siglo XIII dejó preciosos relieves que describen la muerte y el entierro de Felipe: valioso documento que nos asesora en usos y costumbres de tan lejanos días. Lo mismo ocurre en otro sepulcro que a su lado aparece y contiene los restos mortales de doña Leonor Ruiz de Castro, esposa del quinto hijo de Fernando III. En el de ella sólo se encuentra un esqueleto; en el sepulcro de él existe la momia, admirablemente conservada, por la que se ve que debió alcanzar en vida la arrogante estatura de un metro noventa centímetros.

Un grueso sudario de hilo la envuelve, cubierto por primorosas vestiduras labradas en oro y seda, y todo ello encerrado en una caja de rica madera, que reposa en el hueco de esta piedra, tan delicadamente labrada.

Volvieron todos a la casona solariega, y comieron.

La comida fué regia; no a la manera antigua, que viejos manuscritos narran, sino como se estila en la corte: platos de raro condimento, de nombres ininteligibles, franceses e ingleses; vinos exquisitos, perfumados; *champagne* burbujeante; hasta helado: ¡helado! Doña Leonor no salía de su asombro, y procuraba por todos los medios que su asombro no saliera de ella. «¡Lo que le habría costado al marqués todo aquello!...» Y es cierto que no tenían el encanto tradicional de los platos históricos; «pero ¡qué ricos eran estos platos modernos! ¡Y qué vinillos más aromáticos! ¡Y qué efecto hacían allá dentro, en el estómago, y allá arriba, en la cabeza!» Como que a doña Leonor entróla comezón por hablar y acaparó las conversaciones todas que se enhebraban en cualquiera punta de la mesa, larguísima, donde comían más de cincuenta invitados. Y como hablaba bien y tenía muy detallados y firmes conocimientos de las materias que trataba, y ponía en sus palabras el aplomo del convencimiento y a veces el fuego del apóstol, escuchábanla todos embelesados, pendientes de su palabra, menos don Alfonso, su marido, que desde el primer momento atisbó la ocasión de darse un atracón formidable de cosas buenas y pocas veces logradas, así en comidas como en bebidas; y silencioso, y atento no más que a darle al cuerpo cuanto en él cu-

piera, ni se enteró de que su esposa acopiaba la charla entretenida.

Encaminóse ésta, como era natural, por temas de caza; casi todos los comensales eran famosos cazadores de escopeta y galgo. Entre los labriegos de Campos es cuestión muy principal poseer buenos caballos de silla; y en ellos ponen mucho amor propio y se gastan el dinero, sin que les duela. De esto nace el que haya muy buenos jinetes, que empiezan desde chicos a montar diariamente potros de sangre y lanzarlos por la campiña, saltando zanjas y matojos, subiendo linderones empinados o bajando taludes resbaladizos, atravesando ríos o lagunas fangosas; y de este modo adquieren singular destreza en la equitación y una afición desmedida a la caza de liebres.

—¿La gusta a usted la caza de liebres con galgo? —preguntaron a doña Leonor.

—Realmente, puedo decir que no la conozco. Apenas salgo de mi casa. Sin embargo, tengo la creencia de que no me habrá de entusiasmar. ¡Es tan poquita cosa perseguir a esos bichos tan inofensivos!

Y ya, suelta la lengua y llenos los ojos del ardor que el vino la encendiera en el piso de más arriba, continuó:

—Todo marcha al mismo compás: según decrece la fortaleza de las razas, van adelgazándose, afeminándose sus diversiones. No eran liebres las que cazaba por estos terrenos Sancho el Grande de Navarra, cuando, persiguiendo a un jabalí herido, que acosado por la jauría se metió en la espesura del bosque, vió que se guarecía en una cueva, y en ella penetró el rey y alzó su brazo, armado de venablo; pero

no lo pudo lanzar: una parálisis detuvo este miembro en la dicha postura. Su primer asombro desapareció al ver en el fondo de la caverna un altar con la efigie de San Antolín. Pidió perdón humildemente al santo, ofreciéndole erigirle un templo allí mismo, y cesó la parálisis milagrosa. Y así lo hizo, y entre aquellos matorrales se levantó un grandioso templo, destruído más tarde. Sobre su solar yérguese la actual catedral de Palencia, en la que se admira por los devotos la gruta histórica de San Antolín.

—Pero bueno, doña Leonor—interrumpió el marqués con aquel tono que corría por los linderos de la burla—; entonces no podían cazar liebres con galgos porque eso no es posible en terrenos cubiertos de selva; y hoy crea usted que es muy difícil que cazáramos jabalíes en nuestros labrantíos, entre otras razones, porque no hay jabalíes.

—¡Ah! No, no. Esas son habilidades, sofismas. Las gentes van adonde su viril o feble condición las conduce. Lea usted, marqués, el libro de Montería de Alfonso XI, y verá cómo los señores de su época iban a los montes de la Paramera y de la sierra de Gredos a cazar el oso y el puerco salvaje, y aprenderá los lances peligrosos en que la persecución de estas fieras les ponían de continuo y cómo salían de ellos, por la serenidad de su alma y el esfuerzo de su brazo.

—También hoy van algunos a esa caza. Lo que ocurre es que cada vez hay menos osos y están más lejos.

—Lo que ocurre, noble Villasirga, es que a los hidalgos de hoy les horroriza la sangre. ¿Por qué, si no, el abandono de la cetrería?

—¿Y qué era eso?—preguntó un campesino.

—¿Eso? ¡Ah! Una delicia, una pasión exaltadora, nobilísima, placer de reyes y magnates. Aves de rapiña diversísimas, maravillosamente adiestradas, lanzábanse al espacio, desde las manos nervudas de aquellos guerreros cazadores, persiguiendo palomas y perdices, persiguiendo avutardas y grullas, garzas y becadas. Y en la región de las nubes las cogían, las hincaban sus garras de acero, las remataba su pico encorvado y, humildes y obedientes, traían la presa codiciada al amo, que se había divertido con las peripecias de la persecución. Había neblíes, cuyas patas abríanse en largos y afilados dedos; había azores, traídos de los países escandinavos y Cerdeña; había halcones, pintados de amarillo, que solían echar al aire con las patas llenas de cascabeles, con cuyo ruido enardecíase su furor; había alfanaques de Tlemecén grises y rabiosos, con los ojos enramados de sangre; había gerifaltes blancos, que levantaban un cordero por los aires; y laneros de Galicia, y baharis de Mallorca, y tagarotes de Berbería. Todos éstos, y los gavilanes, y muchos otros pájaros cazadores más. Así se mantenía despierto y azuzado el valor de aquellos caballeros, que de continuo iban a su vez a caza de hombres, pues tal era la guerra, entretenimiento preferido en aquellos tiempos heroicos por los varones de temple castellano.

Los asistentes a la opípara comida del marqués, que no conocían a doña Leonor, siempre encerrada en las estancias de su palacio, divertíanse oyéndola, tanto como corriendo tras de la liebre, y por eso cooperaban con los vinos a soltar la lengua expedita de

la castellana, preguntándola sobre sus cosas favoritas.

—¿Cazaban así todos?—dijo un labrador.

—¡Qué disparate dice usted, señor! Los nobles solamente; el pueblo, lo único que hacía era mantener de su cuenta las aves, y así había *Ordenanzas* y leyes en las que se mandaba que los carniceros cristianos diesen de comer cinco días de la semana a estas aves ennoblecidas y altaneras, que sólo se acomodaban a vivir entre grandes aristócratas y posar sobre ricos paños. Los viernes tocábales surtir de este alimento a los tablajeros judíos, y los sábados a los moros. Pájaros sanguinarios y crueles, pero valientes y aguerridos, que se lanzaban sobre presas más fuertes que ellos, trayendo a tierra muchas veces anchos boquetes abiertos en su cuerpo, por donde se les escapaba la vida. Como sus amos, como aquellos campeadores, que no medían ni contaban jamás la morisma que tenían frente a sus lanzas.

—¡Ah!, ¡la guerra!—murmuró doliente la marquesa.

—La guerra, la gloriosa guerra, señora, que fortalecía los cuerpos y daba robustez indomable a los espíritus; que defendía las mujeres de la raza, y el solar y los hijos; que guardaba los templos de Dios y las reliquias de los santos. La guerra, que fundiendo en su horno corazones humanos, logró forjar el alma castellana, que llegó más tarde triunfante hasta la Tierra del Fuego, hasta las Islas Filipinas, hasta el Norte de Europa.

El marqués llenaba a menudo la copita de *cognac* que tenía delante doña Leonor, la cual vaciábala con frecuencia, sin darse cuenta de lo que la iba excitando el alcohol.

—Y no eran sólo los hombres—añadió—quienes realizaban hazañosos hechos. Oíd este romance cantado en plazas y caminos en aquellos años de heroísmos. Voy a recitarle con su primitiva sencillez:

Pregonadas son las guerras,
 las guerras del rey León;
 todo el que a ellas no fuere,
 su casa estará en prisión.
 Sea conde o sea duque,
 sea de cualquier nación,
 si no era un reñegado
 que a su mujer maldició.
 «Reventada seas, Alda.
 Por mitad del corazón,
 siete hijas que paristes,
 entre ellas ningún varón,
 que me excusaría agora
 de las guerras de León.»
 Todas las siete callaron;
 ninguna le respondió,
 si no era la más pequeña,
 la que en buen día nació.
 «No nos maldigades, padre;
 no nos maldigades, no.
 No maldigáis a mi madre
 porque no parió varón.
 Deme armas y caballo,
 vestimenta de varón,
 yo os excusaré, mi padre,
 de las guerras de León.»
 «Los tus cabellos, la niña,
 de hembra son, no de varón.»
 «Con el sombrero de padre
 me los taparía yo.»

«Vuestros pechos son, mi niña,
de hembra y no de varón.»

«Con un chaleco, mi padre,
me los ajustaría yo.»

Ya cabalgaba la niña,
cabalga más que un varón.

A la entrada de la guerra,
toda la gente pasmó.

A la batalla primera,
a media guerra mató.

A la batalla segunda,
toda la guerra ganó.

Al concluir la batalla,
el sombrero le cayó.

Todos dicen a una boca:

«Hembra es, que no es varón.»

Decía el hijo del rey:

«Por novia la llevo yo.»

Echóla sus ricos brazos,
a su casa la llevó.

Otro día, de mañana
las ricas bodas armó.

Los vinos, los licores y el sonsonete con que había recitado la noble dama a modo de suave cantinela, fueron poniendo peso en sus párpados y nieblas en su cerebro. Poco a poco hundióse en el asiento mullido del butacón. Los últimos versos dijolos entre dientes y con los ojos casi cerrados. Al terminar quedóse dormida. El marqués hizo señas a todos para que abandonasen sin ruido el local, y en él quedaron resoplando acompasadamente don Alfonso de Ansuárez y su esposa doña Leonor Manrique y García de Velasco, envueltos en el dulce placer de una digestión desconocida para sus agradecidos estómagos.



XIX

El martirio de una revelación.

PEDRO llegó al día siguiente a casa de su novia. En el rostro obscurecido por una nube preñada de tormenta, conoció Blanca que algo grave ocurría y llenaba de pesadumbre el alma de su amado. Intentó desde luego saber lo que le conturbaba; resistióse Pedro con pretextos especiosos, mas aguijoneada con esto la curiosidad de la chica, instó, mandó que la contase lo que ocurría, y a tal demanda hubo de acceder el muchacho, tanteando caminos para llegar al doloroso trance de haber de darla un terrible disgusto.

—Estoy muy triste, Blanca. Hay momentos en los que la muerte me parecería una ventura.

—¡Ay, Virgen de la Vega! Eso será sobre nuestros amores, ¿no? Habla, Pedro. ¿Es que has visto falta en mí? ¿Es que sigue tu familia mirándome con malos ojos?

—Algo peor, amor mío; hay un peligro muy grave para nuestro cariño.



—Di, di, por Dios.

—Mi tío, jamás (esto de «jamás» me lo dijo con una voz terrible), jamás consentirá nuestro matrimonio, mientras tu padre no deshaga algunas cosas malas que ha hecho de préstamos y usura. Y tú sabes, mi vida, que el tío Bruno es tan incommovible como una encina vieja. Primero me ha hecho ver todo el odio popular que sobre nosotros caería, revertiendo del que rebosa contra tu padre; luego me habló al alma, diciéndome casos tremendos, miserias terribles, dramas dolorosos, producidos por ese afán de hacer dinero que a tu padre enloquece; y por fin me aseguró, como él sabe hacerlo, que jamás me casaría contigo, si no se remediaban los daños causados.

—Me vuelves loca. Te oigo, y me parece que no hablas conmigo, ni hablas de mi padre. Pero sigue hablando: tú eres bueno, Pedro; tú tienes un corazón sano y libre; lo que tú me digas será la verdad. Y así, yo quiero preguntarte, para que me lo cuentes como al confesor, qué hay de cierto en ese bullicio que mueve al pueblo con las cosas de mi padre.

—¿Tú no sabes nada de eso?

—Te lo juro por la memoria de mi madre, Pedro mío; nunca pregunté nada; nunca espíe, ni inquirí, ni siquiera me entretuve en mirar gestos e interpretarlos.

—Bien, bien; ya esperaba yo esto, y puedes creer que me llena de alegría. Y ahora escúchame con toda el alma. Tu padre, por afán inmoderado de codicia, arruinó usurariamente a muchas familias, llenando el país de lágrimas, dolores y odios.

—¿Pero qué dices, Pedro? ¿Estás en tu juicio? ¿Mi padre? No puede ser, amor mío; mira bien lo que

hablas; estudia lo que te dijeron. Afición a guardar, sí; tal vez a ganar con ambición desmedida; ¡pero arruinar a las familias, llenar el país de lágrimas y dolores...! Pedro mío, ¡por la Virgen Santísima! Dime que no es verdad eso, que mi padre es bueno, que es honrado.

—Perdóname que tanto te haga sufrir; pero es preciso, lo necesita nuestro amor, y tal vez esto sea principio de enmiendas y de restituciones, que salven el alma y el nombre de tu padre, y te pongan a ti, Blanca mía, en todos los amores y en todas las gratitudes del lugar.

La muchacha lloraba con hipo doloroso; su cuerpecillo delicado y gentil se estremecía con temblores de fiebre.

—Cuenta, Pedro—musitó entre sollozos—, habla; lo que tú digas será verdad.

Pedro contó lentamente, incansablemente, como si rezara una letanía horrible de culpas y de crímenes. De sus labios salieron con nombres, con fechas, con cantidades, relatos espantosos de miserias y dolores, que se extendían por el ámbito de la Tierra de Campos, desde la casona vetusta y ruinosa del *Rapiña*. Allí donde la desgracia había hecho nacer su maldita flor de sufrimiento, allí acudía el usurero, llamado para que ayudase a vivir, para que detuviese el derrumbamiento de bienes y de alegrías; y allí dejaba su dinero venenoso, su contrato opresor y la podredumbre de su avaricia cruel, que no se enternecía con ningún dolor humano; y poco después, todo era suyo, menos la desesperación, que se quedaba con los despojados.

Blanca lloraba convulsa; una palidez mortal cubría sus carnes como fatídica mortaja; parecía hallarse al borde de un peligroso ataque. Pedro callaba temeroso; pero ella interrumpía sus gemidos para decir imperativamente: «Sigue... sigue», y Pedro continuaba, convencido de que era necesaria esta operación quirúrgica para salvar su amor, para evitar el naufragio de su dicha. No era sólo que su tío Bruno se plantase bravo en medio del camino, impidiéndole llegar a la felicidad que Blanca le ofrendaba; era que al lado de Bruno se erguía la honradez de Pedro, tan airada, tan decidida, como el tío, a no continuar por la senda que conducía al deshonor.

Fué largo, muy largo, el relato de atropellos, y, cuando se cansó de acusar el muchacho, aún dijo:

—Y como éstos hay más casos que no detallo, por no hacer interminable la lista.

Blanca había cesado de llorar; a su palidez extrema, reemplazó el azul de la cianosis; los ojos, ribeteados de un morado purpúreo, miraban con fijeza amedrentadora. Por fin habló con voz algo bronca, rota en sus timbraciones delicadas.

—Ya me dirás otro día eso que aún queda. Quiero saberlo todo. Lo que me contaste no se me olvidará: me lo has ido esculpiendo con buril en la memoria, y el buril estaba al rojo. Y ahora, márchate. No sé si nos veremos, en adelante, aquí en mi casa o fuera de ella. No sé siquiera si nos volveremos a ver.

—¡Blanca, amor mío!

—¡Oh! No temas por mí. Ansío yo mucho más tu querer. Vamos a defenderle, Pedro. Hay que luchar. No sé lo que saldrá de esta durísima brega que voy

a comenzar hoy mismo. Veremos. Ya te avisaré; entretanto, confía en mí. Por mi padre, al que quiero con toda mi alma, y por ti, que eres la razón de mi vida; por ti, sin cuya adoración llamaría a la muerte para que me salvara, llegaré hasta donde sea preciso.

Se levantaron. Pedro besó mil veces la mano transparente de Blanca, y unas lágrimas quemadoras mojaron la seda antigua de aquella piel marfileña.

* * *

Una hora después, reuníanse para cenar el *Rapiña* y su hija como de costumbre. Era el momento feliz en que el padre reía y gozaba a espaldas de todos, oyendo la charla algarera y cariñosa de su hija, que mientras le servía o le acompañaba, referiale, entre gorjeos de pájaro, casos y cosas llenos de gracejo y donosura, esmaltándolo con pequeñas carcajadas, besándole en la cara, haciéndole comer a la fuerza. Toda una felicidad! El usurero se fijó en las huellas que el llanto había dejado en la cara de Blanca, y tembló con ese miedo indeterminado y fácil de los que tienen manchada la conciencia.

—¿Qué es eso?—preguntó—. ¿Has reñido con Pedro?

La muchacha hundió entre sus brazos la carita afligida, y un llanto amarguísimo traqueó su cuerpo. El *Rapiña* sintió en las entrañas el frío horrible de la tragedia. ¿Qué pasaba en aquel corazón? ¿Qué había ocurrido en su casa? ¡Ah!, las gentes malas, envidiosas, canallas. Además, su vida... ¡Su vida! Tenía que llegar el drama. Un día u otro, tal vez muy leja-

no, tal vez inmediato ya, llegaría el desastre. ¡Era tan pura ella! ¡Era tan buena! Y habría de saberlo necesariamente. Verdad es que Blanca no hablaba con nadie, y Pedro no iba a ser tan miserable que la produjera este tormento... Pero lo sabría alguna vez, lo sabría... ¿Y entonces?... Y quizás supiera más... Sus años anteriores, su origen... No, no, de esto nadie estaba enterado en el país.» El avaro acercóse temblando a Blanca, pasó una mano yerta por las crenchas sedosas de su pelo, y preguntó nuevamente con suavisima ternura:

—¿Qué tienes, cielo mío? ¿Qué te pasa a ti, mi vida? ¿Quién ha estado aquí?

—Pedro.

—¿Pedro? ¿Has reñido con Pedro?

—No hemos reñido, pero nos hemos separado para siempre. Dios lo quiere así.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? Habla... ¡Habla por lo que más quieras, hija mía!

Lloraba la muchacha. Una sospecha irritante fué tomando cuerpo en el ánimo del prestamista. «¿Habría sido Pedro capaz de denunciarle ante su hija? ¡Ah, malvado, hijo de perro...! ¡Cómo le odiaría entonces!» Volvió a preguntar lleno de inquietud.

—No llores, no llores así, Blanca, hija de mi alma. Dime qué te acongoja.

Blanca levantó lentamente su hermosa cabeza. Limpióse las lágrimas, enjugó su boca. La brillaban los ojos como en los momentos peligrosos de la vida para los espíritus fuertes. Habló desgranando las palabras, como si fueran cuentas de un rosario.

—Padre mío, tú sabes cuánto adoro a Pedro, que

por él vivo, que sólo para él quiero vivir; pues bien, Pedro no puede casarse conmigo; yo misma no quiero casarme con él, porque hay algo irremediable que nos separa.

—¿Pero qué es? ¿Cuál es lo irremediable? Dilo Blanca, dilo, dilo.—Se mesaba los cabellos, se moría las manos.

—Es mejor no hablar de ello. Dejémoslo. Por mí no te apures, padre; ya tengo trazado mi camino. Mañana me marcho al convento de las Claras, en San Andrés de Arroyo, dentro de un año profesaré y Dios mitigará con su gracia mis dolores.

—¿Pero quieres volverme loco, Blanca?—gritó fuera de sí el *Rapiña*—. ¿Tú marcharte a un convento? ¿Quedarme yo solo en el mundo? Vamos, no sabes lo que dices. Antes prendo fuego al pueblo, antes arraso las cosechas de todo el distrito, antes mato a todo el que haya que matar y robo a tu novio y os llevo a América si hace falta. Todo menos que me dejes solo y te encierres a llorar para toda la vida.

Hizo un esfuerzo violentísimo sobre sí mismo, y con entereza y tranquilidad continuó:

—Vamos a ver; calmémonos y discurremos como dos que se quieren mucho, hija mía. ¿Qué es lo que ha pasado?

Blanca, lenta, segura, con voz a veces ronca, a veces tremante, fué dejando caer sobre los oídos, sobre el cerebro del pálido, toda la historia negra de los hechos avarientos que durante años y años pusieron luto y desolación en Frómista y pueblos del contorno. El jipato comenzó a escuchar con la cabeza erguida; luego, poco a poco, fué hundiéndose ésta, y llegó

la barba a clavársele en el pecho; cayéronsele los brazos a lo largo del cuerpo, y doblóse su columna vertebral más que de ordinario. Hubo un momento en que el *Rapiña* había quedado reducido a la mitad de su volumen. Blanca continuaba implacable; era el operador, que, con el termocauterio en la mano, quemaba lacerias del espíritu o procuraba revulsiones saludables, sin que la aterrara el dolor que producía, porque lo necesario era salvar al enfermo tan desgraciado, tan querido.

—¿Es verdad todo esto?—preguntaba con irritación la muchacha.

El padre movió afirmativamente la cabeza, aplastado por la revelación. En su espíritu, que no era generoso, que no acogía sentimientos de arrepentimiento, germinó el odio, un odio negro, sanguinario; el odio a Pedro delator, el odio a la muchedumbre que murmuraba, el odio a sus víctimas, que tenían la impudencia de quejarse. «¿Por qué Pedro se había atrevido a acusarle? ¡Ah, maldito! ¡Si era de mala raza! ¿Por qué murmuraba la multitud? ¡Pueblo de eunucos, de mujerzuelas, de cobardes! ¡Pueblo de pobres!! ¿Por qué se quejaban sus víctimas? ¡Los sinvergüenzas! ¿Qué hubiera sido de ellos si no les saca él de sus apuros? Bien les pareció todo entonces, cuando llegaba el dinero del prestamista a librarles del hambre o de la deshonra o de la muerte; cuando nadie les protegía, y sus convecinos, los de su tiempo, los de su país, los de su sangre, los dejaban perecer en el cieno. ¡Ah!, en aquellos momentos había sido un ángel salvador, un Dios omnipotente... y después—¡cannallas!—¡un usurero, un ladrón, un criminal!» Alzó los

ojos iracundo, pero al posarles en la frente martirizada de su hija, una ternura que le derretía la médula y le golpeaba el cerebro produjo el inaudito milagro de llenar de lágrimas sus ojillos de acero. «¡Lo que sufría aquel serafín! ¡Qué amargores se adivinaban a través de las arrugas profundas, de las amarilleces terrosas de aquella piel nacarada! Además, tanto dolor era posible que la trajese una enfermedad.» Esta idea fué un latigazo que le enderezó el cuerpo. «Más, más aún; ¿no podría metérsela en el alma el endemoniado deseo de la muerte, del suicidio?» Se hispió como si un alacrán le hubiese hincado la uña venenosa.

—¿Tanto le quieres a Pedro?—preguntó anhelante.

—Mucho más que a mi vida.

El avaro se estremeció con escalofríos de pulmoníaco. Hizo una presión de violencia heroica sobre sí mismo y preguntó:

—¿Qué hay que hacer?

Blanca contestó firme, cortante:

—Restituir, indemnizar.

Fueron subiendo, desde el corazón agitado del usurero a la cara exangüe, tonos violados de congestión.

—¿Cómo me pides eso?—exclamó doliente—. Si yo devuelvo mi fortuna me moriré, porque el anhelo de poseer lo tengo en la raíz de la vida y al arrancarla me arrancaré ésta.

—No, padre mío, ése es un error. El hueco que deje esa raíz llénalo con el amor mío, con el amor de Pedro, con el amor de la gente.

—La gente—escupió el avaro—. La gente miserable, insensata, imbécil. ¿Qué me importa a mí la gen-

te? Pueden morirse todos. Puede morirse la humanidad. Mejor; así seré más rico.

—Bien, padre; pues que la riqueza te haga dichoso. Yo me voy a mi cuarto; mañana cuando te levantes ya no estaré aquí.

Y la muchacha fuése lenta, anegada en un llanto desconsolador. El *Rapiña* alzóse de su asiento, asió a Blanca por un brazo, y besando su mano con ardores, con ansias de desesperado, gimió:

—No me dejes, no me dejes. ¿Qué quieres que haga?

—Ya te lo he dicho: restituir, indemnizar.

Toda su naturaleza, su viejo hábito de adquirir a cualquier costa se rebeló bravío contra esta imposición absurda. Soltó violentamente la mano de su hija y, dando una gran voz, marchóse a su cuarto gritando:

—Al infierno todos vosotros; a los demonios tú, mala hija, que quieres mi muerte más terrible; sin riquezas, sin bienes; que sobre todos caiga el fuego del Cielo y la maldición de Dios.

Oyóse un portazo vigoroso. Después el silencio negro de la noche de los pueblos, donde sólo se escuchan los ladridos lejanos de los perros.

El *Rapiña* daba vueltas incesantemente en su yacija miserable; ideas encontradas y enemigas ocupaban su cerebro, en el que la fiebre comenzaba a enraizar. «Ceder él sus bienes era algo insólito, era una cosa humanamente imposible; perder aquella hija tan rica, tan buena, único ser que le quería en el mundo, único espíritu adosado al suyo entre millares de enemigos que le aborrecían y le envidiaban, tampoco

era realizable sin que sufriera él un golpe mortal con la separación. Y si la separación era eterna, si enfermara, si se moría, si llegaba a matarse. ¡Oh!, «¡y la juventud es tan loca! ¡y el amor es tan ciego!»

No era posible dormir; en la obscuridad absoluta de su cuarto danzaban fantasmas medrosos, se movían monstruos horribles. «¿Qué haría Blanca? ¿Aún estarían llorando sus ojos lindos?» El avaro se tiró de la cama y se escurrió silencioso hasta la puerta; la abrió sin ruido, y como una sombra fantástica, fué deslizando por el pasillo hasta la habitación de su hija. Un frío pungente se le metía como agujas de acero hasta las articulaciones, pinchándole dolorosamente; se encogía el pecho pellejudo, temblaban sus piernas y sus manos, y castañeteaban sus dientes. «Voy a coger algo grave», pensaba con temor. «Esta noche hiela fuerte; me va a costar una bronquitis o una congestión pulmonar.» Y estuvo a punto de volver a su estancia; pero el recuerdo de su hija, llorosa y doliente, hizole seguir apretando la ruin camisa contra el cuerpecillo endeble. Llegó por fin y miró por el agujero de la cerradura. La luz estaba encendida. Blanca, sin desnudar, sentada en una silla y con la cabeza entre las manos, lloraba silenciosamente; salían sus lágrimas como sale la sangre de una vena rota. El *Rapiña* presentaba un raro aspecto entre ridículo y repugnante; sus zancas peludas y amarillas salían de los faldones cortos, arrugados y sucios, de su camisa como patas de ave de corral; se doblaban sus espaldas y se encogía su pecho atormentado por el frío; en torno de su cabeza calva unos mechones grises, desordenados e hirsutos, simulaban una corona de lana

puerca; pegaba un ojo a la cerradura y temblaba todo él, como si le martirizasen con azotes. La vista de Blanca, acongojada, le produjo un dolor lancinante en el corazón. Volvióse de prisa a su cuarto, cubrió sus carnes pergaminosas con un pantaloncillo obscuro y salió nuevamente, entrando en la habitación de la muchacha y acercándose a ella lleno de un tiernísimo cariño.

—Blanca, hija mía, ¿aún estás llorando?

—Déjame, no me hables, no me digas. No hemos de volver a vernos; ¿para qué atormentarnos más?

El usurero había cogido una mano de Blanca. Notó que ardía, y le entró miedo; palpó la frente purísima, y la encontró encendida. La fiebre reinaba en aquel cuerpo precioso. Entonces llamó al ama con grandes voces y la ordenó que acostase a Blanca. El se fué a su cuarto y se vistió. Encendió la luz y comenzó a pasear agitadamente, luchando con aquellos dos sentimientos irreconciliables, que se debatían en su cerebro. A veces cogía su libro de caja, su libro inventario, y a la vista de aquellas cifras fabulosas, que tenían para él forma real y expresión y animación de seres vivos, esclavos suyos, una ira insuperable cegaba su razón y una ristra de juramentos salía de su boca y se extendía tableteando por el ambiente de la casona. Más sosegado después, volvía al cuarto de su hija; la calentura iba en aumento; algunas veces deliraba con palabras ininteligibles, mordidas, escupidas con rabia. La vieja dijole al padre:

—Don Eliseo, la niña está muy malita; no me gusta cómo va esto. Debía usted ir a llamar al médico.

Y fué, enfriándose aún más en las callejas, sacudidas por el ábrego invernal.

Y llegó el curador y examinó despaciosamente a la enferma, y como resumen de sus observaciones, transmitidas con crudeza rural, dijo:

—La fiebre es elevadísima. Nada bueno puede venir tras de ella. Desde luego, podemos decir que el caso es grave; pero de momento no me es dado diagnosticar la dolencia; hay que esperar bastante tiempo para que los síntomas se concreten con mayor relieve. Mañana a primera hora volveré.

El *Rapiña* había oído todo eso como un ruido lejano, como trueno de la tempestad que se aproxima; estaba atontado. Cuando el médico se fué, el avaro ordenó al ama que se acostase y él quedó velando a la enferma. La acariciaba llorando silenciosamente, mientras rebrillaban sus ojillos y apretaba los puños convulsos.

La fiebre de la enfermita no remitía a pesar de cuantos esfuerzos realizaba el médico para lograrlo. Llevaba ya varios días durante los cuales sólo recobraba el uso de razón durante cortos momentos del día o de la noche.

—Van a ser fiebres cerebrales—murmuraba el doctor—; mala cosa, mala cosa.

El *Rapiña* no se apartaba de la cama ni un solo minuto, no dormía, apenas probaba bocado; las aristas de sus huesos duros ibanse marcando cada vez más. En cuanto Blanca abría los ojos con destellos de inteligencia, el usurero precipitábase a decirle:

—¡No penes, alma de mi alma! ¿Qué te importa el mundo? ¡El oro es más fuerte que el hombre!

Blanca no contestaba, no seguía nunca esta conversación; elevaba al cielo sus ojos azules, más claros, más transparentes ahora, y rezaba, rezaba.

Una de aquellas mañanas en que la desesperación jugaba con el corazón acorchado del prestamista, fué a verle el marqués de Villasirga.

Salió el viejo a su despacho y escuchó sin oírlas las finas y amables frases de sentimiento por la enfermedad de Blanca.

Después, yendo al asunto que motivaba aquella visita, dijo:

—Tengo que darle una mala noticia, Eliseo.

Este se encogió de hombros.

—Alguien — siguió el marqués — ha deshecho en Madrid el artilugio que teníamos preparado. No sé si de aquí o de allí; tal vez de aquí. Es lo cierto que a las alturas hubo de llegar una denuncia, en la que se relata, ce por be, todo el plan que habíamos fraguado. Claro está que, desde ese momento, el asunto ha quedado muerto. Los empleados se niegan a cumplir sus promesas; las gentes que habrían de realizar lo convenido, vuélvense atrás. Me interesaría mucho saber quién nos habrá denunciado. ¿Usted no sospecha de nadie?

—Sí.

—¿De quién?

—De Bruno Castro.

—Es usted perspicaz. Veremos.

Se despidió el marqués. Había sido su estancia con el usurero, su roce con él, como una ola de las aguas bravías, en donde gustaba navegar el avariento; y así, olvidóse del dolor de su alma y sintió de nuevo

las energías y la irresistible atracción que le producían los negocios. «¿Deshecho el negocio? Bien; no importa. Lo pagarían los imbéciles de Ansúrez. Así como así, allí tenía él un buen asunto: por siete mil duros entrábanle en casa veinte mil... Y además, el placer de vengarse de aquella soberbia doña Leonor, grosera y maldiciente, que había echado toda su baba sobre la casta judía, tan resignada, tan trabajadora, tan útil a los pueblos... Pero ¿y Blanca? ¡Bah! No lo sabría nunca. Cuando se pusiera buena, se la llevaría al mar, o a una población de temperatura suave y saludable clima. Y, en último caso, se impondría a ella, costase lo que costase. Nada, nada; duro con los Ansúrez, a arruinarlos, por imbéciles, por vagos... por nobles.»

Faltaban sólo dos días para el vencimiento del plazo del préstamo a don Alfonso de Ansúrez. El mismo día que expiraba el plazo referido, presentáronse en casa del usurero Fernando y el notario de Frómista. El prestamista se dispuso a obrar con la dureza acostumbrada. «Vendrán a renovar—se dijo—, a lo que convinimos; buen chasco van a llevarse.» El notario de Frómista pidió al hombre pálido las escrituras que interesaban a Fernando; y una vez con ellas en la mano, extrajo de una abultada cartera que conducía los billetes suficientes para cancelar la deuda, y exigió la firma de la escritura de cancelación que llevaba extendida. El asombro del usurero no tuvo límites; la rabia sorda que mugía en su pecho escapábasele en frases descorteses. La operación se consumó. Los visitantes se fueron, y el *Rapiña* quedóse con los ojos extraviados, llenas sus manos de

billetes, y allá dentro, en el cerebro, un vacío con resonancias de caracola, con amagos de congestión.

* * *

Fernando llegó a su casa con el ademán victorioso del que ha ganado una gran batalla.

—¿A que no sabes, mamá, lo que traigo aquí?— decía Fernando, que agitaba en el aire un rollo de papeles.

Había una jocunda satisfacción en las facciones del muchacho, delatora de faustos acontecimientos.

Sin embargo de ello, doña Leonor no perdió la medida habitual de sus maneras.

—¿Qué traes? Alguna tontería tuya será.

—Mira y lee—extendió las escrituras—los títulos de propiedad de las fincas hipotecadas al *Rapiña*.

—¿Cómo?

—La escritura de cancelación del préstamo. Entérate, entérate; ya no le debemos nada al usurero.

—¿Pero, qué dices? Entonces ¿le has pagado la deuda?

—Naturalmente.

—¿Y con qué dinero, Fernando?

—Con el que me ha prestado un amigo mío de Madrid, rico y generoso, a quien hipotecaremos estas heredades sin ahogos ni usuras.

Y Fernando enjaretó una historia fantástica, que hubo de creer su madre, porque la prueba de la verdad estaba a la vista.

—Ahora — añadió Fernando — tiene que darme papá un poder para que yo afecte al pago de dicha cantidad recibida las fincas rescatadas de las uñas del avaro de Frómista. Mañana vendrá a casa el notario.

—¡Ay! No sabes el peso que me quitas de encima, hijo mío, y la alegría que me das. Porque supongo que, libre ya del dogal del judío, no harás el negocio con Villasirga y demás gentuza.

—Claro que no, mamá.

—Mira, no te he contado una cosa bochornosa porque creí que no teníamos otro remedio que continuar en la maldita compañía de esos ineducados. Pero hoy, libre de ellos, voy a decirtela. En casa de Villasirga se burlaron de nosotros, hijo mío; de tu papá y de mí, de un Ansúrez y una García de Velasco. Nos quedamos un poco traspuestos de sobremesa, y debieron de hacer chacota de nosotros a placer. Se fueron todos del comedor silenciosamente. Cuando despertamos, era noche cerrada y estábamos a oscuras. Una infamia, Fernando. Yo no acertaba a decir palabra de sofocadísima, de irritada que me puse cuando llevaron luz. En fin, cien años que viviera, no se me olvidaría aquel bochorno.

—Para que te convenzas, mamá, de lo que son esos nobles hijos de magnates castellanos y nietos de la más levantada progenie de la Tierra de Campos.

—No, eso no, Fernando. Nada tiene que ver lo uno con lo otro. Aquel Rodríguez Girón, antecesor glorioso del marqués de Villasirga, es una honra de las páginas históricas que con orgullo muestra España a la humanidad. Si éste es un pillete y un mal educado

y un sirvergüenza, no por eso va a desmerecer la memoria del prócer castellano.

—En fin, lo interesante es que ya nos hemos librado del *Rapiña*.

—Dios no abandona a los suyos, hijo mío; apréndelo.

Don Alfonso y doña Leonor eran realmente muy religiosos. Oían misa todos los días del año, ayunaban dos cuaresmas, desde *Quatuor Coronatorum* hasta Navidad, y desde el domingo de Carnestolendas hasta Pascua de Resurrección; y a dar crédito a la criada joven, durante el resto del año seguían ayudando. Además, doña Leonor todas las noches hacía largas oraciones: unas en unión de la familia y servidores, y otras sola; y complaciase de continuo durante aquellas inacabables veladas del invierno en narrar vidas de santos y recitar los coloquios con que algunos de ellos fueron favorecidos por Dios o por la Virgen; y hacíalo con acento estremecido, encendida en el divino fuego del amor a Dios, derramando en su torno un misterioso perfume de santidad que aromaba la estancia. Mística, de igual modo que todos sus progenitores desde la pasada centuria. Mística y enamorada de las glorias de la estirpe. Por eso, en aquellos días andaba muy revuelta con las preciosas vestiduras de iglesia que guardaba en el arcón grande, limpiándolas, repasando los hilos saltados o con rozaduras, cosiendo los galones desprendidos, etcétera, etc. Dentro de unos días, celebrariase en San Zoil una misa solemne y se usarían las ropas históricas, y don Alfonso y doña Leonor ocuparían en el solio del presbiterio de la iglesia monacal el sitio de

honor, que por derecho les correspondía. Y pensando en ello, gozaba la castellana más que con diversiones, más que con riquezas, más que con cualquiera otra de las cosas que en la vida existen para recreo del hombre.





XX

La firma de la escritura.

EN aquella mañana áspera, cuyo gélido aliento atería los miembros y dejaba enteleridos los surcos y tieso el polvo de los caminos, Fernando se dirigía a Palencia utilizando el ferrocarril que hubo de tomar en Frómista, mientras don Martín corría por la carretera en su cochecillo hacia la capital de la provincia. Era preciso que su reunión y la escritura que iban a extender ante notario no llegase a conocimiento de las gentes del pueblo, tan dadas a murmurar y fantasear y despellejar a cada convécino por todos sus actos desacostumbrados. Se cumplía la voluntad de Valentina, resuelta, dominadora, digna hija de Bruno Castro; y ello hacía pensar a don Martín en la reciedumbre espiritual de estas hembras castellanas que mandan en sus casas tanto o más que sus maridos.

Vuela por entre llanuras serenas y silenciosas el coche de don Martín, y, como siempre le acontece,

ante los ojos de su alma, se yergue altiva la figura de Castilla; la brava Castilla sin la cual la reconquista no habría sido española; porque Asturias y León, sólo cuando veían holladas sus tierras y asesinados sus habitantes por las gúmnas musulmanas, encendíanse en el fuego abrasador de la ira guerrera; porque Navarra, recelosa, cerraba sus fronteras, que guarnecía y cuidaba contra todos, importándola un bledo que el moro dominase en Andalucía o en Africa; porque Aragón y Cataluña buscaban glorias y terrenos al otro lado de sus costas, dominando Italia y adueñándose del mar latino. Sólo Castilla, tenaz y dura, arranca palmo a palmo la tierra sarracena de la Península, trocándola en cristiana; y va engendrando el magno pensamiento español y levanta en su seno la fortaleza del Municipio, ante cuyos muros la desigualdad y la injusticia se abaten, mientras la clase media y la clase baja van subiendo los escalones de la dignidad humana, desde los barrancos del siervo a la aireada planicie del ciudadano. Y así, de todo esto, de la pelea material y de la ideología castellana, nace España, la que va a dominar al mundo viejo y dar a luz otro nuevo.

La serie de pueblecillos que atraviesa el viajero, terrosos y amarillentos, pobres como viejos exhaustos, que ya dieron cuanto podían, despierta en don Martín los recuerdos de la pasada grandeza que les enaltece ante la historia y recuerda la importancia notable de Palencia, la capital de la región váccea, que trató de tú a tú con el imperio romano y fué teatro inacabable de sangrientas guerras con los sarracenos; que en tiempos de los godos poseía veinticu-

tro parroquias, además de la catedral, lo que da idea de su importancia; que fué muchas veces asolada por los ejércitos mahometanos y vencedora otras, como en la famosa carnicería que con ellos hizo en el «fosal de los moros», sitio llamado hoy «eras del rosal», que tuvo la primera Universidad de España, madre y abuela de las de Salamanca y Alcalá, y levantada por Alfonso VIII el de las Navas, extraordinariamente benemérito por este suceso insigne de erigir una Universidad cuando en todo el mundo no había otra cosa que pobres y atrasadas escuelas, cuando la humanidad, la muchedumbre, andaba a gatas por el obscuro campo de la ciencia; que tuvo la primera leprosería de la nación en el siglo xi; que conserva el solar de la casa del Cid, y el recinto donde encontró su muerte Enrique I; y hasta el lugar donde fué asesinado el privado de Fernando IV el caballero Benavides, de lo que se acusó a los hermanos Carvajales, despeñados en Martos después de emplazar al rey. Palencia, que recibió de Fernando I los castillos de su escudo y lo adornó después con las cruces que ganaron los bizarros caballeros sus hijos, que rodeaban al rey Alfonso en la imborrable batalla de las Navas de Tolosa.

Mediada la mañana, encuéntranse en la calle Mayor don Martín y Fernando; esta vía, lujosa para capital tan empequeñecida como es hoy Palencia, divídela en dos mitades y concentra en sí el movimiento comercial de su población. Entre los dos futuros parientes hay un amable cambio de saludos y la expresión de un cariño sin doblez, nuncio de sucesivos afectos estrechos y durables. Han almorzado juntos y han charlado de lo único que es común a los dos: las

relaciones de Fernando y Valentina, sus bodas, su vida matrimonial. Lo mismo el uno que el otro temen mucho los entorpecimientos que seguramente vendrán de entrambas familias, aferradas cada una a diametrales maneras de pensar y sentir, representando el odio aglomerado en el pueblo contra la nobleza soberbia y vana, y en la nobleza contra el pueblo ruin y miserable, ambos sentimientos tan viejos como los orígenes de la raza que los produjo. Don Martín dice:

—Mi confianza única está en mi sobrina. Ella conseguirá domar a su padre o prescindir de él, de igual modo que hará de usted el hombre que debe ser para conveniencia de ambos.

—¿Usted cree?

—¡Oh! No le quepa a usted duda. Así son y han sido los Castros de Carrión de los Condes. Mire usted: la madre de mi sobrino Pedro fué la que marcó los rumbos de su casa y mostró el camino a su marido y a su hijo en todos los momentos de su existencia mientras ella vivió. Mi mujer... mi mujer es el hombre, ¿sabe? ¡Ah!, y yo contentísimo reconozco, sin que me humille, que tiene más carácter que yo, y más vigor que yo, y más despierto su instinto que yo mi inteligencia. Ya verá usted cómo Valentina es el árbitro en los asuntos de su casa.

—Le advierto a usted que a mí no me dolerá.

—Al contrario, hombre, al contrario. Sobre que es mucho más cómodo obedecer que mandar, se encontrará usted con que sabrá dirigir la mujer más acertadamente que el marido.

Y a vueltas con tan gustoso tema, dieron lugar a



que llegase la hora de acudir ante el notario y extender y firmar allí las escrituras de hipoteca de las fincas pertenecientes a don Alfonso Ansúrez a favor de Valentina Castro, representada con poder bastante por su tío don Martín. Terminado lo cual volvióse el muchacho a Carrión en el tren provincial que lleva paso y limpieza de carreta de bueyes, mientras don Martín, mejor preparado para el viaje de regreso, se entretenía en admirar la catedral y sus valiosas joyas; las notabilísimas obras pictóricas flamencas, como el tríptico del trascoro; las tablas del altar mayor, pintadas por Juan de Flandes, y otras de Berruguete, Zurbarán y Mateo Cerezo; las esculturas de Pedro Vahía; el púlpito del trascoro, de Juan Ortiz y Pedro de Flandes; los retablos de las capillas de San Ildefonso y San Gregorio, obras maestras del Renacimiento una y plateresca otra; los sepulcros del arcediano de Carrión, Pedro Fernández, del deán Enríquez, del abad Guevara y del abad de Husillos don Francisco Núñez, de Madrid; y sobrepujando a todo lo dicho, el trascoro, inimitable trabajo de artifices castellanos, verdadero arquetipo de ese estilo sutil e ideal, el gótico florido, llevado aquí al más alto grado de perfección y elegancia.

Pero para el erudito académico lo que tiene singular atractivo es la fábrica de la catedral. Dos siglos tardaron las obras de construcción y durante ellas acumuláronse allí esfuerzos extraordinarios; a esta circunstancia se debe que la unidad de conjunto se rompiera, y así pueden estudiarse en tal templo todas las transformaciones por donde pasó el arte gótico, místico e ideal como ninguno, pero de tan fáciles y

licenciosos convencionalismos que le hicieron perecedero y transitorio.

Cuando don Martín hubo saturado sus anhelos artísticos con estas y otras bellezas, fué a San Miguel, la famosa iglesia de transición del siglo xii, con su atrevida y originalísima torre, que venció las mayores dificultades de estabilidad y llegó al límite de la resistencia mecánica, dentro de la sencillez del estilo ojival en su primer período. Contempló después el frontispicio dórico del convento de San Pablo, fundado por Santo Domingo al lado de la casa que habitó el santo, y en él admiró un precioso mausoleo del Renacimiento y de orden jónico, levantado por Berruguete, para el marqués de Poza, y otro de orden dórico, hecho por Pompeyo Leoni para el marqués don Francisco Rojas.

Luego se detuvo ante la esbelta espadaña de San Francisco, y por último disfrutó examinando las bellezas que atesora el convento de las Claras, fundado por el almirante don Alonso Enríquez y su mujer, doña Juana Mendoza, a propósito de los cuales hubo de recordar un famoso sucedido; y fué que, como en una entrevista oficial preparada para tratar de nupcias, se resistiera doña Juana a matrimoniar con don Alonso, éste, en el colmo de la irritación, la abofeteó; y para que nadie pudiese decir que hombre que no había sido su marido hubiera tenido tamaña osadía, se allanó a la boda, que fué muy bendecida del Señor, fructificando en tres hijos y nueve hijas.

Concluyó su rápido estudio don Martín, y mientras iba al *garage*, donde le esperaba su pequeño Citroën, rememoraba las palabras con que describe al almi-

rante don Alonso (que con 13 galeras venció a 27 de los reyes moros, de Vilamarin) en la crónica de don Juan II: «Fue hombre de mediana estatura, blanco e roxo, espeso en el cuerpo, la razón breve e corta, pero discreto e atento; asaz gracioso en el decir: turbábase mucho, a menudo con saña, y era muy arrebatado en ella: de grande esfuerzo, e de buen acogimiento a los buenos. De los que eran de linage del rey, e no tenían tanto estado, hallaban en él favor e ayuda. Tenía honrada casa, ponía buena mesa, entendía más que decia.»





XXI

Los ornamentos venerables.

EL ilustrísimo señor obispo de Palencia, cuya ancianidad se adornaba con la doble aureola de la sabiduría y la virtud, habíase refugiado en el convento de San Zoil, de Carrión de los Condes, para hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio entre los discípulos del coloso hijo de Azpeitia. Hacía muchos años ya que el famoso monasterio era utilizado por la Compañía de Jesús, que tenía en él uno de sus más acreditados colegios de segunda enseñanza, donde estudiaban los niños de acomodadas familias establecidas en una zona amplísima, desde Asturias a Segovia, desde Salamanca a Logroño, antes de que el colegio de San José, en Valladolid, y el edificado en Gijón por los referidos religiosos, partieran el terreno que cultivaba el de Carrión e hicieran menos útil este internado. A la sazón tenían allí los jesuitas el noviciado, que pudiéramos decir segundo y último. Una multitud de hombres jóvenes, como de veinte a veinticinco años, se esparcía por claustros y

galerías, por los senderos de la huerta espaciosa y florida, por entre las sombras recoletas de la capilla o el templo. Sus siluetas negras, estrechas y altas, remataban en el marfil del rostro serio, sellado por la meditación constante de las verdades eternas, pálido por el esfuerzo lacerante del alma para dominar las pasiones de la carne. No hablan entre sí; a lo más, susurran; no corren agitados ni se retrasan negligentes; sus pasos ordenados, medidos, llenos de severidad y reposo, son, como sus modales, y como sus palabras, y como las miradas de sus ojos, la expresión fuerte y tranquila del sofrenamiento de la juventud, con sus arranques alocados; del amansamiento de la sangre joven, con su temperamento hirviente, y de la doma de los nervios, impetuosos y atormentadores. El convento de San Zoil es un remanso quieto y silencioso en medio de la vorágine de este vivir social, cada vez más lleno de agitación y violencia, así como esas gándaras hundidas en los barrancos de las grandes cordilleras. Entre las frondas que el Carrión fecundiza, oculta su pétrea mole poderosa; no hay ruidos en su seno: no hay más que murmullos; el agua del cuérnago, el piar de los pájaros, los dulces balidos de los recenales, los mugidos suaves de las vacas del establo: todo envuelto y como desvanecido en el aleteo del aire, que juguetea con las hojas de los añosos chopos y los olmos centenarios de las alamedas circundantes. Por eso el ilustrísimo señor obispo de Palencia vino con sus ansias de devoción y purificación a esta bahía sin oleaje ni tormentas.

Próximos a terminar los ejercicios de Su Ilustrísima, habíase acordado celebrar su despedida con una

solemne misa pontifical de gran pompa, a la que acudiría lo más granado del pueblo de Carrión y otros aledaños, según costumbre en casos tales. Y al efecto, días antes de este suceso fueron ya preparando la fiesta en lo que pudiéramos llamar cuestiones de régimen interior, como, en el otro aspecto, de relaciones exteriores. Había en el noviciado un famoso padre Bernal, que era como el ministro de Estado de aquella Congregación, encargado de los asuntos con entidades y personas ajenas al convento. De herencia veníanle los finos modales y corteses maneras que mostraba, conquistando la simpatía de los más reacios y era ducho y astuto, como buen diplomático, para las diversas cuestiones—dificiles, complicadas o quebradizas—que tenía que llevar a cabo. De estas cualidades participaba la que por entonces, y con ocasión de la fiesta religiosa de San Zoil, traía entre manos el padre Bernal. Llegóse para ello a visitar a don Fernando Ansúrez, buscando realmente, más que a éste, a doña Leonor, dueña de cosas y personas de la casa nobilísima de los condes de la Tierra de Campos; y, como siempre sucedía, dió con ello singular placer a los dueños del viejo palacio, que, reverentes ante el ministro del Altísimo y halagados por la petición honrosa que allí le llevaba, condujéronle a la cámara de los retratos, y sentáronle en la cátedra de más respeto, que jamás cediera la castellana sino a quien podía ostentar el divino derecho de convertir las humildes substancias del pan y del vino en la carne y sangre redentoras de Cristo. El religioso, risueño y amabilísimo, preguntó por la salud de todos, aseguró que pedía por ellos frecuentemente en

el ofertorio de la santa misa, y llegó al relato de la función religiosa que se preparaba, para la cual convenía llevar las más enojadas ropas, las más antiguas y venerables, guardadas en el sagrado arcón de los Ansúrez.

Y oído esto, fuéronse todos al relicario que las custodiaba.

Doña Leonor dióse a sacar una por una, con fervor de santa, con temblores de neófita, casullas, capas pluviales, estolas, cíngulos, oro, encaje, sedas, piedras preciosas, arte y riqueza.

—Elija usted las que quiera, padre Bernal.

—Preferiría—contestó galante el jesuita—que las escogiese usted, doña Leonor.

—¿De veras, padre? Mire que tal vez no sean del agrado de los demás las de mi agrado.

—¡Oh!, seguramente lo serán; que muy poderosas razones pesarán en su ánimo para darles preferencia.

—Mis preferidas están rozadas, rotas en algún punto.

—¡Cuánto mérito no encerrarán, cuando a pesar de ello las distingue! Si son muy viejas, serán, en cambio, muy gloriosas.

—Ciertamente; por eso, por ser más viejas. He aquí mis favoritas.

Y diciendo esto, apartó unas vestes pesadas, como si los hilos de oro de sus macizos bordados fueran placas del precioso metal; descoloridas, y en varios puntos saltadas las hebras y desengarzadas las piedras con remiendos por distintas partes y zurcidos en otras.

—Estas son las que habrán de lucir en tan señala-

do día, porque con éstas se inauguraron los divinos oficios en el Monasterio de San Zoil.

—¿Tan antiguas son?

—Tienen nueve centurias de edad. Las mandaron hacer el primer conde de Carrión, don Gómez y su mujer, la santa doña Teresa, de la Casa Real de León, nieta de Ramiro III y de Bermudo II el Gotoso.

—Esos condes fueron, si mal no recuerdo, los fundadores del convento. He visto dentro de él sus sepulcros y los de sus hijos; dos de ellos los malaventurados yernos del Cid, a los que la tradición trata despiadadamente; y cinco hijas que fueron, en vida, de notable virtud y religiosidad.

—Ellas pusieron sus manos pálidas, cruzadas de venitas azules, en esas telas tan exquisitamente adornadas.

—Manos de santas, manos de vírgenes del Señor, que tanto favorecieron a su Iglesia.

—Mucho les debe ésta, y particularmente la Orden del Cluny, a la que regalaron tres famosos cenobios: San Román de Respenda de la Peña, San Isidro de Dueñas y este de Carrión, todos ellos dotados con esplendidez.

—Bien, bien; pues aparéjelas, doña Leonor, y Dios se lo pague en esta vida y en la otra.

—Así sea.

—También yo—añadió el jesuita—tengo que darla una noticia muy grata. Para ese día estrenarán usted y don Alfonso dos preciosos sillones de terciopelo rojo, festoneados con galón de oro, y un tapiz de nudo realmente fastuoso. El padre rector ha hecho adornar el presbiterio de manera regia; y como uste-

des tienen dos asientos reservados en él, frente a la silla episcopal, también les toca algo del arreglito.

Doña Leonor sentía en la garganta la garra de la emoción, que la impedía hablar, y al borde de los ojos dos diamantes se balanceaban inquietos. Cuando recobró la voz dijo:

—Gracias, padre; gracias a toda la reverenda comunidad, y muy particularmente a usted, que amablemente nos transmite tan fausta nueva.

Momentos después, el viejo criado llevaba las preciosas telas envueltas en recia sábana de hilo de tejido casero; y el padre Bernal despedíase de sus aristocráticos amigos y marchaba con paso lento, suave, cadencioso, impoluto su negro balandrán, espejada su canosa testa, en la que brillaban una frente amplia y unos ojillos grises; y metidas sus manos finas, transparentes, manos de duquesa, cada una en la manga encarterada del brazo contrario.

* * *

El padre Bernal trasladóse desde allí al domicilio de Bruno Castro. Por el camino, su fino instinto, apoyándose en el conocimiento de las cosas y personas, hacíale columbrar dificultades y tropiezos en la embajada que le confiaron.

La *Guinda*, que había salido a recibirle cuando resonó en el zaguán un lagotero «Ave María Purísima», le rogó que pasase a la salita, y fué a dar cuenta de ello a su amo, que con el resto de la familia se hallaba en la cocina labriega.

—¿Qué querrá ese sacacorchos?—rezongó el caste-

llano—. Mira, Martín, haz el favor de enterarte a qué viene.

Escuchó el académico, cortés y afectuoso, la demanda del jesuita.

—Lo de todos los años; lo de todas las grandes solemnidades de nuestra Comunidad...; que el excelentísimo Ayuntamiento acuda oficialmente a la misa pontifical pasado mañana.

✓ Cuando don Martín transmitió este ruego a su cuñado, ordenóle éste:

—Ve y dile que para hablar de eso, en la Casa Consistorial. Aquí, en mi casa, no soy más que Bruno; y en la Casa de la Villa, soy Carrión de los Condes.

Era así el alcalde, y no había que pensar en que modificara su mandato; por ello don Martín revistió la respuesta de todas las blanduras que su ingenio le sugería, y hasta se brindó a ir con el religioso al Ayuntamiento, charlando gratuitamente de cosas de arte o de historia, en cuyas disciplinas eran maestros el clérigo y el seglar.

En la Casa de la Villa tenía el presidente del Municipio un despacho alhajado con esa manera fría y ramplona de los decorados oficiales; una sillería de veludillo rojo, una mesa de roble, un retrato del Rey en oleografía, un armario con papelotes y legajos; el suelo sin brillo, los muebles con polvo, los cristales con paño. Allí recibió Bruno Castro la visita del hijo de la Compañía de Jesús.

—Buenos días nos dé Dios, señor alcalde. Ya sé por don Martín, su hermano político, que ha tenido la atención de acompañarme, que su hijita y su so-

brino están bien, gracias a Dios. Me alegro muchísimo.

—Gracias.

—Pues yo venía... ya le habrá dicho don Martín.

Este, que se hallaba aún de pie como el jesuita, le interrumpió:

—A mi cuñado le dije lo que quería usted obtener del Ayuntamiento, pero sin detalles.

—Bien, bien; yo se los comunicaré; son muy interesantes. Si usted me permite, don Bruno.

Cogió una silla y sentóse en el borde de un picón, mientras el madrileño se arrellanaba en una butaca mullida. El castellano escuchaba serio, sin gestos, sin mover un músculo de su rostro, sin pestañear; parecía de madera vieja aquella cabeza tostada. El religioso contó los pormenores de la función que en honor del ilustrísimo obispo de la diócesis había de celebrarse en la iglesia del Monasterio de San Zoil; irían comisiones de los pueblos comarcanos; acudirían las congregaciones en pleno, con sus estandartes, con sus escapularios, los cofrades de ambos sexos; toda persona principal, todo señor que se estimase en algo, contribuiría con su presencia al brillo de la fiesta; pero sobre todo, esperaban al excelentísimo Ayuntamiento de Carrión de los Condes, síntesis y representación de la ciudad, para que corporativamente acudiera, llevando sus maceros, sus alguaciles, y cuanto pudiera aumentar la brillantez de tan importante cortejo. Ellos, los jesuitas, por su parte, habían hecho un verdadero esfuerzo; habría un derroche de luces, una orquesta selectísima, unos cantores de nombradía; además, el predicador era la figura

más alta de la oratoria sagrada, una lumbrera. En fin, un suceso único, extraordinario, maravilloso.

—¿Y el presbiterio? — preguntó el alcalde secamente.

—¡Oh!, precioso, precioso, como el salón de un trono.

—Ya sé que han comprado unos sillones nuevos.

—¿Ya se lo han dicho? ¡Cómo se saben las cosas buenas! Pues sí, unos sillones llenos de riqueza y arte. Para Su Ilustrísima y para don Alfonso y doña Leonor... ya sabe usted... lo de costumbre... ellos dan la ropa y...

El padre Bernal mostraba la más suave de sus sonrisas conquistadoras.

—Ya.

—¿De manera que...?

—Que usted dice al señor obispo y al rector que el Ayuntamiento de Carrión de los Condes no acudirá a la misa pontifical.

—¿Cómo ha dicho usted, don Bruno?

—¡Que no vamos!

Por el rostro del jesuíta, que reía zalamero, corrióse una sombra como si se hubiera corrido una cortina.

—¿Que no van ustedes?

—¿Otra vez?

—Es que no lo entiendo, es que no me cabe en la cabeza. ¿Cómo un Municipio tan católico, tan adicto a su pastor, no ha de acudir a rendir el homenaje debido al príncipe de la Iglesia que gobierna esta provincia?

—Porque antes que nada es mi Concejo; los con-

cejales populares tienen la santa obligación de defender los derechos de ciudadanía, la igualdad de todos los vecinos, y por encima de éstos, sin excepción ninguna, la preeminencia del Ayuntamiento, expresión y cifra de la colectividad del pueblo. El Ayuntamiento de Carrión de los Condes, aquí en su territorio, es más que toda la nobleza junta, porque es la población entera, la sociedad toda, a la cual sirven los grandes señores y por la cual tienen razón de ser y ocupación marcada y retribuida.

—¡Jesús, Jesús!... ¡Qué conceptos, qué frases!

—No haga usted aspavientos; no se asuste usted de oír lo que viene defendiendo la población villana desde hace más de mil años; ni espere que a estas alturas vaya yo, Bruno Castro, a tirar por tierra las preciosas y carísimas conquistas del pueblo en lucha cruenta y tenaz contra los fueros y privilegios irritantes de nobles tiranos y de reyes absolutos.

—Bien, bien; yo no discuto, señor alcalde; yo en ese terreno me abstengo de contestar. Pero sí he de rogarle que en lo mío, en lo que aquí me trae, sea condescendiente. ¡Está ello tan lejos de todas estas contiendas añejas a que se refería usted!

—Se equivoca usted, padre Bernal. Está en el centro mismo de ellas. Y así, vuelvo a decirle que el Ayuntamiento de Carrión de los Condes no irá a la misa mientras algún seglar, sea grande o chico, del pueblo o del infierno, esté un milímetro por encima de nuestra Corporación. Primero, el Municipio, es decir, el pueblo de Carrión de los Condes; después, desde la nobleza abajo, todos.

La cara del jesuita cambiaba de colores como un

camaleón; a veces amarilleaba con la sorpresa, otras enrojecía con el bochorno, tornábase verdosa con el abatimiento o azul con la cianosis del rencor. Pero su voluntad era fuerte y adquirió prestamente sobre estos sentimientos el dominio a que estaba acostumbrado.

—Vamos a ver, vamos a ver, don Bruno—dijo tranquilo y suavizador—. Usted sabe bien que los Ansúrez tienen el derecho (fíjese bien, amigo mío, ¡el derecho!) a ocupar un solio en el presbiterio desde fecha inmemorial.

—¿Y qué es lo que viene haciendo el pueblo desde tiempos seculares sino destruir y anular derechos privilegiados? ¿Qué es lo que pretendo ahora, sino lo que pretendieron y lograron los antiguos Concejos, rompiendo regalias y haciendo añicos injustos fueros, de generación en generación transmitidos?

—Pero ¿cómo puede anularse un derecho adquirido?

—Así; con la fuerza.

—¡La fuerza contra el derecho! ¿No le dice esto bastante, señor alcalde?

—El pueblo hace con la nobleza lo que la nobleza hizo con el pueblo. Porque las exenciones, los privilegios le fueron impuestos a éste por la fuerza: por la fuerza de los nobles del primer milenio, que por ser más potentes, más musculosos, más bravos, más brutos, dominaron a la multitud y se erigieron en aristocracia y gentes de excepción y atropellaron el derecho natural. Ahora el más fuerte es el pueblo y poco a poco va igualando tallas; vea usted, el pueblo no va contra el derecho natural.

—Usted no desconoce la prosapia altísima del linaje de los Ansúrez. Son los descendientes directos de los condes de Carrión, los genitores de Castilla, los que dieron matiz a España... Los demás, don Bruno, somos hijos de la plebe.

—Los demás, señor eclesiástico, somos hijos de Eva, y recuerdo a usted, que tanto sabe de esto, lo que mi sabio cuñado me contó un día y grabado para siempre quedó en mí: el epitafio fingido de Arias Montano, que decía: «En este lugar está sepultado Adán, primer hombre del mundo y cabeza de todo el género humano. Príncipe de todo el orbe. No tuvo otro padre que a Dios; su madre fué la Tierra. Hijo-dalgo y señor del gran solar plantado en las partes del Edén y por suelo todas las tierras y mares.» Y así yo no cedo en Alcornia a don Alfonso, ni tengo por menos a mi ascendencia, que arranca, como la suya, del primer hombre y la primera mujer.

—Hoy está usted un poco alzaprimado, señor alcalde—interrumpió el religioso, poniéndose de pie—. Mañana, Dios querrá que nos entendamos mejor. Hasta mañana, don Bruno.

—Hasta mañana, padre Bernal.

* * *

El diplomático de la Compañía de Jesús en el convento de Carrión iba camino del fracaso; pero no llegaría a él sin antes haber luchado briosamente, como acostumbraba. Importábale poco que triunfase la nobleza o el pueblo, que imperase el viejo derecho de los Ansúrez o la fuerza nueva del Municipio; lo inte-

resante, lo absolutamente necesario era que no se desluciese la función. Aquella misma tarde sostenía con los linajudos descendientes de los primeros condes una difícil conferencia.

—¿De modo que el ruin, el hijo de los siervos, se opone al ejercicio de nuestros sacratísimos derechos? —gritaba fuera de todo comedimiento la castellana—. ¡Ah, pues no se saldrá con la suya, aunque tenga que subir mi marido las gradas del trono!

—Considere usted, doña Leonor—argüía el religioso—, que no es Bruno Castro quien se opone, sino el Concejo, es decir, algo que está por encima de un hombre, del hombre; algo que es la síntesis, la cristalización de la población entera.

—Monsergas, padre Bernal; pamplinas para canarios; a mí no me la da usted con su suavidad y sus silogismos especiosos.

—¡Señoral...

—Nada, nada. En este momento no hablo con el ministro de Dios, no tengo por qué considerar que hay ante mí un sacerdote. Usted es un intermediario y usted me oye todo lo que le diga claro, clarito, como yo me expreso cuando llega la ocasión.

—No deja de ser cómoda la separación de caracteres en casos como éste.

—Porque es cómoda la establezco; así me ahorro irreverencias. Conque usted dirá qué piensan ustedes y qué están dispuestos a hacer. ¿Se van con los villanos, con esos rústicos, a cuya bajeza de nacimiento huelen, como si hubieran comido cebolla, o mantienen la justicia de nuestra demanda?

—Mire usted, doña Leonor, que es a ustedes a quie-



nes más conviene un buen arreglo; no olvide el refrán que dice: «Con villano de behetría no te tomes a porfía».

—¿Pero cree usted, señor, que hay conveniencias dignas de atención cuando corren peligro los derechos de la estirpe, los gloriosos privilegios ganados por los de nuestro levantado linaje? O mi esposo y yo ocupamos los sillones del presbiterio, o me devuelven las ropas de ceremonia que llevaron.

—Calma, doña Leonor, un poco de calma. Ahora mismo voy a hablar al alcalde; veremos, veremos; todo se arreglará con la ayuda de Dios.

Y, en efecto, mientras doña Leonor se olvidaba de su religiosidad y de su misticismo y tronaba contra el padre Bernal, «tan pastelero, tan hipócrita, y contra toda la comunidad de San Zoil, tan egoísta, tan plebeya», iba el diplomático, de Caifás a Pilatos, a cambiar de martirio, pensando que para apreciar el arraigo de las creencias religiosas en las gentes hay que observarlas en los momentos de contrariedades y desgracias.

Habíase llevado Bruno Castro a su cuñado don Martín para enviscarle contra el jesuita, y pararle los pies en los campos de la ciencia, así como él se los había parado y se los seguiría parando en los de la realidad presente. Y así, en cuanto se sentó el religioso, dijo el alcalde:

—Cuéntale tú, Martín, en dos palabras, lo que fueron los Concejos y lo que lograron hace siglos.

—No, si eso no hace al caso—murmuró el de San Zoil.

—Escuche el padre, escuche—ordenó reciamente el castellano.

Don Martin dijo:

—Ya lo sabe mejor que yo. Castilla, la primera, la única, logró al comenzar el segundo milenio que se metiera el pueblo en las Cortes y de allí saliesen los Concejos, cuya robustez, favorecida por reyes como Alfonso V, Alfonso VII y Alfonso VIII, creció, con la fortaleza de una encina, frente a las demasías de la nobleza. Era el pueblo compacto que sentía la dignidad humana en cada uno de sus miembros y buscaba satisfacción para ella en la comunidad.

—Pero ¿para qué se va a fatigar usted, don Martin?—gemía el religioso.

—Calle el padre y aprenda—la voz viril de Bruno estremecía; la cabeza del oyente se desmayaba sobre un hombro con gesto de insuperable resignación.

—Los Concejos de la Tierra de Campos llegaron, en el principio del siglo XIII, a una independencia más parecida a la organización federal de las ciudades griegas que al feudalismo alemán. Ellos administraban los bienes comunales, tasaban el pan y los jornales del campo, regían los mercados públicos, disponían y reclutaban milicias y pactaban con los municipios colindantes hasta la persecución de los criminales. Pero donde la soberanía con que se coronaban produjo vivísimos destellos fué en la administración de justicia por su propia autoridad; máxima facultad del máximo poder, ejercicio de reyes, lo cual se lee decretado en la confirmación del fuero de Castrojeriz. Llegan los ayuntamientos adonde llegaron los de Amusco y Monzón, que dictaron leyes penales, concertándolas y estableciéndolas como si fluyera la justicia de la autonomía concejil.

El jesuita, que se revolvió inquieto y nervioso en su asiento, interrumpió aquella erudita charla diciendo:

—Don Bruno, yo tengo mucho que hacer, y aunque la historia me encanta, no estoy ahora para historias, créame usted, sino para que hablemos, lo más corto y lo más cordial que nos sea posible, del asunto que traemos entre manos.

—Venga.

—Acabo de cambiar impresiones con don Alfonso.

—No es verdad.

—Bueno, es un eufemismo; ya sabemos todos que con quien se habla es con doña Leonor.

—Adelante.

—Y ella se queja, y dice y maldice lo que usted puede suponerse. Nunca se someterá al villanaje.

—«No es villano el de la villa, sino el que hace la villanía», afirma un refrán castellano.

—En suma, doña Leonor ha decidido que, o se sientan, como su derecho permite, en los sillones del presbiterio, o recoge las preciosas vestes que nos prestó. A mí se me ocurre que, en último caso, el Ayuntamiento de una tan populosa y noble ciudad como Carrión de los Condes podría muy bien dar satisfacción a sus deseos y quedar muy en lo alto de esta manera hábil: comprando él y cediéndonos unas ropas de la riqueza y el arte que corresponden a tan levantado comprador.

—Que se pierda usted de vista, padre Bernal, y con el Concejo no valen habilidades. El Ayuntamiento de Carrión no necesita comprar la primacía ni pagar el primer lugar, porque allí donde él vaya habrán de

otorgársele por ser quien es, y honrándose con ello quienes así lo efectúen.

—¡Qué pena; qué pena me da tanta obcecación! —contestó el jesuita, palideciendo imperceptiblemente y perdiendo la mirada en la tarima—. Y por usted más que por nadie lo siento, don Bruno, que tan entero como es y tan celoso de su autoridad, imagino cuánto sufriría si autoridades superiores vinieran a forzar su voluntad irreductible. ¡Me haría tanto daño que se equivocase y de lo alto llegaran órdenes de violencia contra su terquedad, que más quisiera encontrar antes cualquiera solución al conflicto, por dura que fuese!

—Nada habrá que me doblegue contra fuero o ley; nadie será osado a partir mi vara de alcalde, y a quien tal hiciere le meto en el calabozo, aunque lleve entorchados o se adorne con fajín. Item más: en el día y hora de la fiesta del Monasterio, celebraremos otra, con cualquier motivo, en la parroquia de Santiago.

—¿Y cree usted, señor Bruno, que habrá párroco que lo consienta y secunde? A no ser que también quiera, usted mandar en el templo más que los ministros del Señor, ordenados para ello.

—En el templo no mando yo. En la casa de Dios el hombre es un gusano, y las Corporaciones, polvo y ceniza.

—Pues no habrá festividad religiosa municipal en ninguna iglesia. ¿No lo comprende?

—Pues la haremos cívica y la celebraremos en las eras del pueblo, donde, con nuestros brazos robustos y con la cabeza al sol, que nos tuesta y derrite y sor-

be como charco de lluvia, recogemos el trigo, con el que se alimentan todos, incluso el obispo de Palencia y los frailes del Monasterio de San Zoil.

* * *

Y ante aquella tenacidad, y como la cuerda se rompe siempre por lo más delgado, acordaron los Padres que el Ayuntamiento en pleno, alta y legal representación de la ciudad, ocupara los asientos que en el presbiterio fueron colocados, devueltas a los Ansúrez las ricas vestiduras heredadas de sus mayores.





XXII

Hacia la restitución.

MIENTRAS se desarrollaban los narrados sucesos había hecho crisis la enfermedad de Blanca. El médico tuvo que combatir una flegmasia, que llamó encefalitis aguda, y que no fué más que el recrudecimiento, por el choque moral sufrido, de algún microorganismo latente, pero sin llegar a lesionar las meninges ni el cerebro; el carácter espontáneo de la dolencia parecía haber producido la hiperemia o reblandecimiento de la substancia cerebral; pero, afortunadamente, los síntomas alarmantes de los primeros días iban desapareciendo paulatinamente; terminaron la contractura y las convulsiones; el principio de parálisis que notó el curador no siguió adelante; cesó el delirio, como asimismo la cefalalgia continua, y, por último, remitió la fiebre, hasta dejar el cuerpo a la temperatura normal.

El *Rapiña* había padecido decaimientos de espíritu mezclados con dolores corporales insufribles; todos

los malos humores revolviéronsele, ayudados por la pérdida de energías volitivas, por el ayuno continuado y casi absoluto a que se entregó, y por la falta de descanso. Si hubiera durado más la dolencia de la hija, tal vez habríase concluido antes la vida del padre. Así, cuando una mañana fría, pero inundada de luz, le dijo el médico que Blanca estaba fuera de peligro, y que dentro de unos días la permitiría levantarse un poquito, sintió que nuevos bríos, nuevas ansias de vivir, caldeaban sus entrañas, devolviéndole con la vida de su hija, que era la razón y la alegría de su existencia, el deseo de reanudar ésta, tan enérgicamente como le era peculiar.

En efecto, el médico cumplió el ofrecimiento más pronto aún de lo que esperaba, y con mucho cuidado fué vestida y arropada Blanca, e instalada cómodamente en un mullido sillón, que ella ordenó se colocase al lado de la ventana del jardín, desde donde podía ver los crisantemos multicolores, última flor del otoño castellano. Y avanzó rápida la convalecencia, como ocurre corrientemente en estos trastornos cerebrales de carácter agudo, y más aún si no padece lesión orgánica el enfermo y disfruta las salvadoras energías de la primera edad viril. Al mismo tiempo que la muchacha mejoraba, el *Rapiña* iba trocando su color verdoso por el amarillo translúcido que era en él habitual, desarrugando levemente el pergamino viejo de su piel y enderezando un poquito el encorvamiento de su columna vertebral. Pero había algo entre ellos que se levantaba separándolos como un muro. No se hablaban sino en lo referente a la asistencia medicinal, o a cuidados de cualquier otra

naturaleza; ni noticias, ni comentarios, ni conversaciones, ni recuerdos.

El *Rapiña* iba observando, cauteloso, la mejoría de Blanca; y a medida que ella progresaba, una exultación honda, radiosa, que mostraba, por su rostro pajizo, en una mueca indescifrable de placer satánico, de goce perverso, inundábale toda el alma. Cuanto más mejorada notaba a su enfermita, más huía de ella, procurando no ponerse al alcance de sus palabras, de su terrible y esperada pregunta, que habría de retornarle a los momentos angustiosos que precedieron a la enfermedad.

Blanca habíase salvado, eso era lo importante; ahora era necesario salvar sus bienes de la tremenda locura que había hecho presa en el reblandecido cerebro de su nena. Para ello se imponía el empleo de sutiles habilidades y una gran discreción, apoyándose en el tiempo, para lograr el olvido; y en todo caso contestar y resistir enérgicamente, si los razonamientos no servían.

Y así fueron pasando los días, mientras el usurero acechaba los avances de la salud en su hija, mirándola cuando ella no se daba cuenta, atisbándola por las rendijas, por las cerraduras, viendo lo que comía y el gusto con que lo paladeaba, pero rehuyendo su presencia y su conversación cuanto le era dable. Mas esta situación tenía que acabarse, y acabó: un día, cuando Blanca se vió más sana, más fuerte, llamó a su padre y, haciéndole tomar asiento en la silla frontera a su butacón, ante la ventana, por donde se veían las flores, le dijo, seria y decidida:

—Hace mucho tiempo que no veo a Pedro; le pro-

híbil que viniese hasta que nuestros asuntos fueran por buen camino; y se ha sujetado a mi prohibición. Sé que varias veces cada día preguntó por mí; al médico veíale cada veinticuatro horas, para saber a ciencia cierta de mi estado. Esto no puede continuar. Además, yo necesito, mi amor quiere, la compañía de Pedro. Veamos, pues, padre mío, si de una vez podemos entendernos y llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos.

El *Rapiña* había adoptado un aire contrito y apesadumbrado, mientras combinaba el plan de ataque y defensa.

—Tú dirás, Blanquita; yo creo, sin embargo, que debíamos aguardar a que tu salud estuviese totalmente restablecida.

—No, no; yo estoy bien ya. Además, una buena solución de nuestro pleito me dejaría más rápidamente curada. Conque, empecemos.

El prestamista dió un hondo suspiro, y con voz quebrada contestó:

—Lo que tú quieras, hija mía.

La voz se extinguió como en un moribundo.

—¡Pobre padre; pobrecito padre de mi vida! ¡Cuánto sufres! ¡Cómo te desgarran el alma las pérdidas de intereses... tan miserables, tan enemigos de la tranquilidad, de la felicidad!...

—Blanca, no digas eso: la riqueza lo es todo en el mundo; la riqueza...

—Para mí, la riqueza es un bien secundario. Lo principal, no quiero decir lo único, es el amor de Pedro.

—Pues cástate, Blanca; yo no me opongo.

—Si es Pedro quien se opone, y su tío quien se lo prohíbe. Sólo hay un medio, ya lo sabes, para reducir sus caracteres de acero. La restitución.

—Mira, Blanca. No quiero que volvamos a los terribles disgustos que nos han tenido a los dos... ¡a los dos, hija mía!, a las puertas de la muerte. De ahora para mientras vivas, te digo que primero me hacen pedazos que devolver mis tierras y mis casas a los hambrones y sinvergüenzas, cuyos bienes tuve que tomar porque no me pagaban, ¡tramposos! Y no le des más vueltas: ello ha de ser así, pase lo que pase.

Gritaba descompuesto; su faz terrosa teñíase de rojo; sus ojos brillaban fosforescentes. Blanca comenzó a llorar.

—¡Ay, pobre de mí!—decía—. Nunca podré ser la esposa de Pedro; el desprecio de mi novio se me clavará como un puñal.

—Si tú quisieras oirme con calma, hija mía—el tono del usurero era intensamente amoroso y dulce—. Sin llorar; así; deja que te limpie esa cara de imagen.—La limpió despacio, la besó con unción.—Escucha. Tú, Blanquita, eres una niña pequeña, sin experiencia del mundo. No viste sino los libros, y los libros no son la vida, no son más que la mitad de la vida. Entre las lecturas buenas y tu alma de ángel, te han hecho creer en esas mentiras tan bonitas de la honradez, de la hombría de bien, del desinterés... Yo te aseguro que no ves con claridad lo que hay en torno tuyo; yo que sé mucho del corazón de los hombres, y de la médula de la sociedad, y de los móviles de las acciones humanas...

—¿Adónde vas, padre?—preguntó, irguiéndose la muchacha con ademán retador.

—No te descompongas, nenuca de mis entrañas; oye a tu padre, que, además de ser tu padre, te quiere con desvarío.

Blanca se calmó y se dispuso a escuchar con paciencia; mientras las palabras del *Rapiña* caían sobre sus oídos lentamente, sus ojos paseaban por las flores policromas una mirada opaca y tristonía. El usurero continuó:

—Créeme, hija de mi alma; no hay tal intransigencia en el tío de Pedro; no hay tal integridad en tu novio. Lo que pasa es, Blanca adorada, que tienen miedo de que tu dote sea escaso...

—¡Pero padre!...

—Escucha, escucha. Ellos piensan que yo soy un poco agarrado, y me creen incapaz de darte un buen capital cuando te cases. Si supiesen que antes de tu boda yo te donaré, ante notario, todas las fincas rústicas y urbanas que tengo en estos puebluchos, no hubieran hecho tantos ascos de mi historia. ¡Créeme, hija mía, ésta es la verdad, y nada más que ésta! Son hipócritas y fariseos; yo les conozco, yo les conozco; tú no, pobrecita; tú eres muy inocente y muy buena.

La mirada vagarosa de Blanca habíase parado de repente sobre una corola roja de crisantemo; sus cejas se juntaron; un brillo inusitado encendiéndose en sus pupilas, y una leve sonrisa, a duras penas contenida, frunció aquellos labios dulcísimos en un esguince de alegría.

—Tal vez—dijo—. Tal vez tengas razón—y le miraba burlona.

—¡Ah!, ya lo vas comprendiendo, Blanca, hija mía. Claro; si no hay que ser lince para verlo. Es eso, rica; es eso; que les parece poco lo que esperan de mí.

—¿Y si yo les dijese que usted se comprometía a darme todas sus fincas, dejarían de oponerse a la boda?

—Claro que dejarían. No te quepa duda.

Callaban. Blanca revolvía en su magín un plan de triunfo, que incendiaba su cara con rara luz.

—Sí, sí; hay que probar a hacerlo. Yo lo intentaré. ¿Tú dices que me darías todas tus fincas?

—Todas. Yo no soy labrador ni quiero serlo. Las tierras, para vosotros; aquí tenéis casa de labor, aperos, yuntas, todo. Pedro, que entiende mucho de eso, y tiene también buena heredad, lo manejaría como nadie.

—¿Pero y tú con qué te quedas?

—¡Pobre hija, qué inocente eres! Te figuras que yo me encontraría sin un duro. No, pequeñina mía, no; para mí, el dinero que tengo; mucho dinero; tú no sabes los miles de duros que guardo yo en los Bancos; son tantos, tantos, que si te los contase te asombrarían.

—No me los cuentes, padre; no quiero saberlo.

—¿Ya te pones otra vez triste?

Blanca, desentendiéndose de la pregunta, insistió.

—¿Quedamos, pues, conformes en que me transmitirás la propiedad de tus fincas?

—Que sí, mujer.

—Bueno; pues voy a llamar a Pedro, y además a su tío. Convendría que mañana pasases el día fuera de casa; tal vez ellos pusieran reparo a venir, temien-

do encontrarte, y que la conversación se agriara. ¿No te parece?

—Muy bien. Ello ha de darme la victoria y la razón. Llámales, llámales. Yo mañana me iré a Astudillo a cobrar unas cuentecillas, y no volveré hasta la noche.

—Pues conformes.

—¿Y alegres?

—Y alegres; sí, señor.

* * *

Pedro leyó una carta de Blanca que decía: «Pedro de mi alma: Ya nos vamos acercando al final, a un final venturoso. Entrega a tu tío la carta adjunta y vente con él, mañana que mi padre estará fuera. Sigo mucho más fuerte. Tu enamoradísima,

BLANCA.»

Cuando concluyeron de comer en casa de Bruno, Pedro le entregó la carta de Blanca, que aquél leyó con atención. Decía así:

«Sr. D. Bruno Castro. Mi distinguido señor: La importancia para mí (creo que para todos) de la solución que hemos de dar a los asuntos de Pedro y míos, me da ánimos para escribirle, pidiéndole el señalado favor de hablar con usted unos minutos. Si fuera tan bondadoso que quisiera venir a verme, le quedaría reconocidísima su afectísima s. s. q. e. s. m.,

BLANCA.»

Pedro espiaba el efecto de la lectura en el rostro de su tío, que permaneció impasible. Cuando se levantó de la mesa dijo:

—Pedro, prepara las dos jacas; mañana iremos a Frómista antes de almorzar.

Y fueron, y entraron en el gabinete donde la convaléciente les esperaba.

—Perdón—dijo ésta dirigiéndose al señor Bruno—; mi atrevimiento quizá le ha parecido una mala acción.

—Hasta ahora no hay nada que reprochar, Blanca—contestó gravemente el castellano.

Y luego, más cordial, dijo:

—¿Cómo va esa enfermedad?

—Ya no hay enfermedad, sino sus consecuencias. Afortunadamente, me estoy reponiendo muy bien. Siéntense.

—Recibí tu carta y aquí estoy.

—Gracias, gracias por tanta bondad. Verá usted: yo quería consultarles una fase nueva de nuestro caso... La verdad es que no sé cómo empezar. Usted lo comprenderá, señor Bruno; es una situación la mía tan rara...

—No tienes que andarte con rodeos. En nuestra tierra, Blanca, se dicen las cosas como son, caigan bien o caigan mal, como son.

—Porque usted se opone a nuestra boda, mientras no haya hecho mi padre las restituciones debidas en justicia, ¿verdad?

—¿Yo? Y éste... y tú misma.

—Y yo misma, sí; que siento el bochorno de lo infamante y no quiero extenderlo a quien más amo.

Pero el caso es que mi padre se deja matar antes que devolver ni una finca a su antiguo dueño.

—Pues paciencia... Ya se morirá.

—No creo que haga falta esa desgracia—contestó la chica con algún desabrimiento—. ¿A usted, señor Bruno, le es de absoluta precisión que los bienes se devuelvan antes de la boda, o autorizaría usted ésta a base de restituir al día siguiente?

—Dándome garantías suficientes de que había de hacerse así, no me importaría.

—Porque mi padre otorgará a mi favor una escritura dotal, cediéndome todas sus fincas, y siendo mías, Pedro y yo las devolveremos a sus legítimos dueños en cuanto nos hayamos casado.

—Muy bien; conformes. Antes de la boda, la escritura; ahora, vuestra palabra de honor de restituir, y de acuerdo.

—Mi palabra de honor, señor Bruno—dijo Blanca.

—Mi palabra de honor, tío—añadió Pedro.

—Aún falta algo—interrumpió el labriego—. ¿Hay engaño en este plan? ¿Le has dicho, le has hecho creer a tu padre, que por tal camino las fincas no saldrían de vuestro poder? Porque eso sería una estafa, eso era peor que no restituir.

—Yo no he dicho a mi padre lo que voy a hacer con mis bienes. El me los da; nosotros los administraremos como creamos oportuno, vendiéndolos o regalándolos. No creo que sea obligación moral nuestra descubrirle lo que vamos a realizar más tarde.

—Ciertamente. Basta con que no se le haya inducido a la cesión engañándole.

La honradez del castellano cuidaba de que no hu-

biera ni sombras de falacia en lo que iban a efectuar.

—Puede usted estar tranquilo.

—Pues entonces, hecho. ¿Cuándo quieres que venga a pedir tu mano?

—Mañana, señor Bruno, mañana... por la mañana.

—Al alborar si lo deseas.

—Cuanto antes.

Riéronse los tres, con una risa dichosa, llena hasta rebosar de intensas felicidades.

* * *

Al día siguiente quedó cumplido este requisito de la petición.

Al salir erguido el castellano, apretó con mucho tiento la mano suave y quebradiza de Blanca, diciéndola:

—Ahora, a preparar vuestras cosucas, y cuando lo tengáis todo a punto, avisad, y a casaros, y luego a ser felices, que ya es hora.

Parecía la chiquilla una aurora de primavera, con su blancura de nácar, con su rubor de virgen; ante el tío de Pedro, temblaba de emoción: la presencia majestuosa del alcalde de Carrión de los Condes imponía profundo respeto.

Cuando, a punto de montar en los caballos, tío y sobrino, fuera de la corralada del *Rapiña*, se vieron solos, el castellano habló así:

—Como ves, las fincas serán de Blanca; espero que no dudaréis ni un instante en devolver a cada presatario lo que el *Rapiña* le cobró de más.

—Mi palabra es palabra. El primer día después de



mi boda no será para mi mujer, sino para esta obligación.

—Eres un hombre, Pedro, Dios te ayudará y el país pondrá tu hombría de bien por encima de su cabeza. Si tu madre viviera, te comía hoy a besos. Si viviera tu padre, aquel labrador tan honradote, puede que lo pasaras mal entre sus brazos. Yo no te beso, porque ya sabes que en nuestra tierra sólo se besan delante de la gente las mujeres, y a solas los enamorados; pero ahí va mi mano, y aprieta bien, que todo lo que yo apriete será cariño y entusiasmo.

Y las manazas rojas y formidables de los dos campesinos hicieron crujir los huesos en un terrible apretón. Minutos después, ambos lanzaron al galope sus caballos en dirección a Carrión de los Condes, y cubiertos de espuma blanca, dejábanles al poco tiempo en una de las cuadras de la casona de Bruno.





XXIII

La fiesta de San Zoil.

MIENTRAS tenían lugar los narrados sucesos, llegó el día de la fiesta de San Zoil. Amaneció nuboso y friolento; durante la noche había caído una helada intensa, endureciendo el piso de calles y caminos. En Carrión de los Condes notábase desusada animación.

A las diez de la mañana bajaba por el puente que conduce desde la ciudad al convento un cortejo pintoresco y solemne. En primer término marchaban pausadamente, majestuosamente, el alcalde y los dos tenientes de alcalde. Iba Bruno Castro con aquella arrogancia natural, tan corriente entre los labradores de Castilla la Vieja. En su cara franca, abierta y noble, fulgía una luz dominadora y se percibía un gesto de mando sin altanería, pero imponente. Caíale de los hombros, como a los demás concejales, la capa de grueso paño pardo de Astudillo, cuyos rígidos pliegues parecían de madera de talla. Detrás de él seguían todo el Ayuntamiento y sus servidores, así de

oficina como de la ciudad y el campo; después la dulzaina y el tamboril, metiendo mucho más ruido del que pudiera esperarse de dos hombres solos; y por fin, macizando el puente, una muchedumbre de hombres y mujeres y chicos, todos endomingados con sus mejores trapitos, para asistir a la ceremonia religiosa. Entre los hombres iban don Martín y Pedro; entre las mujeres, Valentina y sus amigas. Fernando habíase escabullido antes de que el pueblo se despoblara, y hacía rato ya que mataba el tiempo paseando por los claustros del monasterio. Había hecho furor en la villa la disputa entre Bruno Castro y los de Ansúrez, por el cable del padre Bernal, que fué comentada con burlas para los arruinados nobles; y no quería Fernando que le asaetearan las miradas de las gentes y las frasecillas de doble sentido de unos y de otros: que todos son lo mismo para hacer leña del árbol caído, y con más furia cuanto más en alto hayan visto su copa.

El templo encontrábase atestado de fieles; un vaho animal, de rebaño humano, espesaba el ambiente; a pesar del cuantioso número de luces que brillaban en el templo, se hallaba en densa obscuridad. Las velas parecían estrellas. Sólo junto al altar reflejaban haces luminosos los dorados del retablo central, del sagrao y de las columnas. En el presbiterio se movían muchas figuras vestidas con ropas ricamente bordadas, o con blancas sobrepellices, o con rojos manteos. El Ayuntamiento ocupaba la sillería del estrado, frente al sillón del señor obispo. En fila, al pie de la escalinata, erguíanse como alabarderos los guardas rurales, los guardias municipales, los escribientes

del municipio, los serenos, el enterrador, el pregone-ro, los alguaciles... cuantos dependían del Concejo de la villa. Arriba, en el coro, resonaba poderoso el ór-gano magnífico, tocado por unas manos dulces, sa-bias, ágiles, que llenaban el aire de temblores y ca-dencias, unas veces duras, terribles, de condenación; otras suavísimas, como vocecitas de ángeles o de vir-genes.

Algunos oraban, sobrecogidos de emoción; otros, los más, miraban curiosos, como en un espectáculo de diversión pocas veces gozado.

Don Martín comenzó a fatigarse en aquel ambien-te, cargado de vapores densos y hediondos, y buscó la puerta que conduce al claustro plateresco del si-glo xvi, obra maravillosa, como ninguna de su géne-ro en España, llevada a cabo por don Juan de Bedo-ya y los palentinos Juan Celaya, Pedro de Torres y Pedro de Carrión. Escultores como Pedro Morante, autor de la notabilísima estatua de Cristo atado a la columna, y Juan Bello, de Sahagún, y Juan Miau, de León, y Ortiz Bobadilla, de Palencia, llegaron en este claustro a tal grado de perfección y de realidad, que con ésta se confunden las imágenes; y puede asegurarse que no se han producido en nuestra na-ción obras tan elegantes, exactas y bellas.

Bajo los arcos, materialmente cuajados de escultu-ras de santos y de mártires, de apóstoles y profetas, de vírgenes y evangelistas; lleno de medallones, don-de el cincel tuvo aciertos asombrosos, halló don Mar-tín a Fernando, que paseaba abstraído, con doloroso esguince de pesadumbre en el rostro, moreno y her-moso.

—¿Qué le pasa a usted, Fernando? Le encuentro entristecido.

—Está mala mamá.

—¿Pero de cuidado?

—¿Quién sabe? No creo que su dolencia física sea mortal, pero la dolencia moral es muy peligrosa.

—¡Ah! ¿Lo de la funcioncita esta?

—Sí; lo de la funcioncita. ¡Qué pena! Me acongoja verla; parece fuera de sí; a veces llora, y llora mansa, con decaimientos que amenazan seriamente su vida; otras se exalta, poniéndose en filo de locura. Y no sé en cuál de ambas orillas embarrancará. Tan malo es el cementerio como el manicomio.

—No sea usted tan pesimista, Fernando. Todo se arreglará. Es ahora, es hoy precisamente el día del desaire; pero su energía espiritual y su robusta salud triunfarán de todo; ya lo verá usted.

—Dios le oiga.

—Y ¿cómo por aquí?

—Esperando a que acaben, para poder charlar unos minutos con Valentina. Ahí dentro me ahogo.

—Es una atmósfera irrespirable.

—Lo irrespirable para mí, don Martín, es no ver a mis padres en el estrado del presbiterio.

—¿También usted? Yo le creía con más...

—Con más sentido común... dígalo usted.

—¡No, por Dios!

—Sí; y además es cierto. Pero qué quiere usted: lo lleva uno dentro, en la masa de la sangre o en el alma, por herencia o por educación; claro que a mí no me afecta como a mi mamá... Pero, en fin, me duele lo bastante para no poder estar dentro.

—Pues aún tardarán un buen rato en salir. ¿Quiere usted que vayamos a la huerta, o a algún otro sitio donde se le desvanezca un poco el mal humor?

—Vamos donde usted quiera, don Martín; y gracias por su buena intención; y Dios haga que me dejen un poco estos pesares tan hondos.

—A ver si lo consigo antes de abandonar el claustro. Venga y vea esto—y cogiéndole de un brazo, le condujo bajo uno de los ángulos, donde aparece la llave central del arco, exhibiendo un medallón colgante que ostenta la figura de la Virgen; en los cuatro paños que lo circundan colocó el artifice otras tantas esculturas de mujer, con traza desenvuelta y libertina, que bien a las claras muestra su condición; mas, por si no era harto expresiva tal catadura liviana, hubo de ponerla a los pies un letrero que dice: «Méretrix.»

—¿Cómo es eso? ¿Qué significa eso?—inquirió Fernando con extrañeza.

—¡Ah! Bien, bien; ya empieza usted a distraerse. Pues oiga, y aprenda una curiosísima leyenda. Remóntase el sucedido a los días esplendorosos de la fastuosa corte bizantina; a los años en que Bizancio adoraba a dos grandes personalidades sobresalientes, a veces rivales, a veces amistosamente enlazadas.

Reinaba la emperatriz Eudisia, bella, donosísima, suntuosamente elegante, de refinados gustos gentilícos, de maneras volubles, de temperamento irascible. Asombraba al mundo con su virtud y con su ciencia el patriarca San Juan Crisóstomo, inflexible para consigo mismo, duro con los elevados, tiernísimo con los

miserables, maestro de sabios, modelo de cristianos. Constantes eran las reyertas entre la emperatriz y el patriarca. Cuando aquélla huía en público de las prácticas religiosas y escandalizaba con sus apostasías o con sus liviandades, Crisóstomo la condenaba desde el púlpito áspera, crudamente. Entonces la despota revolvíase iracunda y arrojaba de sus Estados al santo y se lanzaba a la crápula, con sus remordimientos torturadores, para ahogarlos, para desterrarlos de sí, como de sus dominios al excelso acusador.

Aquella naturaleza mudable, aquellos nervios neuróticos, aquel espíritu feble, rendíase por fin a la conciencia; gemía la dama bajo el peso del arrepentimiento, y llamaba a San Juan, y se vestía de penitente, y ponía ceniza en su cabeza hermosa. Comenzaba otra vida. El poder real unciase al servicio del Cristianismo y laboraban juntas las dos figuras culminantes.

—Qué extrañas conjunciones han solido hacer en pasados tiempos el cetro y el sensualismo. Siga, siga.

—Duraba poco la devoción y de nuevo volvía el vicio a cargar con el alma de Eudósia, y la condenación del patriarca volvía, y en su pos el destierro como de costumbre. Un día de aquellos en que Crisóstomo flageló la conducta de la emperatriz, contestó ésta a sus servidores cuando la refirieron la filípica: «Decidle que ya no me inquietan sus procacidades; decidle que vienen de un ser miserable, en cuya ascendencia sólo canallas hubo y gente ruin; y van contra mí, que vengo de progenitores que fueron reyes y sabios, que dominaron varios mundos, que sólo tocaron sus testas con áureas coronas de

mando o verdes coronas de sabiduría; decidle que salga de mis reinos.» Anotó el santo la respuesta y fué. No tardó Eudosia en demandar perdón de aquellas manos ungidas y llamarle a la Corte. Y vino, y en el majestuoso templo que la muchedumbre cuajaba, y ante la emperatriz, que le escuchaba humilde, pronunció este sermón: «San Lucas nos ha dejado memoria detallada de la genealogía de la Virgen Santísima. En aquélla abundaron los asesinos, los ladrones, las prostitutas, y, sin embargo, María, por ser quien era, mereció ser Madre de Cristo y pura fué, como los ángeles del cielo. En la familia de la emperatriz Eudosia figuran santos, papas, emperadores y reyes, y, no obstante, ella, por ser como es, no ha pasado de meretriz. Así, no hay que engullecerse de la ascendencia, sino de la propia valía, y yo seré quien soy, pese a la ruindad de mis progenitores, y la emperatriz será quien es, aunque cuente con tales antepasados.» San Juan Crisóstomo sufrió nuevo y definitivo destierro por luengos años de martirio. El artista grabó en piedra una máxima, la más cristiana, la más hermosa, la más justa de la Iglesia.

—Y parece—murmuró Fernando como hablando consigo mismo—que todo esto se relató y se esculpió para que ahora lo vieses mis ojos y lo oyeran mis oídos; porque castiga con la crueldad de la razón, con la dureza de lo cierto, con la autoridad de la Iglesia, estos ridículos sentimientos de antaño, heredados por los que nos creemos más perfectos y mejores, aun no siendo nada, como si por haber tenido antepasados gloriosos pudiéramos enseñar esa gloria

como nuestra, y sus merecimientos como méritos propios.

—Querido Fernando, conste que no narré esto con tal intención.

—Pues más me ha distraído con ello que de ninguna otra manera; porque no sólo me ha distraído, sino que me ha convencido.

Salieron a un patio enorme, a otro más grande después, y, por fin, a los enarenados paseos de la espléndida huerta del monasterio que había servido de vivienda a personajes como Fernando I, el conde don Gómez, Alfonso VI, Ansúrez, doña Urraca, el obispo Gelmírez, don Alfonso de Aragón, Alfonso VII, su privado Osorio y su «Maiorino» Muñiz, Alfonso VIII, el conde Poncio, el obispo don Tello y tantos y tantos otros personajes esclarecidos que fulgen como astros en el cielo de la historia patria. Don Martín repasaba en la memoria estos nombres sin atreverse a pronunciarlos para no encender en el corazón de su amigo la llama de holocausto al abolen-go. Para entretener la atención de Fernando, arrancándole del tiempo y espacio presentes, dijo:

—¿Sabe usted qué cantidad de regalos y beneficios fueron concedidos a este convento por reyes y magnates?

—Muchos debieron de ser.

—No se acabaría en varias horas de contarlos. Alfonso, el de las Navas, otorgó al camerario de la Orden del Cluny, el prior Humberto, que regía San Zoil, la exención de todo pecho por todas las heredades que poseía en Paredes; y después, a fines del siglo XI, le dió el disfrute de la tercera parte de las aguas del

rio, prohibiendo el levantamiento de presas desde el «nido del cuervo» hasta Carrión; lo cual confirmaron más tarde don Fernando, don Alfonso X y don Sancho, y más expresivamente aún, Fernando IV en el siglo xiv.

—Esos son regalos.

—Y Alfonso el Sabio y su nieto Fernando el Emplazado otorgaron a los monjes de San Zoil el cobro «del quinto de las medidas de todo el pan que se vende en la villa de Carrión».

—¡Qué barbaridad! Se harían riquísimos.

—Estaban constantemente arruinados. Hasta veinticinco religiosos habíanle asignado al cenobio; a veces no llegaban ni a la tercera parte, como en el siglo xiv; pero la rápida decadencia de la Orden cluniacense en España dejóse aquí sentir de un modo lamentable. La austeridad y sabiduría de aquellos frailes traídos por Alfonso VI para reavivar el espíritu religioso de Castilla, trocáronse más tarde en disolución y abandono. Ni la protección de los reyes ni las mercedes de la nobleza ni el óbolo del pueblo, bastaron para evitar los días de penuria; quizás contribuyeron al mal de una manera enervante y desmoralizadora; si a eso se añaden los daños de la guerra, la incessante guerra, unas veces contra el infiel y otras entre los príncipes cristianos, fácil es explicarse lo que parece inexplicable.

—Ya salen—interrumpió Fernando—. Se oye el murmullo de la multitud.

Corrieron y llegaron a tiempo de presenciar el desfile del pueblo. Valentina, que inquieta avizoraba en torno suyo, divisó a su novio y se unió a él y juntos

avanzaron al abrigo de la barbacana que defiende el convento de las avenidas del Carrión; y juntos subieron el puente, contándose sus cuitas, comunicándose sus temores; y antes de entrar en la calle donde se alzaba la casa de Bruno Castro, separáronse mientras la novia resumía la conversación con esta frase:

—Hay que acabar con esto; así no podemos seguir. Cuanto más pronto, mejor.





XXIV

Chocolate y agua.

VALENTINA pudo coger al día siguiente a su tío y decirle a solas:

—Necesito hablarle de algo muy serio.

—Cuenta conmigo mañana a cualquier hora.

Y la muchacha preparó las cosas de modo que al otro día, después de la misa parroquial, se reunieron en casa de su amiguita el tío Martín, el primo Pedro y el enamorado Fernando. Muy discreta la amiga, pretextó una urgente ocupación para dejarles solos y en la estancia silenciosa quedaron bajo el peso de algo solemne y misterioso, que ninguno de ellos se atrevía a determinar, pero que todos sentían sobre sus cabezas. Valentina, un poco arrebolada, inquieta y temblorosa, fué la que rompió el mutismo embarazoso:

—Como los tres son ustedes personas de tanta intimidad para mí, me he atrevido.. además, no creo que necesite disculpas... con otros...

Cortábasele el discurso, a pesar de su valentía es-

piritual, porque la situación era difícil para ella, que sabía para qué resoluciones delicadas y extremosas había reunido allí a sus allegados. Don Martín la animó.

—Vaya, sobrina, con nosotros no tienes cumplidos que guardar; conque al grano. ¿Para qué nos necesitas?

—Para salir de este paso cada vez más peligroso en que nos vemos Fernando y yo. De día en día, los enconos antiguos que separan nuestras casas crecen y aumentan la distancia entre nuestros padres; cada hora que transcurre hace más difícil nuestro enlace; y a lograr éste nos hallamos decididos, cueste lo que cueste y pase lo que pase. ¿Verdad, Fernando?

—Verdad.

—Supongo — interrumpió don Martín — que el «cueste lo que cueste» no se referirá ni de lejos a tu honor ni al de tu padre.

—No ha debido usted hacer esa observación; que si bien pongo mi amor por encima de la paz de mi casa, por encima de mi amor pongo mi honradez.

—Bueno, pues vosotros diréis en qué podemos ayudaros; Pedro y yo estamos por completo a vuestro mandato.

Volvió a reinar un silencio incómodo. De pronto Valentina exclamó:

—Nosotros queremos casarnos—lo dijo en frase a la par medrosa y arrojada, llena de turbación y acometividad.

—Bien... ¿y cómo?

—¡Ah, no sé! Para eso estamos reunidos, para estudiar cómo.

—Yo, la verdad, Valentina, lo veo difícilillo. Tu padre tiene un carácter de acero.

—Mi tío—dijo Pedro—es un machón de encina.

—Pues hay que doblar el acero y el machón.

—¿Doblarle? Ni nosotros, ni una bandera del Tercio.

Quedó la muchacha pensativa. Luego, hablando más para sí que para los demás, murmuró:

—Si, somos poca cosa; nos avento de un bufido—se sumió en su conciencia y meditó unos momentos; poco después una ráfaga de valentía la hizo exclamar vibrante: —Y, sin embargo, yo necesito plantear la cuestión de mi matrimonio y resolverla; y, sola o acompañada, me enfrentaré con él, y ya veremos lo que pasa.

—Mira, Valentina; lo que pasará ya lo sabemos todos, porque Bruno jamás consentirá que tú le domines; primero te abre en canal. Además, ¿para qué vamos a engañarnos?, Fernando le crispa los nervios.

El aludido bajó la cabeza murmurando con voz opaca:

—Tal vez tiene razón; yo no merezco esta mujer; yo no sé nada, no sirvo para nada; yo...

—¿Te quieres callar?—interrumpió Valentina.

Don Martín, que daba vueltas al problemita en su cerebro, tuvo de pronto una feliz inspiración.

—¿Sabes quién puede ayudarte con eficacia, mucho mejor que nosotros y que tú misma?

—¿Quién?

El tío callaba, saboreando el triunfo de su contestación, y abierta la cara en una sonrisa placentera.

—Tu tía Elvira—exclamó al fin—. Mi mujer—aña-

dió dirigiéndose a Fernando—, la hermana de Bruno, es lo mismo que éste. Son dos sillares de la misma cantera, y es la única que puede luchar contra su hermano, frente a frente.

—Verdad... verdad—decía Valentina entusiasmada—. Ella será mi defensora; entre ella y yo nos veremos las caras con mi padre. Vaya por ella en seguida, tío.

—Si precisamente me ha escrito que se cansa ya de estar en Dueñas, y que como va siendo hora de retornar a la Corte y quiere pasar antes unos días en Carrión, que la traiga lo antes que pueda.

—Pues cuanto primero, mejor; porque yo no aguanto más. Durante el camino cuéntela lo que ocurrió en torno de este nuestro asunto de amores, y póngala al tanto de todas las dificultades que encontrará mi plan. La cosa es que no la sorprendan los acontecimientos.

—Así lo haré.

—Tú, Pedro, que conoces las fincas de mi hijuela como tu casa, hazme unas notas donde consten su importancia, la de sus productos y los cultivos más propios para ellas... todo lo que sepas de esto.

—¿Vas a poner labranzas?

—En cuanto me case.

Fernando se estremeció.

—¿Y seré yo—preguntó temblando— el marido de la labradora?

—No; serás el labrador.

En un instante, como iluminado por luz venida del cielo, vióse Fernando desempeñando una honesta ocupación útil, sirviendo para algo bueno, redimién-

dose de la eterna acusación de vagancia y banalidad; y enardecida toda la adoración que sentía por su novia, fué a ella su corazón, por el hilo encendido de una mirada pasional.

Así Elvira como sus parientes, y particularmente los chiquillos, celebraron con intensa y ruidosa alegría la llegada de don Martín, que no iba solo, sino en la dulce compañía de una serie de paquetes de caramelos y bombones, de pasteles y galletas, que hicieron de la casa de los sobrinillos el paraíso terrenal. Al mediodía se comió abundantemente, hasta tomaron café los pequeñuelos; y el regocijo se desbordó cuando destaparon una media botella de anisado, en honor del recién venido. Todos rezumaban contento, menos Elvira, que posaba la mirada tris-tona de sus grandes ojos negros en aquellas caritas manchadas, en aquellos cuerpecillos inquietos, y sentía en el corazón la amargura de abandonarlos durante otra porción de meses. Tenía alma de madre, un alma dolorida y enfadada con su corpachón, tan grandote, que no había sabido engendrar un hijo; y la cara morena, ovalada y redonda de Elvira, donde sus cuarenta años no lograron abrir el surco de una arruga, se nublaba a punto de llorar, mientras se comía a besos a la más pequeñina de la casa. Cuando hablaban de estas cosas solía decir su marido:

—Tan mujerona como es, con ese pechazo y esás caderas amplias y esos brazos redondos y fornidos, si se hubiera decidido a darnos un muchacho, gana

el premio de belleza física en cualquier exposición.

Llegó la hora de acostarse, después de cenar, y Elvira se llevó a su cama a dos rapazuelas y uno de los chiquillos más menudos.

—Mujer, no te van a dejar dormir—la decían los padres.

—Sí duermo, sí. Es la última noche. Me hartaré de besarlos, me pasaré las horas viendo sus caritas de ángel, tranquilos y seguros en los brazos de la tía.

Al rayar la aurora del día siguiente, efectuóse la dolorosa separación. Elvira repartía entre los muñecos besos y pescozones a partes iguales; y lo mismo reía, sorbiéndose las lágrimas, con la cara llena y hermosa, pegada a la carucha dormilona de un arrapiezo de mujer, como rompía en sollozos al apretar contra su seno estéril al mayorcito de sus sobrinillos. Les colmó de regalos, les colmó de caricias y se fué.

Una espléndida mañana inverniza de aire y frío y atmósfera transparente, que un sol brillante henchía de luz, les ofreció la delicia de la frescura tónica y los encantos de la altiplanicie extensa, llana, sin linderos, sin fin. Don Martín guiaba el cochecillo raudos; Elvira pensaba en los gracias de los pequeñuelos. De pronto, arrancándose de esta contemplación, dijo a su marido:

—Pára en el convento, que voy a comprar chocolate.

La carretera de Dueñas a Palencia salía del fértil vallejo lleno de huertas y viñedos, como un oasis en el desierto de la estepa, y se dirigía hacia Venta de Baños, acercándose a la mole poderosa del Monasterio de San Isidro. Tienen allí montada los Trapenses,

además de una importante labor agrícola, una famosa fábrica de chocolate, que reparte por toda la Península sus acreditados productos. Treinta años hará que aquello era un viejo caseron en ruinas. Llegaron los monjes de la Trapa y se metieron entre muros hendidos y techos desgajados. Un médico del vecino pueblo de Villamuriel, don Arturo Rubio, admirador de las Ordenes religiosas, les regaló un pobre molino de tracción animal con que sus padres habían elaborado chocolate en la cercana villa de Dueñas; y con este artefacto herrumbroso comenzaron a trabajar, y hoy tienen una de las más formidables fabricaciones españolas de esta índole, dentro de uno de los más soberbios edificios de su condición.

Mientras Elvira se entendía con un hermano lego, para la compra de chocolates y la manera de remitírselos a sus sobrinillos y enviar más a Madrid, don Martín curioseaba por dentro y por fuera, yendo hasta el caudaloso Pisuega, que corre manso por la vega ubérrima que los monjes labran. Recordaba que aquí, en este viejo cenobio, que fué erigido en el primer milenio, hicieron penitencia muy levantados personajes, regalando a la Orden cluniacense, que le regentaba, muchas y muy golosas riquezas, como aquellas de doña Mayor Pérez, hija de Ansúrez, conde de Carrión, y su primera mujer doña Elo, que dió al convento sus heredades todas, estableciendo la condición de que si alguno de sus hijos llegase a estar necesitado, recibiría del Monasterio una ración como la de los frailes, y sus criados dos raciones.

Ultimada la compra, emprendió el matrimonio su viaje hacia Palencia; pero al transponer la bulliciosa

estación ferroviaria de Venta de Baños, rogó Elvira a su marido que acometiese el caminejo que, derivando de la carretera general, conduce a la ermita de San Juan, a un tiro de bala del camino real; quería ella beber un buen trago de aquella agua medicinal, tan rica y saludable, que no cambiaría por ninguna otra en Madrid, si a mano la tuviese; y allá fueron en unos minutos.

Es maravilloso que esté en pie tan pequeño templo, situado en el centro mismo del campo castellano, propicio a todas las irrupciones guerreras, cien veces asolado por suevos y vándalos, por romanos y godos, por moros y cristianos. Es maravilloso que entre las ruinas innúmeras que siembran de escombros venerables la llamada Tierra de Campos, permanezca enhiesta la basílica visigoda de San Juan de Baños edificada por Recesvinto durante el pontificado de Ascario, en los primeros siglos de la Era Cristiana. A pie del pequeño templo hay una fuente de aguas limpias, purísimas, que contienen en disolución substancias medicinales, en las que el rey visigodo curó su mal de piedra, edificando, en memoria y reconocimiento de este beneficio, la basílica de San Juan. Es maravilloso que ni se cegase la fuente ni se derruyesen las columnas del templo durante tantos siglos de luchas incesantes.

Elvira bebe hasta hincharse, y llena con el agua salútfera todas las vasijas que encuentra en el coche útiles para ello. Don Martín alimenta el radiador del automóvil y el viaje se reanuda sin interrupción hasta la capital de los antiguos Campos Góticos.

Han pasado unos días; durante ellos, Elvira preparó en Carrión su equipaje voluminoso, dejándolo arreglado para llevarse a Madrid. Elvira, la matrona castellana, fuerte, varonil, de reposados modales, sonora de palabra y gesto dominador, admira y quiere a su hermano, pareciéndose mucho a él en genio y figura; pero siente verdadera pasión por Valentina. «¡Ah!, si fuera hija suya... ni la reina de España estaría mejor.» Tía y sobrina, de acuerdo en todo, prepáranse para presentar la batalla al enérgico campesino. Han concluido de cenar. Bruno, antes de que levanten los manteles, reza devoto, dando gracias; los demás le acompañan. Al concluir, dice en traza de despedida:

—Buenas noches nos dé Dios.

—Aguarda un poco, hermano — agrega Elvira — tenemos que hablar.

—¿Tanto urge?

—Me voy un día de éstos y quiero dejar antes arreglado contigo un asunto interesante.

El alcalde tomó asiento de nuevo ante la mesa, en el viejo escaño de roble, diciendo:

—Habla.

—Verás tú; la cosa es más difícil de lo que parece.

—¿Y eres hermana mía? ¿Y te da miedo hablar? Muy contra ley de Dios debes de ir, o contra razón.

—Verdaderamente, no hay nada más estúpido que el miedo, y los hijos de mi padre no lo tuvieron nunca. Conque ahí va todo, en castellano de Castilla la Vieja. Valentina es mayor de edad, ¿no?

—Es. Y con todos sus derechos en ejercicio; no creo que nadie se los haya mermado.

—Valentina, dueña de sus actos y de sí misma, quiere contraer matrimonio.

Una tenue lividez empalideció la cara del labriego, pero no se movieron ni una línea los músculos duros de aquel rostro curtido.

—¿Qué dices?—inquirió la tía.

—Hasta ahora, nada. Está en su derecho. Concluye.

—Quiere casarse en seguida: para antes de Navidad. ¿Qué te parece?

—Bien. Yo la daré un buen dote.

—Lo esperaba. Es tu única hija, y ese casamiento la hará feliz.

—Pero ¿con quién se casa?—gritó Bruno, haciendo temblar las tabiques de la casona.

Elvira, más pálida que antes, lanzando llamas por sus ojazos negros, irguió el busto poderoso; a su lado, arrogante, bravía, con el arrebol de las grandes emociones, Valentina se hispió también. La tía dijo rotunda y varonil:

—Se casa con Fernando de Ansúrez y Manrique.

—Primero la cuelgo de esa viga—rugió bárbaro el labriego, apuntando a un machón holliniento de la cocina.

—Te advierto—gritó a su vez la hermana—que no venimos a pedirte permiso, sino a darte cuenta de sus proyectos.

—Y yo te advierto a ti, descarada, que ya estás de más en esta casa... y cuenta que al marcharte tú pueden irse contigo los que quieran.

—No os alteréis, no os alteréis—agregó don Martín interviniendo mediador.

—¡Ah!, y tú también puedes largarte con tu mujer..

y no volváis en los días de vuestra vida; que para hacerme servicios como el que ahora me hacéis, sobrándome estáis.

—Calma, Bruno, calma—contestó sin inmutarse el madrileño—. Vámonos a dormir ahora; tranquilizaos todos, y mañana, más ecuanímenes, más en el seguro, podréis continuar vuestra discusión sin acaloramientos.

—¿Y es eso todo lo que se te ocurre contestar a los insultos y desprecios que nos ha hecho?—dijo irritada la esposa—. ¡Ah! ¡Mandria! Déjanos, déjanos a nosotros, que somos cuña de la misma madera.

—Desafiame, irritame — agregó Bruno — y verás cómo os cojo de un brazo y os pongo al fresco en medio de la calle.

—Serías capaz de hacerlo, y no me conviene— agregó Elvira—; hace mucho frío esta noche; mañana, Dios mediante, volveremos a hablar.

—Mañana, Bruno Castro será tan Bruno como hoy.

—Pero Elvira Castro será mucho más Castro que hoy, te lo juro.

Y se fué, llevando por delante a su sobrina y a don Martín hasta sus aposentos respectivos.

* * *

Valentina pasó en el templo de Santa María la mayor parte de la mañana. Elvira siguió dando a sus equipajes los últimos toques. Como a la hora de comer se armaría la gorda, había que estar preparada a todo evento.

Mientras tanto, se desarrollaban escenas muy inte-

resantes en casa de doña Leonor Manrique García de Velasco. Hallábanse encerrados la madre y el hijo en la respetuosa cámara donde las efigies descoloridas de sus mayores cuidaban del brillo no empañado de sus gloriosos apellidos; oíanse desde fuera lamentos y súplicas, llantos y disculpas, imprecaciones y palabras fuertes.

—¡Que no!—voceaba la aristócrata—. Que antes quiero verte muerto que deshonorado; que antes miraría tranquila tu cadáver en el féretro que tu presencia ante el altar enlazándote para toda la vida con una villana de baja ralea.

—Pues lo siento mucho, mamá; pero, con tu consentimiento o sin él, habré de unirme a Valentina dentro de pocos días.

—¿Es que quieres asesinarme?

—Es que no puedo dejar mi felicidad entre las garras de tus prejuicios nobiliarios.

—Considera, hijo mío, querido hijo de mis entrañas, que sobre nosotros caería el bochorno más vergonzoso. Es la hija de ese rústico sin decoro que nos arrebató la última de nuestras legítimas regalías; que nos ha puesto en un ridículo espantoso con lo de San Zoil; es el vástago de nuestro odiado enemigo, del enemigo de todos tus antepasados, a quienes aborrece y desprecia y escupe en público de continuo, moñándose de la limpieza de origen entre burlas y chacotas... él, el harto de ajos, el maldito de cocer...

—Vamos, mamá, vamos, que desbarra; que decaes de tu condición en perjuicio de ti misma, de la consideración que te debes a ti misma.

Doña Leonor lloraba con sollozos desgarradores.

—Hijo mío, te lo pido con toda mi alma; por última vez, te lo pido de rodillas.

Y se prosternó ante Fernando, que acudió rápidamente a levantarla del suelo.

—No te obstines, mamá; ni súplicas ni lloros me harán cambiar de propósito. Es inútil todo en contra de él.

—Está bien—dijo ella secándose los ojos cansinos y arrugados—. Dios lo quiere; hágasẽ su santa voluntad, pero con mi protesta más enérgica; y algo más, Fernando: me da miedo decirlo, me tiembla el cuerpo y se acongoja el alma antes de hacerlo; pero si es preciso, lo haré. Aún es tiempo de evitarlo. ¿Te arrepientes?

—No.

—¿Insistes en casarte con esa mujer de bajo nacimiento?

—Sí; y dentro de muy pocos días.

—Pues sea; tú lo quisiste, sea.—Habla despacio y solemne, con entonaciones de sacerdote o de sibila.— Fernando: en nombre de nuestros ilustres ascendientes, en nombre de los progenitores nobilísimos de tu padre, hablando por Ansúrez y Manrique, por Velascos y Girones... ¡yo te maldigo!!

Dió un grito estridente, como si algo se hubiese roto definitivamente en su garganta, y cayó desvanecida en un sillón. Fernando la recogió y la condujo a su alcoba, llamando a la servidumbre para que la asistiera. Don Alfonso les vió pasar, sin que su cara de imbécil cambiase un punto la terrible expresión. Fernando, excitado, molesto, sintiendo dentro de sí algo desagradable que no podía definir ni concretar,



fuéase en busca de su novia; no se apartaban de sus ojos la fiera traza ni de sus oídos las horribles palabras de su madre maldiciéndole.

—Claro que nada importa eso...—decía entre sí—. Pero... impone... impone... No tendrán transcendencia las maldiciones... pero... como si la tuvieran... Pesan como si la tuvieran... Duelen como si la hubieran tenido ya.

* * *

Acabaron de comer en casa de Bruno. Ni una conversación, ni una palabra había roto el medroso silencio, preñado de amenazas. Más que comer, hicieron como que comían. Cuando el castellano concluyó la oración final, dijo retador a su hermana:

—Ya estarás más valiente, «más Castro» que anoche, según decías; ¿no?

—Estoy tranquila—contestó la aludida—y presta a dejar tu casa para siempre en cuanto hayamos puesto en claro lo del matrimonio de Valentina.

—Así podría hablar su madre, pero no tú.

—Es que yo soy ahora su madre, precisamente porque no la tiene y en este momento la necesita.

—¿Y con qué autorización te arrogas ese título tan alto?

—Con la de ella.

—Con la mía—dijo enérgica la muchacha.

—¡Calla tú!...

—¿Yo? ¿Por qué voy a callar, mientras no le falte a Dios, ni le falte a usted y defienda mi derecho?

—Porque yo soy tu padre, que es como ser tu Dios.

—Te equivocas, Bruno; que si tanto amas la libertad y la justicia para los pueblos, debes aprender que tus hijos, bebiendo en esa fuente, aprendieron a amarlas para sí mismos.

—Mira, Valentina: las cosas están en punto de ruptura muy honda y muy larga; a evitarlo, por lo mucho que me dolería, va este ruego: cástate; cástate cuando quieras, pero con quien te merezca; dime el nombre del hombre que más te guste entre los que son dignos de ti, y yo te juro por quien soy que antes de veinticuatro horas le tienes prosternado a tus pies; ahora bien: con ese vano, inútil, con ese haragán, no me pidas que autorice tu boda, porque no podría hacerlo, aunque me empeñara en darte gusto.

—Yo no he de casarme sino con Fernando—interrumpió la hija.

—Otra vez, en la paz de nuestro amor y de nuestra casa, te invito a que reflexiones y midas tus pasos. Ese hombre, Valentina, no te conviene; no sabe trabajar; es un vago; ¡un vago, hija mía! ¿Quieres mayor defecto que el de la holgazanería, el de la ociosidad, que es madre de todos los vicios? Así, este hombre, con tener sólo uno, los tiene todos. No serás feliz con él, porque quien no es útil para los demás, ni para sí mismo, tampoco puede serlo para el amor hogareño. Cuenta los años que tiene, mira lo grandón que es, y no ha servido ni para lo que sirve un niño.

—No se fatigue usted, padre; yo me he de casar con Fernando porque le quiero, porque no es malo, ni aun siquiera inútil; tiene los defectos de la torpe educación que le dieron, y yo los sabré enmendar;

así, pues, por encima de todo y de todos, ¡yo me casaré con Fernando!—afirmó la hija.

—Y eso será inmediatamente—agregó Elvira—, con tu beneplácito o sin él.

—Sin él será, ¡vive Dios! Sin él, y con todo el odio que me cabe en el pecho. ¿Insistes o no, Valentina?

—Insisto, insistiré siempre.

Bruno se puso en pie; de sus ojos profundos salían chispas de luz; sus manos cerráronse, martirizando las palmas con las uñas; echó atrás la cabeza robusta, y gritando, como si a un ejército se dirigiese, exclamó:

—¡A la calle! ¡A la calle todos! ¡A la calle tú, mala hermana! ¡A la calle, maldita tú, mala hija! ¡A la calle ahora mismo!

Había temblores medrosos en el vozarrón que ordenaba; rígido, el brazo derecho apuntaba a la puerta de salida, mientras sus miradas se clavaban como estiletes en los arrojados de allí; al ruido acudieron el cachicán y los criados, rodeando instintivamente al amo, sin darse cuenta de lo que hacían.

Elvira iba saliendo lentamente, conduciendo por la cintura a Valentina, que lloraba llena de consternación; precedíalas don Martín. De pronto la muchacha se desenlazó de los brazos de su tía y corrió a los de su padre, con un grito de amor en los labios.

—¡Padre mío!

Bruno Castro era una estatua de bronce; ni cedió su rigidez iracunda, ni cesó el centelleo de sus ojos, cargados de pasión, ni se dobló el brazo que señalaba la puerta de salida, ni su mirada se abatió sobre la hija implorante. Bruno Castro era de una pieza y de un duro metal.

Y los brazos de la hija cayeron pendientes a lo largo del cuerpo, y tropezando en mesas y sillas, salió por fin, apoyada en Elvira.

La *Guinda* gimoteó un poco, y entre sollozos y suspiros, dijo:

—Y yo me voy con mi señita; y ahí se quean us-tés, so grajo... má que grajo...

Detrás de ella, el ama, la vieja Manuela, salió también, ahogándose en lágrimas y mirando con rencor al castellano. Cuando esta última traspuso el umbral de la casona, dijo Bruno con voz robusta y sentada, dirigiéndose a los pelantrines que a su lado tenía:

—¡Ea! Ya se han ido las mujeres, lo que nada vale, lo que tanto estorba. Nosotros, a seguir nuestra vida de hombres: yo, en el Ayuntamiento; tú, *Rojo*, en mis senaras; vosotros, donde hagáis falta.



**Bodas.**

EN un pisito cómodo y elegante sin ostentación, que abre sus balcones a la plaza de Antón Martín, donde el pueblo madrileño llena el ambiente de ruidos y colores, tienen su domicilio Elvira y el sabio archivero bibliotecario de la Real Academia de la Historia. Allí prepara apresuradamente Valentina su equipo de novia para estrenarle lo antes posible. En ella el gesto de augusta serenidad con que la raza plasma el rostro de los castellanos de la Tierra de Campos, se ha transmutado en una honda tristeza, que vela el brillo de los ojos y torna en cera las rojas mejillas de la hija de Bruno. Piensa sin cesar en su padre y se aflige con el dolor que lacera el alma ruda del labriego; pero no retrocede ni un punto en su camino, que así la hicieron y así será mientras viva, como son los suyos.

Fernando hállase también en la Corte. Ha dado los pasos precisos para que el enlace se verifique du-

rante aquel mes de noviembre, y esperando se halla con ansias irreprimibles la hora de la felicidad.

Bruno Castro continúa en Carrión como siempre, serio y reposado. Solamente en las vigiliass largas de las noches de insomnio, recluso en su alcoba, y a oscuras para que ni sus propios ojos puedan verle llorar, cáenle a veces lágrimas de plomo hirviente, que le salen de muy adentro, de donde guarda como un tesoro escondido el amor de Valentina, la hija arrogante y morena, sana como un rob le joven, fresca como una manzana madura, valiente como cualquiera de los de su raza. Ha dado órdenes a Pedro para que cumpla cuantos mandatos le lleguen de Madrid. Porque Pedro recibe muy a menudo cartas de Valentina, que le pide vaya haciendo cosas convenientes a la buena marcha de su hacienda. Cuando el sobrino le enseñó la carta de su prima, en la que ésta le rogaba que fuese habilitando con rapidez la casa labradora que la pertenecía por herencia materna, Bruno, sin desarrugar el ceño ni endulzar la voz, díjole que llevase los muebles precisos para que nada faltara en la nueva vivienda, y le mandó que cogiera de la cuadra los dos mejores pares de mulas con sus arreos de labor, y el carro «violín», el más fuerte, y la segadora pequeña, y la máquina de beldar, y la sembradora, y los arados... Cuando había Pedro llevado todo lo necesario para tal o cual faena, aún el tío le ordenaba secamente, ásperamente, sin mencionar para quién ni dónde: «Lleva eso también.» Pedro, no sólo le obedecía, sino que lo narraba luego punto por punto, en cartas muy largas que lograban hacer llorar de ternura a la hija y hacer pucheros a la tía.

forzándola a huir de la habitación para que no vieran los demás las caras difíciles con que trataba de contener el llanto.

En casa de Elvira se trabajaba sin descanso; la vieja ama de cría cuidaba de las comidas; la *Guinda*, de la casa, y así tía y sobrina estaban de lleno entregadas a la compra y hechura del equipo.

De cuando en cuando facturaba Fernando a Frómista un cajón atestado de ropa o unos muebles lindos y modernos, que Pedro recogía en la estación y colocaba cuidadosamente en el futuro nido de los novios.

Entre una y otra labor de éstas iba preparando sus cositas para casarse con Blanca. Frecuentemente celebraba largas y sabrosas pláticas con su adorada, la preciosa rubia pequeña y frágil, cuyas miradas azules prendían el fuego de la pasión en los ojazos morenos del campesino. Corrían veloces para ellos los días que les separaban del logro de su dicha suprema. Hábiale dicho Bruno: «Cuando me digas que están terminados todos los preparativos y hecha la escritura dotal, a casaros.»

Ya tenían ellos todo muy adelantado, y cercano estaba el momento, según las cuentas de la novia. ¡Cuántas veces, mientras Blanca remataba el bordado policromo de una mantelería, o concluía de coser la delicada puntilla en una prenda interior, trazaban planes llenos de luz y de ventura, complaciéndose en dibujar los sucesos futuros a su gusto y conveniencia, como si la vida fuese tan blanda y maleable! Todos los días Pedro preguntaba a Blanca por su padre.

—Ahí está, metido en su habitación, en el rincón

más obscuro de su habitación; sin hablar, sin salir, quieto horas y horas en el viejo sillón que antes le servía para trabajar sobre su mesa de escritorio. Se le ve satisfecho, pero reservado. Ya no se ocupa de asuntos del pueblo; ahora sus afanes le llevan a negocios más lejanos.

—Pero ¿no te pregunta nada?

—No habla; tiene la mirada hundida en el suelo, y la piel más amarilla que antes, y las manos, unas manos que me dan miedo, porque me recuerdan las de los muertos, cruzadas y muy prietas como de avaricia, como de ansia de fortuna. Me da miedo por él, Pedro. ¡Le quiero tanto! Si pudiéramos hacerle ser como nosotros somos.

—Tal vez con cariño, con mucho amor lo consigamos; y si tú quieres lo conseguiré yo a la fuerza en su día.

—No, a la fuerza no; a la fuerza, nada. Mira, cuando mis manos le acarician y le beso menudito, menudito, en la cara, y le digo al oído ternezas de cariño, su rostro se ilumina y sonríe y es feliz, olvidado de todo, hasta del dinero; y no se cansa de mis mimos aunque los disfrute a menudo. Por eso yo de cuando en cuando suelto la labor y voy a quererle un poco, y él me lo agradece besándome las manos y mirándome con una ternura de cordero.

—¡Eres tú tan buena y tan rica!

—¡Y tú tan tonto!

—¿Me querrás a mí de esta manera?

—Según, según...; veremos lo que te mereces.

—Yo he de merecer que me pongas en un altar.

—Bueno, te pondré si es así; pero no esperes luego

mis caricias ni mis besos...; a los santos se les reza... nada más...

—Entonces no me conviene el altar.

—¿Qué pides ahora?

Se miraban, se miraban.

—¡Bonita!

—¡Tonto!

* * *

Una escarcha pungente aljofifaba las hierbecillas del campo. El frío seco, característico de los páramos castellanos, amorataba las carnes enteleridas de Bruno Castro y su sobrino Pedro, los cuales sendereaban por sus sembrados pisando perlas y brillantes de donde el sol recién salido, sin nubes ni celajes, arrancaba destellos de luminosidad cegadora. Largo rato llevaban caminando sin que hubieran trabado conversación; que los de Castilla son avaros de palabras y saben «que mucha conversación es causa de menosprecio». Y, sin embargo, un observador agudo habría podido notar que el muchacho hizo varias veces ademán de decir algo, arrepintiéndose antes de lograrlo. Al fin, en un alto de la marcha, mientras su tío sacaba la gran petaca de cuero y liaba un cigarro en grueso papel de enorme cabida, atreviéndose a insinuar:

—Ayer me escribieron...

El labriego siguió su faena de fumador como si nada hubiese oído; sin embargo, un ligero tinte bermejo coloreó sus tostadas mejillas. Pedro animóse al observarlo y dijo:

—Trae la carta nuevas importantes.

Bruno continuó en silencio encendiendo el pitillo, tan mal hecho, a pesar de su maestría y costumbre, que por todas partes se le iba la picadura.

—Como que me ha sorprendido—agregó el mozo—; no creí yo que iba a ser tan pronto...

En un arranque súbito volvióse el alcalde gritando airado:

—¿Pero quieres soltarme de una vez y echar por la boca todos los sapos que tienes dentro?

Sonrióse disimuladamente el interpelado, y bajando la cabeza y la voz, comenzó a decir:

—Me dicen cosas de la boda, pero como usted a lo mejor se enfada...

—Yo no me enfado ni dejo de enfadarme; a mí todo eso me importa un comino.

Callaron. Tras de breve silencio, viendo Bruno que no le contestaba Pedro, añadió:

—Además, que cuando yo lo vea lo creeré... De aquí a que se casen va un rato.

—Si ya se han casado.

Se estremeció el cuerpo fornido, y en el mismo instante se templó.

—Te lo dicen para engañarte. Eres un infeliz. Y si no, verás cómo les cojo yo en mentira. ¿Cuándo se han casado?

—Antes de ayer; a las once de la mañana.

—¡A las once de la mañana! ¡Vamos, hombre! ¿Dónde?

—En San Sebastián.

—¿No te dije? ¿En San Sebastián y están en Madrid?

—En la iglesia de San Sebastián.

—¡Ah, ya! ¿A qué no te cuentan quién iba con ellos?

—Si me lo cuentan todo.

—Pues habla ya, pedazo de bruto.

—Pero si no me deja usted.

—No te dejo, no te dejo; un hueso sano es lo que no debía dejarte, por venirme con esos cuentos a mí... Sigue...

—Bueno; pues verá usted. Salieron a las once de casa de tío Martín.

—Valiente babieca... ¿Iban en coche o en auto?

—Iban en un automóvil muy elegante los novios y los padrinos.

—¡Me querrás hacer creer a mí que tenían padrinos!... ¿Quiénes eran?

—Tía Elvira y tío Martín.

—Siempre metiéndose en los charcos y haciendo faroles...; lo menos se habrán gastado unos miles a lo tonto... ¿A que habían adornado con flores la iglesia?

—¡Ay, tío! ¡Qué iglesia! Con un tapiz que arrancaba de la calle de Atocha y llegaba hasta el presbiterio del altar mayor, y tiestos de palmeras, y de geranios, y de crisantemos ribeteando la alfombra, y luego miles de luces, toda la iglesia hecha un ascua.

—Y buen organista, ¿verdad?

—¡Quia, organista! Una orquesta con muchos violines y otros instrumentos de los buenos.

—Que lo harían que daría gusto, ¿no?

—¡Pues usted verá! ¡Como que empezó a reunirse gente y gente y se llenó el templo, como si fuera la boda de una princesa!

—Si en Madrid son muy noveleros. Y que siempre

es gente de copete, ¿verdad?...; vamos, digo yo, que siendo así la boda, ¿eh?

—¡Calcule usted! Sólo con que se fije en que estaba llena la calle de automóviles y coches de lujo de los invitados.

—¡Vamos, anda! ¡Trolero!

—Pero no ve usted que el tío invitó a los señores académicos de su Academia y de las otras; y cuenta que hay un buen número de ellas.

—Capaces habrán sido de hacerle caso al imbécil de Martín los señores académicos..., y hasta de haber ido a la boda...

—¿No le digo a usted?, casi todos; como que no se podía andar por los alrededores de la iglesia de coches que había.

—Si son así los madrileños, tontos de la cabeza. Puede que hasta les hayan hecho un regalo cada uno.

—¡Hombre!, eso de sabido se calla. En las ciudades todos los invitados regalan.

—¡Y a lo mejor cosas buenas!

—No, que van a cumplir con una baratija. O se es señor o no se es señor.

—¡Puaf! Da asco oír esas locuras, y que haya tantas y tan elevadas personas que hagan eso. Si ya dice el refrán nuestro: «Si la locura fuese dolores, en cada casa habría voces.» En lo posible está que tengan el cuarto lleno de joyas y riquezas regaladas.

—Como que las dos mejores habitaciones, las más grandes que tiene tío Martín, se han llenado de objetos preciosos. —Pedro gozaba extraordinariamente con la infantilidad de aquel hombrachón, que en su inocente afán de mostrarse desdeñoso para su hija y

conservar el gesto de varón fuerte, dejaba traslucir la puericia de un corazón que no sabía de fingimientos ni deslealtades.

—¡Calla, calla! ¡Que se me repudre el cuerpo oyendo tanto disparate!—contestó Bruno—. ¡Académicos! ¡Quizá hayan tenido la desfachatez de ir hasta ministros!

—Pues sí, tío; uno ha ido, el de Instrucción pública, que estima mucho a tío Martín.

—Valiente mamarracho será. No tengo más que ver que les habrá dado la enhorabuena al salir de la iglesia...

—Y no sólo eso; después les acompañó al Palace Hotel a la comida de gala.

—No sigas; que estoy viendo que también fueron a comer los señores académicos, y eso no hay quien lo oiga en calma.

—Claro que fueron, ¡no faltaba más!, ¡y con sus señoras y todo!

—¡Hombre, sería el colmo! ¿Con sus señoras?

—Con sus señoras.

—A mí no me haces comulgar con esa rueda de molino. Unas señoras que serán elegantonas, de lo más elegantonas de Madrid...

—Como usted lo dice.

—Ir a comer con Valentina y sentarla entre ellas y decirla que estaba muy elegante.

—Y decirla que era muy guapa, pero muy guapa; con aquellos colores...

—Como que en Madrid están todas pajizas... Bueno, y los ojos, ¿eh?

—Y los ojos; aquellos ojazos negros de mi prima..

—Es que allí no están acostumbrados a verlos tan grandes...; ésa es la verdad.

—Y todas aquellas señoronas y señorones echán-dola flores y diciendo alabanzas de ella, de su discreción, de su elegante seriedad, de la arrogancia de su tipo.

—Eso, no es porque sea mi hija, ¿eh?, pero lo ve un ciego...

—Y después de la comida, que fué de las que sirven a los reyes, les hicieron un retrato a todos.

—¡Capaz serás de tener tú uno!

—No, no me los han mandado; ni de ése ni del que se hicieron los novios al salir de la ceremonia.

—¡Ah, bien! Porque te iba a decir que ya le estabas quemando. En mi casa no entras tú con un mamarracho de éstos. Y si tienen el atrevimiento de enviarte uno o dos, me los entregas al momento para que los haga mil pedazos y no los vuelva a ver en la vida. Al fin y al cabo, a ellos tardaremos en verlos Dios sabe el tiempo.

—¡Quia! Si vienen en seguida.

—En seguida, en seguida; según a lo que tú llames en seguida.

—Pues... en esta semana.

—Bueno; por mí, como si vienen el día del Juicio final; ni ellos se acuerdan de mí...

—Por ahí yerra usted, tío.

—Como te empeñes en hacerme creer que les pasa mi persona por la memoria, te arreo un golpe, que te va a hacer pensar lo malo que es engañar a tu tío. ¡Acordarse de mí! Además, que se acuerden, que no

se acuerden, yo no me acuerdo de ellos. Para mí, se han muerto.

—Pues mire usted, Valentina me dice que cuando la boda no hacía más que pensar en su...

—¡Calla! Si no te corto el hilo, capaz hubieras sido de decirme que la hacía llorar el recuerdo.

—No se enfade conmigo, tío; pero lo cierto es que eso me dice: que se pasó el día llorando, recordándole a usted y recordando a... su madre.

Bruno enmudeció, aceleró el paso y dejó atrás a Pedro, que tuvo la prudencia de pararse para que el recio labrador llorara a sus anchas, bañando en un río de lágrimas dulcísimas aquel rostro curtido y rudo, en el que ni dolores ni peligros lograban la más pequeña alteración, pero en el que el amor de padre había derretido la estatua helada del vigor castellano.

* * *

Aquella noche Bruno Castro no durmió ni un minuto. Hora tras hora, pasósela en un placer inenarrable, recomponiendo en su imaginación colorista el cuadro fastuoso y pintoresco de la boda de Valentina. Y lo vió dentro de sí como si lo viera en la realidad, y disfrutó más que habiéndose hallado en la ceremonia efectiva; porque en la ceremonia imaginada que se iba fingiendo, nadie podía privarle de dar a su hija millones y millones de besos enardecidos y amorosos, y de atizar de cuando en cuando al yerno un puñetazo en el vacío al pasar junto a él, y dar la mano a este ministro y un abrazo al otro académico, y regalar un ramo de flores a una señora, la mar-



quesa de tal, y un bombón a la duquesa de cual. Al mismo tiempo seguía todos los momentos de la ceremonia sin desentonar: rezando, devoto, en la iglesia, atracándose con gula en el banquete. En éste arrojó a Fernando de un empellón fuera de su sitio y se sentó él entre Valentina y un sabio, a quien en su sueño gracioso adornó con una fama universal. Y oyó brindis elocuentes y frases ingeniosas, y él mismo se levantó con una copa en la mano, y estuvo contando a los señorones aquellos, todo lo que él quería a su hija y todo lo que valía su hija, que bien estaba entre ellos, pues valía tanto o más que ellos. La luz de la mañana le produjo un disgusto serio. El soñaba de noche; él imaginaba a oscuras. De día había que vestirse y dejar aquel placer sin medida. ¡Paciencia! En llegando la nueva noche se daría otra ración.

* * *

Pedro y Blanca seguían con ardor los preparativos de su enlace. Ya habían terminado la compra de sus ropas y de sus muebles. El usurero cumplió su palabra extendiendo la ofrecida escritura dotal, y se fijó para unos días después la celebración del matrimonio.

* * *

—¡Fernando!... ¡Tío!

Valentina alborotaba la casa madrileña con su voz sonora y dulce a la par.

—¿Qué ocurre?

El tío Martín entró al husmeo de noticias buenas. Fernando acudió gozoso, mirándose en aquellos ojos grandes, profundos, negros, de Valentina, que le tiranizaban.

—Carta de Blanca—decía la recién casada—; nos cuenta su boda. Sentaos, vamos a leerla despacio... Tú, estate quieto, Fernando...

—Si, hombre—agregó el tío—, ten formalidad.

—«Queridísima Valentina: Ya somos primas oficialmente, hermanas podemos decir, que más se parece a este parentesco el que te une con mi marido. ¡Mi marido! No te suena esto a ti de una manera rara. ¡Mi marido! Con ser tantas las cosas que hace la novia y la rodean desde mucho antes del día de la boda, el cambio de soltera a casada es por sorpresa, es un salto de orilla a orilla, y el río tiene varios kilómetros de longitud. Yo estuve como atontada: cuando me quise dar cuenta de aquella balumba de pequeños sucesos que me mareaban la cabeza, era ya la esposa de Pedro.

»Desde la víspera fué mi casa un hormiguero de gentes: amigos, conocidos, servidores, convidados y criados, forasteros y personas del lugar. Mi padre se reanimó de manera extraordinaria; yo no le había visto así nunca. Estaba regocijado, decidior, ágil, inquieto, tal como si hubiera bebido más de la cuenta y gozase el momento alegre de una borrachera. La noche de la víspera nos acostamos todos tarde y dormimos mal. No puedes imaginar el número de camas que se armaron por habitaciones, pasillos y hasta paneras, para dar albergue a las chicas y perso-

nas mayores llegadas de los pueblos de alrededor a presenciar la ceremonia de mi matrimonio.

»Al amanecer, ya estaba yo rodeada de muchachas disputándose la honra de vestirme el traje de novia, de peinarme, de adornarme. ¡Y lo que se tarda en todo esto! ¡Claro; eran tantas! Pedro y tu padre, «mi tío Bruno» (chica, no te extrañe que llene la boca con lo de «mi tío Bruno»: ¡me enorgullece tanto sobrina de un hombre tan cabal, tan recto, tan caster llano!); como te decía, llegaron tu padre y mi Pedro acaudillando todo un ejército de invitados de Carrión y pueblos aledaños, que venían en carros de mulas, o a caballo, en tilburis o automóviles... ¡Con decirte que se llenó de vehículos el corralón grande! Pedro estaba guapísimo, tan ancho, tan fornido, brillándole en la frente esa nobleza tan honradota, esa bondad tan infantil; traía un vestido negro y un elegante abrigo azul oscuro; «mi tío Bruno», su buen traje de paño pardo nuevo y una gran pelliza, que se había comprado para esta ocasión.»

Valentina interrumpió la lectura, se enjugó una lágrima y dijo:

—¡Qué guapo estaría!

—Con su gran estatura—añadió Fernando.

—Con su hermosa cabeza de romano—agregó don Martín.

—Sigue, mujer—ordenó Elvira.

—«Cuando nos dirigimos a San Pedro, la comitiva era imponente.

»De la ceremonia no me enteré; tenía el cráneo vacío, me resonaban en su hueco unos ruidos extraños que no me dejaban ver ni oír. Cuando salimos, el

griterio de la gente del pueblo dando vivas ensordecía y entusiasmaba; yo iba del brazo de Pedro, agarradita, asustadita; mi padre, detrás de mí, pisándome los talones, marchaba loco diciéndome: «Eres más bonita que un ángel; tienes una cara de gloria que daría envidia a una reina; nenita, ¿estás contenta? ¿Te sientes feliz?» ¡Pobrecillo! Yo me volvía de cuando en cuando y le daba un cachetillo en la cara y le regalaba mi sonrisa mejor. Después que mis amigas me desnudaron el traje de novia y me pusieron el de calle, fuimos a comer. Habían colocado las mesas en la troje del trigo, la grande, ¿sabes?, porque no había habitación capaz para tantos cubiertos; tu padre, que ordenó la colocación de los comensales, mandó (¡Dios se lo pague!) que mi padre se pusiera a mi lado. ¡Le echó una mirada de reconocimiento este pobre viejecillo mío! Renuncio a contarte lo del banquete, porque de ello no me queda en la memoria, en la imaginación más bien, otra cosa que unas imágenes de fiebre, unas absurdas figuras de pesadilla; montes de carne, lagos de vino, planicies de natillas, y al final el griterio de una tropa sublevada y los disparos amedrentadores de huesos, de corruscos y el vozarrón tonante de tío Bruno Castro, parando en seco la batalla. Algo más recuerdo las cosas íntimas y menudas, las cosas tiernas del querer; la solicitud amorosa de Pedro, empeñándose en hacerme comer lo mismo que un labrador; los mimos de mi padre pretendiendo que bebiera como un campesino, y la protección afortunada del tío, librándome de una indigestión a instancias del cariño de ambos.

»Por la tarde se repartió la gente entre sitios de su

especial predilección: unos, los jóvenes, a bailar al salón grande; otros, los maduros, a jugar un tresillo o un tute en diversas estancias, y algunos, a tomar el fresco por la carretera de Palencia o las parvas del Canal de Castilla. Pedro y yo nos fuimos poco a poco, no recuerdo por dónde; yo, mirara donde mirara, sólo conseguía ver la cara ardorosa y los ojos acariciadores de mi marido.

>La carta, querida Valentina, va siendo ya muy larga, y si algo más hubiera de contarte, ya lo haré de palabra dentro de unos días, cuando vengáis y nos comuniquemos una a otra las impresiones curiosas del matrimonio, que vistas por nuestros dos temperamentos, tan distintos, serán muy diferentes.

>Di a Fernando y a los tíos que les quiero mucho. Y tú, Valentina, hasta que te coma a besos tu prima

BLANCA.>

Todos callaron; por las imaginaciones, fuertemente sacudidas, desfilaron los paisajes y las gentes de la Tierra de Campos, arrebatándoles a la contemplación y al comentario de cosas diversas; y así, Valentina, con la carta caída en su regazo y los ojos en el azul del cielo por los cristales del balcón, pensaba en su país amado, en las personas queridas de Carrión de los Condes.



XXVI

El comentario de los pueblos.

AL día siguiente de verificado su enlace, fuéronse Blanca y Pedro a Carrión, con objeto, decían, de pasar una semana con el tío Bruno; en realidad, para proceder con mayor soltura, lejos del *Rapiña*, a llevar a cabo las liquidaciones y devoluciones convenidas.

El matrimonio fué hospedado en la mejor habitación de la casona del alcalde, y cuantos en la casa vivían, y aun todo el vecindario de Carrión, hízoles objeto de atenciones y cariños.

Aquella noche Pedro mostró a su tío el rimero de escrituras que llevaba consigo. Con ellas delante, dijo Bruno Castro:

—Dios será servido de hacer el bien. Para más fácilmente lograrlo, ayudaremos todos. Yo esta tarde desentrañaré esos documentos y sacaré la cuenta justa a cada deudor, a fin de que solamente pague capital e intereses legales. Tú, Martín, llevarás a Pedro en tu coche por esos pueblos de Dios; alguna vez han

de servir de algo bueno tan apestosos cacharros. Y empezáis mañana, que para las obras de misericordia hay que madrugar.

Y en efecto, con el alba salieron de Carrión al día siguiente los dos viajeros, prendidos por el deseo de hacer el bien y dar cuanto antes noticias gratas a los arruinados pelantrines, empobrecidos por la avaricia del usurero; y se fueron a Támara, el famoso pueblo donde el último rey de León, el joven Bermudo, perdió su vida en la batalla de Támara metiéndose por lo más recio de la pelea, fiado en su caballo *Palazuelo*, y pereciendo atravesado por la lanza de su cuñado Fernando de Castilla, que de este modo juntó en su cabeza las coronas de Castilla y de León, primera fase de la unidad nacional, que se yergue sobre un fratricidio.

Llegados al pueblo, dejaron el cochecillo en medio de una calle, bajo la guarda de la honradez campesina, y buscaron la casa del tío Quico, el *Rojo*, viejo labriego, a quien las heladas y los soles del campo habían doblado hacia la tierra como un salce carcomido. En su casuca miserable estaba, y en la cocina, pequeña, terrosa y oscura, les recibió. Pronto acudieron la nuera y el montón de nietecillos, que les rodearon y se posaron en ellos como las moscas. La conversación fué breve; los forasteros tenían mucha labor que hacer.

—Venimos a restituirle a usted las once obradas y tres cuarteros de sembradura con que se quedó el señor Eliseo por el préstamo que usted sabe.

—¿Que me van a restituir?—decía el labrador, lleno de suspicacia—. ¿Y a cuenta de qué?

—De nada. El prestamista se queda con unas obras de usted, que representan el valor del capital que le prestó y sus intereses legales; lo demás se lo devuelve.

Pedro tenía la delicadeza de achacar la buena acción a su suegro, como deseo de éste y sacrificio pecuniario del avaro.

—¿Que me lo devuelve? Miren, no me metan en más líos, que hartos pasé para dar en la pobreza. Poco pan nos queda, y si ése nos lo quitan, se morirán de hambre estos arrapiezos.

—Pero si es al revés; si venimos a traerle su fortuna.

—Sabe Dios a lo que vendrán ustedes. Si ustedes me dispensan, les diré que a cosa buena no pueden venir trayendo encargo del *Rapiña*... Y ustedes perdonen si son familia de él.

Por más que Pedro se deshizo en explicaciones, el cráneo duro del senarero no dejaba entrar en su cerebro ni una sola de aquellas ideas de arrepentimiento y caridad. Fué la nuera quien se dió cuenta del caso, y se exaltó llena de alegría y empezó a cantar alabanzas del usurero que tornaba al querer de Dios y a la doctrina de la Iglesia, y siguió cogiendo y besuqueando ardorosamente a sus hijucos, y mandó a la mayorcita que trajese de la taberna una botella de blanco y unas pastas duras, que los forasteros no quisieron probar, pero que sirvieron para que los de casa festejaran la buena nueva. Cuando salieron de allí Pedro y su tío, gritábales la mujer parabienes y deseábales venturas, mientras el anciano, con la frente hacia el suelo, meneaba la cabeza llena de recelos y

murmuraba frases de temor. La mujer se echó a la cabeza un pañuelo, colgó un mantoncillo de los hombros, y ligera como una liebre se fué hacia el campo en busca de su marido, gritando a las vecinas sin dejar de andar, según se cruzaba con ellas en la calle: «El demonio del usurero, que se ha vuelto loco y nos devuelve la hacienda. Que os lo cuente mi señor (mi suegro). Al manicomio le tendrán que llevar, si no es que el diablo se lo lleva a los infiernos, Dios nos libre.»

Don Martín y Pedro buscaban la casa de la viuda de Pablo, que manejaba un tenducho de comestibles y labraba unas tierrecillas. Tenían que devolverla varias viñas y una casa grande que había sido parador. Llevaban los documentos necesarios. Al cruzar por el atrio de la soberbia basílica levantada en el siglo xiv, paráronse a contemplar la pureza de su estilo y la grandiosidad de su fábrica, muy superior a lo que corresponde a tan pequeño pueblo. Entraron; el coro maravilloso, la pila bautismal, el púlpito originalísimo, la primorosa verja del presbiterio, todo cuanto esbelto y rico rememora las décimoquinta y décimosexta centurias, retuvo durante largo rato la atención de los viajeros.

Antonia, la viuda, les recibió poco después en el portalucho, que olía a vinagre y anís y aceite y jabón y otras materias poco gratas al olfato. Se enteró de lo que para ella llevaban los carrionenses, y, mujer al fin, sintió viva la curiosidad más pujante aún que el interés.

—¿Y usted, Pedro, por cuenta de quién anda en esto? Porque aunque sea pariente del prestamista, no será éste quien se lo haya encargado.

Don Martín contestó:

—¿Y a usted qué más la da, ni qué la importa, señora?—pero Pedro no quiso dejar en el aire una interrogación que la malicia pueblerina se encargaría de contestar si no la contestaban ellos.

Pedro sabía mucho de la psicología del lugareño.

—Yo la diré a usted, Antonia. Ya sabe que me he casado con Blanca, la hija del señor Eliseo, y queremos los tres que las cosas un poco torcidas que mi suegro haya hecho se enderecen lo más pronto posible.

—¿Los tres?—dijo con retintín la viuda.

—Los tres, sí.

—¿Y por qué no dice usted los cuatro?

—¿Qué cuatro?

—Yo ando por los pueblos y voy mucho a Carrión y conozco las gentes; apostaría la cabeza a que esto es cosa del señor Bruno; ¿a que sí?

—Se alegra, claro está, pero quien lo hace es el padre de Blanca.

—Ya... ya... ya...

Otras dos más pequeñas devoluciones realizaron antes de que los dadivosos montaran de nuevo en su automóvil. Cuando fueron a ello habíanse congregado allí casi todos los vecinos en torno del coche, esperándolos. Hasta el cura y el médico y el veterinario, los altos y los bajos, los hombres y las mujeres y un ejército de chiquillos. Y prorrumpieron en vivas, y el párroco estrechó las manos a los forasteros, diciéndoles:

—Digan ustedes a don Bruno que mañana pediré por él en la santa Misa para que Dios le premie el bien que hace...

—Pero si no es mi tío, si es...

—Ya estamos, ya—interrumpió el médico—. Usted ¿qué va a decir?, naturalmente.

—Pero, señor...

—Mire, Pedro—le atajó el veterinario—, aquí nos sabemos de memoria al *Rapiña* y lo que da de sí.

—Esto huele a Bruno a cien leguas—remató el sacerdote.

Y siguieron los vivos y las palmadas hasta que se perdieron de vista los carrionenses camino del cercano pueblo de Amusco.

En él comieron, acomodándose a la cocina de una posada castellana, huevos fritos y magras con tomate y un pollo tierno y grande, sabrosísimo, cebado con orujo y triguillo; de postre, queso de ovejas. En seguida diéronse a buscar los tres o cuatro vecinos a quienes tenían que devolver sus bienes.

Mientras caminaban por las callejas hundidas y descompuestas, don Martín acordábase de doña Leonor, porque esta villa de Amusco fué señorío de la noble familia de los Manriques, de quienes descendía la madre de Fernando. Fué en el siglo xiii cuando le recibió don Rodrigo Manrique junto con el de Piña y Amayuelas. En el xvi, recayó, por herencia, en el duque de Nájera. En esta población, de tanta importancia en aquellas viejas edades, moraron Garci-Fernando en el reinado de Fernando IV y don Pedro, que siguió las banderas de Juan el Tuerto en la tutoría de Alfonso XI, y sus hijos Garci-Fernández y don Gómez, arzobispo de Toledo, y su sobrino don Juan, arzobispo de Santiago, y otro don Gómez en el siglo xv, casado con la nieta de Enrique II, doña Leonor de Cas-

tilla, que trocó en convento su palacio e ingresó más tarde en el cenobio de Calabazanos, donde murió en olor de santidad.

Los viajeros entraron por una amplia puerta trase-ra al corral de un labriego, y después al cuarto pobre, pero relimpio, que hacía oficios de sala de recibir en aquella mansión modestísima. Su dueño, fuerte, membrudo, de noble presencia y triste gesto, les recibió con afabilidad y escuchó con extrañeza la misión que allí les conducía.

—¿Que el *Rapiña* va a deshacer lo hecho? Dios se lo pague, en buena hora llega. Por salvar al hijo de ir a servir al rey y luego para atender a los gastos de las bodas de mis dos chicas, me metí en las garras del usurero y sólo saqué de ellas el pellejo; ¡no digamos de mal! Los labradores no podemos pedir prestado, y menos para estos empleos irreproductivos; la tierra da poco de sí; pero cuando, además, cae uno con gente como el de Frómista, aunque la agricultura fuese una mina de plata, sería lo mismo.

—Pues nada, todo arreglado. Ahí tiene usted sus fincas otra vez. Por ésta, el de Frómista se ha excedido de generoso.

—Mire usted, don Martín—contestó el campesino—; ¿para qué nos vamos a engañar? El *Rapiña* lo hace, claro que lo hace: si no fuera él, nadie podría hacerlo; pero aquí hay otra mano muy fuerte que empuja; que en el país nos conocemos todos, y de sobra sabemos cómo es Bruno Castro, que desde mozos nos tratamos, y soy ya un poco viejo para que me engañen. Pero, en fin, de todos modos, gracias al prestamista y a ustedes, que se toman la molestia.

—Bueno; pues señor, de poco le sirve a tu suegro lo que estás haciendo—decía don Martín a Pedro en la calle, camino de la vivienda de otro deudor.

—Y aquí, entre nosotros—contestaba el muchacho—, la verdad es la que estos lugareños dicen, por lo que se ve su perspicacia y buen ojo.

En Amusco, de igual manera que en Tamara, la multitud, enterada rápidamente del acto extraño, inesperado, absurdo, del *Rapiña*, atribuyó a Bruno Castro el bien que hacían los de Carrión; el pueblo entero reunióse en la ermita de Nuestra Señora de las Fuentes, buscando a Pedro y a su tío, que allí admiraban aquella típica construcción del siglo XIII, con todas las bellezas del orden gótico en su primera fase, y del gusto románico en la última; con su maravilloso ábside y crucero, y con el resto del templo en donde un cambio radical hace que se peralten los arcos y ganen las naves en altura y se agrupen las columnas y se inicie la crucería en las bóvedas, surgiendo los caracteres del estilo germánico, y así el contraste de los dos estilos presta una belleza y una originalidad encantadoras a este viejo templo.

Acompañados fueron por todo el vecindario, que prorrumpió en exclamaciones y gritos de alabanza, hasta que el cochecillo perdióse entre la polvareda que levantaba por el trillado camino de Fuentes de Valdepero, donde antes de anochecer se proponían ultimar unas devoluciones.

La más importante de ellas pertenecía al sindicato agrícola, que reunió a todos sus miembros en el saloncillo de la Casa Consistorial, bajo la presidencia del alcalde, que era a su vez presidente de la Corpo-

ración Agraria. Y allí les dió cuenta Pedro, en lenguaje familiar, sencillo y claro, de lo que iba a devolverles en nombre del señor Eliseo, lo que produjo el natural estupor y la alegría que es de suponer. El maestro de instrucción primaria, que pertenecía al sindicato, levantóse solemnemente y en traza de pronunciar un discurso, según lo estirado que se hispió, y las toses con que hubo de limpiar su garganta, y la postura académicamente oratoria que hubo de adoptar. Pero el alcalde cortó en germen el intento diciendo con rudeza:

—Es bastante serio y transcendental el asunto para que le estropees con discursos. Siéntate y vamos a lo práctico.

Y seguidamente procedióse a redactar los documentos necesarios para que la donación quedase firme y legalmente constituida. Al mismo local acudieron dos familias a las que tenían que devolver otros bienes; y todos juntos, más una muchedumbre alborotada que esperaba en la plazuela, acompañaron a los forasteros hasta el interesante castillo de este pueblo que fué señorío de los Sarmientos, los cuales erigieron su famosa fortaleza de grandes proporciones y graciosa simetría, con cubos blasonados en los ángulos y matacanes sobre las dos puertas, de acceso una y de escape otra. El cura del lugar deciale a don Martín:

—Es memorable la defensa que de este castillo hicieron las mujeres del poblado dirigidas por Andrés Ribera en 1520. Se portaron con tanta bravura como los hombres más valientes.

—¿Pero ese cubo está recompuesto? — inqui-

rió el archivero señalando al que mira al poniente.

—Como que fué derruido en el cerco y asalto con que conquistó la fortaleza el obispo de Acuña, jefe de los Comuneros en la Tierra de Campos. Iba hacia Burgos para levantar la ciudad y pasó por aquí, asediando y apoderándose de este castillo.

—¿Y qué es aquello que asoma entre los escudos del torreón que mira al Sur?

—Aquellos escudos que muestran los roeles de los Sarmientos contienen en la hendidura vertical que hay en el centro de su separación una espada herrumbrosa, larga y estrecha, de cazoleta toledana. Hace años ya procedióse solemnemente y cuidadosamente a examinarla, y se encontró enrollado en el pomo un pergamino cuya escritura, borrada por las aguas y los soles de mil años, no pudo ser descifrada.

—Tal vez relataba una guerrera aventura, o el cumplimiento de un voto, o la realización de un suceso caballeresco.

—O quizá—adujo el cura—expresaba un terrible dominio señorial y la amenaza de su hoja puntiaguda, esperando el cuerpo de la víctima arrojado desde la almena superior.

—¿Quiénes vinieron aquí además de los Sarmientos?

—Pedro Enríquez, hijo del conde Alba de Liste, a quien Felipe II cedió este pueblo con un título de conde. Es el último señor de que hay memoria.

Volvieron al punto donde estaba el pequeño Citroën. El pueblo en masa los seguía, vitoreándolos. Antes de arrancar preguntó Pedro:

—¿No sería mejor que fuéramos a Paredes de Nava

para seguir aquella línea de pueblos hasta Sahagún?

—No, sobrino—contestó don Martín—, que ya es de noche y no me gusta andar esos caminos tan desiguales y desconocidos sin una luz mejor que la de mis faros. Quedémonos en esta posada y mañana tempranito emprendemos el derrotero que deseas.

* * *

Al día siguiente, cuando el sol ponía el rubor de sus primeras tonalidades en las cimas de los montecillos gredosos, el cochecillo de don Martín salía en dirección a Paredes de Nava, pueblo natal del enorme Berruguete, cuyas obras son orgullo de las artes plásticas españolas. La soledad de aquellas carreteras permitíale conversar descuidadamente con su sobrino Pedro, que iba acariciando el maletín donde llevaba los oportunos instrumentos notariales.

El espíritu exquisitamente culto del archivero se recreó con las bellezas arquitectónicas de los templos de Paredes de Nava, que aún tienen sus moles milenarias en buen estado de conservación; y gozó recordando los primeros años de Jorge Manrique, el poeta sin paz, el dulcísimo poeta de Campos, hijo de don Rodrigo, a quien don Juan II cedió el señorío de Paredes de Nava, con título de condado.

—Berruguete y Jorge Manrique aquí—murmuraba don Martín—y el marqués de Santillana en Carrión. ¡Ah, Castilla, Castilla, eres tan grande en tus hombres como en tus monumentos!

En las callejas de este pueblo, como en los que días antes habían recorrido, reprodujéronse las escenas in-

teresantes a que daban lugar aquellas devoluciones tan inesperadas, tan absurdas. Las mujeres, sobre todo, las descendientes de aquellas matronas que en 1296 defendieron valerosamente el poblado con lanzas, con espadas y con picas, contra las huestes aguerridas del infante don Juan, diéronse a manifestaciones de entusiasta gratitud, que conmovieron a todo el vecindario.

Despedidos cariñosamente por él, salieron los carrionenses en dirección al pueblo de Cisneros.

—¿Hay mucho que hacer allí?—preguntó el madrileño.

—Tres restituciones muy sencillas—contestó Pedro—; así que podremos comer en Cisneros y llegar a Sahagún con tiempo suficiente para dar fin a lo que hemos de hacer en esa villa.

Efectivamente, las devoluciones de fincas fueron cortas y sin trabacuentas, porque eran operaciones ultimadas hacia un año. El alcalde del pueblo, que les acompañó en sus trabajos, gratisimos para todo el lugar, sentóles a su mesa y les obsequió con una magnífica comida de labrador bien acomodado: manjares fuertes, condimentos sanos, vinos puros.

—¿De aquí son los Girones, verdad?—preguntaba el archivero.

—De aquí, de aquí—contestaba el anfitrión, y refirió su origen diciendo: —En la batalla de La Sagra, vióse Alonso VI en grave apuro, del cual le salvó Rodríguez de Cisneros, recogiendo en testimonio un «jirón» del manto real, de donde nació el apellido, brillantado después por sus descendientes en las Navas de Tolosa. Ahora, que el hijo de Cisneros, ver-

daderamente grande, es el famoso cardenal Ximénez, el que tomó a Orán, y fundó la Universidad de Alcalá, y domó la nobleza revoltosa, y expulsó a los judíos.

—Un Dios para tu tío Bruno—interrumpió don Martín mirando a Pedro—; esto de la doma de nobles lo tendrá él colgado del mejor sitio de su memoria villana.

Se despidieron muy agradecidos, y tornaron al cochecillo y a correr por aquellos terrenos, donde no hay árboles, ni montañas, ni piedras, que así dice el refrán: «En Tierra de Campos sueltan los perros y atan los cantos.» A media tarde, aún con buen sol, entraron en Sahagún, el pueblo que vivió para un convento, que nació de un convento, y a su cobijo creció, siguiendo los vaivenes, los reveses y fortunas de aquel templo edificado en los primeros años del cristianismo, para glorificación y memoria de dos guerreros, Facundo y Primitivo, de las huestes de Marco Aurelio, el cónsul Atico, que les hizo martirizar por ser cristianos. Diez y siete siglos hace de tan memorable suceso, y aun resuena el nombre de *ecclesia mirae magnitudinis*, con que se le llamó para describir su grandeza.

Pedro y su tío fueron derechos a casa del alcalde, y acompañados de éste visitaron a varios labriegos, que en el colmo de la sorpresa al escuchar que les devolvían sus bienes, miraban fijamente los ojos de la primera autoridad de la villa, labrador sano, fuerte y honradote, a estilo de la Tierra de Campos, para beber en ellos confianza y disipar sus vivísimos recelos de engaño.

Cuando acabaron su labor, y ya el pueblo hervía en comentarios y gratitudes, dispusieronse a montar en su pequeño Citroën; pero el alcalde se opuso a ello, rogándoles con todo encarecimiento que se quedaran en su casa aquella noche, evitando los peligros de la carretera sin luz y el frío de un viaje a las velocidades del automóvil por la estepa helada de Castilla. Y así lo hicieron, dándose el placer de una cena sabrosa y nutritiva, y después unos vasillos de vino rancio, el famoso «tostadillo» de la Tierra de Campos, que hizo más grata la sobremesa.

—Me ha causado pena muy honda—decía don Martín—ver las ruinas casi extinguidas del monasterio de San Facundo.

—Apenas quedan restos de una capillita de piedra y tal cual capitel o pedazo de palestra—añadía el de Sahagún.

—Y, sin embargo, yo he gozado mucho entre aquellas zarzas, entre aquellas madre selvas, sentado en un sillar y hundido en la espesura del silencio milenarío de las ruinas.

—Aquí debieron pasar grandes cosas, por lo que se oye a los señores que vienen a ver esto.

—Aquí fué recluso Alfonso VI, vencido por el Cid, y renunció a la corona, y tomó el hábito de monje benedictino; y así vivió bajo la guarda del abad francés Bernardo de Ciuny, meditando la manera de evadirse, mientras cantaba en el coro con la comunidad, o paseaba por los claustros austeros, o reposaba en la estrechez de su celda. Y aquí, ayudado por su guardián, recibió a sus hermanos Gonzalo y Fernando, y a la reina doña Elvira, y al caballero Peranzu-

les, huyendo con ellos hasta los reales de Al-Manun, que dominaba en Toledo. Y luego, cuando su enemigo Sancho fué asesinado por Bellido en los muros de Zamora, el ex monje empuñó su cetro de rey, prestó ante el Cid el terrible y triple juramento, y recibió los tronos de León y de Castilla.

—Qué alternativas más tremendas.

—Las mismas que sufrió este convento, y por tanto, esta villa. Porque cuando Alfonso VI triunfó, har-tóse a derramar bienes y privilegios y honores sobre el cenobio de San Facundo. Todo el pueblo quedó sujeto al monasterio y ni pan siquiera pudieron co-cer los vecinos sino en los hornos de la abadía; más tarde, hasta les otorgaron facultad de acuñar mone-da; y al abad Bernardo hizole arzobispo de Toledo, habiendo éste pagado tan codiciada merced con la conquista de Alcalá de Henares para la corona de Castilla.

—En estas ruinas estuvo enterrado ese rey Alfonso.

—Estuvo, pero ya no está; no se respetaron sus restos, ni los de sus mujeres; con pingajos de aque-llas vestiduras riquisimas jugaron los chiquillos; y por fin, aventadas las cenizas venerables, fueron uti-lizados sus sepulcros para otros enterramientos.

—¡Un horror!

—Cosa grande... cosa grande—decía el senarero, admirado de aquellas magnitudes históricas.

Se levantaron de sus asientos. La hora avanzada invitábales al descanso. De madrugada partirían ha-cia Carrión.



XXVII

Una carta terrible.

DE vuelta en Carrión, tras de los días gustosos, empleados en aquella peregrinación de desagravios, Pedro y Blanca olvidábanse de cuanto en el mundo vivía, engolfados en la magnitud de su amor. Pero la realidad, siempre más áspera que los sueños, llamó a la puerta de aquel paraíso, y les hizo volver a la vida cotidiana desagradable. Esta realidad llegó en forma de esquila pequeñita, rugosa, mal escrita por el ama de llaves del *Rapiña*, que envió a un mozo de mulas de la casa, para que hiciese entrega de ella a los recién casados. Decía así:

«Señorito: El señor se ha marchado de casa, yo creo que para no volver, según las trazas. Si los señoritos quieren venir, les contaré lo que ha ocurrido.» Blanca se puso intensamente pálida; se agarró al brazo de Pedro para sostenerse, y dijo:

—Me lo temía; tardaba ya en llegar el estallido.

—¿Qué puede ser?—preguntó el muchacho.

—Las devoluciones, hombre. ¿Crees tú que mi pa-

dre, cuando se haya enterado de lo que estamos haciendo, no habrá puesto el grito en las nubes?

—Bien, bien; vamos allá. De la esquila se deduce que puede darnos más completos detalles.

Y se fueron en el cochecillo de su tío Martín, que éste dejaba siempre en el pueblo para usarle durante las vacaciones. Cuando entraron en casa, salió a recibirles la vieja ama de llaves, muy asustada y con una carta en la mano.

—El señor —decía temblorosa—salió antes de ayer, y ésta es la bendita hora que no ha vuelto. Dejó sobre mi cama esta carta para los señoritos.

Blanca sobrecogióse peligrosamente. Pedro tomó la carta, y sujetando a su mujer por la cintura, entró en el pequeño comedor, preguntando a la vieja:

—¿Usted le vió marchar?

—Sí, señorito Pedro.

—¿Cómo iba?

—Llevaba el traje nuevo y un hatillo a cuestas.

—Bien, bien, váyase. No habrá ocurrido nada malo.

Luego, dirigiéndose a Blanca, añadió:

—Tú debes acostarte: estás muy pálida.

—Yo te oiré primero leer esa carta. Todo, hasta lo más horroroso, es preferible a la duda. ¿Ves tú si sería tremendo que se hubiera tirado al canal? Pues aun eso es necesario que yo lo sepa cuanto antes.

Pedro, mientras abría el sobre, iba diciendo:

—No temas, no habrá llegado a tanto; si el diablo comprara vidas a buen precio, tal vez ..

—¡Pedro, por Dios!

—Perdona. Vamos a ver qué dice.

Pedro leyó despacio con voz sonora:

«Querida hija: Ayer me he enterado de vuestro crimen insospechado, de vuestra acción canallesca; estáis devolviendo mis bienes; estáis aventando mis fatigas, mis sudores, mi riqueza. Sois unos infames; peores que hienas, más despreciables que sapos. Cuando me lo dijeron, creí morirme de horror, de ira tremante, que me martirizaba más que un hierro candente. Pensé asesinar a tu marido, apalearte a ti y suicidarme yo. Fué un día tremendo de aborrecimientos. Después discurrí mejor: mi odio hacia vosotros se trocó en desprecio; erais unos insensatos, unos locos; sólo los perturbados pueden desparramar sus bienes con alaridos de virtuosos; no merecíais ni mi dolor ni mis iras. Debía dejaros en vuestro desvarío en la pobreza que os cercaría prontamente, que os comería la entrañas; no erais dignos de mí ni de mis mayores. ¡Lástima grande lo que por ti había penado y padecí durante tu dolencia! Si hubieras muerto, esos imbéciles, tramposos, de la Tierra de Campos, no tendrían como suyos mis bienes, mis viñas, mis casas. ¡Malditos seáis todos!

>Me voy de esta charca. Vivir sin prestar, sin acaparar, sin erguirme sobre las ruinas, sobre las miserias regadas con lágrimas e iluminadas por la luz cárdena de la muerte o el crimen, no es vivir, no quiero vivir. Vosotros sois unos miserables, unos pequeños, cuando habláis de deshonor. ¿Qué es deshonor? Una cosa chiquitita, despreciable, el criterio mermado, el juicio minúsculo de cuatro hambrientos del pueblo y ocho de los alrededores. En cambio, el horror de alimentarse de carne y sangre de hombre y

de mujer, de henchirse con las desgracias de una familia, de muchas familias, de un país, ¡ah!, esto sí que es grande y hermoso, con la belleza estremeceadora de lo sublime.

> Vosotros no lo entendéis, porque sois tontos.

> Notarás que estoy contento, que escribo con el espasmo nervioso de las grandes dichas, con la luz brillante de los grandes momentos. ¡Es que soy libre, Blanca! ¡Es que he huído de mi cárcel y de mis carceleros! ¡Es que estoy como el pájaro en el aire y el pez en el agua! Es la explosión de todas mis ansias sujetas a presión por vuestra pesadumbre. ¡Qué felicidad! Sin la presencia odiosa del aborrecible Pedro, tan seco, con esa repelente aspereza de la virtud. ¡La virtud! ¡Hipócritas! La virtud es la riqueza, y el bien es la riqueza, y la verdad es la riqueza. No sabes tú lo satánicamente dichoso que soy lejos de esa gentuza grosera, puerca y pobretona de la Tierra de Campos. Me voy al espacio, al sol; me voy a volar sin trabas, sin fiscales, sin Brunos malditos. ¡Ah! El hombre de facciones de madera y alma de fariseo que parece un ídolo. No me busquéis porque no habréis de hallarme nunca, nunca, nunca; lejos de España la ruin, la enemiga del pueblo de Israel, que fué y es grande como la maldición de Cristo, perdurable, inextinguible, como el odio, como el dolor; lejos de España y de sus mares, viviré entre grandes núcleos, más cercanos a mi manera de ser; y traficaré y prestaré con usura, con terrible usura (oh, delicia!), y acumularé oro hasta levantar con él una montaña, y desde sus alturas escupiré a la humanidad. Yo tengo aquí, en Palencia, desde donde te escribo mientras llega el

tren, muchos miles de duros, cuya existencia mantuve oculta; los he recogido y me voy; ellos serán la piedra angular del alcázar de mi enriquecimiento; me voy al corazón de la humanidad, o al infierno de los grandes rebaños. No te acuerdes más de mí, ni me busques jamás. Yo tampoco penaré por tu ausencia. El oro me salva porque me anega en sí, me absorbe, me posee por entero.

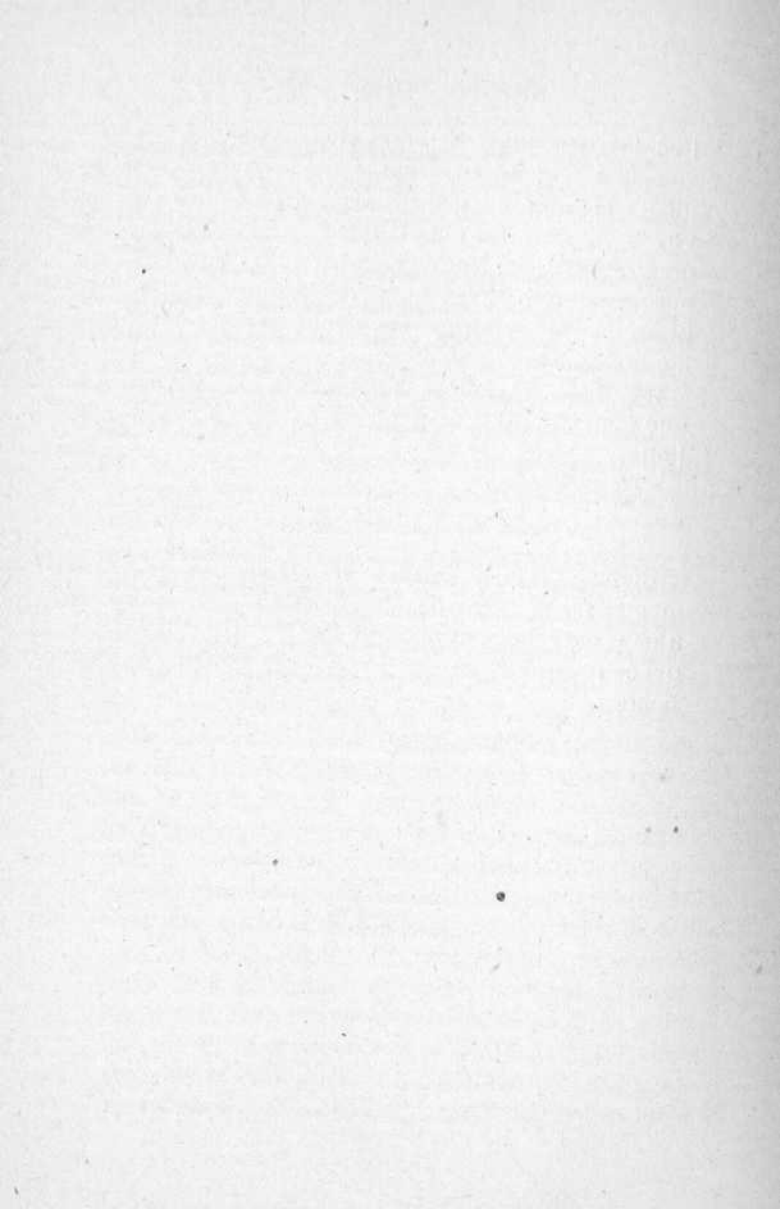
>Malditos los pobres, condenados los virtuosos, los que mienten. A ti te perdono porque tienes sangre judía:

*Tu padre,

ELISEO.>

Blanca lloraba desconsoladamente, dolorosísimamente; en el rostro de Pedro había una mueca de asco y desprecio; su manaza fornida arrugaba el papel como si hubiera sido el pecho escuchimizado del hebreo.







XXVIII

Una casa de labranza.

LA Tierra de Campos cuenta con dos nuevas casas de labranza. Una en Carrión, la de Fernando y Valentina, y otra en Frómista, la de Pedro y Blanca.

Valentina ha ordenado sus cosas con el acierto y soltura adquiridos manejando la casa de su padre, y ha tenido especial cuidado en que sus conversaciones con el cacicán y el estudio de planes de cultivo hecho con éste en cada caso, tuvieran lugar siempre ante Fernando, para que el marido, el amo, se capacitara rápidamente y pudiera en plazo corto dirigir la labor.

No la ha costado trabajo ninguno hacerse obedecer en esto por el aristócrata Ansúrez. Desde un principio hizole notar que en todas las épocas de la historia el poderío y la riqueza de los nobles se asentaron sobre la propiedad territorial, y siempre fué hidalgo trabajar la tierra y por honroso túvose el cultivo de extensas heredades, realizado por muy levantados magnates.

—Realmente hoy mismo—solía contestar Fernando, ansioso de dar gusto a su adorada mujer acoplando al criterio de ella los prejuicios heredados—, hoy mismo hay muchos personajes de gloriosa estirpe que son agricultores o ganaderos; entre estos últimos figuran apellidos que dieron gloria a la patria.

—Así es, Fernando; y de este modo, sin considerarte disminuido entre los de tu linaje, debes montar a caballo y vigilar los obreros que aran o cavan en nuestros barbechos o en nuestras viñas.

—Con mucho gusto lo haré, Valentina, te lo aseguro.

—Pero para ello hay que madrugar, querido.

—Bueno; un poco me costará eso; pero, en fin, madrugaré.

Y, atenta a este propósito, en llegando las seis de la mañana ya estaba ella abriendo las luces de los balcones de par en par y armando estrépito y hurgando con violencia a Fernando, hasta que le hacía vestirse; y ya le tenía preparaditos, no el café con leche y manteca, desayuno de señorito, sino los huevos fritos y las magras de jamón campesinas; y abajo, el caballo con los arreos puestos, y todo listo y aprisa, hasta que le lanzaba al campo. Y fué de este modo como Fernando, sufriendo al principio, pero allanándose después y gustando de esta vida más tarde, entró a la carrera por las sanas y aristocráticas faenas del campo, que enaltecieron con su predilección hombres muy grandes en todas las épocas de la historia.

Ni el matrimonio joven ni Bruno Castro habíanse hablado. El alcalde, tieso, inflexible, sin mirar, sin darse por enterado, solía ir a misa mayor algunas

mañanas a la iglesia de Santa María, donde Valentina acudía diariamente. Entraba tarde y salía pronto el labriego; pero desde el obscuro rincón donde acostumbraba a guarecerse miraba con cautela y disimulo a la hija, bien que cuidando de que nadie, y particularmente ella, pudiera percatarse de tamaña vergonzosa debilidad; que no era Bruno Castro hombre capaz de dar su brazo a torcer, aunque tuviera que retorcerse el corazón.

No iban siendo más estrechas las relaciones entre doña Leonor y sus hijos; ni una sola vez se vieron, pues la castellana solamente salía de su viejo palacio para ir a misa, que de propósito escogía libre del peligro del temido encuentro.

Acercábase Nochebuena, que siempre se celebró ruidosamente en la casa labriega de Bruno Castro, unidos amos y criados en democrática conjunción cristiana para celebrar el nacimiento de Cristo y beber la mejor pipilla de tostado y comer los más selectos manjares que llegaban a la plaza de Carrión. Valentina tenía esta noche clavada en su pensamiento. «¡Si su padre se ablandase! Ella no iría a pedirse-lo, eso no; aunque hubiera de sufrir el tormento de la separación en este mundo y en la eternidad; pero... tal vez si otra persona...» Un día trató de ello con el párroco de Santiago. Tomaba éste café de sobremesa con los esposos, que hubieron de llamarle, y hablaban de tan interesantes asuntos. El anciano sacerdote, que había bautizado a los dos, hallábase allí como en la propia rectoral.

—¿Pero por qué no habéis de ir vosotros a demandar perdón de vuestro padre?

—Yo, don Antonio—decía Fernando—, no voy porque me pega un golpe.

—No lo creas; no es así Bruno; que te hiriera de palabra, tal vez; para eso tiene bula por ser padre; pero de obra aseguro que no. Pero ¿y tú, Valentina?

—Yo... mire usted, yo... la verdad, yo no voy porque él me echó de casa, y a mí cuando me echan de una casa no me vuelven a ver el pelo en ella mientras viva.

—¡Bah... bah!... Orgullo... satánico orgullo, que necesita confesión y contrición y propósito de enmienda.

—Lo que usted quiera, pero yo ni en cachos entro allí.

—De tal palo tal astilla. Vamos a ver: ¿y si yo buscara el que os encontrarais de sorpresa?

—Pues había usted buscado nuestra ruina, porque o nos quedábamos todos como santos de madera, sin pestañear en una hora, o rompíamos a decirnos cosas y, bueno, aquello acabaría en la de San Quintín.

—¿Entonces?

—Entonces, nosotros creemos que podía usted hacer una gestión cerca de mi padre para que, sin lesión para el amor propio de él ni de mí, nos perdonáramos todos y nos reuniéramos en la noche de Navidad a su mesa.

—Pero, hija mía, tú no reparas en lo que dices; ¿qué es eso de pedirte a ti perdón tu padre? ¿Ni cuándo el amor propio de hijo puede hacer frente al de su padre?

—Bueno; pues dejarlo; cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—En la de todos, no, Valentina, porque en la tuya no estará mientras pienses y obres de esta manera.

—Mire, don Antonio—intervino Fernando—; usted véale y dirija esto a su gusto; nosotros haremos lo que usted nos mande.

—Yo os mando que vayáis.

—No; eso no—interrumpió Valentina.

—Bueno, bueno; yo me las arreglaré.

—Que sea para Navidad, ¿eh?—dijo el marido—; y luego a mi mamá para Reyes. Ya sabe usted que en mi casa es el día grande del año; allí los días que de algún modo se relacionen con la realeza son más importantes que aquellos otros enlazados con la divinidad.

—Bueno; veré a doña Leonor para que celebréis en su casa solariega la festividad de los monárquicos.

El párroco iba pensando desde allí a la casa de Bruno Castro: «¡Qué raza ésta de castellanos! ¡Cómo conserva sus aristas espirituales, duras y cortantes como de vidrio, como de acero afilado! Hecha a dominar y a padecer, o domina o padece; pero no va al beneficio útil, si ello ha de lograrlo humillándose. Así la ponen los huevos las gallinas; así se ve ella. El Cid en Santa Gadea y Bracamonte en el patíbulo, parecen la representación genuina de la estirpe castellana.»

Muy bondadosa y respetuosamente fué el párroco recibido por el alcalde de Carrión, «que así como el alcalde es el pueblo—solía decir Bruno—, el párroco es la feligresía».

Charlaron de todo y cambiaron opiniones sobre

cosas de la villa y de fuera de ella, y poco a poco el cura mayor, rodeando por el matrimonio de Blanca y Pedro, vino a caer de plano en el de Fernando y Valentina. Y desde tal momento se arrugó el ceño del labrador y fué más hostil su lenguaje y su voz más bronca.

—Pues sí, a eso fui —aseguraba el párroco ; como Pedro me interesa, porque le quiero mucho, y a Blanca la estimo muy de veras, dije: «vaya, sus primos sabrán cosas de aquellos muchachos y me las contarán». Por cierto que casi no hemos hablado nada de ellos, porque Valentina está tan callada, tan tristonera, no hace más que pensar en Nochebuena: dice que es la primera en su vida que va a pasar lejos de su padre, y llora...

—¡Que se le ve la oreja, señor cura! —interrumpió Bruno.

—Nada de oreja; la verdad sin tapujos: que Valentina y Fernando quieren volver al cariño de usted y celebrar las paces en la cena de la gran noche.

—¿Y para esto le mandan a usted, a pesar de saber ellos el camino de mi casa tan bien o mejor que el cura párroco de Santiago?

—Es lo más natural del mundo que los sacerdotes que rigen parroquias procuren unir a sus feligreses distanciados y poner paz entre padres e hijos.

—¿Y por qué antes no pusieron remedio a las causas de tal guerra?

—Porque ni nadie les llamó, ni lo supieron, ni tenían nada que hacer allí.

—¿Entonces ahora es que le han llamado a usted?

—¡Hombre! Vamos, vamos, Bruno, que todos nos

conocemos y es inútil fingir entre nosotros. Sea como sea el procedimiento, lo interesante es que conduzca a buen fin: al de la concordia.

—Antes, señor cura, es el de la justicia.

—¿Pero qué hay de injusto aquí?

—¡Demonio! Que mi hija se haya casado con un señorito haragán, que no ha hecho nunca nada en su vida, ni sirve para nada, ni llevó al matrimonio más que trampas y hojarasca; cosas ridículas de nobles viejos y aristócratas arruinados.

—¿Y por qué ha de ser tenido por malo descender de levantada alcurnia? ¿Por qué ha de desmerecer el hijo de Ansúrez sólo por serlo?

—¡Hijo de Ansur Fernández y nieto de Atila y tataranieta de Asdrúbal!... ¡Caramba!, es para que esté ancho el suegro, y se despabile con la aurora, y se acueste después del último pienso al ganado, y se hiele en la sementera, y se cueza en la recolección; y así, el descendiente de la historia de España pueda dormir a pierna suelta hasta las doce del día y recrearse hasta la hora de cenar e irse al lecho con el postre en la boca.

—Todo eso se arreglará, hombre de Dios; pero con amor y no con odios.

—Yo no tengo que arreglar nada, porque nada desarreglé. Que lo arregle el idiota de su padre, o la ridícula de su madre, o la tonta de su mujer.

—Vaya, vaya, todavía hay mucha bilis en ese higa-do, amigo Bruno. Aguardaremos a que se descargue.

—Pues tiene usted para toda la vida y una eternidad después.

El buen clérigo marchóse a entrevistarse con doña

Leonor, pidiendo al Santo Apóstol de su parroquia que le tuviese más en cuenta durante aquélla. Pero no logró tal fortuna; doña Leonor se opuso tenazmente a toda reconciliación.

—¡Le he maldecido, don Antonio!

—Pues usted me perdone que la diga, doña Leonor; que hizo usted muy mal. ¿De dónde saca usted autoridad para maldecir a nadie, y menos a su hijo?

—¡Pero si eso se lee en todas las historias de los grandes señores de otros tiempos!

—Pues en su ausencia, porque no queda otro remedio, he de decir que hacían una barbaridad.

—¡Ay, no, señor cura; eso no! Lo que aquellos varones ilustres hicieron, jamás pudo tacharse tan duramente. ¡Oh, la nobleza castellana! ¡Oh, las luminarias de nuestra gloriosa historia!

—Mire usted, doña Leonor: ¿para qué vamos a enzarzarnos en disquisiciones históricas ni en juicios acerca de caballeros que ni usted ni yo conocimos ni quienes nos los describen?

—Eso es una herejía científica, dispéñeme.

—Bueno, lo que usted quiera; pero vamos a lo mío. No tiene usted más hijo que Fernando...

—No tengo ninguno. Fernando murió el día de su boda.

—¡Atiza! Oígame un momento, señora. Si los años que le restan de vida (Dios quiera sea larga) los pasa usted sin el cariño, sin el amor de su hijo, que la adora, serán años sombríos.

—Serán años dignos.

—¡Oígame! Serán años sombríos; y en el último instante, a las puertas de la eternidad, la dolerá muy

amargamente haber perdido la ocasión de disfrutar de ese amor, que es una de las más hondas satisfacciones honestas que Dios concede a sus criaturas. Mire: el día de Reyes, que tan grande es para usted, doña Leonor, sería muy a propósito para que con sus hijos...

—Basta, señor párroco. El día de Reyes yo estaré hora tras hora sentada en el estrado de la cámara de retratos, escuchando, dentro de las soledades de mi alma, los gritos de indignación de mis mayores contra su bastardo descendiente, y acompañándolos con mis voces humanas y dolorosas.

El párroco se fué; aquello era tan imposible como lo otro.





XXIX

Nuestras vidas son los ríos.

POR nuestros conocidos de Carrión de los Condes han pasado una porción de meses, con la uniformidad gris de la vida lugareña. Todo es siempre igual; solamente las estaciones climatológicas van cambiando de una manera insensible el aspecto de la tierra y las costumbres de la vida; tan suavemente como el trigo crece, grana y madura pasa el labriego desde la manta inverniza al desnudo de agosto, desde las fuertes comidas carnívoras de enero a las frugales y refrigerantes hortalizas de julio. Nada ha cambiado bruscamente; las relaciones entre Bruno Castro y sus hijos continúan totalmente suspendidas; ni unos ni otros hicieron trabajos para reanudarlas; Valentina sabe que aún no está madura la fruta de la reconciliación; y sabe más: sabe que en determinada fecha, cierto acontecimiento con cuyo recuerdo se ruboriza, mientras Fernando se alborozaba, hará que los ánimos se hallen mejor dispuestos y más propicios al enlace, tan apetecido por todos, pero por ninguno buscado.

Los labradores de la Tierra de Campos están en plena recolección de cereales; en las eras de Carrió

nótase un desusado movimiento; es la época grande de la agricultura de Castilla; la fiesta del sol y del pan. Bruno Castro, como un dios del culto mitológico, ofrece a los rayos quemadores del astro rey su poderoso pecho casi desnudo, cubierto apenas por ligera camisa, remangada y abierta; las facciones de su cara se broncean rudamente, tomadas por el reverbero de la paja brillante, bajo las alas del sombrerote ancho. Van entrando en la era carros cargados de mieses; salieron al amanecer, hasta lejanos pagos; barcinaron las anchas morenas, y al mediar el día acuden con la carga esponjosa, que apilan en descomunales montañas. Trillan los agosteros pesadamente las parvas; bieldan otros con las máquinas aventadoras, que parecen ronronear con sordos traqueteos. Por toda el haza de Campos, una luz cegadora, agresiva, se aplanan sobre la llanura, socarrando surcos y secando jugos. Las eras son un lago de oro líquido: oro de sol en brasas por el ambiente; oro viejo en el bálago molido; oro nuevo en los peces de trigo cribado, limpio; oro herrumbroso en la piel de los trabajadores, y en las bestias de labor, y en los aperos; oro en todas partes. El tamo, suspendido en aquel sol denso y pesado, es oro pulverizado que flota. Huele a pan, huele a alimento sano; algo como tufo goloso de nodriza se aspira por el olfato. A la hora de comer, la gente suelta aquellos tan diversos instrumentos de recolección y se guarece en la sombra refrigerante de la cabaña, techada con ramilla de chopo y formada por trillos viejos o zarzos de mimbre. Bruno Castro se viste la chaqueta y marcha a la cocina de su casa, donde el alimento reconfortante [y] el vinillo

fresco de la bodega volverán al cuerpo exhausto las fuerzas que el sol y el trabajo consumieron, insaciables.

Hay en el alcalde de Carrión este verano una des-acostumbrada alegría. Su cara impasible, cara de indio, cara inalterable, como la de todas esas viejas razas que van depurando, perfeccionando su vivir íntimo a través de los siglos, muestra, sin embargo, una expresión más placentera que de costumbre; y esto no sucede de un modo transitorio: es un día y otro, y una semana y otra semana; cuánto más tiempo transcurre, más deja adivinar su contento. ¡Ah! La cosecha es buena y el precio no es malo. ¿Será por ello su alegría? No. Bruno Castro no es ambicioso; gusta, goza mucho con una recolección abundante; pero este motivo no tiene fuerza para mover su habitual expresión. Bruno Castro, el día que «abrió eras», vió con asombro que en la era aledaña, perteneciente a Valentina, aparecía Fernando al mismo tiempo que él; ya había oído el alcalde que su yerno trabajaba la heredad de Valentina, como el más acostumbrado senarero de Tierra de Campos; pero siempre creyó que esto era un cuento chino y ganas de meterle a él en cantares. Mas ahora, que le tenía tan a mano, no pudo dudar ya. Para dar tarea a los acarreadores, allí estaba Fernando a las tres de la mañana; para ordenar las trillas, allí estaba Fernando, en el momento en que el sol comenzaba a echar llamas y se evaporaba la humedad de la escarcha. Concluida la siesta, allí estaba Fernando, bajo aquella lumbre que derretía los sesos, sobre un trillo, caminando lentamente horas y horas por encima de un suelo de horno, que

tenía el fulgor y la coloración del hierro fundido al rojo blanco. Y Fernando aparvaba, y Fernando ayudaba a beldar, y Fernando cogía la bota de vino a los mofiles y echaba un trago largo, largo, por la garganta reseca, o comía con placer de glotón el pimientito verde y la cebolla blanca, con el queso de oveja y la hogaza casera, para merendar con los agosteros. Bruno Castro había llorado a solas, y no una vez ni dos, más, muchas más veces, de entusiasmo, de locura, de amor, que le impulsaba a saltar por encima de las mieses y apretar contra su torso hercúleo el cuerpo de su yerno; que ahora sí que se le llenaba la boca diciéndoselo a sí mismo: «Mi yerno, mi gran yerno.» «¡Ah! Aquella Valentina es todo un hombre, es todo un castellano, es Bruno Castro, aunque sea mujer.» Momentos hubo en que pensó dar por terminados sus rencores; pero aún se supo contener. «Dejémosle—pensaba—que acabe el verano. Tal vez haya sido una añagaza, una pamema, para que yo lo tome en serio. Dejémosle. Si concluye el verano sin morirse, cosa que lo dudo, estará hecho un hombre; la prueba es decisiva, y mi corazón y mis bienes serán para él y para ella. Pero veamos primero si concluye.»

También Valentina tenía miedo de que no pudiese resistir Fernando aquel bárbaro trabajo de Vulcano ciclópeo; pero le dejaba, le dejaba seguir, atenta a la marcha de su salud, tan querida, para detenerle y sacarle de tan ruda labor en cuanto se resintiese algo. Y estaba orgullosa de su marido, y recreándose en él con el pensamiento decía: «Dentro de pocos meses, cuando me le dore el sol y me le endurezca el aire

de la campiña, Fernando será como mi padre, tan representativo, tan bello, tan formidable; y así será también por dentro, no tardando mucho, que el campo y sus labores no sólo labran la piel y los músculos, sino los sentimientos del corazón y las ideas del cerebro.»

Por su parte Fernando había tomado su nueva ocupación con el fervor apasionado que ponía en todos los deportes. Esto eran para él los trabajos agrícolas, un deporte entretenidísimo y variado, y de ricos frutos, entre los cuales descollaba como principal el gusto que daba con ello a Valentina, el hondo amor que hacía brotar en el alma de la muchacha, tan ciega por la agricultura y por todo lo que con su país se relacionase. De esta suerte, Fernando, que entró por tales ocupaciones teniendo que violentar sus hábitos de pigricia, acometía al poco tiempo faenas harto duras, como esta de la recolección cerealista, tan entusiasmado, tan brioso y tan incansable como lo hubiera hecho en un ciclo de partidos de *football* para el campeonato universal. Y como era fuerte y era joven, y como la tierra y el sol dan salud a quienes se entregan confiados a sus caricias, Fernando no sólo no corrió peligro de enfermedad, sino que su fortaleza aumentó de día en día y con ella su satisfacción y su dicha.

Han pasado unas semanas. El estío labrador va concluyendo. Ya no hay montañas de mieses en las eras; ahora son montones de bálago. La cebada y las legumbres desaparecieron ya; también el trigo va sumiéndose carro a carro en las frescas penumbras de las trojes. Bruno Castro sigue espionando a su yerno

de reajo. «Buena cosecha han tenido. De cebada y yeros, casi como la mía; y del trigo, tan abundante como la del mejor labrador de los regulares. Buena cosecha; y de buena calidad. Bien van los chicos. Y qué el ganadillo no se les ha desmejorado mucho; algo ha decaído el macho grande; bueno, se lo repongo y en paz, que buenas mulas tiene mi cuadra. ¡Pero este muchacho, lo que vale! ¡Y no se ha muerto, y ya no le quedan ni cien fanegas en la era contando las granzas! ¡Cómo ha resistido el condenado! Es fuerte, es fuerte, será tan fuerte como yo. Mi Valentina tiene mucho talento, tiene más seso que esta cabezorra mía, que parece que sabe y no da una en el clavo. Razón llevaba ella. «De Fernando se puede hacer lo que usted quiera que sea.» ¡Qué hija... qué hija...!»

Pero al día siguiente Fernando no acude a la labor. ¿Qué pasará? Bruno Castro espía impaciente; a media mañana no puede contenerse más; eso es que ha caído enfermo.

—¡Chico!—grita a uno de sus motiles—. Mira; vete ahí al lado y pregunta a cualquiera, como cosa tuya, ¿sabes?, si el señorito Fernando está enfermo, o qué pasa que no ha venido hoy a la era.

De dos voladas de jilguero va y vuelve el chiquillo.

—Que no saben nada; que tampoco está el cachicán.

Bruno Castro se pasea a grandes zancadas por entre los sacos de trigo y los montones de paja de su cosecha.

—Eso es que ha caído, no cabe duda. ¡Lástima de muchachol

Se agita, da vueltas como potro en picadero, habla solo, gesticula alborotando en una charla sin correspondencia. De pronto el corazón le ha dado un vuelco; por su era éntrase a todo correr la criada de Valentina.

—Señor Bruno..., señor Bruno.

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Está muy malo?

—Señor Bruno, que la señorita Valentina ha tenido un niño.

—Chica, ¿qué dices? ¿Cuándo? ¿Cómo es? ¿Cómo está mi hija? ¿Cómo está mi nieto?

Y por su faz retostada corren dos lagrimones, mientras clava en el límpido azul del firmamento su mirada henchida de gratitud y se mueven sus labios en una tiernísima plegaria.

La sirvienta ha salido a escape para dar aviso a distintas familias.

La figura de Bruno Castro, recia y obscura, se destacó dominadora bajo el dintel de la estancia donde reposa Valentina. Todos callan, todos paran sus movimientos, todos esperan. La cara exangüe de la madrecita sonríe, porque en los ojos de su padre ha leído todo un poema de ternura; Fernando, a la cabecera del lecho, baja la cabeza con temor; el médico, curioso, se queda suspenso con una toalla en una mano y uno de sus instrumentos quirúrgicos en la otra, y allá, en lo obscuro de un rincón, delatada por el llanto gangoso del recién nacido, doña Leonor, que le arrolla, se arrebola fuertemente, tal vez de miedo, tal vez de vergüenza o de ira. Bruno Castro logra dominar su emoción y, dando un paso hacia Fernando con los brazos abiertos, dice:

—Primero a ti, muchacho, que te has hecho un hombre. De tú a tú, de castellano a castellano. ¡Ven-ga ese pechol—y le abraza con fuerza de labriego—. Después a ti, hija de mis entrañas, que en el alma te tuve a pesar de todo, como en la hornacina de un altar—y puso la mancha roja oscura de sus labios en la pálida tez de la parturiente. Dió la mano al doctor, diciendo: «Gracias, don Mariano», y se dirigió lentamente, solemnemente, hacia doña Leonor, que paró sus movimientos de cuna y hasta la respiración de sus pulmones.

—Señora—habló el campesino—siempre fué la cortesía un hábito en las gentes castellanas, y ahora, como antes, yo rindo todos mis homenajes y respetos a la mujer y, más particularmente, a la madre, y por ello a sus pies me pongo y beso sus manos.

Doña Leonor alzóse conmovida. «Qué bellas frases—pensaba—; nunca creyera haberlas oído de labios de villano. ¿Será verdad lo que dice mi hijo? ¿La nobleza de alma de estas gentes rudas podrá levantarlas hasta nuestra nobleza de sangre?»

Hizo una reverencia que a punto estuvo de dar con el niño en el solado, y un esguince de aristocrática sonrisa movió los pergaminos de su rostro.

—Vea usted—dijo—qué nieto más hermoso—y depositó la criatura en las robustas manos del alcalde. En la palma de una de ellas le cabía, y no encontraba cara donde besarle; pero le llevó hacia sí y le refrotó los labios por todo su cuerpecillo, que se retor-cía llorando rabiosamente. Y de nuevo la ternura, que de tan adentro le salía, llegósele hasta los ojos y lloró sobre el primer nieto. Doña Leonor hizose cargo

de él nuevamente y encalmó la cólera del pequeñín moviéndole a compás con dulzura.

Sus entrañas de madre habían temblado, habíanse agitado violentas, cuando recibió la noticia: «La señorita ha tenido un niño.» Un niño de Fernando, otro Ansúrez, la continuidad de la raza, la perpetuación del linaje ilustre. Se echó encima el primer traje que halló a mano y salió arrebatada por el instinto, por el irreflexivo amor a los suyos, que en la sangre vibra y en el corazón estremece. Y llegó a la casa, y se abrazó a Fernando llorosa, dulcemente llorosa, desahogando el ansia de quererle tanto tiempo contenida; y besó a su nuera y, cuando tuvo en los brazos al pequeñuelo, que la tendía sus manucas y la daba golpecitos con las almendras de los pies, la subió desde el corazón a la boca un río deleitoso de cariños, y comenzó a barbotar frases de loca o de madre, que tanto monta, cuando tiene al hijo en el regazo.

Al oído de Fernando murmuraba su esposa:

—Ya te decía que éste era el momento.

—Bueno—dijo con su vozarrón el abuelo—, el niño se llamará Bruno.

—¿No sería mejor Alfonso?—insinuó la abuela.

—Señora, ya lleva lo de Ansúrez en seguida del nombre, no quiera usted que las dos primeras palabras sean de ustedes. El niño se llamará Bruno y será labrador...

—Y noble—interrumpió ella—; eso aunque usted no quiera.

—Y noble, sí, señora, no sólo de estirpe, sino de alma, que para eso usted le meterá en ella lo que debe a la historia, y yo lo que debe a su país y a sus

coterráneos. Y para que no diga que ya le imponemos obligaciones sin darle derechos, desde ahora le mando a él, particularmente, las fincas mías de Benivivere, que no es mala manda.

—Y yo, la espada auténtica de Ansur Fernández, que sólo los primogénitos pueden poseerla.

—Y éste—añadió el labrador dirigiéndose a Fernando—, su trabajo fuerte y ennoblecedor, y la madre, la sangre de sus venas, que a pechos de madre habrá de ser criado, y todos hemos de poner algo en la bandeja.

Sentóse el labriego al lado de su hija; doña Leonor siguió meciendo al nene en sus brazos, mientras le susurraba al oído:

—Aunque seas Bruno, serás Ansúrez, y Manrique García de Velasco; nieto de Osorios y Nájeras, de Girones y Gutiérrez...

Al oído de la aristócrata sonó la voz de su hijo, que decía:

—Acuérdate, mamá, de las palabras inmortales de un pariente tuyo de Paredes de Nava, Jorge Manrique, el hijo del conde Ramiro:

«Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en el mar,
Que es el morir;
Allá van los *señoríos*
Derechos á se acabar
É consumir.»

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—Una silueta se recorta en el horizonte.....	5
II.—Acero y pedernal.....	11
III.—La reliquia de marfil.....	19
IV.—El «Rapiña» ..	25
V.—La «Guinda»... ..	33
VI.—Así son los castellanos.....	39
VII.—Benevivere.....	45
VIII.—Los del Real Castilla Football Club.....	53
IX.—La casa de doña Leonor Manrique García de Velasco.....	59
X.—De vieja cepa castellana.....	67
XI.—Y si no, dale por muerto.....	73
XII.—La cámara de los retratos.....	79
XIII.—Un negocio puerco.....	95
XIV.—Los planes de un cínico ..	109
XV.—Variaciones sobre un tema.....	123
XVI.—Dos padres y dos hijas.....	151
XVII.—Una cena curiosa.....	161
XVIII.—Tres cartas.....	171
XIX.—El martirio de una revelación ..	201
XX.—La firma de la escritura ..	221
XXI.—Los ornamentos venerables.....	229

	<u>Páginas.</u>
XXII.—Hacia la restitución	247
XXIII.—La fiesta de San Zoil.....	259
XXIV.—Chocolate y agua.....	269
XXV.—Bodas	287
XXVI.—El comentario de los pueblos.....	303
XXVII.—Una carta terrible.....	319
XXVIII.—Una casa de labranza.....	325
XXIX.—Nuestras vidas son los ríos.....	335

Editorial

VOLUNTAD

Voluntad

Apartado 8037

Oficinas: Alcalá, 28

Exposición de
material escolar:

Serrano, 48.

MADRID



S. A.

LIBRERIAS

MADRID: Alcalá, 28, y

Marqués de Urquijo, 32

BARCELONA: Bruch, 35

VALENCIA: Mar, 17

BUENOS AIRES:

Perú, 151.

Moreno, 2.857.

BIBLIOTECA DE HISTORIA ECLESIASTICA

HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, por el abate *Mourret*.

Tomos publicados: I. *El Cristianismo en sus orígenes*.
II. *Los padres de la Iglesia*.— III. *La Iglesia y el mundo bárbaro*.— IV. *La Cristiandad*.— V. *El Renacimiento y la reforma*.— VI. *El Antiguo Régimen*.— VII. *La Iglesia y la Revolución*.— VIII. *La Iglesia Contemporánea*. Cada volumen, 10 ptas. Por suscripción, 9 ptas.

EL MARTIRIO, por *Paul Allard*, 6 ptas.

BIBLIOTECA BIBLICA

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por *C. Cl. Fillion*.

Tomos publicados, I, II, y III. — IV en prensa. Cada tomo, 7,50 ptas. La obra completa, 25 ptas.

EL LIBRO DE JOB, versión de *F. J. Caminero*. Prólogo de Menéndez Pelayo, 4 ptas.

BIBLIOTECA TEOLOGICA

LA GRACIA Y LA GLORIA, por el *R. P. Terrien, S. J.*
(2 vols.), En prensa.

LA MADRE DE DIOS Y LA MADRE DE LOS HOMBRES, por el R. P. Terrien, S. J. (4 vols.). En preparación.

BIBLIOTECA LITURGICA

EL RITO HISPANO VISIGÓTICO O MOZÁRABE, por *Germán Prado*.

Los Padres Benedictinos de Silos están preparando una gran «Colección Litúrgica», en que se estudiará el origen histórico y significado de todas las artes de la Liturgia.

BIBLIOTECA «HISPANIA»

Bajo la dirección de D. Antonio Ballesteros, catedrático de Historia de España y América de la Universidad Central, se está preparando una gran «Biblioteca de Historia de España», en que, en monografías especiales, se estudiarán los puntos interesantísimos de nuestra Historia patria. Próximo a publicarse: HISTORIA DE LA MÚSICA ARABE Y SU INFLUENCIA EN LA ESPAÑOLA, por *Julián Rivera*. Los tres tomos siguientes de esta colección están encargados a los señores Menéndez Pidal, Asín Palacios y Rubió Lluch.

LOS SANTOS

VOLUNTAD prepara una colección de «Vidas de Santos», escritas en forma científica y amena. VOLUNTAD tiene abierto un Concurso, con un premio de 5000 pesetas, para premiar una vida de un santo español. Pídanse las bases del Concurso al Sr. Secretario de EDITORIAL VOLUNTAD (Alcalá, 28, Madrid).

DICCIONARIOS MANUALES

DICCIONARIO FILOSÓFICO, compuesto por los RR. PP. M. Arnáiz y B. Alcalde. En prensa.

DICCIONARIO MANUAL LITÚRGICO, por el P. Braun, S. J. En preparación.

BIBLIOTECA DE GRANDES CONVERTIDOS

HISTORIA DE CRISTO, por G. Papini, 2 tomos, 10 ptas.

SANTA CATALINA DE SIENA, por J. Joergensen, 14 ptas. Edición de lujo. (Agotada.)

VIAJE A TIERRA SANTA, 2 tomos, 10 pesetas. Edición de lujo, 20 ptas.

HISTORIA DE UNA VIDA ESCONDIDA, 4 ptas.

CARLOS DE FOUCAULD, por René Bazin, 5 ptas.

COLECCION DE ARTE

TEJIDOS Y BORDADOS POPULARES ESPAÑOLES, por Mildred Stapley, 30 ptas.

LA ESCULTURA EN LOS CAPITELAS ESPAÑOLES, 30 ptas.

JARDINERÍA GENERAL ESPAÑOLA, por Manuel Priego, 30 pesetas.

VELÁZQUEZ, por E. Rodríguez Sádía, 30 ptas. Edición miniatura, 10 ptas.

EL TRAJE REGIONAL DE ESPAÑA, por Isabel de Palencia, 40 ptas.

LA BENDITA TIERRA, por S. y J. Alvarez Quintero. En prensa.

COLECCION HESPERIA

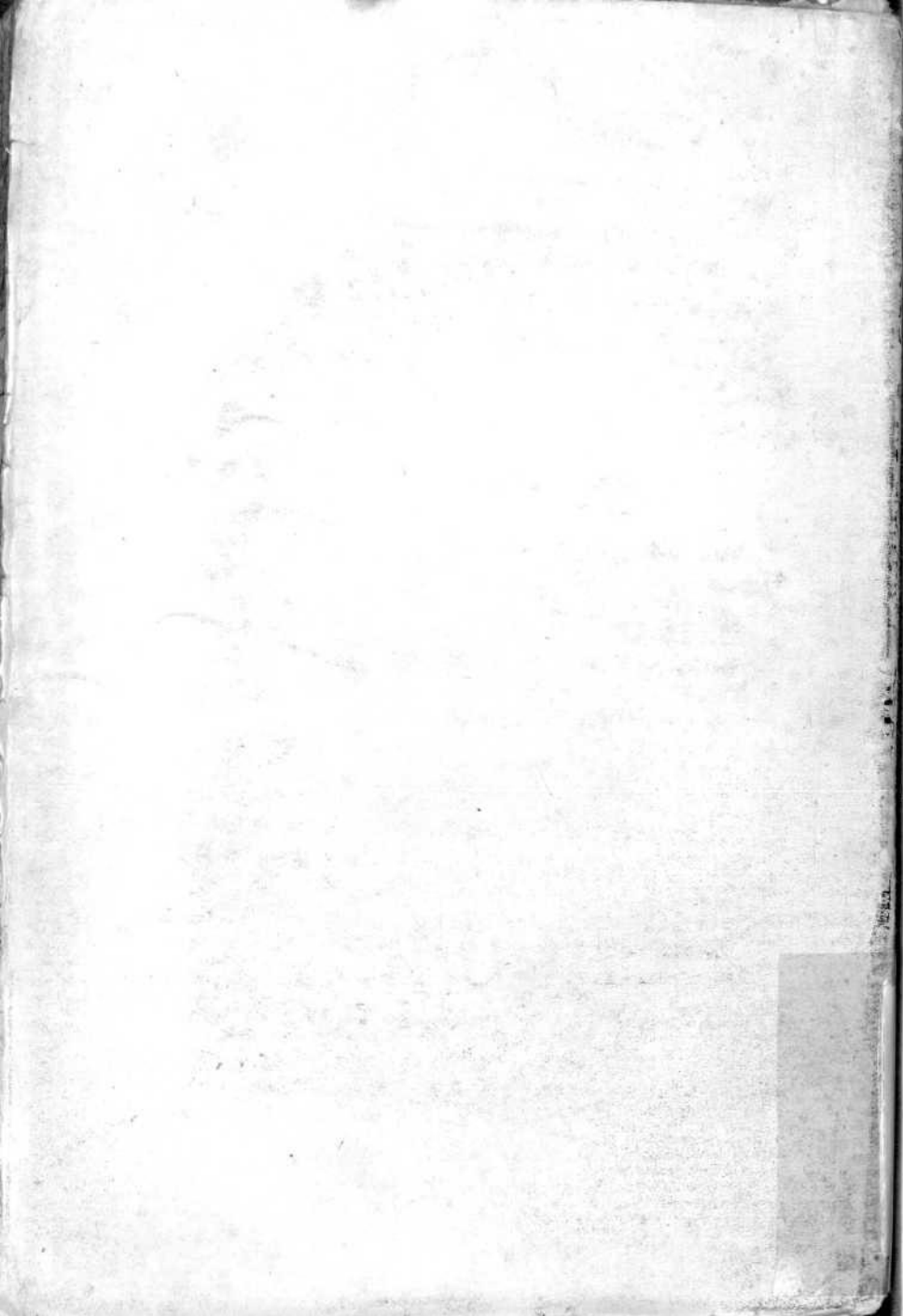
- CORENTINA, por *René Bazin*, 3,50 ptas.
LA VOZ DE LA SANGRE, 4 ptas.
EL ASESINO DE LA MUÑECA, por *Tirso Medina*, 3,50 ptas.
AMORES AFRICANOS, por *Jesús Rubio Coloma*. Novela premiada en el concurso de "VOLUNTAD", 5 ptas.
LA ENCINA SAGRADA, por *M. Rodziewiczowna*, 4 ptas.

COLECCION MARIPOSA

- LA NUEVA CRUZADA INFANTIL, por *E. Bordeaux*.
LA VENDEDORA DE ENCAJES, por *A. Vertiol*.
FAUSTULA, por *J. Ayscough*.
GUERRA SIN CUARTEL, por *C. Suárez Bravo*.
VOCACIONES FEMENINAS, por *Emmanuel Soy*.
LA NOVELA DE JOSEFINA, por *A. Bruyère*.
DESPOJOS DE AMOR, por el *R. P. Alcocer*.
EL CÉSAR ADRIANO, por el *R. P. Barreneche*.
LOS VERDADEROS REYES, por *V. Féli*.
Cada volumen encuadernado, 3,50 ptas.

COLECCION DE TEMAS DE INTERES NACIONAL

- ACUERDO ANGLO-IBÉRICO-ITALIANO, por *Emilio Zurano*, 4 ptas.
MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por *Domenico Russo*, 4 ptas.
MAGREB-EL-AKSA, por *Angel Cabrera*, 5 ptas.
POR EL CAMINO DE ANNUAL, por *J. M. Arauz de Robles*, 4 ptas.



JESUS RUBIO

COLOMA

EL ALMI DE LA

TIERRA DE CAMPOS

G-9436

5 PESETA